El comunista y la hija del comunista

Jane Lazarre

Estoy sentada en el mismo sillón orejero que perteneció a mi padre, releyendo notas y esbozos reunidos en unos cuadernos negros que llevo escribiendo más de cinco años, con el fin de investigar, intentar comprender el modo en que las fuerzas históricas pueden arraigarse en nuestras vidas y zarandearnos de un lado a otro, entre la acción y la aceptación de los límites de cuanto existe.

las afueras

EL COMUNISTA Y LA HIJA DEL COMUNISTA

JANE LAZARRE

Traducción de
Blanca Gago

las afueras

Bill, Kishinev, c. 1915

Titulo original: The Communist and the Communist's Daughter. A memoir
© 2017 Duke University Press
© de la traducción, Blanca Gago 2021
© de esta edición, Editorial las afueras, 2021
Av. Diagonal, 534, 2º 2ª
08006 Barcelona

ISBN: 978-84-122440-6-9

Diseño de la colección: Hermanos Berenguer
Imagen de la cubierta: Robert Capa © International Center of Photography/Contacto
Maquetación: Maria O'Shea

A Ruth Sidney Charney y
Douglas Hughes White

Y para los hijos y nietos de Bill Lazarre:
Emily Lazarre
Adam Lazarre-White
Khary Lazarre-White
Sarah Lazarre-Bloom
Simon Lazarre-Bloom
Aiyana Grace Taylor White

Miembros del Batallón Abraham Lincoln en España, 1937

NOTA DE LA AUTORA

Para no interrumpir el flujo del relato con las referencias y los documentos bibliográficos leídos y consultados, que se suceden a lo largo de los capítulos, he optado por agruparlas al final. En general, he respetado los usos lingüísticos y la ortografía que aparecen en los originales, por ejemplo, en el caso de la palabra negro[1] y he reproducido las transcripciones oficiales en negrita.

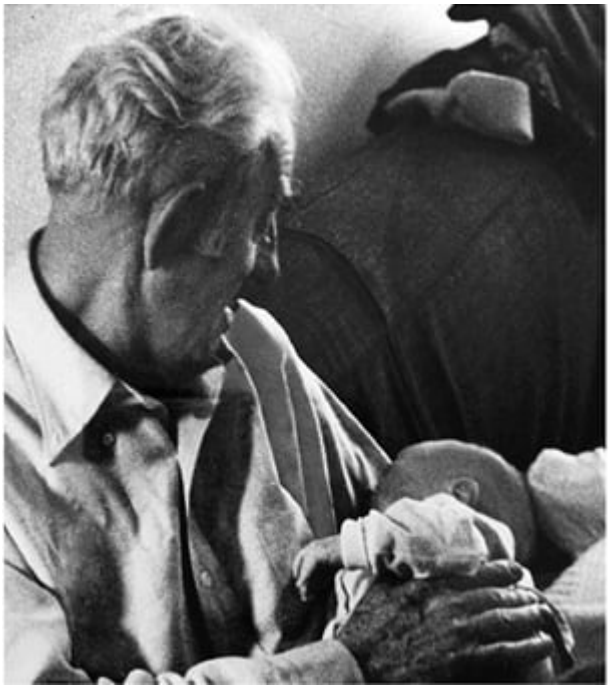
El nombre de mi padre varía según el documento en que aparezca escrito —Lazarowitz, Lazarovitz, Lazarowich—. En este caso, he optado por Lazarovitz, que es la fórmula más común en los documentos legales.

La historia de Rose, la hermana de mi padre, así como algunos aspectos del retrato de mi madre y la recreación del pensamiento de mi padre, escritos en cursiva, mezclan los vestigios de varios recuerdos aguzados por la imaginación.

Abajo (de izquierda a derecha): Bill y el tío Buck; arriba: Tullah (a la derecha) y sus hermanas en la década de 1940

Bill y sus dos hermanas en Kishinev, hacia 1915

Bill en la sede del Partido Comunista, hacia finales de la década de 1930 o principios de 1940



Bill con su nieto Adam en 1969

Antes era todo una bruma de pensamiento, una insinuación. Tiene muchas ventajas lo de poner las cosas por escrito. La niebla se dispersa y la verdad, o algo parecido a ella, aparece cruda y desnuda, no siempre grata, desde luego. Pero era de lo que se trataba, supongo, de hacer todo lo posible por tender un puente improvisado hacia el futuro, aunque el armazón y los cables acaben por desvanecerse en el aire distante.

Sebastian Barry, El caballero provisional

… los fragmentos se reúnen en mí con su propia música.

Muriel Rukeyser, El poema como máscara

PRÓLOGO

> En consecuencia, la distinción crucial no es para mí la diferencia entre realidad y ficción, sino entre realidad y verdad (…]. Mi principal responsabilidad, la más seria, es […] no mentir.
>
> Toni Morrison, El yacimiento de la memoria

Mi padre fue dirigente del Partido Comunista, un fervoroso creyente en la filosofía marxista-leninista, cuyos fundamentos asumió como una fe, compuesta por un puñado de ideas que lo alimentaron e inspiraron desde su adolescencia en Kishinev, un lugar de Rumania que él siempre llamaba mi tierra.

O Rusia, añadía siempre. Rusia o Rumania… Las fronteras cambian con el paso de los años y los traspasos de poder, y los cambios de identidad nacional reflejan, a mi modo de ver, otras fronteras movedizas y transformaciones de toda especie producidas a lo largo de la vida de mí padre.

Mi padre tuvo al menos tres nombres: el primero, Itzrael Lazarovitz, que le fue otorgado en su tierra; el segundo, William Lazar, que luego pasaría a Lazarte porque a su mujer, nuestra madre, le pareció mucho más elegante añadiendo esas letras finales. figuraba en sus papeles de ciudadano estadounidense y él mismo se encargó de anglicanizarlo; y el tercero, Bill Lawrence, que usaba en el Partido Comunista.

En estas memorias juego con los tres de un modo instintivo, para construir un relato compuesto por las esquirlas caóticas de la experiencia, recuerdos lúcidos al tiempo que vagos, unas veces coherentes y ordenados, otras empeñados en saltar a través del tiempo y el espacio, cual sonidos y silencios que se acaban transformando en imágenes y palabras.

Mí padre, Bill, líder revolucionario, comisario político en la guerra civil española y profesor, siempre trabajó mezclando varios métodos y

propósitos. Uno de los primeros discursos que pronunció en público le valió una visita a la cárcel de Filadelfia, en los años veinte. A principios de los años treinta empezó a impartir clases sobre marxismo en la antigua escuela del Partido Comunista, situada en la calle 12 de Manhattan. En 1931, el Partido Comunista lo envió a estudiar a la Escuela Lenin de la Unión Soviética. A su regreso, trabajó a tiempo completo como responsable del departamento del Partido encargado de las nuevas afiliaciones y los lideres veteranos. A principios de los años cincuenta, cuando su mundo y su posición en el mismo habían cambiado de forma radical, empezó a dar clase a grupos de militantes del Partido, que acudían puntualmente a casa y se sentaban en nuestro salón a discutir sobre la actualidad y evaluar los cambios políticos del momento, que se sucedían a gran velocidad. Siempre a través de libros, «debates» y esporádicas lecciones, trasmitió sus enseñanzas a sus hijas, sobrinos o cualquier otro niño comunista de su entorno que mostrara algún interés. También escribió artículos y ensayos sobre ideales y estrategias políticas, así como sobre la lucha contra el fascismo durante la guerra civil española. Mi andadura como escritora y profesora la debo, en parte, a su legado. Durante todos estos años, he podido escuchar la voz de mi padre haciéndome preguntas, defendiendo sus convicciones y buscando las palabras justas para explicar cualquier cosa.

«¡Mi sangre corre por vuestras venas!», nos gritaba de niñas para recalcar lo mucho que nos quería, y también cuando se enfadaba. casi siempre conmigo, por alguna rebelión demasiado alejada de sus principios como para poder tolerarla. Ahora siento que su sangre, ciertamente, corre por mis venas, y puedo palpar su material genético cargado de energía.

Al empezar este relato oigo su voz recordándome que nadie escapa a las fuerzas con que la historia nos va modelando. Durante muchos años estuve formándome hasta convertirme, yo también, en profesora. Quería que mis alumnos se dieran cuenta del modo en que nuestras voces individuales, así como nuestros silencios, se reflejan en la historia, que recoge las voces y los silencios en toda su amplitud. Al empezar a escribir este relato sobre mi padre, soy testigo de cómo mis hijos, que también son docentes en diversos ámbitos profesionales, toman las riendas de su crecimiento y trabajo con las mismas preguntas y los mismos principios. Al parecer, la sangre sigue corriendo.

Creo que todo este aprendizaje empezó gracias a las cenas de los domingos, cuando de niña veía cómo las chuletas de cordero a la brasa y el inevitable pollo guisado quedaban relegados frente a las conversaciones acerca de las desigualdades, sobre todo las de clase, aunque mi padre nunca usó esa palabra delante de nosotras cuando

éramos jóvenes. Él siempre hablaba de los obreros, palabra que incluía a los negros y las mujeres —la «cuestión femenina» siempre fue objeto de las discusiones políticas más serias que surgían por entonces—, nuestra gente, las personas por cuyas vidas e intereses nunca podríamos dejar de preocuparnos.

Aun así, no siempre fui una ardiente seguidora de las opiniones y el ejemplo de mi padre. Llegué a rebelarme contra él y sus creencias con más intensidad, si cabe, que cualquier otra adolescente. En la escuela secundaria, donde me especialicé en pintura y escultura dentro de lo que, por entonces, constituía el bachillerato artístico, encontré una serie de ideas que reflejaban algo que yo siempre había sentido, pero nunca había sido capaz de expresar en toda su amplitud: las complejas realidades situadas bajo la percepción consciente y la apariencia. En la universidad trabé amistad con un grupo de literatos y poetas muy influidos por la teoría freudiana del inconsciente y el modo en que esta podía aplicarse a nuestra intimidad e ¡luminar la literatura que, en aquella época, leíamos o planeábamos escribir algún día. En palabras de Toni Morrison, me enamoré del «relato profundo» y, a los dieciocho años, me embarqué en un largo y ortodoxo psicoanálisis que me brindó la posibilidad de liberar mi interior. Aunque a mi modo de ver, dicha posibilidad no se oponía a la elegida por mi padre, ambos nos enzarzamos así en una de nuestras muchas batallas, que se prolongaría con el paso de los años.

*

Hace poco fui a pasar el día en una punta de Long Island, a la orilla de una bahía en calma donde, en los días claros, puede divisarse la tierra a varios kilómetros: los árboles, las colinas, el faro o algún barco que se acerca. El color y la forma cambiaban de un modo espectacular según el ángulo con que reflejaban el sol. Al atardecer, una increíble luz bañaba esa parte de la playa y el cielo, rayado de tonos rosas y dorados, prestaba unos impresionantes brillos a las corrientes de agua, de tal forma que estas parecían adquirir una forma triangular, como si fueran estrellas. En ese momento pensé que ambas visiones, la claridad de la primera y la luminosa creación de la segunda, eran tan necesarias como reales.

Cuando evoco las vistas que contemplé aquella vez en la bahía, y pienso en la necesidad de mantener una perspectiva realista a la vez que una imaginación iluminada, me pregunto acerca de lo que Christa Wolf llamó una vez «la forma de la conciencia». La violencia se propaga por toda la tierra en un momento en que miles de iraquíes, sirios, nigerianos, afroamericanos y latinoamericanos de nuestras ciudades, estadounidenses de toda clase y condición, incluidos los

niños, aparecen asesinados, se quedan sin casa, van a la cárcel y sufren pérdidas terribles. En la parte norte de la ciudad, cerca de donde me encuentro ahora escribiendo, mi hijo dirige una organización en Harlem que se ocupa de las necesidades académicas, emocionales, éticas y legales los niños y jóvenes.[2] De no ser por este tipo de organizaciones no gubernamentales, todos ellos quedarían irremisiblemente olvidados por una sociedad que nunca hasta ahora había sido tan rica, poderosa y llena de posibilidades. Mis pensamientos me llevan de nuevo hasta mi padre, el comunista, y su concepción de la libertad humana, cuyos orígenes y contornos siempre fueron para él sociales y económicos, y aun así, de no haber contado también con un ideal imaginario, dicha concepción se habría desvanecido enseguida.

Su pasión se consagraba al mundo y a sus gentes. Desde sus primeros años en la tierra que lo vio nacer, dedicó su vida a la justicia, la igualdad humana, la dignidad, tal y como él habría dicho, por la cual arriesgó su vida y reputación. Sin embargo, su pasión más inmediata y que luego resultó la más absorbente, sobre todo tras la muerte de su mujer, fueron sus dos hijas.

Hará cosa de un año tuve una serie de fantasías y sueños recurrentes y espontáneos en los que cruzaba un puente sobre un río tan ancho como el Hudson, que discurre solo a unas cuantas manzanas de mi casa. En esas ensoñaciones, alguien se me acercaba desde la otra orilla, a veces envuelto en una vaga nube de niebla, y otras tan nítido como la ciudad en una tarde clara y fría de invierno: era mi padre.

Me adentro en este relato como en territorio desconocido, aunque traté con mi padre el tiempo suficiente como para llegar a conocerlo bien —a diferencia de mi madre, que murió cuando yo tenía siete años —, pese a los largos años de idealización y rabia que todos guardamos a nuestros padres, criticados con vehemencia tan fácilmente. Lo conocí de muchas formas en que no llegué a conocerla a ella: me sé casi todos sus relatos, o al menos tantos como para contar con una buena perspectiva de sus setenta años de historia y poder intuir, con una cierta seguridad, la manera de rellenar las lagunas. Conocí el poder de su lenguaje y su capacidad de análisis, las rachas de depresión que lo persiguieron durante años, su amor por las historias y los libros, la facilidad con que era presa de los nervios y la ansiedad. Los domingos por la noche entraba en nuestra habitación, se sentaba en una de las camas y empezaba a tamborilear en cualquier superficie a mano, uno de los muchos movimientos con que mostraba su ansiedad. Mi hermana y yo le decíamos que algo empezaba a treparle. «Pues sí, ya empieza a trepar», y los tres sonreíamos a modo de reconocimiento. Por entonces, ninguna de las dos teníamos la menor idea de que estaba anticipando una vana búsqueda semanal de trabajo

que se prolongó durante años una vez concluido su liderazgo en el Partido Comunista.

Cada mañana salía, siempre vestido con su traje bien planchado de color azul marino, corbata a rayas azules y rojas o estampada azul y gris, bien anudada sobre la camisa recién lavada y planchada, azul claro pero a veces blanca, para encaminarse a… ¿dónde? Nos pasamos años sin saberlo, y tampoco preguntamos. Seguramente se dedicaba a caminar por la ciudad, se paraba aquí o allá a comer un bocadillo, pasaba por la biblioteca. Quizá —al menos así lo espero— se animaba a visitar a algún antiguo camarada en situación similar a la suya, perdido como él sin el Partido, incapaz de trabajar o de formarse. «¿Qué queríais que pusiera en el currículum cuando me preguntaran por mi experiencia? —nos preguntó mucho después, cuando ya fuimos mayores para entenderlo—. Durante las últimas décadas he trabajado coordinando y dirigiendo varias secciones del Partido Comunista de Estados Unidos… ¿Y qué hay de su formación? Terminé quinto de primaria en Kishinev, Rusia».

*

Ahora que ya he cumplido sesenta y ocho años, la edad que tenía él cuando murió, sé muy bien que, cuando nos ponemos a recordar o adoptamos un punto de vista determinado, no existe el don de la seguridad absoluta. Pero a veces, y en cierto modo, sí logramos encontrar una sensación de solidez y claridad, como si llegáramos a un sitio familiar que pudiéramos reconocer para pensar: «Sí, sé lo que ocurrió aquí, sé quién es él o ella. O quién fue». Incluso: «Sé quién soy, quién fui y en quién me he convertido». Soy abuela, hija de un inmigrante ruso judío y comunista, madre de dos hijos negros y, desde hace unos cuarenta y cinco años, mujer de un hombre afroamericano, y todo ello ha conformado mi conciencia y mis percepciones.

Sin embargo, solo recientemente he conseguido darme cuenta de las profundas similitudes que me unen con mi padre, de las virtudes y los defectos que compartimos y que yo me empeñaba en asumir como hondas diferencias («¡Por lo menos no soy como él! ¡Yo nunca le haría una cosa así a mis hijos!»). También conozco la verdad opuesta, es decir, lo distinta que soy de él, lo distintos que podemos ser de nuestros seres más queridos y cercanos —un marido con el que llevo casada casi cincuenta años, dos hombres que hace tiempo eran mis niños—.

Lo distinta que soy de mi padre.

Lo mucho que, al final, sé que me parezco a él.

*

Cuando me puse a trabajar en este libro me pregunté: ¿Voy a atreverme a llegar al meollo a través de la escritura? ¿Qué debo tratar de recordar? ¿Cuántos viejos cuadernos rescato de la polvorienta estantería para releerlos? ¿Cuál es el fin último de esta búsqueda, esta investigación, y cómo voy a ser capaz de combinar la mezcla de imaginación, registros históricos y recuerdos personales? ¿Dónde me llevará todo eso? ¿Qué significa realmente esa expresión de la infancia? ¿Cómo capturar mediante palabras los tonos de un hombre cuya voz, pese a llevar tanto tiempo muerto, guardo tan nítidamente como la voz real de mi marido o la de un amigo con el que hablo a diario? Sus palabras oscilan desde lo que ahora suena como retórica simplificada, pero antes constituía un vocabulario revolucionario definitorio de una ideología que prometía salvar el mundo, hasta el más desnudo grito de dolor desenmascarado y escupido a través del sonido de las canciones y sus letras en inglés, ruso y yidis, memorizadas con exactitud porque se ajustaban perfectamente a sus emociones, a menudo desbordantes; hasta los gritos de crítica despectiva; hasta la risa tan explosiva que generaba secreciones derramadas de los ojos y la boca y limpiados de inmediato con un pañuelo de algodón blanco extraído del bolsillo y luego apretado, enrollado y desenrollado compulsivamente en el puño mientras hablaba; hasta el amor que declaraba tantas veces a sus hijas y los sacrificios que realizaba por ambas, y que no hacían sino confirmar sus ardientes palabras.

Mi padre. Quizá podría reducir esta historia suya, mía y nuestra hasta el meollo si sus huesos no fueran polvo, incinerados hace muchos años. Yo misma los enterré al lado de la tumba de mi madre y su hermano, que reposan juntos en un enorme y algo apabullante cementerio de Long Island, Nueva York. Ambas tumbas llevan mucho tiempo descuidadas y cubiertas de hierbas.

Escribí un relato sobre aquel entierro provisional y ya tan lejano titulado «Forgiveness»[3] [Perdonar], y creo que sí, lo perdoné entonces, a mis veintiocho años, con un hijo de dos a quien adorar y un recién estrenado marido a quien amar. Entonces todo parecía posible. ¿Por qué no también el perdón? Y el olvido. Eso también.

Ahora vuelvo a pensar en él a diario, en el padre al que quise y admiré, el padre con quien tanto me enfurecí y cuyas opiniones tantas veces le recriminé; uno de los hombres de mi vida —llena de hombres queridos, poderosos, adorables y a veces íntimidatorios— que tanto y tan irremediablemente me influyeron.

Por supuesto, no se trata solo de una cuestión de edad. Durante muchos años ha estado yendo y viniendo; un tiempo fuera de mi vista

y de mi mente para luego, de repente, acudir de nuevo y gritar, darme lecciones, susurrarme su amor, cantar viejas nanas rusas y canciones protesta, encender mis sueños y mis pesadillas. Todos estos años ha seguido vivo, acurrucado en una habitación vacía y abandonada, mientras yo lo descuidaba, olvidaba, le infligía algún castigo y conseguía escapar; o bien se quedaba derramando aquellas abundantes lágrimas rusas, sollozando con el rostro entre sus manos grandes, fuertes, pálidas, tan nudosas y bellas; o me sonreía con suficiencia después de pelearnos por mi novio de tumo, por un principio o una realidad política que yo no conseguía entender. En esos momentos, su vulnerabilidad cálida y libre de pudor se revela al atraerme hacia sí, mientras me llama cariño o ketzeleh[4], y los dos nos sentimos, por un instante, despojados de nuestra indignación y rectitud. Él murmura algo en yidis o en ruso y yo puedo oír su risa.

Hace poco lo busqué en Google.

Si se enterara, pensaría que su insensata hija se ha vuelto loca definitivamente. Él murió antes de que llegaran los contestadores automáticos, la televisión por cable, los móviles, los ordenadores de todo tipo con sus misteriosos y diligentes mecanismos. Pues ahí estaba, en la Wikipedia, liderando una huelga en Baltimore con su amigo de toda la vida, Joe Carlson.

Así que la voz sigue acudiendo. Por ahora.

PRIMERA PARTE

PRINCIPIOS

Los memorialistas (…) en realidad no quieren «contar una historia». Quieren contarlo todo: el conjunto de la experiencia personal y también la conciencia misma. Eso incluye una historia, así como el universo entero en expansión de sensaciones y pensamientos que fluye más allá de los confines de la narrativa y demuestra que cada una de nuestras vidas no es simplemente un verso suelto de la historia, sino un pedazo de cosmos que gira y corre a raudales hacia el gran e incomprensible patrón de la existencia. Los memorialistas desean contar su alma, no su historia…
Yo podría contarte historias, si las historias pudieran contar lo que tengo dentro de mi.

Patricia Hampl, I Could Tell You Stories

I

Al principio había una hija de comunistas estadounidenses que aprendió a decir que papá no estaba en casa cada vez que los agentes del FBI llamaban a la puerta —a veces, por tanto, estaba permitido mentir—, y gritaba a los otros niños de la escuela primaria que los trabajadores del mundo se unirían, los barrenderos eran tan dignos como los médicos y los negros eran igual que nosotros, los blancos, y merecían la igualdad. Entonces, los niños americanos normales y corrientes nos contestaban a gritos que volviéramos a Rusia.

*

Al principio, como una sombra que eclipsaba incluso a la política, que era nuestra fe, nuestra vida, había una niña que se quedó sin madre a los siete años, hija de un padre adorado, pero a veces profundamente deprimido cuya vida, de 1949 a 1951, destrozaron una serie de pérdidas de las que, en cierto modo, nunca llegaría a recuperarse.

*

Al principio estaba el sentido de ser judío en la cultura yidis del mundo antiguo. Un principio en un mundo de principios y, por ello, primero fue una historia de principios. También hubo medios y finales, claro, pero vinieron más tarde. Por ahora, el principio parece dominarlo, incluso devorarlo todo.

*

Estamos en 2014. Tengo setenta años y soy un año mayor que mi padre antes de morir, quizá dos, puesto que los nacimientos nunca fueron muy exactos en su tierra. Estamos en marzo, pero parece enero; todo es tan glacial que las aceras amanecen sembradas de montones de nieve dura y apilada, así que salir del coche de mi marido en Battery Park City y ayudar a mi suegra en el asiento de atrás, que

tiene noventa años, se convierte en un gran desafío de equilibrio. Hemos venido a visitar el Museo del Legado Judío de Nueva York por mí, porque en uno de los principios de la historia de mí padre y yo estaba el sentido de ser judíos: judíos hasta la médula, aunque seculares a mucha honra, inmersos en una cultura que hablaba bien alto, a través de los sonidos y tonos tan emocionales del yidis. Nunca aprendí esa lengua, a excepción de unas cuantas expresiones y palabras sueltas que aún hoy, de algún modo, sigo considerando parte de mi lengua materna, a pesar de que era la lengua de mi padre y no de mi madre, que nació en América y no hablaba yidis.

Mi marido afroamericano, tras haberse casado con una judía y convivir con una familia judía durante casi cincuenta años, también es ya una especie de judío que ha conducido el Séder de la Pascua, ha encendido las velas de la Janucá, ha asistido a incontables bat y bar mitzvahs y, en general, profesa un profundo amor —a veces mayor que el mío— por los aspectos y rituales de la vida secular y familiar judía. Aun así, para él este viaje al museo en un domingo gélido con previsión de otra tormenta por la tarde constituye un amable acto de generosidad, de los que suele hacer gala a menudo. Me acompaña hasta aquí para que pueda sentir el suelo fértil de mi legado y completar la escritura de este libro, tarea que, para mi sorpresa y por varios motivos, se revela mucho más peligrosa —y a veces roza lo insalvable— de lo que imaginé cuando tuve la idea y me asaltó el primer impulso. En cuanto a su madre, mi suegra, y también una buena amiga, este viaje simplemente cubre la necesidad de salir de casa durante un invierno gélido, en un momento en que su milagrosa energía y su ya legendaria agudeza mental empiezan a desvanecerse.

De modo que, al salir del coche, nos adentramos en el museo, mayor de lo que esperaba. Para cuando salimos, solo hemos visitado la exposición «La vida judía de hace un siglo: 1880-1930». A causa del cansancio, y quizá también de otras resistencias más profundas y molestas, no hemos visto la planta que muestra los años del Holocausto y la reparación, posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

En todo caso, la planta que me fascina es la consagrada a la cultura yidis, que expone fotos, películas y una interesante yuxtaposición de voces que componen un discurso sobre los puntos de vista judíos acerca del futuro de los judíos, alternando las distintas filosofías representativas de la ortodoxia, el sionismo, el socialismo o el liberalismo; ideas, todas ellas, que tuvieron una gran influencia en mi padre y, por tanto, en mí misma. La exposición consigue devolverme, a través del pensamiento y la emoción, a una infancia en que las expresiones, comidas y actitudes yidis, así como su característico humor, dominaban mi vida por entero. A veces todo eso ocurría en la cocina y el salón, sobre todo tras la muerte de mi madre, y aún más

durante los fines de semana que pasábamos en Filadelfia, donde las hermanas de mi padre y sus familias, vestigios del viejo continente, seguían viviendo desde que emigraron de Kishinev, entonces capital de Besarabia, provincia de Rusia, llamada ahora, en el siglo xxi, Chisináu, capital de la República de Moldavia.

Ese sonido del mundo de Kishinev, tan vivido en los recuerdos de mi padre, entretejido con imágenes que surgen y se desvanecen. se apodera de mi imaginación mediante una sola palabra, Kishinev. Puedo oírla en el sonido de su voz, con su tono y acento, semejante al que Tevye exhibía en el escenario al cantar Anatevka, oración melódica y compendio de imágenes que describían e iluminaban la nostalgia y el amor por el hogar perdido. Nacido aproximadamente en julio de 1902, mi padre era muy pequeño cuando tuvieron lugar los infames pogromos de 1903 y 1905, y seguramente creció escuchando a los vecinos y amigos hablar de sus terribles experiencias y miedos persistentes, de sus planes para emigrar y poder escapar así del creciente y violento antisemitismo que empezaba a dominar su mundo. Debió de escuchar muchas historias de asesinatos, desmembramientos y violaciones antes de que sus hermanos mayores se marcharan para empezar una nueva vida en el nuevo mundo. Cuando nos llevó a ver el famoso musical El violinista en el tejado, debió de sentirse embargado por una mezcla de sentimientos, recuerdos y pensamientos de toda clase. Lloró y rio hasta que asomaron los fluidos de su fácil y notoria transpiración, y tuvo que sacar el ubicuo pañuelo blanco para enjugarse los ojos y secarse las mejillas.

Rose, la mujer que nos cuidó tras la muerte de nuestra madre, nos había enseñado a mi hermana y a mí a plancharle los pañuelos. Primero se planchaba el cuadrado entero, luego se doblaba en tres partes largas y se planchaban los pliegues, luego otras tres dobleces y se volvían a planchar los pliegues hasta añadir el pañuelo doblado al prolijo montón del cajón lateral del escritorio de caoba, el mismo donde mi madre metía sus cosas en vida: pañuelos floreados, violetas y pequeñas rosas artificiales. Con todo eso decoraba su armario profesional y exclusivo, donde guardaba los pulcros trajes de chaqueta oscuros, elegantes vestidos y largos abrigos de piel que se ponía para ir a trabajar. Era una «importante jefa de compras del departamento de bolsos de Macy's», puesto con el que mantenía a la familia mientras mi padre se consagraba por entero a su cargo oficial en el Partido Comunista. Seguramente ese cajón contenía muchas otras cosas, pero como han pasado más de sesenta años y el tiempo va diluyendo la memoria, ya no recuerdo qué más había guardado en las profundidades de aquel cajón, que parecía preservar su misterio por más que me dedicara a rebuscar en el interior. Sí recuerdo, en cambio,

la risa y el llanto de mi padre cuando Tevye se marchaba de Anatevka y las familias empujaban viejos carros atestados con todo aquello que podían empacar y transportar; los gritos que daba, algo así como oy, oy, oy, y también otras palabras que estoy segura de haber olvidado, no así el nombre de Kishinev, uno de los lugares donde me siento en casa, a pesar de no haberlo pisado jamás.

*

En el Museo del Legado Judío, entre las numerosas películas antiguas que iluminan con luz suave y grisácea las oscuras galerías. hay una en que cinco ancianas aparecen en fila, cantando de pie. Seguramente son más jóvenes que yo ahora, pero también más recias y más pobres. Un pañuelo estampado les cubre la cabeza, calzan mocasines negros con lacito y tacón, y los abrigos de paño no les cubren los vestidos, cuyos bajos cuelgan por encima de las gruesas pantorrillas, envueltas en las mismas bastas medias de algodón tostado que llevaba mi abuela. ¿Y qué es lo que cantan? Una canción que resurge de las grietas más profundas de mi memoria, de las capas más antiguas de mi mente, y que llevaba tantos años sin recordar Tumbaialaika, cantan esas palabras cuyos significados me resultan tan ignotos como a mi marido o mi suegra, palabras que se repiten una y otra vez:

> Túmbala túmbala tumbalalaika
> túmbala túmbala tumbalalaika
> tumbalalaika shpiel balalaika
> tumbalalaika freylach zoi zayn.

Al poco rato decidimos marcharnos de allí, pues tenemos mucha hambre y pocas ganas de ver la devastación que ofrece la planta dedicada al Holocausto. No es por timidez o por un deseo de amnesia histórica, ya que los tres somos ávidos lectores y testigos, cuando no partícipes, de la historia, incluyendo varias partes que implican crueldades increíbles y que mi padre tachaba de «inhumanidades del hombre para con el nombre». Sencillamente, estamos cansados y deseosos de un café y algo para picar, así que hacemos una parada en la cafetería. Está extrañamente vacía y no hay gran cosa para comer, pero pedimos café y unas patatas fritas y nos sentamos junto al ancho ventanal, desde donde se divisa la Estatua de la Libertad en medio del puerto brumoso y gris. El camarero latino desaparece y, al cabo de unos minutos, una dienta blanca grita a mi marido: «¿Nos atiendes?», pese a que él está sentado con otras personas y lleva el abrigo puesto sobre los hombros. Dougias desvía la mirada y ella también, y

entonces nos encaminamos hacia el coche.

*

Esa misma noche, ya tarde, con las luces apagadas, cuando creo empezar a sumergirme en el ansiado sueño, de repente acuden a mí las palabras de los versos de Tumbalalaika, tan audibles como si alguien estuviera cantando en voz alta, y antes de darme cuenta estoy completamente despierta y ese alguien que canta soy yo.

Shteyt a bocher shteyt un tracht,
tracht un tracht a gantze nacht,
vemen tsu nemin un nit far shemen,
vemin tsu nemin un nit far shemen

Y al repetir el estribillo, viene más:

Meydl, meydl, ch'vel bay dirfregen,
vos kan vaksn, vaksn on regn,
vos kon Drenen un nit oyfhern,
vos kon benkn, veynen on treren.

De nuevo el estribillo, y entonces repito la canción entera, sorprendida y fascinada por las palabras que afloran de repente, un lenguaje cantado que no alcanzo a comprender, y cuyo significado solo me será dado al día siguiente, cuando encuentre la traducción en internet. Es una canción de amor: ¿Qué puede crecer sin lluvia?; y de congoja: ¿Qué puede llorar sin lágrimas? Toca la melodía en la balalaica. Pero esa noche siento algo extraño, como si estuviera cantando en mi lengua materna y, de algún modo, creyera conocer la música y el sonido de las palabras mejor que la lengua inglesa, a la que amo con todo mi corazón, pues constituye la substancia de mi trabajo y un ámbito fundamental de mi identidad vital. Y a pesar de todo, ahí sigo, en la cama, cantando en yidis mientras siento que sí, que soy yo. Cuando me quedo en silencio, otro pensamiento cruza mi mente, que yo creía ya dispuesto a borrarse, o al menos atenuarse ante la proximidad del sueño. Entonces empiezo a recopilar lugares en voz alta otra vez.

—¿Qué haces? —me pregunta mi marido.

—Una lista de lugares —respondo, porque pienso que todos esos nombres son lugares que conforman los relatos y mitos de mi vida, lugares que podrán dar forma a este libro, a veces tan escurridizo, sobre la vida y la voz de mi padre, porque su vida, su voz y sus lugares, del mismo modo que sus palabras, se cruzan con los míos.

Museo del Legado Judío
isla Ellis
Kishinev
Avenida Greenwich número 30, Nueva York
Strawberry Mansión, norte de Filadelfia

Penitenciaría Estatal del Distrito Este de Pensilvania, donde cumplió parte de la condena a la que fue sentenciado por acto de sedición (de dos a cuatro años) por «intentar derrocar al gobierno del Estado de Pensilvania».

Barcelona, Albacete y los Pirineos, que atravesó a pie. La España de los años treinta, la batalla contra los fascistas de Franco: Madrid, que visité en 2013 para tratar de imaginar sus preciosas calles y anchas avenidas dominadas por los gritos y tiroteos, tal como aparecen hoy en día los barrios sirios, afganos e iraquíes.

El buque de vapor Kroonland, donde embarcó junto a sus padres y su hermana en Bélgica o Cherburgo rumbo a Nueva York.

El juzgado de Foley Square de Nueva York ante el que, junto a otros interrogados, se negó a dar los nombres que el Comité Antiamericano —así lo llamábamos— de la Cámara de Representantes de Estados Unidos les requería.

La infinita nación rusa, entonces Unión Soviética, tan infinitamente desconocida para mí como acogedora y familiar para él.

Y los lugares de los libros,
los documentos,
las cartas.

y de mi imaginación, cuando trato de hallar palabras para describir sonidos, colores y formas, experiencias e historia, y me doy cuenta de que todo ello requiere mucho más valor y esfuerzo que si hubiera, simplemente, formulado las preguntas acertadas y escuchado sus minuciosas respuestas, las reflexiones que me brindó cuando aún estaba vivo. A veces oigo su voz y sus frases —quizá son recuerdos reales, quizá las he creado por alguna necesidad o deseo propios—:

Amaba a mi madre. Hasta los cinco años, siempre me vestía de niña. Yo tenía el pelo largo y rizado. Quizá fue hasta los cinco años. Era lo que se hacía en mi país. Los niños parecían niñas hasta que ya estaban preparados para separarse de sus madres. No sé por qué, pero estoy seguro de que mi hija tendrá una teoría al respecto, cuando no un diagnóstico.

Cariño, en mi tierra unos eran ricos y otros, pobres; unos eran judíos y otros, cristianos, pero no había neuróticos.

Decía cosas como esas para provocarme, ya que al cumplir los dieciocho años empecé a interesarme por el psicoanálisis, cuyas

teorías y prácticas mi padre contemplaba con desdén. Sin embargo, las cosas se pusieron a mi favor gracias a las compañeras de mi madre en Macy's, un sitio donde ella disfrutaba de lo que hoy llamaríamos «un buen trabajo», sin dejar por ello de acompañar a su marido y apoyarlo en sus crecientes tareas para el Partido Comunista —aun así, su trabajo era su ocupación principal, a la vez que una forma de compensar el sueldo de mi padre en el Partido, que recuerdo perfectamente que ascendía a veinticinco dólares semanales—. Así. estas altas ejecutivas, que habían sido sus jefas, nos dejaron a mi hermana y a mí una herencia: quinientos dólares anuales durante cuatro años, cantidad que supuestamente nos permitiría ir a la universidad. Como yo finalmente me matriculé en la universidad pública, que por entonces era gratuita para todos los residentes en Nueva York, pude usar mi dinero para embarcarme en cuatro turbulentos y sanadores años de psicoanálisis de diván, una decisión que mi padre encajó con el respeto suficiente para no cuestionarlo pese a su evidente desaprobación. Así fue como Freud y Marx entraron a formar parte de mi aprendizaje educativo, aunque a ninguno lo amé y estudié con tanta pasión como a los poetas y novelistas británicos y estadounidenses que leía en clase. Pese a todo, el sentido último de aquella que fui y que soy, que no llegó a ser ni psicoanalista ni activista revolucionaria, nace de la unión de esos dos pensadores emblemáticos, del mismo modo que mí cabeza está llena de los sonidos y la música de las palabras y expresiones yidis que nunca alcanzo a comprender del todo.

II

Después de muchos años de océanos y lagunas, ahora fluyen ríos por mis sueños. Los océanos parecen infinitos, vastos mundos acuáticos de mareas cambiantes, bajas y luego altas, en calma y luego furiosas. El suelo del océano está lleno de vida y sumido en la oscuridad. Como el inconsciente, parece insondable de no ser por los trajes y aparejos especiales, peligrosos a menos que los tengamos bien amarrados para volver a la superficie. Los ríos, en cambio, son navegables y tienen puentes: subterráneos, pasarelas. bellos puentes peatonales que atraviesan el Sena en París, largos puentes que cruzan los ríos Hudson y Este de Nueva York.

Mientras evoco los ríos que aparecen en mis sueños, estoy sentada en un café cualquiera y escribo en un bello y anticuado cuaderno de piel que mi hijo Adam me regaló por mi setenta cumpleaños, y recuerdo «como si fuera ayer» las palabras tan claras que sonaron en mi cabeza —y que nadie más que yo pudo oír—, las instrucciones que me di a mí misma el día en que supe que había muerto mi madre. En 1951 yo tenía siete años. Se trata de uno de mis recuerdos más vividos, nunca borrado o modificado hasta el momento, siempre a mano, como una melodía grabada en un equipo de música que escuchamos con frecuencia. Lo único que debo hacer es apretar un botón, encender un interruptor y ahí está, el fuerte sonido de mi voz en la cabeza, silencioso para el resto del mundo; la mente de una niña dándose instrucciones una vez que su realidad ha cambiado para siempre.

Aunque durante casi un año supe que ella iba a morir, cuando ocurrió me sentí tan aturdida como mi padre, mi tía, mi abuela y nuestra cuidadora, que también fue la enfermera de mi madre conforme iba encogiéndose en su enorme cama blanca hasta quedar reducida a una escualidez casi vacía. Todos ellos me mintieron u ordenaron guardar silencio en un susurro como un grito para que nunca pronunciara esas palabras —se va a morir—, ni siquiera en forma de pregunta —¿Se va a morir?—. Yo vi cómo se iba muriendo y sabía que se estaba muriendo, y cuando murió me quedé aturdida, como siempre que fallece alguien cercano, por mucho que sepamos

que va a llegar ese momento, incluso aunque empecemos a desearlo para poner fin al sufrimiento incurable y sin sentido, el suyo y el nuestro. Creo que esa sensación de aturdimiento surge al contemplar la alteración final, la realidad que suavizamos y convertimos en otra cosa incluso después de habernos acercado a la muerte, a los cadáveres de los seres queridos. para poder estar lo más cerca posible de ellos. Esa es la realidad final. El cuerpo está ahí, pero la persona ya se ha ido. Resulta evidente, claro e innegable. Si el alma o espíritu está en algún otro lugar, tal y como esperamos, si la voz querida permanece en nuestra mente, entonces ese espíritu, o alma, o voz no está donde siempre ha estado, en el cuerpo tan querido y familiar que ahora ha quedado atrás, literalmente, y es otra cosa. Se trata de un final imposible de comprender, que también es un principio.

Me veo a mí misma en nuestra amplia cocina, traspasando el arco para dirigirme al salón contiguo. Llego a una de las dos ventanas que dan a la avenida Greenwich y contemplo una imagen que acompañará a estas palabras:

«Ahora tienes que conseguir que tu padre te quiera».

Esas son las palabras que resuenan en mi mente, entonces y ahora, y surgen desde algún sitio desconocido a la vez que familiar, como si alguien más me estuviera hablando al tiempo que mi propia voz. Quizá antes de que ella muriera yo ya había adquirido el hábito, que me acompañaría toda la vida, de separar las voces simultáneas de mi mente, aunque durante mucho tiempo creí que fue ese día cuando mi voz se separó en dos, el día en que ella murió. Entonces se esfumaron como el humo todos los meses poblados de negaciones de los adultos, igual que una vela largamente consumida, y supe, quizá por primera vez en mi vida, que mis percepciones y pensamientos, aunque fueran negados por aquellos que merecían mi amor y confianza, a veces constituían un preciso reflejo de cuanto observaba y sentía en el mundo que me rodeaba. Eso también fue parte de la sacudida.

Pese a la negación de todos los adultos de quienes dependía, yo tenía razón, mi intuición era verdad, y eso me dejó sola y aislada de un modo que creo que ningún niño es capaz de tolerar a menos que encuentre una forma de transformar esa sensación de soledad y abandono en algo distinto.

Yo la transformé en imágenes y palabras. Mi madre tenía buen gusto y se le daba bien el dibujo. Nos enseñó a mi hermana y a mí a esbozar escenas y rostros, como hacía ella, y le encantaba decorar nuestra casa con colores y estampados que aún soy capaz de ver tan claramente como los que tengo en mi casa, que también me encanta decorar.

Mi padre siempre estaba leyendo libros de historia, ficción, teoría política o poesía. Mi padre amaba las palabras.

Y ahora vuelvo a preguntarme por las palabras que me rondaban en la memoria, y cómo esta puede abrirse cual telón de un escenario para revelar experiencias, sentimientos vagos y vacilantes a veces ocultos durante décadas que van regresando, de repente, a medida que nos acercamos a la vejez.

Mi suegra conserva intacta la memoria de su juventud, muchos detalles e impresiones, incluso diálogos enteros que se van desenrollando en su mente, como si escribiera la novela que ciertamente habría escrito si el mundo, el sur de Estados Unidos y, sobre todo, la historia racial de nuestro país se hubiera guiado por la justicia y la igualdad para llenar de oportunidades reales la fantasía americana, tan distinta del mundo tal y como era, tal y como es. Los detalles de su infancia, su temprano matrimonio, la comunidad de familias negras que vivía en las casas de Mitchell Wooten, un proyecto construido para las familias negras de Kinston (Carolina del Norte), donde se crio mi marido, el segundo hijo de Lois. A lo largo de los años, al calor de las conversaciones y experiencias compartidas, han aflorado todos esos retazos suyos de vida. Incluso la cultura yidis de los años treinta desencadenó sus propios recuerdos el día que acudimos al Museo Judío: largas faldas como las que llevaban sus abuelas, una antigua máquina Singer negra a pedal manual como la que usaba su madre para coser la ropa. Desde principios de los años treinta hasta finales de los sesenta, cuando emigró al norte siguiendo a sus hijos hasta Nueva York, los detalles de su infancia, juventud y primera edad adulta permanecen aún vividos y llenos de fuerza, aunque luego se le olviden las llaves o el monedero y me llame mil veces porque no recuerda una cita o necesita un número de teléfono, minucias cotidianas de toda clase.

*

No es que pretenda salirme por la tangente al deslizarme por la historia de la madre de mi marido. Casarme y entrar a formar parte de una familia afroamericana supuso un nuevo principio en mi vida. Lois conoció a mi padre un par de años antes de que muriera en 1971, cuando su primer nieto en común había cumplido dos años. Ambos lo querían mucho y se turnaban para cuidarlo durante el día, cuando mi marido y yo trabajábamos o estudiábamos. También se profesaban un gran cariño mutuo. Bill, el comunista maduro, cortés y gallardo a la antigua usanza, con un discurso salpicado de acento ruso y yidis, fruto de sus diecinueve años en su tierra, y Lois, la mujer negra del sur estadounidense, llena aún de juventud y magnetismo. Frederick, su marido, mi suegro, murió joven, a los cincuenta, cuando nosotros pensábamos que era viejo desde nuestra perspectiva, ingenua y

prometedora, de los treinta años recién cumplidos. Los relatos de mi padre y mi suegra están tan entretejidos con mi propia historia que no puedo hablar de uno sin mencionar a la otra. Cuando regreso al relato de mi padre, me suele asaltar el de la familia de mi marido, que lo cambia y determina de modos insospechados.

Mi comprensión del racismo en Estados Unidos y la historia afroamericana, tanto en mi familia como en el conjunto del país, empezó cuando me casé, en 1968, y ello cambió también la perspectiva que tenía de los comunistas americanos que conformaron la extensa familia de mi infancia. Mi matrimonio alteró, en efecto, la visión que tenía de mi padre, y creo que también lo cambió a él, que se convirtió en abuelo ruso de un niño negro; suegro de un hombre negro que, a los veinte años se había unido a los últimos coletazos de la Gran Migración afroamericana, y amigo y consuegro de una mujer negra, nieta de una esclava de Carolina

del Norte con la que compartiría, durante un par de breves años, al primer nieto, y luego vendría el segundo, pero eso él nunca llegó a saberlo.

La experiencia nos revela y transforma los recuerdos, aunque también puede distorsionarlos y petrificarlos. El recuerdo de mis propias palabras exhortándome a «obtener» de algún modo el amor de mi padre —Ahora tienes que conseguir que tu padre te quiera— siempre me ha parecido emblemático. Pero en los últimos años, tras releer antiguas cartas suyas, estudiar su historia como militante del Partido Comunista y su implicación en la guerra civil española, escribir poemas y relatos sobre él, explorar mis laberínticos sueños y latentes fantasías, revisar y reinterpretar mi propio relato a través de un largo proceso de psicoanálisis, he visto alterada la comprensión de esas palabras que me dije y, al parecer, he recordado con tanta precisión. No dudo que las palabras susurradas en aquel momento fueran reales, pero sí ha cambiado mi percepción de los motivos que me llevaron a decirlas.

*

Durante toda su vida, mi padre influyó en lo que yo pensaba y sentía a través de los libros que me daba a leer, las ideas que nunca se cansaba de difundir o la depresión contra la que nunca cesó de luchar. Para combatirla, cantaba canciones sobre el fracaso y la pérdida en inglés, ruso o yidis mientras recorría de un lado a otro la amplia cocina, estancia principal de nuestra casa, arriba y abajo, arriba y abajo, con su cálida voz, que se alejaba al volver la espalda y resurgía a medida que se acercaba a la puerta de nuestra habitación. Quizá pensaba que nosotras dos, sus hijas, ya estábamos dormidas, o quizá

esperaba que no, y ese era su modo de expresar el amor y el consuelo que necesitaba tanto como cualquier otro.

Recuerdo que una noche me levanté de la cama y me acerqué a hurtadillas para ponerme a caminar tras él. Me coloqué las manos detrás, tal y como estaban las suyas, observé sus anchos y huesudos nudillos intentando mantener el ritmo de su canto, e intenté acompasar mis cortos pasos a los suyos, tan largos. Odiaba tener que quedarme en la cama, despierta en la oscuridad, desesperada e impotente, escuchando sus sollozos envueltos en el canto.

Tras su muerte, mi padre ha seguido incitándome a cambiar e influyendo en todos nosotros, desde sus nietos ya adultos, tres hombres y una mujer de los que solo conoció al mayor, hasta el resto de miembros de nuestra extensa familia, incluyendo a mi suegra, que sin duda quedó gratamente sorprendida al conocer a aquel anciano blanco que acogía a la familia política de su hija con semejante calidez. Y también, obviamente, encantada por el indisimulado galanteo que se traía con ella, igual que con todas las mujeres guapas a las que conoció en su vida. Cuando quería coquetear, y Frederick estaba delante, decía lo bastante alto como para que todos pudiéramos oírlo:

—Venga, Lois, ¿por qué no dejamos al vejestorio de Freddie y nos largamos juntos?

—Ni se os ocurra. Como os vayáis, iré a buscaros con una pistola —respondía más o menos Frederick con una risita, cada vez más acostumbrado a la inesperada amistad que estaba forjando con un hombre blanco mayor que él. Y al final todos nos reíamos, hasta mi padre. Solo ahora, al cabo de tantos años, me pregunto si Frederick intentaba no pensar en esa historia llena de hombres blancos que se apoderaban por la fuerza de mujeres negras sustraídas a sus parejas, maridos o amantes negros; o si mi padre, claramente un extranjero a la vez que amigo, podía realmente salir airoso de una broma cuyo significado histórico o bien ignoraba, o bien había decidido ignorar. En todo caso, a mi suegra aún le hace gracia esta escena tantas veces relatada, y en su risa puedo oír los ritmos musicales del sur negro mezclados con el antiguo acento ruso que aún resuena en mi fuero interno.

En casa tengo una vieja planta que se las ha arreglado para sobrevivir durante los últimos cincuenta años. Perteneció a mi padre, regalo de su última esposa, y tras su muerte me la llevé del piso de Greenwich Village para traerla a mi casa, en el Upper West Side de Manhattan. Antes florecían dos preciosas azucenas rosadas cada año, casi siempre en primavera. Pero desde hace unos años, las hojas se han vuelto muy finas y de un color parduzco y ya no salen flores: solo al calor del verano, cuando la pongo en el balconcito y le da el sol de

la mañana, la magia de esa vida que le llega pese a todos los rascacielos que rodean ahora nuestro edificio la hace germinar de nuevo. Aunque ya no sale ninguna flor, sí que brotan anchas hojas de color verde oscuro que desbordan el viejo tiesto y se multiplican hasta que los escuálidos tallos del invierno se convierten en una especie de frondoso bosquecillo. Este año, cuando empezó la escarcha, la devolví al interior, tal y como hago siempre, esperando que las débiles hojas sobrevivieran otro invierno. A principios de noviembre, los largos y verdes tallos ya se estaban debilitando y pardeando otra vez, cubriendo cansinos el borde del viejo caldero de cobre que perteneció a la madre de mi madre, conservado en el viaje de la antigua Rusia a Nueva York, y que ahora contiene la planta que ha envejecido conmigo. Entonces, ya en diciembre, volvieron a asomar los duros brotes y las hojitas rosadas, tímidos pero inconfundibles a través del manto verde. Los estuve observando mientras los regaba, incluso les susurré palabras de aliento, pues quién sabe con certeza lo que cada forma de vida es capaz de incluir o excluir. Los brotes se abrieron y, en el mismo invierno en que empecé a escribir esto, echaron flores. No soy tan espiritual como para creer que se trata de un mensaje o algo más allá de un misterioso accidente climático. Pero es cierto que, al morir mi padre, cuando enterré sus cenizas en la tumba de mi madre, mezclé parte de ellas con la oscura y fértil tierra que cubría sus huesos, y traje la mezcla a casa para juntarla con la tierra del tiesto de esta planta.

SEGUNDA PARTE

UN AMERICANO

Además.
verán lo bello que soy
y se sentirán avergonzados.
Yo, también, soy América.

Langston Hughes, «Yo, también, canto América»

III

Ni las viejas maletas de piel gastada y llena de arañazos, o de gruesa tela estampada, ni los cestos trenzados con la tapa atada a una cuerda, ni los viejos arcones de madera, todos ellos apilados desordenadamente y a veces abandonados en medio del caos, pasaban inspección durante las oleadas de inmigración europea que llegaron a principios del siglo xx a Estados Unidos. Algunos de ellos se entregaban, muchos años después, a los descendientes de los padres o abuelos que los habían cargado desde sus países en los barcos donde cruzarían el Atlántico hasta llegar a América. Al entrar en la isla Ellis a principios del siglo xxi, contemplo impresionada la restauración llevada a cabo: han conservado los azulejos blancos originales del suelo, con sus grietas y manchas visibles, así como las lúgubres salas donde interrogaban a los inmigrantes, como mi padre y sus padres y su hermana, los examinaban sobre sus conocimientos básicos o los sometían a pruebas médicas físicas y mentales. Todo está como entonces, no hay intento alguno de distorsión romántica: es un museo, no un homenaje.

En el amplio vestíbulo donde seguramente la multitud esperaba su turno para entrar en las salas y verse sometidos a toda clase de evaluaciones, esperando y, sin duda, casi siempre rezando por ser admitidos en la tierra prometida, un suelo de mosaico rojo se extiende bajo un enorme techo abovedado. Hay bancos de piedra gris pálido dispuestos a cada lado que eran, supongo, para los primeros en llegar, los que podían sentarse mientras pasaban las horas, a veces días. Los pasajeros de tercera clase como Bill, entonces aún Itzrael, sus padres y su hermana probablemente esperaron muchos días metidos en los barcos, hasta que les llegó el turno de subir al ferry que los llevaría a la isla para entrar en el centro de inmigración. Tal vez se sentaron en estos mismos bancos, o esperaron de pie, justo donde estoy ahora. Soy una descendiente, pero también una turista más, y observo las cajas de cristal con antiguas fotografías, ajados libros de oraciones, amarillentas tarjetas sanitarias donde a veces puede leerse «apto». «Todos estábamos aterrorizados —leo en la página abierta de un diario escrito a mano en ruso y, al lado, una tarjeta con su traducción impresa—. Hombres uniformados. En Rusia aprendimos a tener miedo

de los uniformes».

Entonces vuelvo a ser consciente de todas las historias familiares perdidas, de la familia política que murió mucho tiempo atrás, de los primos que me quedan y apenas saben nada de sus propios padres. Hay una sala de audiencias donde los parientes ya instalados en el país podían declarar que los nuevos inmigrantes no iban a convertirse en «cargas para el Estado». ¿Acaso Rose y Leza, o sus maridos, Dave y Abe, acudieron a responder por los hermanos y padres que habían dejado atrás todo cuanto conocían para llegar a este nuevo exilio cargado de promesas? Hay una puerta al fondo de la sala de reconocimiento llamada «puerta de los besos», donde los recién llegados y los parientes ya instalados en el país podían, por fin, encontrarse y abrazarse, imagino a mi abuela, Sliva Lazarovitz, al ver a sus dos hijas mayores —Raisela y Eleza— después de tantos años, levantándose para abrazarlas y estrechar sus cuerpos entre sus brazos; o quizá conteniéndose como una madre exhausta y confusa frente a las dos jovencitas americanas, ya casadas y dispuestas a llevarla a un lugar llamado Filadelfia. ¿Cuánto sabrían ella y mi abuelo, mucho mayor aún, de la política revolucionaria en que estaban metidos sus dos hijos, del compromiso que, de un modo u otro, ambos mantendrían hasta su muerte? A uno lo tienen aquí, delante de sus narices, con solo diecinueve años y el pelo rubio largo después del largo viaje, el que los ha guiado desde Kishinev por toda Europa en tren, hasta un lejano lugar donde un enorme barco los ha traído a esta nueva vida llena de incertidumbre, pues sus obligaciones filiales han vencido su deseo de quedarse en casa pese a los cosacos, los pogromos y el antisemitismo que los rodeaban. El otro, Dios sabe dónde andará, quizá esté en camino para reunirse con ellos, quizá lleve años perdido o muerto. Itzrael e Itzaac, que pronto serán William e Isaac, y luego Bill y Buck.

Buck apareció al cabo de unos meses tras un viaje del que nunca habló a su familia y que lo llevaría de Kishinev a «Oriente», desde donde pasó a Canadá de algún modo y luego al sur, a Estados Unidos. Así pues, no existe más relato que un vago mito cuyos detalles brillan por su ausencia: El tío Buck llegó a Oriente desde Kishinev, cruzó el planeta hasta Canadá y de ahí bajó a Filadelfia. Para entonces, Bill ya trabajaba en una fábrica textil donde ganaba un exiguo sueldo con el que contribuía a los gastos de su cuñado David, propietario de una pequeña joyería delante de la casa donde vivía con mi tía en Strawberry Mansion, en aquella época un barrio judío al norte de Filadelfia.

*

«¡Filadelfia Norte!», aún puedo oír al conductor gritando nuestra parada en el tren con dirección sur que hemos tomado en Nueva York. Por la mañana temprano, mi padre, mi hermana y yo ya estamos en la estación de Pensilvania para emprender el viaje, siempre emocionante, hasta nuestra familia paterna. Hace muy poco que nuestra madre ha muerto, y mi hermana y yo esperamos sentadas encima de las maletas, tal y como mi padre nos indica, mientras él va a comprar los billetes a la ventanilla. En la estación nos quedamos absolutamente quietas, y él nos da la mano para llevarnos de un sitio a otro, nervioso entre la multitud, quizá también un poco asustado. Una vez en el tren, nos invaden la ilusión y el alivio ante esos asientos que pueden girarse para vemos las caras, y así podemos estar los tres juntos, y ninguna de las dos debe separarse de nuestro padre, nuestro peñón de Gibraltar, nuestro árbol de la vida pese a sus depresiones y las tristes canciones que invaden cada noche la casa. Nuestra madre está muerta, pero nosotras nos agarramos a él bien fuerte, con las manos y el alma.

En Filadelfia duermo en la litera de arriba, cedida por mi preciosa prima Shirley, que tiene dieciocho años y va a casarse muy pronto. Duermo bajo la suave colcha que ha hecho mi tío León, como lo llamamos nosotras, aunque todo el mundo lo llama Llyova. Estamos a principios de los años cincuenta y aún pueden oírse los gallos al amanecer. Me siento extraña y rodeada de lujos, arropada por estas dos tías de la tierra de mi padre, que siguen hablando en yidis y se pelean por quién de las dos va a dar de comer a su hermano primero, quién cocina mejor los platos amontonados en grandes fuentes y bandejas que llenan las mesas cubiertas de manteles para todos nosotros. «¡Come, come!», insisten, pese a que no paramos de servimos en los platos de floreada porcelana. Al acabar la comida, o todo lo que puedo comer del riquísimo kugel, el guiso dulce tzimmes, el oscuro y suave estofado —y para mi padre, codillo de cerdo a pesar de la prohibición, según las antiguas leyes que sus hermanas desobedecían para agradar a su hermano, que aprendió a saborear la carne de cerdo en prisión—, escucho las historias de mi prima Miriam sobre sus conciertos de rock and roll —¡una vez llegó a ver a Frank Sinatra en directo!—, la que siempre lleva puestos esos calcetines tobilleros que fueron la insignia de su generación.

Esta es una tierra extraña para mí, completamente distinta de los pisos de Manhattan donde viven la hermana de mi madre y otras familias comunistas, a las que estoy tan acostumbrada. Todos ellos han nacido en Estados Unidos o llevan mucho tiempo aquí, la mayoría tienen estudios universitarios y son ejecutivos, o ejecutivas como mi madre, profesores, artistas, incluso abogados, pero todos son comunistas. Algunos ostentan cargos importantes en el Partido, una palabra que ya he aprendido a leer y oír con mayúsculas. Ese es mi

mundo, el mundo de las familias comunistas, una comunidad de fuertes lazos, casi parentescos, en la que convivo fuera de la escuela. Una comunidad a la que amo y que me ama en cuanto que «hija de Bill», donde mi padre es un venerado líder y en cuyas reuniones diurnas y a veces también nocturnas oigo a todo el mundo disertar y discutir mientras trato de no caer en una nueva pesadilla, en los sueños recurrentes de pérdidas desesperadas que pueblan mis noches. Otras veces lo oigo llorar. Cuando voy a su cama llamando a mamá entre sollozos, casi siempre encuentro a mi hermana ya enroscada junto a él, y me duermo escuchando sus pesados suspiros.

Aquí, en Filadelfia, mi padre es feliz. Se mete con sus hermanas y las chincha, le encanta criticar a su padre por la brutalidad que empleó con todos ellos, especialmente con los chicos. Papá está muerto, le dicen ellas entre gritos y susurros, y luego nos miran a nosotras, déjalo descansar en paz. Y él cambia al yidis mezclado con algunas expresiones en inglés —yo no tuve padre—, haciendo caso omiso de los reproches de ellas, que se vuelven hacia el horno y le dicen que ya basta, lo acallan con gestos para intentar silenciar un conflicto que mi padre disfruta claramente. Le gusta recibir a los que vienen a visitarlo a la casa porque saben que está allí, viejos de su tierra, algunos de ellos judíos ortodoxos ataviados con largos abrigos negros y sombreros de ala ancha que yo, hasta entonces, solo he visto en fotografías. Todos llevan una barba larga y abrazan a mi padre, y él les devuelve el abrazo: luego se ríe, charla con la boca llena sobre sus recuerdos, supongo, y de algún modo comprendo, sin palabras, que en esos momentos se siente en casa. En todo el fin de semana no hay ni rastro de su depresión, así que yo también me siento en casa.

*

Me pregunto —aunque entonces no podía poner palabras a mi curiosidad— si en momentos como ese, era la lengua yidis lo que le permitía acceder a la felicidad pasajera, del mismo modo que las tristes canciones que nos cantaba antes de dormir, también en yidis, ponían palabras a su desesperanza.

Una noche, muy a mi pesar, le pedí que me las tradujera:

> Amigo, me preguntas por mis años, y te digo que no lo sé.
> Si vivir es penar, he vivido tanto tiempo: he vivido muchos años.
> Pero si vivir es compartir algún destello de alegría, entonces no he nacido aún.

Pronuncia la erre de alegría con marcado énfasis. «Se dice alegría,

papá —murmuro desganada, y le vuelvo la espalda—, no alegrrría», y marco la erre aún más que él, enfadada y desafiante a la vez, intentando que se eche a reír. Estoy secretamente convencida de que exagera su acento a propósito, porque lo he oído hablar muchas veces en inglés y sé cómo puede llegar a juntar palabras de la forma más bella, articular discursos sobre una gran cantidad de temas con su voz profunda de tenor, con palabras pronunciadas a veces de forma extraña, pero siempre elegidas a la perfección. Me siento fascinada y atraída por su voz.

Al cabo de unos años, cuando empecé a escribir esta historia y a leer los documentos de su caso en Filadelfia en 1928, cuando fue acusado de sedición y condenado, y luego leí su brillante, sarcástico y no siempre sincero testimonio ante el Comité de Actividades Antiamericanas en 1958, y cuando empecé a imaginar la primera vez que vio la Estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York, lo primero que llenó mis páginas y me insufló el ánimo necesario fue esa facilidad y devoción que él profesaba por el lenguaje.

Después de casi una vida entera aquí sigo, aún dispuesta a encontrar un vínculo irrefutable que me mantenga unida a él.

1921

Tras unas cuantas semanas en la mar, el Kroonland ha llegado al puerto de Nueva York. La famosa e imponente estatua verde se alza en el mismo sitio donde él siempre la ha visto en fotos y postales. No puede leer las palabras escritas en inglés, aún no, aunque se ha trazado un ambicioso plan de estudio para cuando llegue a Filadelfia. Espera que su cuñado acuda a recibirlos al pisar tierra firme, y casi reza al buen dios para que lo ayude, él que dejó de creer hace tanto tiempo. Alcanza el muelle junto a los demás, junto a las «masas hacinadas» —entre las pocas palabras cuyo significado conoce están las letras inglesas grabadas en alguna parte del pedestal donde ella reposa, y la expresión se le ha grabado en la memoria—. Su padre se ha puesto las gafas de gruesos cristales para intentar ver lo mejor posible. Quizá los oficiales encargados del examen, al ver los ojos de su madre, rojos por el llanto, sospechen de una infección, e intenta sofocar la angustia que siempre lo acompaña en su valor y determinación, siempre lo ronda muy de cerca, amenazando su ruina. Él y su hermana están bien. No ha podido encontrar nada malo en la meticulosa inspección que se ha hecho esa misma mañana. Claro que sí, se repite, los ojos de su madre solo están enrojecidos por el llanto. Transforma sus pensamientos de miedo en esperanza. Su hermana Raisela le ha escrito en una carta que muy cerca de su casa hay una biblioteca pública abierta a todo el mundo, incluso a los judíos. Allí

podrá llevarse libros prestados para aprender inglés, y quizá hasta pueda apuntarse a un curso por las tardes, si encuentra alguno gratis.

Lleva unos meses aprendiendo el alfabeto inglés, desde que tuvo claro que no le quedaba otra que irse: tenía que llevar a los demás, dejar a sus queridos camaradas y reuniones, dejar sus sueños, todos sus planes. No había terminado la escuela primaria, pero tenía buena cabeza. Aprendía rápido de los libros que devoraba siempre que podía, libros que describían un mundo mejor, un movimiento revolucionario que barrería la tierra. Su pasión por comprender acelera su aprendizaje, y su comprensión es más profunda gracias a la claridad, la lógica de las lecciones aprendidas en los panfletos, periódicos, libros prestados. No había nadie más que él. De Itzaac no sabían nada. Su hermano mayor, Dovedal, llevaba tanto tiempo en América que Bill apenas lo conocía. Bubbe ya estaba viejo y pronto moriría. Así que, entre las reuniones y los mítines de cada tarde, tras una larga jornada trabajando en la tetería de su padre, y a veces, en algún rato robado en el que subía a las colinas para contemplar la ciudad que odiaba y amaba a la vez con toda su alma, se ponía a estudiar el alfabeto con un viejo diccionario inglés que había encontrado en la shul.[5]

Había memorizado muchas palabras con la t y ahora estaba practicando la u, uve y uve doble —que solía confundir—; la equis («equis», decía en voz alta para practicar, contento porque no era muy frecuente); y griega o ye, nunca lo sabía, y luego la zeta, la más fácil de todas.

A medida que el barco rebasa lentamente la estatua rumbo a la isla donde van a desembarcar, relee las palabras letra por letra y las copia en su libretita negra para que luego, con ayuda de Raisela —que ahora se llama Rose, el nombre que le dieron al llegar, como una rosa americana—, pueda leerlas en inglés. Que es como tienen que leerse.

«¡Guardaos, tierras antiguas, vuestra pompa legendaria! / Dadme a vuestros cansados / a vuestros pobres / a vuestras masas hacinadas que anhelan respirar libertad / a los desdichados rechazados de tu orilla rebosante / envía a los desamparados perdidos en la tempestad, a mí / ¡Levanto mi lámpara junto a la puerta dorada!».

En la libretita ha escrito las letras de esas palabras que le inspirarán a lo largo de toda su vida, que definirán su propia relación con la Madre de los Exiliados y que un día será capaz de recitar; «a los desdichados rechazados de tu orilla rebosante / envía a los desamparados perdidos en la tempestad, a mí».

Y a mí, añade en silencio, y renueva los votos de su compromiso vital mientras copia las letras de las palabras que solo conoce en su traducción rusa. Pero un día podrá leer bien la poesía, exactamente como figura grabada en la piedra. Cierra la libreta y la mete al fondo

del bolsillo. Va a aprender inglés. Va a dominarlo. Va a continuar aquí su trabajo y unirse al Partido, pero como norteamericano.

IV

«Todos nosotros damos crédito a este hombre como intelectual. Es algo muy obvio, y seria mucho mejor para todos los interesados si él mismo lo reconociera y respondiera directa y razonablemente a las preguntas que le formulamos. Eso es todo lo que le pedimos, y no vamos a convertir este juicio en un mitin que pretenda esclarecer teorías, premisas y principios cualesquiera».

Juez del Tribunal Superior de Pensilvania,
El Estado contra Israel Lazar, abril de 1929

Estamos en abril de 1929, apenas unos meses antes de que estalle la Gran Depresión, oficialmente decretada a partir de octubre de ese mismo año. Sin embargo, la predecible catástrofe ya está aquí, se ha instaurado en las vidas de la mayoría de estadounidenses: el número de parados crece a diario, las familias se ven desahuciadas por no poder pagar el alquiler, y los comunistas internacionales vigilan de cerca las oleadas y tormentas capitalistas, calculando su posible derrumbe y las oportunidades que de ello podrán surgir para los radicales que intentan cambiar el mundo sin asomo de arrogancia, más bien con un idealismo y una esperanza comunes a los movimientos revolucionarios.

Los padres de Bill están muertos. Por entonces él ya es un líder del Partido Comunista estadounidense, pero también trabaja a temporadas como tejedor en una fábrica textil, cuyo sueldo le da para pagar el alquiler y comer él y su mujer, también comunista, también inmigrante rusa,

A eso de las ocho y cuarto de la tarde del 28 de agosto de 1928, en la esquina noreste de la calle 13 con la calle Reed de Filadelfia, mi padre estaba subido en una pequeña tarima de madera —una caja, en realidad— y daba un discurso ante unas cincuenta personas, según la cifra que dio el policía encargado del arresto; luego Bill declararía que la multitud se acercaba más bien a las cien personas. En aquel momento no tenía forma de saber si alguna de ellas simpatizaba con

las ideas suyas y del Partido Comunista al que representaba. Era un joven líder que llevaba unos diez años en el país y ya estaba totalmente comprometido con la democracia por un lado, y con el concepto revolucionario del cambio social y superación de las amplias y profundas injusticias de ese capitalismo, que muchos creían abocado a la «inmensa papelera de la historia», por otro.

A lo largo de los años siguientes, se preguntó muchas veces cómo podía un trabajador ignorar las ventajas del socialismo, de un estado al servicio de aquellos que generaban los propios medios de producción que realmente mantenían la nación viva y próspera. Pese a todo, entendía el poder de la propaganda. Durante muchos siglos, en todas partes, la gente apoyaba políticas y líderes hostiles y perjudiciales para sus propios intereses. Su labor como revolucionario era utilizar todos los recursos a su alcance. sacrificarlo todo si era necesario para intentar sacudir la ignorancia y la parálisis, obedecer a los líderes del Partido que ofrecerían a todos un mundo nuevo, aunque esa obediencia fuera, en ocasiones, contraria a su propio análisis o intuición. Él, como ellos, estaba implicado en una lucha colectiva, y el liderazgo era una parte necesaria de la victoria que estaba por llegar.

Aun así, libraba una lucha interna y constante entre sus propias creencias y el análisis racional. Tal vez era un ingenuo, o un sentimental —un sentimental ruso, como respondía orgulloso ante las críticas o burlas recibidas por las intensas emociones que raramente conseguía ocultar—. Le gustaba el concepto de pasión: una fe apasionada en el pueblo, en los individuos que amaba y en el colectivo al que consagraba su vida. Leyó y releyó libros y artículos hasta aprenderse casi de memoria a su Marx y a su Lenin. En lo más profundo de su alma —porque él todavía usaba esa palabra—, comprendía quién era el opresor y quién el oprimido y estaba dispuesto a sacrificar su libertad, incluso su vida si era necesario, para que esos ideales dieran fruto.

En 1928, William Z. Foster era el candidato del Partido Comunista a la presidencia de Estados Unidos. Aunque resultaba evidente que no tenía ninguna oportunidad de ganar, había que aprovechar su lanzamiento para educar a las masas —aunque al principio muy pocos lo escuchaban—, emprender los trabajos de derribo de las ideas afianzadas durante siglos para forzar las puertas, cerradas a cal y canto, del prejuicio y la ignorancia.

El policía que arrestó a Bill por hablar, tal y como este recalcó durante su juicio, pese a la llamada protección de las enmiendas primera y decimocuarta a la Constitución de los Estados Unidos —en la que él creía plenamente—, no consiguió intimidarlo.[6] La prisión estaba escrita en el destino de los revolucionarios, era incluso deseable, y ya lo habían detenido dos veces anteriormente: la primera

quedó libre sin cargos, la segunda solo estuvo preso unas cuantas noches. Ahora un jurado compuesto por supuestos compañeros lo había declarado culpable, y la apelación en curso apenas ofrecía una remota posibilidad de ganar. Sentado en el banquillo de los acusados de la imponente sala de audiencias, probablemente no dejaba de repetirse que la prisión era una experiencia importante para un revolucionario, como un rito de iniciación. Aun así, seguro que cada vez que respondía las preguntas del tribunal de apelación, de su abogado y del repulsivo asistente del fiscal de distrito, Theodore Rose, en representación del Estado de Pensilvania, tenía que esforzarse mucho para contener el miedo.

*

Ochenta años después, leo las actas del juicio de apelación del Tribunal Superior de Pensilvania contra Israel Lazar, mi padre, a quien conocí mucho después de su liberación. Cuando, un poco más tarde, el juez rechazó su apelación y se le negó una audiencia para volver a apelar ante el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, él tenía veintipocos años. Cuando yo nací, en 1943. padre andaba por los cuarenta. Al leer sus respuestas al interrogatorio del fiscal, las insistentes demandas del juez, los valientes intentos de sus abogados, que tratan darle la oportunidad de explicar sus opiniones con una sutil familiaridad a través de sus preguntas, a veces no sé muy bien si distorsiona las sediciosas palabras que se le acusa de haber pronunciado o si son sus enemigos quienes han llevado a cabo esa distorsión. Pero al llegar a las páginas del discurso que pronunció ante el juez, puedo verlo. Puedo oír su voz.

*

En el sumario de la apelación aparece citado el oficial de policía, cuyo testimonio se leyó ante el tribunal:

> El acusado dijo: «Este Gobierno ha asesinado a Sacco y Vanzetti»;[7] dijo: «Este Gobierno es un saboteador de huelgas»; dijo: «Vamos a enseñar a los trabajadores más jóvenes, en tiempos de guerra, a disparar a aquellos que ordenaron disparar a otros». «Otros trabajadores», esas fueron sus palabras exactas. Dijo: «El único gobierno del mundo es el soviético ruso», y dijo: «El presidente Coolidge y el secretario de Estado Kellogg son un par de hipócritas».
>
> […] Le di el primer aviso, y cuando lo repitió le dije: «Déjalo ya». Ala tercera, le dije que bajara de la caja, y me

respondió que tenía derecho a dar un discurso. «Te voy a arrestar», le advertí, y cuando me dijo: «Eso es lo que quiero», le respondí: «Muy bien, pues voy a hacerte caso». Lo arresté, y ahí acabó la cosa.

Su única esperanza era la protección constitucional que había aprendido a valorar, que había jurado defender al convertirse en ciudadano estadounidense. Y había jurado convencido. Tenía muy claras las contradicciones —pues había unas cuantas— entre esa protección y la necesidad, surgida en ocasiones, de invalidarla en la lucha por modificar literalmente el curso de la historia de la humanidad. Esas contradicciones —incesantemente cuestionadas y combatidas en el seno del Partido hasta el momento-iban a llevarlo a la cárcel, de eso no le cabía ninguna duda. Pero no era el momento de sopesar las contradicciones o intentar vislumbrar el futuro, por muy obvio que este pareciera. Debía encontrar un modo de explicar al juez qué había querido decir al hablar de «revolución», las ideas que defendía, malinterpretadas a propósito y del modo más peligroso.

¿Estaba pidiendo el voto para Wílliam Z. Foster, candidato comunista?

Era la pregunta de su abogado al policía sentado en el estrado, que respondió que sí, y siguieron otras preguntas pertinentes.

¿Mencionó que los comunistas defendían la jomada laboral de siete horas diarias?

¿Dijo que los comunistas pondrían en vigor la prestación por desempleo?

¿Le dijo usted que estaba incurriendo en alguna clase de desorden?

La respuesta a esta última pregunta había sido que no.

Supongo que a veces, al joven acusado le sorprendía que el magistrado le diera la oportunidad de repetir, con sus propias palabras. lo que había dicho entonces.

Señalé el hecho de que vivimos en el país más rico del mundo, le habían permitido decir. Mientras que el excedente de riqueza supera los cuatrocientos billones de dólares (…], y de hecho la gran mayoría de la población trabaja y produce, pese a la vasta riqueza que tenemos en el país, esa gente no posee nada más que su fuerza de trabajo y muchos de ellos viven sometidos a la miseria y el hambre.

Aquí hizo una pausa, pensando sin duda que iban a interrumpirlo, pero lo dejaron continuar.

Expliqué que la gente del sur se ve obligada a trabajar por diez o doce dólares a la semana, durante catorce o quince horas diarias; los empleados viven con miedo a perder su trabajo porque hay muchos parados. Señalé que muchas veces, cuando los trabajadores viven presionados por unas condiciones económicas miserables, llega un momento en que ya no pueden soportarías y convocan huelgas contra sus jefes y, de inmediato, se enfrentan a la policía, se enfrentan a las milicias, que siempre se ponen de parte de los jefes y en contra de los trabajadores. Señalé la discriminación de los trabajadores negros del sur, los linchamientos que ocurren cada día. Señalé el hecho de que siempre están movilizando a los trabajadores negros para enfrentarse a los trabajadores blancos, y que los trabajadores negros del sur son los que reciben los sueldos más bajos, los que viven en la miseria.

Señalé que los trabajadores negros muchas veces se ven privados del derecho al voto, y también que nuestro partido, el Partido Comunista, que es el partido de los obreros, es el único partido político de este país que defiende la consigna de la igualdad social para los trabajadores negros. Señalé que el Partido Comunista es el único partido político que se posiciona en contra de la discriminación racial y defiende la consigna de igualdad para todas las razas y nacionalidades.

Desde el inicio de la apelación, la defensa argumentó que el tribunal estaba negando los derechos de Bill, según la primera enmienda constitucional, a causa de un simple discurso electoral.

Una y otra vez, el acusado intentó aclarar su propósito, desarrollar sus argumentos y demostrar que no había intentado derrocar al gobierno mediante la violencia, sino cambiar el gobierno mediante el voto.

En la apelación final, rechazada por el tribunal, podemos leer el siguiente argumento: Debe permitirse la mayor libertad a aquellos que persiguen cambios políticos, ya sean moderados o extremos, a través del voto, y prosigue con una referencia a la jurisprudencia sentada hasta entonces:

Cuando el orador admite el intento y propósito fundamental de obtener votos para su candidato, se considera que «las diatribas orales cuyos propósitos fundamentales suponen minar la estabilidad y usurpar por la fuerza la autoridad» (aquí se cita la acusación) no bastan para destruir la cláusula de protección igualitaria de la

decimocuarta enmienda.

Más abajo, el recurso legal se refiere, de nuevo, al testimonio del oficial de policía que llevó a cabo el arresto:

> Ello constituye, en efecto, censura policial […]. Este hombre fue detenido por llamar hipócrita al presidente […] y es justo afirmar que fue condenado por llamar hipócrita al presidente […] y recibió una pena muy severa [de dos a cuatro años]. A efectos prácticos, el acto de sedición ha quedado convertido en un delito de lesa majestad.[8]
>
> No es menor el efecto práctico, porque el Tribunal Supremo, al mantener la condena, subrayó que palabras como «revolución» y «violencia» no llegaron a impresionar al policía (…], que no pudo recordar si el acusado las había utilizado […]. En este caso, el propósito inmediato y directo era obtener votos […]. El acusado es un radical detenido y condenado por hacer exactamente lo que se pide a los radicales que hagan: perseguir cambios políticos mediante el voto. En dichas circunstancias, la función de los tribunales no debe consistir en determinar si sus fervientes piruetas retóricas «se adecúan a los documentos legales», sino esclarecer si realmente trataba de «minar la estabilidad» del gobierno y, además, derrocarlo manifiestamente mediante el uso de la violencia. Un decreto que condene a prisión a un hombre por menos excede los límites legítimos del acto de sedición e infringe el derecho constitucional que permite la libertad de expresión.

Tal y como esperaba, el tribunal ratificó su decisión. Bill —Israel Lazar— volvió a la Penitenciaría Estatal del Distrito Este con una condena de dos a cuatro años, no sin antes discutir largo y tendido con el juez sobre el significado de las palabras, las complejidades de la retórica revolucionaria y las condiciones de la mayoría de los trabajadores estadounidenses. En el proceso que leo como un debate entre Bill y el juez acerca de los límites de lo que hoy en día llamaríamos discurso, con su contexto, sus implicaciones y su intencionalidad, ambos discuten y analizan con una atención y minuciosidad más propias de un congreso académico que de un juicio. Al leer las actas después de tantos años, me quedo impresionada por los contundentes paralelismos que muestran con la época actual. Asimismo, admiro la intransigente insistencia de mi padre y una paciencia que supongo construida a base de esfuerzo, en un hombre que llevaba menos de diez años hablando inglés y solo cinco o seis como ciudadano estadounidense.

Asumo que por muy integrado que estuviera en la cultura norteamericana, seguramente lo acechaban las imágenes de su tierra — los cosacos y las milicias persiguiendo a los judíos, sus infames prisiones—.

Sin embargo, al mencionar el pacto Kellogg-Briand[9], que incluía millones de dólares para toda clase de expropiaciones militares, reiteró, pese a las continuas interrupciones, las afirmaciones del discurso que habían provocado su arresto inicial:

Ayer me refería a la firma del pacto conocido como Kellogg-Briand, y señalé…

> Tribunal: Omita lo que señaló.
>
> Abogado de Lazar: Omita el verbo señalar. Diga simplemente «dije».
>
> Acusado: De acuerdo.

Entonces el juez le pide que recuerde las palabras pronunciadas en ese momento sin explayarse, petición que repetirá varias veces hasta convertirla en exigencia.

> Acusado: Lo intento, señoría, pero me veo interrumpido de vez en cuando.

De vez en cuando. Me detengo en esta expresión, donde reconozco la retórica de mi padre, que usaba habitualmente la sátira, incluso la burla, tanto en los argumentos políticos como en los conflictos personales que marcaron nuestra relación durante mi infancia y adolescencia. Discutíamos sobre mi forma de vestir, mi temperamento, las horas que pasaba tumbada en la cama mirando al techo en vez de hacer algo productivo. Aun así, siempre acabábamos arreglando las cosas con un abrazo apretado, y cuando me daba besos húmedos en las mejillas y la frente, yo sentía su barba rasposa de domingo por la noche, pues, por alguna razón, ese día las discusiones siempre iban a peor. Entonces me iba a la cama aliviada por la confirmación de su amor, pero aún furiosa. Ahora comprendo que esas críticas y esa burla probablemente eran su manera de defenderse, nacida a veces del deseo de causar dolor o mitigarlo, otras de la desesperación por hacerse oír, pues conocía bien los riesgos de la omisión y el malentendido.

*

El tribunal no pareció conmovido ni por su sarcasmo ni por su

desesperación: Usted necesita que lo interrumpan.

De modo que el acusado prosigue, quizá con un amago de resignación y tras tocarse con los dedos los labios:

> Manifesté que la verdadera intención de ese tratado de paz no era evitar la guerra. El tratado, dije, era solo un recurso para engañar a la gente […], para hacerles creer que realmente intentamos eliminar las guerras.
>
> […] Dije que mientras vivamos en una sociedad basada en el beneficio y la explotación, lo cual a su vez se basa en la miseria de los demás, la guerra es inevitable. Pedí el voto de los trabajadores para el candidato comunista, como una expresión de la voluntad de usar ese dinero, actualmente destinado a fines militares, para ayudar a los desempleados del país. Hice un llamamiento a los trabajadores blancos y negros..
>
> Pregunta: ¿Qué dijo exactamente al hacer el llamamiento?
>
> Respuesta: Eso es lo que voy a explicar, señoría. Hice un llamamiento a los trabajadores, blancos y negros, para apoyar al […] partido que está luchando por los trabajadores blancos y negros, para apoyar al partido que defiende la prestación por desempleo, que no quiere ver a los trabajadores y a sus hijos desahuciados de sus casas porque no tienen dinero para pagar el alquiler.

Poco después, en el contrainterrogatorio, le preguntan su nombre y profesión.

Israel Lazar, responde. Cuando le preguntan si responde a algún otro nombre, en contraste con la insistencia con que, años después, afirmaría lo contrario durante su testimonio ante el Comité de Actividades Antiamericanas, bajo la sombra del macartismo, declara sin aparente vacilación: Me conocen como William Lawrence. A continuación, da su dirección de Filadelfia, donde lleva viviendo nueve años desde su llegada a Estados Unidos, y se declara trabajador de la industria textil, actualmente en paro.

A partir de ese momento, el tribunal empieza a interrogarlo acerca del uso de la palabra «asesinato» en referencia a las recientes ejecuciones de los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti, llevadas a cabo pese a las protestas internacionales y las fundamentadas denuncias sobre la evidente injusticia de la sentencia. Esta serie de preguntas es decisiva, tanto para la acusación como para la defensa. Si el acusado declara que el Gobierno asesinó a los famosos anarquistas, brindará una causa para el veredicto de culpabilidad, según la interpretación del acto de sedición por el cual se le está juzgando. Si utiliza, en cambio, otra palabra más precisa —por ejemplo, ejecutó—,

reconocerá la legalidad, aunque no la justicia, del procedimiento gubernamental.

Tribunal: ¿Qué fue lo que dijo […]?

Y el juez vuelve a insistir una y otra vez sobre las palabras que utilizó exactamente, no sobre su «explicación», que el acusado sin duda prefiere. No le estoy preguntando sobre qué habló.

R: Estoy en ello […]. Dije que el Gobierno representa a las clases dominantes y opera según los intereses de las mismas.

P: ¿Dijo o no dijo que el Gobierno de Estados Unidos era responsable del asesinato de Sacco y Vanzetti?

Al principio lo reconoce y responde: Sí, lo dije. Pero unas cuantas frases más abajo, quizá por mediación de su abogado (aunque las actas no recogen ninguna alusión al respecto, si es que esta se produjo), se desdice: Si se me permite corregirlo y se acepta la corrección, dije que el Gobierno era responsable de la ejecución de Sacco y Vanzetti.

Prosigue la discusión acerca de la mención de la palabra asesinato. El acusado declara ante el tribunal: Mi testimonio contiene varios errores, refiriéndose al que dio en el primer juicio, hasta que finalmente afirma para que conste en acta de forma inequívoca:

Usé la palabra «ejecución» y no «asesinato». Dije que el Gobierno era responsable de la ejecución de Sacco y Vanzetti.

Tribunal: ¿Afirma entonces que es incorrecto lo que he leído [afirmando que usó la palabra asesinato]?

R: incorrecto.

A lo largo de las páginas proliferan los ejemplos de discusión acerca del uso del lenguaje que hace Bill: ¿Dijo que los trabajadores deberían empuñar las armas contra sus opresores en caso de una nueva guerra?

R: Lo que expuse…

P: Limítese a responder sí o no.

R: Por el modo en que formula la pregunta, me resulta imposible contestar sí o no.

Pide que le repitan la pregunta unas cuantas veces, quizá como una forma intencionada de ganar tiempo para idear una estrategia. Intenta explicar la perspectiva marxista sobre la guerra —sin duda sabedor de la futilidad de su esfuerzo, pero, aun así, empeñado en que

la idea se incluya en su testimonio oficial—, según la cual el fin último de la guerra es que las clases dominantes obtengan beneficios materiales.

En esa época, las secuelas de la Primera Guerra Mundial siguen muy presentes. Quedan aún unos años para que estalle la guerra entre el Gobierno de la Segunda República y los fascistas de Franco en España, y más de una década para la lucha contra los nazis en la Segunda Guerra Mundial. El mundo de 1928 es aún muy distinto del que Bill conocerá una vez cumplidos los treinta, los cuarenta o los cincuenta. Incluso en esta segunda década del siglo xxi, las luchas que pueblan la actualidad resultan conmovedoras por su familiaridad: cuestiones de racismo (Black Lives Matter), distribución de la riqueza (Ocuppy Wall Street)[10] y los entonces inimaginables poderes que ejerce hoy en día la América de las grandes corporaciones. Todas ellas son objeto de un creciente e intenso debate con motivo de cada una de las elecciones presidenciales de este siglo.

Cada vez que estalla una guerra, dice en 1928 el joven comunista —como un maestro cargado de paciencia cuyos alumnos ignoran por completo las mismas bases de las fuerzas históricas—, cada vez que estalla una guerra no es porque yo, pongamos por caso, o cualquier otra persona odie a un alemán o un ruso, puesto que ni siquiera nos hemos visto nunca, sino porque alguien nos ha enviado a una guerra en que ambos nos encontramos.

Lo cortan enseguida. Siguen nuevos documentos legales acerca del llamamiento que hizo el acusado a los trabajadores para disparar a sus oficiales en vez de a sus enemigos.

No, insiste el acusado, él no diría ni dijo una cosa así.

A la pregunta de si dijo que, cuando los comunistas detentaran el poder, se desharían de aquellos que manejaban ahora mismo el Gobierno, responde:

R: Sí, en efecto. Y lo que quise decir fue que, en cuanto los obreros de este país se libren de este Gobierno, o de quienquiera que esté manejándolo en estos momentos, eliminaremos a todos los jefes que no trabajan para los trabajadores oprimidos ni los representan, a los trabajadores blancos y negros, así como a los pobres granjeros […] Me refería [lo aclara tras unas cuantas preguntas más] a cualquier gobierno del mundo.

Intenta aleccionar sobre la doctrina del Partido Comunista al tribunal, en una época en que aún cree a pie juntillas en ella: mediante la educación y organización de los trabajadores, así como a través de la formación de alianzas, la clase obrera llegará a comprender que el Gobierno usa la fuerza y la violencia en su contra.

Finalmente, como no hay duda de que el acusado usa una y otra vez la palabra revolución y afirma que probablemente sea necesario hacer una revolución, el significado de esta palabra se convierte en el centro de la discusión y se permite al acusado explicar sus convicciones:

Una revolución puede ser el resultado de un proceso evolutivo. Una revolución no debe ser necesariamente sangrienta.

Puedo escuchar la voz más cauta y ensayada de mi padre, la que usaba a los cuarenta y los cincuenta para el debate o la instrucción y que yo conocía bien por sus señas y su estilo distintivo, incluso cuando se deslizaba hacia derroteros más complejos que prefería, en realidad, mantener fuera de la discusión. Incluso a los veinte años debía de resultar de lo más convincente, y en cierto modo atractivo al hablar de esa manera. Era, ciertamente, un rasgo muy carismático al que costaba oponer resistencia.

Entonces llega un momento en que el juez, en su derecho a establecer el ambiente y el discurso de su tribunal a la vez que lanzar un cumplido o introducir una nota de sarcasmo, declara:

Todos nosotros damos crédito a este hombre como intelectual. Es algo muy obvio, y sería mucho mejor para todos los interesados si él mismo lo reconociera y respondiera directa y razonablemente las preguntas que le formulamos. Eso es todo lo que le pedimos, y no vamos a convertir este juicio en un mitin que pretenda esclarecer teorías, premisas y principios cualesquiera.

El tribunal permite al abogado defensor preguntar a su cliente por su opinión sobre las elecciones. ¿Son útiles? ¿O sirven para poco?

R: Creo que sirven para poco, puesto que actualmente solo un pequeño porcentaje de la población participa en las elecciones. Los negros del sur se han visto privados de su derecho al voto, por tanto, no pueden votar.

Y empiezan a hablar de huelgas, pero entonces el tribunal pregunta: ¿Cómo sabe que a los negros del sur no se les permite votar?

R: ¿Que cómo lo sé?

P: Sí, ¿tiene alguna evidencia? ¿Cómo lo sabe?

R: Es un hecho probado.

P: Espere un momento. ¿Cómo sabe eso?

R: Resulta que leo la prensa diaria y estoy enterado de lo que ocurre en el sur, y no solo a los negros se les priva del derecho al

voto…

P: ¿Estuvo presente en algunas elecciones celebradas en el sur que no permitieran el voto a los negros?

R: En ningunas.

Así que la respuesta no consta en acta.

P (otra vez de la defensa): ¿Qué dijo acerca de llevar el mensaje del programa del Partido Comunista a la gente?

R: Expuse el hecho de que el Partido Comunista participaba en la campaña electoral con el fin de mostrar a los obreros sus propios problemas. El programa del Partido Comunista incide en la educación […] y la organización de los trabajadores que luchan por mejorar sus condiciones, trabajar menos horas y cobrar mayores sueldos. Usamos la campaña electoral para educar a la gente y mostrar los problemas de la clase obrera a esos mismos trabajadores.

En esa época, claro está, la mayoría de los trabajadores estadounidenses aún no estaban afiliados a ningún sindicato y los movimientos laborales no habían empezado a fraguar objetivos y estrategias semejantes a los del Partido. Aún quedaba mucho para que los sindicatos se convirtieran en una fuerza mayor, una fuerza a favor, y a veces en contra, de la igualdad racial en Estados Unidos. Además, durante esta época, la filosofía de «frente popular» —es decir, las alianzas entre fuerzas progresistas y revolucionarias, deseables y útiles en la lucha por el cambio social— definía la postura oficial del Partido Comunista de Estados Unidos, así como de la doctrina internacionalista del comunismo y del propio Bill, que pronto empezaría a participar activamente en la organización sindical.

Poco después, el tribunal retoma el asunto de los nombres.

P: ¿Puede decir por qué motivo usa dos nombres, Lawrence y Lazar?

R: De acuerdo.

P: Sea breve.

R: Una vez me detuvieron por cargos que luego fueron desestimados…

P: ¿Por qué tenía dos nombres?

R: Para que no me despidieran.

Y luego:

P: ¿Es usted ciudadano estadounidense?

R: Sí, señor.

P: ¿Nació usted en este país?
R: No, señor.
P: ¿Tiene usted la nacionalidad?

En mis manos tengo el documento expedido por el Departamento de Trabajo e Inmigración y el Servicio de Naturalización de Estados Unidos, según el cual el 1 de abril de 1927 se entregó a Israel Lazarovitz el certificado de nacionalidad que le garantizaba oficialmente su ciudadanía. Al cabo de diez años, en 1937, Israel Lazarovitz se convertiría legal y oficialmente en William Lazar, y unos años más tarde, recién casado con su segunda mujer, Tullan Deitz, mi madre, esta añadiría otra erre y una e al apellido, de modo que la forma Lazarre pasaría a sus dos hijas y finalmente a sus nietos. Se han contado varias historias acerca del motivo por el que mi madre añadió ese sufijo afrancesado al apellido ya anglicanizado de su marido. ¿Acaso obedece a cierta pretensión, visible en la elección de los nombres de sus hijas judías —Jane y Emily—, tan anclados en la tradición británica y protestante? O quizá se trata de un motivo más ligero que solo pretende dar un toque de humor, con su personal estilo, al apellido judío de su marido, por lo demás bastante común.

Ahora bien, durante esa vista de apelación condenada al fracaso, Israel Lazarovitz aún posee dos alias: Israel Lazar y Bill Lawrence, el nombre del Partido que utilizó en numerosas situaciones y en varios círculos durante toda su vida. Incluso en su funeral, algunos de sus antiguos camaradas se referían a él como Bill Lawrence, y a mi hermana y a mí como las hijas de Bill Lawrence.

Los abogados de la defensa —incluyendo algunos de la Unión Americana de Libertades Civiles o ACLU, en sus siglas en inglés— siguieron apelando, a pesar del reiterado rechazo por parte de otros tribunales aún más supremos, y alegando que el discurso de aquella tarde del 28 de agosto en la esquina noreste de la calle 13 con la calle Reed de Filadelfia no fue un llamamiento a la violencia para derrocar al gobierno estadounidense y, por tanto, un claro abuso del inestimable privilegio de la libertad de expresión en perjuicio del bienestar público, condenable como acto de sedición. Los ciudadanos están en su derecho de expresar libremente sus opiniones por mucho que estas critiquen y vayan en contra de la política oficial del país, señalaban, y las afirmaciones del acusado sobre el presidente de Estados Unidos y el secretario de Estado en modo alguno eran lo bastante peyorativas como para constituir un delito de odio y desacato.

Aun así, la sentencia del primer tribunal se mantuvo, el Tribunal Supremo rechazó reabrir el caso y William Lazar, alias Bill Lawrence, alias Israel Lazar, cumplió parte de la condena de dos a cuatro años a

la que había sido sentenciado.

Según la ficha del FBI de mi padre, que conseguí muchos años después tras una exhaustiva búsqueda en internet, y al acervo de los recuerdos familiares, la sentencia se redujo gracias al «indulto del gobernador del Estado de Pensilvania», por un lado, y a una temprana concesión de la libertad bajo fianza, por otro. Respecto a la historia del indulto, mi padre, que sin duda disfrutaba guardando secretos y urdiendo historias llenas de polémica, solía insinuar que la hija del entonces gobernador estaba enamorada de él. «¿De ti? ¿La hija del gobernador?», preguntaba yo, encantada con la idea y deseosa de conocer más detalles. Pero mi padre se limitaba a exhibir su sonrisa más enigmática, chasquear la lengua y mirar a otro lado, haciendo caso omiso a mis ruegos. En cuanto a la historia de la libertad bajo fianza, contaba que había acabado afiliando a dos o tres funcionarios de prisiones al Partido Comunista. A mi hermana y a mí nos encantaba escuchar sus historias, y él disfrutaba despertando nuestra emoción cuando éramos más jóvenes, y con nuestras muecas de escepticismo cuando ya tuvimos edad para dudar y cuestionar su relato. Años después, me enteré de que el gobernador de Pensilvania, Gífford Pinchot, un hombre de ideas progresistas, seguramente reconoció la severidad de la sentencia por lo que, al fin y al cabo, no era más que un discurso. Según el documento de la Unión Americana de Libertades Civiles, «Una tierra de orgullo para los peregrinos, 1932-1933», que recoge el ambiente de miedo y desobediencia legal a la Constitución estadounidense que se respiraba en esos años, es innegable que «la conmutación de la pena de dos a cuatro años de Israel Lazar fue, sin duda, una importante victoria. La Penitenciaría Estatal del Distrito Este de Pensilvania lo dejó en libertad gracias al Consejo de Indultos y el gobernador Pinchot, una vez cumplida aproximadamente una cuarta parte del período mínimo». El mismo documento se refiere al indulto como «libertad bajo fianza temprana».

*

Me gusta recordar todas las historias, y sé que esos meses en prisión le afectaron en muchos aspectos, más allá de su tardía afición por el codillo de cerdo. Pasó gran parte del tiempo leyendo todos los libros de ficción norteamericana contemporánea que cayeron en sus manos. Sus escritores favoritos eran Theodore Dreiser, Upton Sinclair, Sinclair Lewis y otros que mostraban la pobreza y crueldad endémicas del capitalismo estadounidense, especialmente en ese periodo, que ya había entrado de lleno en la Gran Depresión. También cultivó su afición por cantar canciones aprendidas en las sucesivas épocas de su vida, incluida una que llevaba por título Springtime in the Rockies, la

cual, según decía, había aprendido de otro prisionero, y cuya letra describía el dolor y la soledad de una larga separación. «Cuando llegue la primavera a las montañas —cantaba—, volveré a buscarte. Siempre serás mi amor, con esos bellos ojos tan azules». Aunque los ojos de mi hermana son azules, como los de mi padre, y los míos son marrones, me encantaba escucharle cantar esa balada con sus promesas de reunión, por mucho que estas se atrasaran una y otra vez.

En muchos momentos, incluso durante el juicio, el amor de Bill por las historias y sus posibles y numerosas versiones fue una fuente de conflictos, hasta el punto de que una de las veces en que dice: «Y yo me explayé», el tribunal se empeña en afirmar: Es algo que dice ahora para cambiar lo que dijo en ese momento.

A lo que responde el abogado del Bill, que sin duda conoce muy bien a su cliente: Utiliza esa palabra porque suena bien, y le gusta usarla.

Y el tribunal, poco interesado en la retórica, y no digamos en la poesía o narrativa, replica: No use esa palabra y no se explaye. Diga simplemente lo que dijo.

Y así una y otra vez, en vano, pese a todas las explicaciones y «explayamientos».

Lo que parece indiscutible es que, ya fuera por razones legales, políticas o románticas, Bill sale de prisión al cabo de unos ocho meses y se traslada a Nueva York, donde retoma sus tareas de coordinación en el Partido y empieza a dar clases en la escuela del Partido Comunista de la calle 12 de Manhattan. Allí entrará en contacto con muchos alumnos y afiliados, entre ellos su segunda mujer, mi madre, la hermana de esta y su cuñado, y su amigo George Charney, que para mí será como un tío, padre de Ruth, mi amiga de toda la vida. Las memorias que George escribió más adelante, tituladas A Long Journey[11] incluyen un prólogo de Michael Harrington que señala la importancia esencial y universal de los principios socialistas. Sus memorias narran la andadura de George desde sus comienzos como coordinador consagrado al Partido y su ascenso a líder oficial hasta la desolación definitiva, cuando Jruschov reconoció las políticas asesinas de Stalin durante el xx Congreso del Partido Comunista, así como su labor para intentar reconstruir el Partido en Nueva York. El esfuerzo fracasa y solo sirve para engendrar mayores disputas y divisiones, de modo que, en 1958, George, junto a otros dos reconocidos líderes, abandona el Partido que ha dado sentido a su vida durante tantos años y por el que ha sacrificado tantas cosas, incluidas temporadas en prisión cuando sus hijos, y también mi hermana y yo, éramos aún unos niños.

En esa época pasé muchas noches con su hija Ruthie, cuando las dos intentábamos, en vano, dormir en la estrecha cama de su

habitación, con el murmullo de fondo de las discusiones de los adultos que nos llegaba desde el salón sobre la encarcelación de George y la fianza que necesitaban. Avanzábamos con cautela por el diminuto pasillo y nos asomábamos por la puerta para ver a esos adultos que tanta confianza y devoción nos inspiraban, que nos cuidaban en un mundo a veces parecido a una comunidad, donde todos se reunían alrededor de la larga mesa de roble y contaban los billetes apilados en billetes de uno, cinco, diez y veinte dólares. Con esto vamos a sacar a George de la cárcel, nos explicaban en respuesta a nuestras preguntas, y luego nos enviaban de vuelta a la cama.

La escritura de este libro me ha llevado a leer muchas veces las memorias de George, especialmente los fragmentos sobre su camarada Bill Lawrence. Con ocasión de una de las más graves divisiones internas del Partido, ambos mantuvieron posturas enfrentadas que los llevarían a romper su amistad durante un tiempo. Pese a la reacción tan crítica de mi padre cuando el libro salió a la luz, por considerar que se acercaba demasiado a las corrientes del liberalismo estadounidense, la claridad histórica y el balance retrospectivo que ofrece me han ayudado a comprender la ilusión que mantuvieron durante los años de la negación de las torturas de Stalin y el estalinismo, y también a volver a apreciar los ideales de justicia humana y ese «mundo mejor» que todos ellos llevaban siempre en la mente y el corazón.

El proletariado debe ser dueño de los medios de producción creados por su trabajo, así como de sus beneficios. De cada uno según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades. Ese fue el credo que nos transmitieron desde crios, el valor primordial que muchos de nosotros, los del «pañal rojo», intentamos mantener vivo al menos en nuestras vidas privadas, en casa como en el trabajo, incluso cuando el escepticismo acerca de su posible implementación en un ámbito social y económico más amplio crecía sin remedio.

George escribió acerca de su largo viaje: «No es fácil convencer a un hombre de que nuestras vidas tenían sentido».

De 1930 a 1958, Bill se consagró por completo a esos ideales pese a las dudas que lo asaltaban con regularidad. He podido leer varios informes que lo incluyen en el grupo de seguidores de Jay Lovestone, los lovestonianos, como tenían a bien llamarse. Antiguo líder del Partido Comunista de Estados Unidos finalmente expulsado por órdenes del Partido Comunista de la Unión Soviética, la filosofía de Lovestone se inspiraba en la de Nikolai Bujarin, quien defendía el derecho de cada partido nacional a interpretar a Marx y Lenin según sus propias condiciones históricas. Estrecho colaborador y amigo de Stalin, Bujarin acabó ejecutado a causa de sus ideas revisionistas. A medida que leo y reconozco algunas opiniones de mi padre, me doy

cuenta de que varias de ellas coinciden con las de Lovestone. Sin embargo, otras veces habla de Lovestone y los lovestonianos con cierto desdén. Al principio mi intención era trazar una línea clara y coherente de la historia del Partido, así como del papel que Bill desempeñó en su seno durante cuatro décadas, y para ello leí y revisé un montón de atribuciones y escenas varias tan contradictorias entre sí como el grupo que formaba entonces el Partido Comunista. Finalmente, asumí que tratar de establecer la verdad resultaba bastante fútil, puesto que este relato no busca una coherencia perfecta ni una claridad unívoca.

Ahora sé que las discusiones que sacudían de arriba abajo los partidos y gobiernos comunistas de la época también se entablaban entre los individuos, y Bill pasó muchos años oscilando entre la rigurosa obediencia a las ideas de una «vanguardia de élite» y un espíritu revolucionario más sincero que cuestionaba y negaba una visión de la vida basada en estrictas dicotomías entre el bien y el mal. Aunque él no podía negar la realidad de ese mal, la bondad fundamental de los seres humanos siempre constituyó su convicción más preciada. Se trata de una contradicción que, como muchos de nosotros, fue incapaz de resolver a lo largo de su vida.

*

En 1936, los fascistas de Francisco Franco se sublevan contra el Gobierno de la Segunda República española, elegido democráticamente. Varias democracias occidentales, entre ellas la estadounidense, se niegan a apoyar la resistencia republicana y dejan que estalle una guerra civil cuya brutalidad crece con el paso de los días. Cuando los partidos comunistas, incluido el estadounidense, empiezan a enviar voluntarios para engrosar las filas de las Brigadas Internacionales, que lucharán junto al Ejército Popular de la República, Bill decide unirse a la causa. Así, a principios de 1937 cruza el Atlántico rumbo al sur de Francia y desde allí, junto con otros camaradas, atraviesa a pie los Pirineos, protegido por la oscuridad, hasta llegar a la frontera. Una vez en España, se traslada a Albacete, donde prestará servicio como comisario político.

Decide participar en este conflicto porque es un comunista que, por encima de todo, cree en el internacionalismo y tal vez no alcanza a imaginar los genocidios masivos que están aún por venir, el auge de los odios étnicos y nacionalistas, los crímenes brutales en nombre del patriotismo y la religión que el mundo entero va a presenciar muy pronto, y que hoy en día siguen vigentes.

Hasta ese momento, siempre ha creído en lo que manifiesta el Partido Comunista Soviético: que las alianzas entre los comunistas y

otras fuerzas progresistas y liberales son indispensables y constituyen el único modo de derrotar el fascismo. Desde que era un niño sometido al cinturón de su despótico padre y luego un adolescente judío en la Rusia antisemita, desde que llegó a la isla Ellis para establecer su nuevo hogar en Estados Unidos, ha defendido con fervor la democracia. Llega a España como miembro del Batallón Abraham Lincoln, más tarde conocido como Brigada Lincoln, pero también como comunista y estadounidense.

En esos momentos, seguro que no recordaba su llegada a la isla Ellis, muchos años antes, ni la primera vez que divisó la Estatua de la Libertad. Ciertamente, ni se imagina que un día tendrá dos hijas y cuatro nietos, dos de ellos afroamericanos, pues ya no los llaman negros[12]. Ambos descienden, por la rama paterna, de esclavos libertos africanos y trabajadores por los derechos civiles que, como él mismo, estuvieron presos por ejercer sus derechos como ciudadanos; y por la rama materna, de inmigrantes y activistas políticos judíos de Letonia y Kishinev. Muchos años más tarde, sus dos hijas, junto a los yernos a quienes él llamaba «hijos», verán su nombre grabado en el Muro de Honor de los Inmigrantes Americanos de la isla Ellis, el mismo lugar en que, setenta años antes, Itzrael Lazarovitz emprendió su viaje para convertirse en William Lazarre.

TERCERA PARTE

ESPAÑA

Si esta guerra fuera a olvidarse, en el nombre de lo más sagrado, pregunto, ¿qué habrán de recordar los hombres?

Frederick Douglass, Vida de un esclavo americano escrita por él mismo.

V

En octubre de 1937, «Bill Lawrence, el popular e infatigable comisario político estadounidense de las Brigadas internacionales», abandonó España después de unos meses de «incesante y fructífera actividad». Lawrence dejó el siguiente mensaje antes de partir:

«Siento no poder despedirme en persona de todos los hombres a los que he tenido ocasión de conocer durante los meses que hemos pasado juntos […]. Tengo muchas cosas que decir antes de irme, pero ya sabéis cuáles son […], así que voy a ahorrarme los discursos y escribir unas palabras de despedida breves y directas […]. Somos una pequeña parte de un ejército del pueblo y debemos estar orgullosos, así como convencidos, más que nunca, a seguir con la lucha para que esta concluya de la única manera razonable: con la victoria de la España democrática».[13]

Después de presentar al comisario político que lo sucederá, el camarada Johnny Gates, con numerosos cumplidos y garantías de la próxima victoria frente al ejército fascista, termina con las siguientes palabras: «Seguid como hasta ahora, superándoos cada día junto a nuestros camaradas británicos y canadienses, con el resto de nacionalidades que componen las Brigadas internacionales y nuestros compañeros de lucha españoles. ¡Salud,[14] camaradas?».

A su regreso siguió trabajando para la causa española, y a principios de 1938, cuando aún había esperanzas para la victoria, escribió en su artículo «Democracy's Stake in Spain» [La apuesta por la democracia española]: «El Partido Comunista de España parte de la premisa según la cual el pueblo español necesita ganar la guerra por encima de todo, y asume que la unidad es el requisito necesario para derrotar el fascismo. Por ello, su trabajo y sus políticas están orientados hacia ese fin, guiados por el sólido y constante empeño de encarrilar la unidad de todas las fuerzas antifascistas españolas».[15] Prosigue con varios relatos concretos de soldados que, en su mayoría, murieron como héroes y sacrificaron sus vidas para salvar a los otros; ensalza la profunda amistad que se forma entre hombres que antes de llegar a España eran absolutos desconocidos y, finalmente, reivindica el papel fundamental de los estadounidenses en las batallas del

Jarama y Brúñete y la defensa de Madrid.

«Debemos exigir —escribe— que la tradición democrática estadounidense no abandone a una nación sangrante, que lucha a muerte por su libertad e independencia. Debemos redoblar nuestros esfuerzos para forzar al Partido Socialista a sumarse al movimiento por España […]. Ayudemos a dar un golpe mortal al fascismo en todo el mundo».

En los años de la guerra civil española y luego en la década siguiente, sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial contra Hitler, la fe y la lógica analítica de Bill iban de la mano en armonía: la fe realzada por los heroicos esfuerzos de las Brigadas internacionales y el análisis confirmado por las posturas políticas que llegaban de Moscú. Así, la política y el amor quedaban alineados, conocía bien quiénes eran sus camaradas y quiénes sus enemigos, su labor en el Partido gozaba de un gran respeto y algunos llegaban incluso a venerarlo. Se sentía fuerte en cuerpo y alma.

Todo eso lo sé porque me lo contaron mis tíos, o los camaradas, a veces él mismo, y también por los relatos y memorias que he leído, porque durante esa época en que mi padre, al parecer, estaba en la cima de su poder, yo aún no lo conocía. A su regreso de España se casó con mi madre, la cual, según dicen todos, fue el amor de su vida (a excepción, quizá, de una mujer a quien amó en sus últimos años). Seguramente fue una relación llena de obstáculos. He oído muchas historias acerca de un romance que tuvo mi madre y casi acabó con su matrimonio, pero no tengo modo alguno de averiguar si los rumores son ciertos, puesto que me lo contaron la hermana de mi madre, su madre y la cuidadora y sustituía de mi madre, y las tres tenían buenas razones para mentir, cosa que hacían a menudo.

Su cuñada, mi tía, no se fiaba de mi padre por muchas razones, por ejemplo, el dinero, pues suponía que derrochaba los ahorros de mi madre, o su manera de educamos a mi hermana y a mí, sobre todo a mí, pues creía entenderme mejor que él. Pienso que en el fondo lo quería, pero su cariño estaba impregnado de una especie de desdén cargado de paciencia.

La suegra de mi padre, mi abuela materna, que vivió con nosotros hasta que murió su hija, temió que mi padre la echara de casa si volvía a casarse. Después de meses (¿o acaso fueron años?) provocándome pesadillas nocturnas con sus historias de crueles monjas que odiaban a los judíos y de orfanatos cristianos donde acabaría seguro si no impedía que mi padre volviera a casarse, al final me decidí a contárselo a alguien que, a su vez, se lo contó a mi padre. Entonces él echó de casa a su suegra, quien acabó viviendo con su hija, mi tía; quien se había pasado la vida peleándose precisamente con su madre y adorando a la mía, con una idealización que, ahora

mismo, creo que servía para esconder los celos que le tenía por ser la hermana «guapa, brillante y elegante», que siempre fue la favorita de la madre de ambas.

Rose era la sustituta de mi madre, la mujer que nos cuidaba y llevaba la casa, pues siguen sin tener nombre las mujeres que aman a los niños que cuidan como si fueran su familia, pero que, al final, son mujeres contratadas y pagadas para sustituir a las madres ausentes, y sus propias vidas, así como sus problemas, casi siempre permanecen ocultos para aquellos que formamos sus «familias adoptivas» y que, en realidad, sabemos bien poco de ellas. Rose arrastraba su propia historia, que acabó sangrando junto a la mía, en una sangría metafórica que fluyó como si usara uno de esos afilados cuchillos de cocina. Me decía que, al igual que ella, mi padre era un completo desconocido, no Bill, sino el hombre con quien mi madre tuvo un supuesto romance, indagó en los misteriosos orígenes de mi nacimiento, pero juró no decirme la verdad hasta cumplir los dieciocho años, y cuando alcancé esa edad y le pedí que me contara la historia, accedió. Muchos años después, en una época de reconciliación y acercamiento con mi padre, en parte gracias a mi matrimonio y la llegada de su nieto, le conté a él esa misma historia. Se puso tan furioso que llamó a Rose para desmentirla. Ella ya llevaba mucho tiempo sin trabajar para nosotros, pero habíamos mantenido el contacto. Al oírlo, lo negó todo, le dijo que yo siempre había sido una mentirosa, y esa era otra de mis mentiras. Ya de adulta, a veces me acusaba de eso mismo cuando aún le tenía cariño y la visitaba de vez en cuando. Me llamaba mentirosa y ahora me resulta muy raro, puesto que mucha gente me ha acusado siempre de lo contrario: de ser demasiado sincera y decir cosas muy crudas, verdades a veces muy dolorosas, que no son bienvenidas. Cuando Rose murió, no acudí a su funeral, y al recordarlo ahora que han pasado tantos años, siento una mezcla de alivio y remordimiento.

Pero todo ello ocurrió mucho después la guerra civil española y la guerra mundial que la siguió.

VI

En 1969, cuando ya se acercaba a los setenta, Bill sufrió un infarto poco después de que la mujer que amaba muriera de cáncer, igual que mi madre, pero ella, el último amor de la vida de mi padre, se había alejado de él tras conocer el diagnóstico y el final que la aguardaba porque, tal y como explicó, quería ahorrarle el trauma de presenciar por segunda vez la muerte de un ser querido. Tras el infarto, fui al hospital de Filadelfia donde lo habían ingresado —estaba de visita en casa de sus hermanas— y, como en esa época no operaban casos como el suyo, lo estaban tratando con una mezcla de fármacos. El médico me miró muy serio y, cuando me preguntó si mi padre había tenido algún disgusto reciente, me asaltó un vago recuerdo de la historia de esa mujer, pues debió de hablarnos de ella en algún momento.

—Creo que la mujer que amaba ha muerto hace poco —respondí al médico.

—Eso podría explicarlo —sonrió el médico comprensivo, y me recomendó que lo cuidara durante la convalecencia. Ese verano, yo me encontraba en el tercer trimestre de mi primer embarazo y estaba estudiando en una escuela superior de la ciudad, mientras que Douglas, mi marido, iba a empezar el último curso de derecho a la vez que hacía prácticas en un despacho de abogados de Nueva York durante las vacaciones. Así, nos turnamos para cuidar a mi padre mientras se restablecía.

*

Las historias de mi padre, que para él siempre fueron un medio básico de conectar con los demás, y creo que también un modo esencial de comprender su propia vida emocional, nos acompañaron durante todo el verano. Y nosotros las escuchamos. A Douglas le fascinaba la vida de Bill, tan distinta de la suya en muchos aspectos pero, de algún modo, paralela en muchos otros: un hombre que había abandonado muy joven su hogar (el sur o Europa del Este) rumbo a una gran ciudad estadounidense (Nueva York o Filadelfia) y, mientras trataba de ganarse la vida (sirviendo mesas en un hotel del centro de

Manhattan o tejiendo manteles en una fábrica de Filadelfia), seguía adelante, infatigable, con su «verdadero trabajo», asumido desde la adolescencia (organizar manifestaciones por los derechos civiles contra las leyes segregacionistas del sur y luego por los inquilinos y comunidades del barrio este de Harlem o unirse a los comunistas en Kishinev y luego, ya de adulto, organizar y reclutar a trabajadores jóvenes y radicales para luchar por un mundo mejor y más justo). Este fue siempre, para ambos, el trabajo primordial, un «trabajo del alma», como me gusta llamarlo ahora.

Yo ya había escuchado algunas de esas historias, mientras que otras surgían de las preguntas de Douglas, directas y entusiastas, y pude entonces escucharlas por primera vez con el cuerpo cubierto de paños empapados en agua fría, pues en aquel tórrido verano de Nueva York casi nadie tenía aire acondicionado. Con el embarazo tan avanzado apenas podía soportar el calor, y fue un alivio escuchar a mi padre, tenerlo conmigo tan cerca mientras contaba sus historias. Quizá incluso las escribí en alguna parte que luego perdí o guardé en alguna vieja carpeta, o en una maleta en lo alto del armario, pensando que quizá, un día, encontrarían su lugar en los libros que esperaba escribir. Pero he buscado en todos los armarios y cajones, en carpetas y cajas desgastadas, y lo único que he encontrado, en vez de archivos con sus historias, es el clásico y lloroso lamento del memorialista que se pregunta en verso y prosa: ¿Por qué no anoté y guardé bien guardadas cada una de las palabras escritas y pronunciadas? Aun así, hay algo que permanece. Las antiguas historias afloran, los sentimientos anquilosados por rígidas creencias resurgen de repente y, poco a poco, el tiempo va ofreciendo nuevas perspectivas, alteradas por la experiencia y la edad, y a veces, incluso, estas consiguen llegar a transformar los sentimientos.

VII

Ese verano, en el pequeño cuarto que tiene mi padre a la entrada del piso, y el verano siguiente, el del primer año de vida de mi hijo, lo que más interesa a Douglas no es el FBI o los juicios del Partido, sino la guerra. La guerra de Vietnam está en su apogeo y, aunque a Douglas lo han declarado exento, todos estamos horrorizados y furiosos por la política del Gobierno, desquiciados por la urgencia de la carnicería y destrozados por las primeras batallas que vemos en la televisión. Las imágenes no están difuminadas por la niebla gris típica de los noticiarios y las películas históricas en blanco y negro, ni distancian el horror hasta una época antigua y remota. Así, el terror de la guerra que avanza —rostros humanos de nuestra edad que matan y mueren bajo los disparos— se nos aparece con toda su crudeza: casas quemadas, aullidos de madres y padres, heridos y mutilados, que sostienen en brazos a sus hijos, llorando asustados o ya muertos.

Desde que nos conocimos, a Douglas le intrigaba la historia de mí padre, un comunista de verdad, un radical veterano de la Brigada Lincoln que había luchado en España. Mi padre le sacó a su yerno la boina negra, con la insignia brigadista cosida por delante, y el cinturón de piel gastada, así como su colección de libros llenos de dedicatorias personales en letra muy pulcra, que incluía una carpeta de piel bañada en oro con los discursos y ensayos de Abraham Lincoln, un regalo del Gobierno a todos los veteranos de guerra supervivientes. Aquellos días, sin duda, la memoria de Bill fue desatándose ante la visión de aquellos objetos, aunque por entonces no necesitaba mayores estímulos para desatarse. Así, nos contó muchas historias sobre España, e incluso escribió a su nieto sobre su experiencia allí mucho antes de que Adam aprendiera a leer. Nos dejó varios libros sobre España y, durante los últimos años de su vida, invocó a menudo aquella época de fe y esperanza a través de charlas y escritos.

*

Tras la búsqueda por las estanterías más altas y las cajas apiladas dentro del armario, recuperé varios libros que me había traído a casa

cuando mi padre murió, uno de los cuales, que no recordaba haber visto nunca, me resultó especialmente cautivador: The Lincoln Battalion: The Story of the Americans Who Fought in Spain in the International Brigades (El Batallón Lincoln: la historia de los norteamericanos que lucharon en las Brigadas Internacionales españolas], del poeta Edwin Rolfe.

> Madrid. 1936:
>
> El sábado 26 de diciembre de 1936, a las tres de la tarde de un día claro y despejado de invierno, el buque de vapor Normandía se alejaba del muelle del puerto de Nueva York rumbo a casa, a Le Havre. Muy pocos pasajeros habían sacado billete de primera clase, y los camarotes para turistas solo estaban medio llenos. En cambio, los tabucos de tercera clase aparecían inusualmente abarrotados para la navegación en esas fechas. Y es que el número de pasajeros de esta sección se había visto incrementado por la presencia de noventa y seis jóvenes, de los cuales muy pocos habían cruzado el Atlántico previamente. La mayoría rondaban los ventipocos, y todos ellos se dirigían a España.
>
> En pocos días, estos [voluntarios que luego formarían la Brigada Lincoln] se enfrentarían a un ejército aguerrido y bien entrenado en una de las batallas más sangrientas de la historia moderna. Su bautismo de fuego sería un ataque en descubierta, en un terreno desprotegido, contra los «moros», avezados y feroces soldados del Ejército de África reclutados por Franco en Marruecos y encargados de contener la ofensiva.
>
> […] Tras dos ataques bajo el fuego cruzado del mortal enemigo, apenas sobrevivieron ciento cincuenta de los cuatrocientos que intentaron hasta cinco asaltos en las lomas del Jarama.
>
> […] Durante el año y medio siguiente, más de dos mil estadounidenses engrosaron ese primer contingente de jóvenes voluntarios llegados a España. Procedentes de todos los estados, cruzaban a pie los nevados Pirineos en mitad de la noche para llenar, poco a poco, los botes pesqueros que esperaban en el mar Mediterráneo.[16]

Mucho después de aquellos años de lucha y esperanza, una tarde tras otra, durante un verano que ya declina nacía el otoño, el yerno de Bill pregunta e insiste en que le cuente sus recuerdos e historias, quizá a la espera de una revelación.

—¿Cómo era España? —inquiere en tono respetuoso, y el largo silencio que sobrevuela a continuación resalta, de algún modo, su

anhelo por los detalles—. Cuéntame algo que te sucediera y no haya salido a la luz.

Sigue una sarta de atrocidades franquistas. Encarcelamientos, torturas, matanzas a millares que obedecían a un frenético deseo de limpieza de sangre nacionalcatólica gestado durante siglos, un odio religioso llevado al extremo que muy pronto alcanzaría cimas insospechadas con ocasión de la guerra que se avecinaba en Europa. Los soldados españoles fieles a la República, así como los voluntarios europeos y norteamericanos capturados, morían ejecutados sumariamente.

—Febrero de 1937 fue el bautismo de fuego para esos chicos, supuestos soldados, que nunca habían entrado en combate y apenas habían recibido instrucción militar, sufrieron incontables bajas… — Mi padre nos explica con detalle la batalla del Jarama. que tantas veces he escuchado. Y mientras, me fijo en su rostro, que de pronto parece un poco más demacrado y su postura más torpe. Quizá en ese momento empezó a tamborilearen un extremo de la mesa, no me acuerdo bien, pero sí me ha quedado grabado lo que dijo a continuación.

En algún momento del mes de noviembre de 1936, A. G. Mills —un nombre falso, tal vez americanizado, como leí más adelante, puesto que su verdadero nombre era Sam Milgrom—, un alto cargo del Partido, llamó a mi padre y a Ed Bender, dos de sus más «valiosos subordinados», para reunirse con ellos en Nueva York. La postura política sobre la guerra española había cambiado, primero por parte de la Unión Soviética y luego, del Partido Comunista de Estados Unidos. Bender y mi padre, conocidos por sus grandes dotes organizativas en las bases del Partido, recibieron el encargo de buscar y alistar voluntarios para combatir en España. El viaje a Francia en barco entraba dentro la legalidad, pero a partir de entonces, y hasta llegar a la frontera española, los hombres debían encontrar un modo de cruzar los Pirineos. La mayoría de los reclutas morirían en ese viaje.[17]

De nuevo se remueve torpemente en la silla con el rostro demacrado, tal vez pensando en su papel en el reclutamiento de esos hombres, algunos apasionados en la lucha contra el fascismo, otros simplemente en busca de aventura, ninguno de ellos capaz de imaginar los horrores reales de la guerra, la mayoría muertos en la contienda.

—Nosotros… Lucharon como héroes de verdad —prosiguió mi padre—. Siempre me inspiraron un profundo respeto, y nunca olvidaré su expresión al firmar el acta de reclutamiento en Nueva York, cuando ninguno imaginaba cómo los destrozarían al año siguiente.

*

Ahora resulta fácil encontrar descripciones de primera mano escritas por académicos a quienes Bill nunca llegaría a conocer, como Peter N. Carroll, catedrático emérito de los Archivos de la Brigada Abraham Lincoln (ALBA), profesor de la Universidad de Stanford y autor de La odisea de la Brigada Abraham Lincoln: los norteamericanos en la guerra civil española:

> Los hombres de la Lincoln se trasladaron a las nuevas trincheras el 23 de febrero y luego recibieron órdenes de salir de ellas por primera vez. […] Eran exactamente 373 entre oficiales y tropa. Apoyados por un par de tanques soviéticos que distraían el fuego enemigo, avanzaron entre olivares disparando esporádicamente contra las líneas fascistas, que contestaron con un fuego ligero, hasta que uno de los tanques se vio envuelto en llamas y el otro discretamente se batió en retirada. Expuestos al fuego de fusil y ametralladora, los de la Lincoln reptaron hasta ponerse a cubierto. De las ocho ametralladoras del batallón (uno de los mandos] comunicó que «ninguna funcionaba». Gritos de «socorro» atravesaban el aire. Pero los más leves movimientos provocaban una lluvia de balas y los esfuerzos por rescatar a los heridos multiplicaban invariablemente el número de bajas. Desamparados en pleno campo a la caída de la noche, a tropezones los norteamericanos volvieron a sus líneas. […] El balance de aquel día fue de veinte muertos y casi sesenta heridos.[18]

También Helen Graham, profesora de Historia de España en el Royal Holloway de la Universidad de Londres y autora de Breve historia de la guerra civil, afirma: «Pese a las terribles bajas entre los voluntarios norteamericanos, las fuerzas republicanas, con apoyo de tanques y aviación rusos, contienen la ofensiva franquista que amenazaba con cortar la carretera Madrid-Valencia».[19] En julio de 1936 se había producido un golpe de Estado militar contra el Gobierno de la Segunda República española. En dos semanas, Hitler y Mussolini decidieron ayudar a los rebeldes y enviar aviones a Marruecos con el fin de trasladar el grueso de los militares sublevados del Ejército de África hasta la península. En octubre empezaron a llegar los brigadistas internacionales y, en noviembre se produjeron los primeros combates de la defensa de Madrid, para la cual los nacionales ya disponían de pilotos de bombarderos, también enviados por Hitler y Mussolini. Estados Unidos y Gran Bretaña se negaron a tomar partido en el conflicto, promulgando embargos y acuerdos

tácitos de no intervención con el Gobierno italiano. En abril, el Vaticano estableció relaciones con Franco y, una detrás de otra, las democracias liberales occidentales fueron abandonando a España a su suerte.

Al leer sobre aquella época histórica que ahora, en el siglo xxi, raramente se estudia o enseña, recuerdo los nombres de los veteranos de guerra que conocí, o de los que oí hablar: Steve Nelson, Eddie Bender, el tío paterno de mis primos, Ernest Arion, que murió en los primeros días de la guerra: las fotografías y los nombres con los que me encontraba cada año, en las reuniones anuales de los veteranos de la Brigada Abraham Lincoln, hombres con fuertes voces y recuerdos cuyos cuerpos iban envejeciendo y desapareciendo con el paso de los años. En la primavera de 2008, mucho después de la muerte de mi padre, asistí a la ceremonia de inauguración del monumento en honor a la Brigada Lincoln en San Francisco. Diseñado por Ann Chamberlain y Walter Hood, constituye uno de los cuatro tributos estadounidenses que existen en honor de los que lucharon en España, junto con otros dos monumentos en Seattle y Madison, Wisconsin, y una placa recordatoria en el City College de Nueva York, que conmemora a trece voluntarios, profesores y alumnos, muertos en España.

*

Al norte de la plaza Harry Bridges, en el Embarcadero, a la vista de la costa portuaria de San Francisco, se alza una larga y amplia estructura de acero pintado que enmarca unos paneles de ónice. Estos contienen imágenes y palabras de los veteranos, hechos en los que se vieron envueltos, y resultan visibles desde ambos lados. Mi hermana, Emily Lazarre, artista afincada en la zona de la bahía, trabajó durante meses en el comité encargado de diseñar y construir este testimonio artístico, y la familia entera —cónyuges, amigos, hijos, nuestra nieta sentada en los hombros de su padre, que le contaba una vez más la historia de su bisabuelo, con la misma exactitud con que le contaba, cada año, la historia de la pascua judía— nos reunimos para visitarlo. Al rodear el bello monumento, pude leer las palabras grabadas de Paul Robeson: «El artista debe tomar partido. Debe elegir si lucha por la libertad o la esclavitud. Yo ya he elegido. No tenía alternativa».

También estaba el famoso grito de la republicana Dolores Ibárruri, La Pasionaria: «¡No pasarán!», que dirigió estas palabras a los miembros de las Brigadas Internacionales: «Sois la historia, sois la leyenda, sois el ejemplo heroico de la solidaridad y de la universalidad de la democracia […]. No os olvidaremos, y, cuando el olivo de la paz florezca, entrelazado con los laureles de la victoria de la República española, ¡volved!».

Cuando volví a contemplar el monumento por última vez, hace ya unos años, lo habían pintado con grafitis, algunos de ellos imposibles de quitar. Más tarde, los materiales resultaron ser inadecuados para resistir los efectos de la humedad y el sitio cayó en la dejadez y el abandono, a la espera de una revisión que ofrezca posibles soluciones.

*

La historia de la guerra civil española no está muerta; aún siguen vigentes sus cuestiones e ideales; sus fracasos, pérdidas y victorias, así como las lecciones contemporáneas sobre el funcionamiento de nuestro mundo —y el modo en que la gente anónima se ve atrapada en ciclones de batallas políticas que no tiene el poder o el valor de afrontar—. Durante dos años enteros, en 2015 y 2016, estuve leyendo sobre las fuerzas que provocaron esa guerra ya lejana, un relato que me sonaba y conmovía por igual:

> El golpe militar [desencadenó] lo que en realidad fueron una serie de guerras culturales: cultura urbana y estilos de vida cosmopolitas frente a una sociedad rural muy conservadora; una ética humanista contra valores religiosos más conservadores; el autoritarismo contra la cultura de política liberal; el centro contra la periferia; los roles de género tradicionales contra la «nueva mujer»; incluso la juventud contra la vejez…
>
> La Primera Guerra Mundial fue, como en otros lugares de Europa, el detonante del cambio social […]. El epicentro de la amenaza para las élites era la Barcelona «roja». Pero para la clase dirigente española el espectro no era el bolchevismo, sino el poderoso movimiento anarcosindicalista, la CNT, comprometida con la acción directa, y a menudo violenta.[20]
>
> Parte del programa [republicano] se basaba en la separación entre Iglesia y Estado para lograr una redistribución de poder esencial en España. La Iglesia católica se mostró desde el principio contraria al Gobierno de la Segunda República, que tachó de «triunfo del error y el pecado».[21]

Entonces sobrevino lo que ahora ya es un lugar común, pero en la época fue una terrible novedad para muchos: el primer bombardeo intencionado de civiles, entre ellos mujeres y niños.

En abril de 1937, Guernica, símbolo de los fueros vascos, queda destruida por un bombardeo que masacra a la población.

*

Hubo largos silencios en el cuarto de mi padre. Algunas veces nos complacía cuando le pedíamos detalles, y entonces Douglas, inminente abogado apasionado por la historia, hombre pragmático en política y curtido en el movimiento por los derechos civiles de los sesenta y setenta, cuya lucha a veces sirvió y otras complicó sus ideales, siempre le pedía que prosiguiera su relato, pues quería saber más:

—¿Y tú? ¿Las Brigadas internacionales? ¿Los republicanos? Seguro que también hiciste… algo, ¿no? —preguntaba con una alentadora sonrisa, seguida de una respetuosa pausa.

Recién emigrado del sur apaleado y encarcelado por participar en una sentada en una cafetería de Durham, Carolina del Norte, y con un hermano erigido en líder del movimiento pacífico por los derechos civiles y objetor de conciencia expuesto a la cárcel por negarse a luchar contra otras personas de color en suelo extranjero, Douglas sentía una gran fascinación, mezclada con cierta ambivalencia, por la convergencia de las distintas luchas por la justicia: el recurso de la violencia anidaba en lo más profundo de su corazón y su conciencia. No es un hombre de naturaleza violenta bajo ninguna circunstancia, pero tampoco es un pacifista, como sí lo fue su hermano. Cree que la violencia puede ser justificada y necesaria, como un acto de represalia. Su afán por los relatos de cualquier guerra y bando que pudieran contener atrocidades se debía más bien al ansia de adquirir conocimientos históricos de primera mano antes que a un interés morboso o un deseo de juzgar. Durante el verano en que tuvo que cuidar a su suegro convaleciente de un infarto, empezó a querer de verdad a ese hombre que ayudaba a limpiar el piso antiguo y descuidado, y preparaba sustanciosos guisos en el viejo fogón mientras disponía los ingredientes en la larga encimera construida, tal y como siempre se encargaba de recordarnos, por Steve Nelson, el heroico y famoso comisario de la Brigada Abraham Lincoln. Douglas también acometía sus tareas al regresar cada tarde de las prácticas en el despacho de abogados, lo cual me permitía darle el relevo y dejarlos a los dos en casa para irme a clase. Unos años más tarde, la filósofa Sara Ruddick calificaría de «política de los cuidados» a esa intimidad emocional que, tan a menudo, aparece como consecuencia del amor atento y diario que llamamos «maternal».

Durante las primeras semanas de julio, mi padre respondía a las preguntas de su yerno con su típico chasqueo de lengua, seguido de la evasiva cantinela: «Estábamos en guerra, hijo mío» (la expresión afectuosa tenía, en parte, la intención de suavizar su rechazo a dar la información que se le estaba pidiendo). Luego se volvía hacia mí: «Estábamos en guerra, cariño».

Y una vez más. repite con paciencia su relato corto de la guerra

civil: el modo en que Francia cerró la frontera para intentar evitar que las Brigadas Internacionales entraran en España: la ofensiva del Ebro, «batalla decisiva de la guerra» y la más sangrienta para la causa republicana, que alcanzó su punto álgido en septiembre de 1938, cuando Francia y Gran Bretaña firmaron con Hitler el Pacto de Múnich. La Batalla del Ebro continuó, ya con todas las esperanzas en la posible ayuda europea y norteamericana perdidas, y la larga contienda acabó con la derrota republicana. En octubre, las calles de Barcelona se engalanaron para el destile de despedida a las Brigadas Internacionales, y aunque las banderas se alzaban hasta lo más alto, la causa de la España democrática ya había asumido su derrota. En 1939, las fuerzas franquistas tomaron Cataluña, y Francia y Gran Bretaña reconocieron oficialmente el Gobierno de Franco. Asimismo, después de una larga y feroz lucha calle a calle en marzo, las tropas franquistas ocuparon Madrid, y en abril Estados Unidos siguió el ejemplo de sus aliados y reconoció como legítimo el Gobierno fascista español.[22]

Las ciudades y los pueblos aniquilados y devastados por la guerra tardaron muchos años en reconstruirse. Aún soy capaz de oír la voz de mi padre, con una mezcla de ira y tristeza infinita, respondiendo a nuestras preguntas con una verdad que, con el paso de los años, había llegado a comprender en toda su amplitud: todas aquellas vidas cobradas sirvieron como ensayo general, mero simulacro de la Segunda Guerra Mundial.

A medida que iba soltándose a hablar de la guerra, las atrocidades perpetradas a los «nuestros» se volvían inevitables, cada vez menos terribles. Quizá era el modo que encontramos de susurramos cada noche nuestras ingenuidades, tan propias de la juventud. Tendida junto a Douglas, en el mismo cuarto donde había dormido durante veinte años —casi toda mi vida, pues solo hacía cinco o seis que me había ¡do de casa—, pensé en el aura con que de niña solía contemplar al Partido, enturbiada desde hacía mucho tiempo por las sospechas, luego convertidas en hechos probados, en las denuncias contra mi padre, que yo ignoraba en su mayoría y que afectaron gravemente a su salud. Por entonces era ya muy consciente de los lodos y escombros que iban minando, lentos pero implacables, nuestra fe en el Partido. Douglas, siempre más pragmático que yo, y agradecido por el diagnóstico médico que había evitado que lo llamaran a filas para combatir en Vietnam, repetía las palabras de mi padre sobre la realidad de las guerras. Ambos sentíamos, además de complicidad con la visión de mi padre, un cierto asombro por la evidente actualidad que cobraba esa parte tan significativa de su pasado.

Como hombre incapaz de dar carpetazo a las experiencias

devastadoras del pasado para poder seguir adelante, a diferencia de otros más afortunados, una vez adquirida la sabiduría del tiempo y aceptadas y asimiladas todas sus mutilaciones, mi padre seguramente recordó muchas veces sus palabras sobre España, escritas para insuflar esperanza a los hombres que se quedaron luchando mientras él emprendía el regreso a casa. Cuando, muchos años después, lo recuerdo contándonos sus experiencias de 1937, acudo otra vez a las frases del artículo «Democracy's Stake in Spain»: «A mi regreso de España, muchas veces me preguntan: "Bueno, ¿y cómo están las cosas por allí? ¿Vamos a ganar?" —escribe, y a continuación responde a la pregunta retórica—: La respuesta, camaradas, depende de lo siguiente: de la unidad absoluta de todas las fuerzas antifascistas españolas, la ayuda de la clase obrera internacional a España y la ayuda que el gobierno legítimo reciba de los países democráticos en la lucha por la democracia mundial».[23]

Más adelante escribe: «La unidad es un prerrequisito para la victoria sobre el fascismo, y debe guiar el impulso […] para unificar todas las fuerzas antifascistas españolas». Con la esperanza característica de los que creían en una amplia alianza, y pese a su condena de los «asesinatos trotskistas ocurridos en Cataluña», cita el Manifiesto del 15 de septiembre del Comité Central del Partido, que declara el principio de unidad de todas las fuerzas antifascistas como un requisito necesario para la victoria.

Un poco más adelante, en un articulo cuyo fin es apelar a la lucha, empieza a contar historias:

> Nunca olvidaré aquella vez que estuve en el hospital de campaña del frente de Córdoba. Mientras los médicos intentaban salvar las vidas de los que requerían operaciones inmediatas, entró un comisario de batallón herido en la cabeza. Era imposible reconocer rasgos humanos en el rostro que presentaba, por toda la sangre que le brotaba de los ojos, las orejas y la cabeza. Apenas podía respirar. El médico lo miró y enseguida apartó la vista. De repente, mientras algunos de nosotros atendíamos a otros heridos que yacían a su lado, oímos un grito: «¡Viva el Partido Comunista!». Nos volvimos hacia él estupefactos, pues la voz procedía de nuestro camarada moribundo. No tuvimos que mirarnos para saber que todos rompimos a llorar en ese preciso instante.

También cuenta la historia de Rudolf Tieger:

> Pasó semanas en las trincheras […] y nunca perdió una oportunidad para seguir cultivando sus ideales […], ni siquiera en los momentos más difíciles, cuando tan fácil es olvidarse de

> los demás […]. Un día nos ordenaron subir a un altozano y Rudolf Tieger fue el primero. Al resultar herido, los camaradas lo apremiaron a regresar a la trinchera, pero él se negó. Cuando por fin accedió a cubrirse, mientras sangraba allí tumbado recordó que dos camaradas heridos habían quedado tendidos entre los fuegos, expuestos al tiroteo de los fascistas. Arrastrándose despacio, con la sangre cayéndole a chorros de la cabeza, consiguió llevar a la trinchera a uno de los camaradas […] y volvió a salir en busca del segundo. Cuando estaba ya muy cerca, lo acribillaron a balazos.

Luego viene la historia de Harry Hines:

> Estaba herido de muerte. Cuando lo llevaban junto a los demás en una camilla, alguien pidió a los heridos leves que caminaran hasta el puesto de socorro más cercano, de modo que hubiera bastantes camillas para los que no podían caminar. Al oír el ruego, el marino Harry Hiñes levantó la cabeza y ofreció su camilla. En ese mismo momento, murió.

A modo de homenaje al trabajo realizado por el personal sanitario estadounidense en las ambulancias, describe el «infatigable entusiasmo de médicos y enfermeros» y se detiene en un nombre que oí repetidas veces en mi infancia, y volví a oír en esas largas tardes del verano de 1969: el doctor Edward Barsky, un voluntario que salvó muchas vidas y, años después, entre sus pacientes, seguía tratando a comunistas que requerían atención primaria.

«Debemos exigir a Estados Unidos —prosigue con esa esperanza en las ayudas que mantenía con una fe inquebrantable—, país de larga tradición democrática, que no abandone a una nación herida de muerte».

Recuerdo su tono de afligida nostalgia durante una de aquellas conversaciones: «En esa época aún creíamos poder extraer valiosas lecciones de España…». Hizo una calculada pausa para la autocrítica a la vez que se permitía recordar los viejos tiempos, y mientras recuperaba la energía, empezó a repetir lentamente las palabras escritas en mayúscula en aquel artículo, mucho tiempo atrás, palabras que releo ahora: «¡Trabajar para el Frente Popular de Estados Unidos!».

Pese a las derrotas políticas y las pérdidas personales, nunca abandonó un cierto sentido de la bondad esencial de la vida y la capacidad de valorar los momentos de alegría, ya fueran trascendentales y gloriosos o bien breves y pasajeros. Cada año, con ocasión del cumpleaños de mi hermana y del mío, nos escribía una

carta recordando la euforia que sintió cuando nacimos, costumbre que retomó durante los dos años junto a su nieto. Era capaz de irradiar la mayor dicha ante una buena rebanada de pan de centeno, cortar cuidadosamente el pan con el cuchillo y ofrecer a todo aquel que viniera a compartir la mesa, siempre reservándose el canto de la hogaza, o sorber con inmediato deleite, colmado de recuerdos, los tradicionales guisos de sus hermanas. Recordaba tantas cosas —a veces hasta la obsesión— que tenía ya por costumbre evocar sentimientos y experiencias ocurridas mucho tiempo atrás en su caminar silencioso. A veces, en esos silencios, le cambiaba la expresión o emitía sonidos que a mí se me antojaban señales de convencimiento o desaprobación. Y si alguien llegaba a preguntarle «¿Qué?», solía responder con alguna frase enigmática: «Me he acordado de una cosa» o «Algo que me vino a la cabeza». Las emociones le bailaban reflejadas, al parecer, en miles de canciones. Quizá esa continua contemplación —psicológica, ética y política— enraizaba en alguna misteriosa sinapsis genética aún desconocida, y aunque era admirable en muchos aspectos, también podía erigirse como fuente de dolor inexorable, pues su infatigable querencia por el análisis y la claridad intelectual solían ir de la mano de una manifiesta incapacidad para sanar y cicatrizar heridas. Los que lo amábamos también sufríamos ese dolor, cada vez que escuchábamos su cansina cantinela de todo cuanto había perdido, o presagiábamos la aparición de sus miserias, que afrontaba con largos retiros tumbado en la cama, con la cabeza prácticamente oculta entre libros y papeles. Buscábamos una cura instantánea, una palabra perfecta o una actividad que pudiera devolverlo a la vida, para que recuperara así su interés por el entorno, pero fallábamos —fallaba— con demasiada frecuencia. Los estados de ánimo tienen su propio ritmo y su mente definía su propia trayectoria. Conozco tan bien esa combinación de melancolía crónica alternada con una enérgica felicidad igual de crónica como mi propio rostro en el espejo, y el recuerdo de mi ansiedad por él refleja, asimismo, la ansiedad que yo misma puedo causar a los demás mediante este aspecto de mi carácter que constituye, ciertamente, otra parte de mi legado cuya conciencia solo he adquirido recientemente.

*

«Era la guerra, papá —debería haberle dicho para reafirmarlo y sostenerlo durante una de aquellas noches de verano en las que también intentaba sostener el deseo de mi marido por conocer la verdad, en ese afán compartido de escuchar sus historias—, pero queremos saber lo que te pasó a ti». E insistir: «Cuéntanos más cosas de lo que ocurrió allí».

Había una historia sobre médicos y enfermeros: a un par de ellos, traidores y espías, los pillaron inyectando gangrena en la sangre de varios soldados republicanos que podrían haber sobrevivido. Como el resto de los culpables no aparecieron, algunos trabajadores ¡nocentes del hospital fueron ejecutados. ¿Quién tomó la decisión, suponiendo que las cosas ocurrieran realmente de ese modo? ¿Estuvo mi padre implicado en ello? Pese a los ruegos que le hicimos al unísono, nunca nos desveló más detalles sobre la historia. Así, no tengo la menor idea de si mi padre tuvo algo que ver en ello, si es que el hecho es cierto: si guardó silencio al respecto para proteger a otros o a sí mismo, o si le resultaba demasiado difícil y agotador explicamos lo que sucedió realmente porque la historia se había tergiversado en todo ese tiempo, como tantas otras, por la inquina de los escritores y periodistas franquistas hacia la causa de la República. Sí estoy segura de que hoy en día, los intelectuales y académicos siguen debatiendo acerca de las supuestas atrocidades cometidas por las Brigadas. Peter Carroll cita a George Watt, veterano del Batallón Abraham Lincoln y autor de unas memorias sobre sus experiencias tanto en la Segunda Guerra Mundial como en la guerra civil española, que afirma: «Los de la Lincoln permanecían inocentes respecto a la guerra secreta dentro de la guerra, inconscientes de los asesinatos o ejecuciones».[24]

En una entrevista de 1983, John Murra, veterano de la Lincoln y luego profesor de antropología, contó cómo algunos pedían consejo a Nelson sobre el modo de lidiar con los desertores, y este replicaba: «La postura de desertor no es permanente […]. Trátalo como un ser humano», y aconsejó al propio Murra «ofrecer a los desertores un pase de cuarenta y ocho horas sin arresto y, si era posible, una comida en un restaurante y una ducha caliente. La aplastante mayoría de esos hombres —afirma Murra citando a Nelson— volverán al campo de batalla», lo cual resultó cierto, según Murra.[25]

Había otra historia sobre dos desertores que prefirieron regresar a la base de Albacete y vérselas con los comunistas antes que arriesgarse a pasar la frontera francesa a escondidas y sin pasaporte. Tras una charla para animarlos y una advertencia sin amenazas de castigo, «el comisario, William Lawrence, los convenció de que lo más “sabio” era volver a sus unidades. Los dos hombres se pusieron en marcha hacia su batallón».[26]

*

Quién cometió qué atrocidades, cuántas y en qué circunstancias queda fuera del alcance de este relato. Tomo la palabra a mi padre: «Estábamos en guerra, cariño», y estábamos en el bando correcto, el bando de la justicia y la democracia. Es importante el lado en que está

cada uno. La tiranía y el despotismo se han dado en todos los bandos de la mayoría de períodos y acontecimientos históricos, pero las ideas que alimentan esas tiranías, o que resultan traicionadas por ellas, deben contemplarse en el juicio que nos hacemos. Los ideales del franquismo diferían por completo de los de aquellos que lucharon contra él, tanto respecto a la visión del ser humano como a las sociedades por él construidas. En esas palabras —«estábamos en guerra»—, muchos testimonios y muchas guerras después, puedo oír y señalar la vasta diferencia que existe entre el lejano testigo que soy yo y todos los que están y estuvieron en el frente.

*

Estamos en otoño de 2014, y ya hace casi cuarenta y tres años que murió mi padre. En la estantería de encima de mi mesa hay una postal con una fotografía que hizo Robert Capa en 1936 a los voluntarios que se dirigían a defender Barcelona. Por las ventanillas del tren asoman sus fuertes cuerpos con los puños en alto a modo de saludo. Todos ellos me siguen inspirando tanto como a mi padre, quien proclamó hasta el final su orgullo por haber vivido esa experiencia en España. Yo también me siento orgullosa y admiro su capacidad de salvaguardar la esperanza y la fe de algo que, en aquel momento, supuso un fracaso devastador y una dolorosa pérdida.

Durante esos veranos en que vivimos juntos, primero cuando lo cuidamos en su convalecencia y luego cuando nos ayudó con nuestro hijo, mis pensamientos acudían una y otra vez a uno de los mitos sobre los que, por entonces, se asentaban mis veintiséis años de vida.

España.

Combatió en España.

Mató en España.

Mí padre combatió en España.

No, no en la guerra de Cuba, eso fue hace mucho tiempo, hablo de la guerra civil española.

¿La guerra civil española? ¿Qué es eso?

Y así con los estudiantes, los amigos y las jóvenes generaciones, año tras año repito la historia, una y otra vez..

Los voluntarios llegaron de todas partes del mundo, hombres jóvenes y también algunas mujeres, para combatir el fascismo de Franco y defender la República; casi todos ellos, los de la xv Brigada, rondaban los veinte. El Partido Comunista de Estados Unidos reclutó, organizó y envió a muchos de ellos a la guerra. Los comunistas alistados eran jóvenes en busca de una causa justa o una simple aventura que nunca alcanzaron a imaginar la carnicería que les

aguardaba. Las grandes compañías estadounidenses como Texaco suministraban petróleo a Franco como combustible para armas, tanques y aviones.[27] La Iglesia católica europea y estadounidense presionó a sus gobiernos para que estos apoyaran a la Iglesia católica española, claramente a favor de Franco y sus generales. Muchos de los jóvenes soldados de esos contingentes llenos de ideales, pero sin entrenamiento alguno —que, en realidad, poco tenían de soldados—, acabarían muriendo.

«Viva la Quince Brigada», nos enseñaron a cantar, y nuestras voces coreaban la de Pete Seeger desde el público, con la misma pasión que ponía él en una canción que, para nosotros, ya era un himno bien conocido:

> Rumba la rumba, la rumba, la.
> Que se ha cubierto de gloria
> ay, Carmela; ay, Carmela,
> Luchamos contra los moros, rumba la rumba la rum-ba-la.
> Mercenarios y fascistas,
> ay, Carmela; ay, Carmela.
>
> Jarama. Brúñete. Albacete.
> Madrid.
> Papá, ¿por qué los primos tienen segundos nombres como Sidney?
> ¿Y Ernest?
> En honor a tíos y amigos a quienes mataron en España.
> Los mataron en España.
> Que cruzaron a pie los Pirineos en mitad de la noche…

Miles de veces oímos esas palabras, esa música, las historias y frases sagradas; todos nosotros, hermanos, primos y amigos, estábamos acostumbrados a las incesantes repeticiones. Hombres muy jóvenes que atravesaban senderos montañosos a pie con la esperanza y su propio ánimo como únicos guías; nuestros padres y tíos, los padres de nuestros mejores amigos. Al amigo que vivía al lado de mi primo le habían disparado en el brazo y aún tenía el agujero de la bala, que nos mostraba con entusiasmo una y otra vez: «Un tiro en España. ¿Ves el agujero?». Y extendía el brazo para que pudiéramos ver, asombrados, el hueco redondo que llegaba hasta el otro lado: nuestros miedos y disgustos infantiles se anulaban entonces, o al menos se acallaban ante aquella realidad: «Combatió en España».

En sus memorias, tituladas The Lincoln Battalion, el poeta y voluntario Edwin Rolfe escribe: «En Albacete, tres estadounidenses

dirigieron las actividades de todos sus paisanos en España, con Bill Lawrence como jefe, un joven neoyorquino con canas incipientes y comisario político de las Brigadas Internacionales».[28]

Al final del primer capítulo, cuando aún quedan motivos para la esperanza, añade: «Mientras escribo estas palabras, las noticias que me llegan de España no son del todo descorazonadoras. Los asturianos aún combaten, los gallegos siguen guardando las cuevas de sus montañas, y en los escarpados picos de Sierra Nevada, en el sur, los guerrilleros mantienen vivos el espíritu de la democracia y la bandera de la República»[29]

VIII

Por algún lugar andará la carta perdida que mi madre escribió a mi padre cuando él estaba en España, pero como no he podido encontrarla, empiezo a pensar que quizá la soñé, o me la inventé. Ella elige la ropa que va a ponerse el día del reencuentro del armario que comparten: un traje azul marino de cuello alto y mangas perfectamente entalladas. Lo extrae con cuidado de la percha y, entonces, saca una chaqueta de él.

Pero no, debo de haberlo imaginado, lo inventé para una escena que un día pensaba escribir. Porque si Bill se ha marchado a España, están juntos, pero aún no se han casado. Todavía no comparten la casa que visualizo, el hogar de mi infancia. Pero incluso si ya estaban viviendo juntos por entonces, incluso en esa misma casa, su habitación era la más grande, la que luego sería mía y de mi hermana, y que ambas compartiríamos finalmente con mi abuela. En ella había dos armarios, no uno para los dos, y creo recordar que fue mi hermana la que heredó el que pertenecía a mi madre.

De modo que en mi historia, alterada a la sazón, mi madre rebusca entre la ropa del otro armario, que al final me quedé yo y pertenecía a su carismático amante, uno de los lideres del Partido que había sido profesor suyo, lo bastante atractivo para que decidiera abandonar a su primer marido, un hombre guapo y moreno llamado Mike cuya foto —por extraño que parezca— permaneció en el viejo álbum de los primeros años de matrimonio de mis padres. Quizá porque siguieron siendo amigos. Quizá porque el carácter jovial y hedonista de mi madre —casi siempre la recuerdo cantando, dibujando con nosotras, inventando juegos de palabras— le permitió conservar el amor por su marido pese a enamorarse locamente de otro. Pero esas evocadoras imágenes suyas chirrían al chocar con los largos períodos en que yo la echaba de menos: cuando se marchaba cada mañana a trabajar con sus maravillosos trajes ceñidos, cuando pasó más de un mes viajando por Italia y París en 1949… Y al final, ya estaba demasiado enferma para pasar tiempo con nosotras en la habitación, envuelta en una eterna penumbra, tendida en una cama de hospital con sábanas blancas y vigilada por una omnipresente enfermera que intentaba

consolarla en su declive, y que no pudo contener el llanto cuando su bella y dolorida paciente por fin se marchó.

Ya era hora de que encendieran las luces de esa habitación, me susurraba a mí misma, anegada en la ira y la vergüenza sin poder dejar de sentirme culpable. Entonces coma a buscar su fotografía colgada en la pared y acercaba los labios al cristal para jurarle mi amor, deseando llegar dondequiera que se hubiera ¡do. ¿Acaso había traspasado el cristal? Porque en algún sitio tenía que estar.

En el reverso de la fotografía que Bill se hizo en España, donde aparece al final de una fila de voluntarios, con dos mujeres en medio, una blanca y otra afroamericana, y lleva la boina a modo de insignia, las manos en los bolsillos y la expresión seria y orgullosa. escribió unas palabras que aunaban sus dos pasiones: Tullah, te envío esta foto en prueba de mi agradecimiento por haberme infundido tanta fuerza en la lucha contra el fascismo. Te quiere, Bill.

*

Esa fotografía reposa en una estantería encima de mi mesa, y así puedo leer las palabras de mi padre cada vez que me apetece. En la otra carta, la que perdí o me inventé, mi madre escribe: «Mi querido Bill: Hoy he ido a tu armario a sentir tu ropa, a oler tus huellas. Me he arropado con las mangas de tu chaqueta favorita como si fueran tus brazos, y te he echado de menos. Espero que no creas que soy una egoísta por desearte tanto, amor mío, por contar los días que faltan para que vuelvas conmigo, por negarme a imaginar que quizá no regreses —pero no, ni siquiera soy capaz de escribir algo así—. Volverás. Volveremos a estar juntos. La República española saldrá victoriosa».

Sus palabras también acuden veloces, como si vinieran de un recuerdo incuestionable, como si su carta reposara al lado de la dedicatoria que él escribió tras la fotografía.

En la guarda del libro de Edwin Rolfe, cuyas páginas han amarilleado con el tiempo sin llegar a romperse, y cuya tapa de grueso cartón rojo aún resiste entre mis manos una nueva lectura, aparece la siguiente inscripción: Para Bill, con el profundo respeto y la amistad que nos une. Salud y (un día de estos) victoria.[30] Tuyo siempre, Edwin Rolfe.

A continuación, el subtítulo: «La historia de los estadounidenses que lucharon en las Brigadas Internacionales españolas», y uno de los epígrafes, donde puede leerse: «El mundo apenas advertirá y no recordará por mucho tiempo lo que aquí digamos, pero nunca podrá olvidar lo que ellos hicieron aquí. Abraham Lincoln».

IX

Marzo y abril de 2013

Desde que Douglas y yo cruzamos la frontera entre Portugal y el sur de España, que recorreremos en grupo durante los próximos diez días, me dedico a preguntar a nuestros guías españoles y a otros lugareños que encontramos en el camino por la guerra civil y el monumento a las Brigadas Internacionales de Madrid. He visto una fotografía en internet, gracias a la labor de los Archivos de la Brigada Abraham Lincoln (ALBA), una organización de académicos, escritores, estudiantes, veteranos aún vivos y sus descendientes, cuyo fin es preservar y difundir conocimientos acerca de esa parte tan crucial de la historia.

Pero también sé que hay un «gran silencio» instaurado tras la muerte de Franco y la transición a la democracia.

«Después de la muerte de Franco, en 1975, la Transición había parecido casi milagrosa. En ese momento no se había producido una caída del muro de Berlín ni el derrocamiento masivo de las dictaduras latinoamericanas de derechas. A diferencia de sus vecinos portugueses, los españoles tampoco acabaron con su dictadura por medio de una revolución pacífica, empuñando claveles. No había mapa de carreteras para ir de un gobierno dictatorial a la democracia. España era única. Tenía que encontrar su propio camino y lo hizo echando tierra sobre el pasado. En realidad aún no se habían inventado las comisiones de la verdad y los juicios al estilo Nuremberg no venían al caso. De cualquier modo, muchos de los que lideraron la Transición tenían un pasado franquista. Era mejor cubrir también sus historias personales con un manto de silencio. […] No se puso por escrito, pero se conoce como el pacto del olvido"».[31]

*

«No hay ningún monumento», me dicen una y otra vez. «No tengo ni idea». «No, nunca he oído hablar de él». Y cuando insisto y les aseguro que sí, que existe un monumento, les explico algo más sobre

las Brigadas Internacionales y me identifico como la hija estadounidense de un miembro del Batallón Lincoln, se limitan a asentir con un gesto y alejarse.

Hasta que por fin conocemos a Diego Martín, nuestro guía en la ciudad de Ronda, historiador y profesor en varias universidades europeas. Es el primero en mencionar la guerra civil y la historia del fascismo en España. Un hombre bajo y guapo, entre los setenta y los ochenta, que despliega un gran sentido del humor a la vez que un discurso claramente preparado para ese público de estadounidenses cuya ingenuidad ya ha aprendido a asumir. Al oír que empieza con una alusión a la guerra civil, siento un gran alivio. Sin asomo de disculpa o introducción, nos explica que los partidos comunistas de casi todos los países europeos enviaron batallones de voluntarios que formaron cinco brigadas internacionales, conocidas bajo el nombre de xv Brigada, La Quince Brigada. Hace una pausa, como a la espera de un gesto escéptico u hostil en el grupo, que lo escucha atento, una vez instaurado el ambiente de camaradería que lo ayudará a ir deslizando más fácilmente sus convicciones personales.

Tras una feroz tormenta, el cielo luce ahora despejado, pero se prevén más lluvias para la tarde. Todos vamos vestidos para la lluvia y llevamos paraguas plegables en las mochilas.

—Llevo con esto mil años —nos dice señalando su gastado abrigo negro—. L.L. Bean, el mejor impermeable que he tenido nunca —añade, y la mención de la conocida marca estadounidense arranca las sonrisas cómplices que pretendía—. A nosotros, los andaluces, nos encantan las bodas y los bautizos… ¡Nos encanta la fiesta! —grita por encima del hombro para contagiar su alegría, y luego se vuelve hacia nuestro pequeño grupo—. Aquí, en el sur, todos somos paganos. Venid a vernos si os gusta la fiesta. ¡Y si os gusta trabajar, ya podéis ¡ros al norte! —Se ríe con guasa de sí mismo y sus paisanos, y nosotros con él.

Entonces alguien del grupo pregunta:

—¿La mayoría de los brigadistas voluntarios eran comunistas? ¿Por qué había tantos comunistas en las brigadas?

—Porque solo la Unión Soviética apoyó a los republicanos —responde Diego en su nítido y perfecto inglés, y acto seguido, como un reverendo después de una floritura retórica para rematar un discurso o un sermón, nos da la espalda con un estudiado ademán coreográfico. Seguramente Diego no espera los gritos y vítores con los que siempre cuenta un reverendo al final, pero soy capaz de entrever la sonrisa de satisfacción que le asoma tras decir esas palabras.

Lo seguimos en su recorrido por varias iglesias, pues las iglesias y catedrales constituyen las paradas más frecuentes en nuestro viaje por la España católica. Nos maravillamos ante su esplendor, su ornada

arquitectura, sus altares, esculturas e imágenes, sus bancos sencillos y elegantes. A veces, en algunas de esas pequeñas capillas, al escuchar los compases de algún órgano o, simplemente, el largo y resonante silencio, me invade un sentimiento de calma espiritual. Me quedo tan impresionada ante ciertas estatuas de mármol esculpidas con elegancia y ante los ornados corporales de los altares como si estuviera en un museo, pero la historia del catolicismo español desde la Inquisición hasta la guerra civil, ya en el siglo xx, nunca se aparta del todo de mi mente.

Al detenernos para contemplar una estatua especialmente sobrecogedora, surge otra pregunta envenenada de suspicacia:

—¿Por qué los republicanos mataron a tantos religiosos?

—Porque… —El rostro de Diego esboza su ya consabida sonrisa que parece indicar «Sí, esta pregunta ya me la sé, aparece en cada visita, y aquí va la respuesta»—. Porque el noventa y nueve por ciento del clero, incluyendo párrocos y monjas, apoyaba a Franco.

No alienta ninguna contestación o comentario que prolongue la conversación, su respuesta es sencilla y directa. Atravesamos las espaciosas salas, los pasillos de madera pulida y oscura, con Diego siempre en cabeza, hasta que se detiene para señalar una imagen que reproduce, de un modo increíble, una Última Cena cuyos discípulos son mujeres.

—¿Cómo fue posible? —pregunta jocoso con las manos extendidas, para enfatizar el placer del misterio—. Supongo que el pintor era feminista. —Y añade a continuación—: Se dice también que los párrocos de la época solían ser cortos de vista.

Al final, como en todas nuestras visitas guiadas, acabamos en una tienda de recuerdos que vende estatuillas de piedra blanca y figuras encapuchadas que, pese a evocar monjes corrientes, también recuerdan inevitablemente a los inquisidores españoles del siglo xv, los cuales, según nos dicen, son asimismo penitentes, y piden perdón por perdonar los pecados de los impuros pese a que ellos mismos cometen y dirigen muchas y horribles manifestaciones del crimen y la humillación.

—El Ku Klux Klan les copió los ropajes —nos explica Diego en un susurro, y Douglas, la única persona negra del grupo, sostiene una mirada dominante y algo feroz con la cabeza alta, mientras el resto de los turistas lo miran rápidamente de reojo, azorados.

Al cabo de una semana, en nuestro último día en España, nuestro guía acompañante nos anima a comentar nuestras impresiones sobre el viaje. Una pastora eclesiástica de Connecticut, brillante y compasiva, con la que Douglas y yo hemos trabado una especial amistad en estos días —y también con varios compañeros que viajan con ella—, se atreve a hablar, con tristeza y coraje, acerca de la

vergüenza que ha sentido durante este viaje al conocer una parte de la historia más reprensible de un cristianismo que ama de corazón. Cuando todos regresemos a casa, durante unos meses nos enviará sus sermones, en los que revisará con gran audacia toda clase de odios y prejuicios, especialmente las políticas asociadas al odio más emblemático y perdurable que domina Estados Unidos: los prejuicios de raza y color presentes en las instituciones, así como en nuestras personas. Sus prédicas denunciarán, asimismo, el silencio que ayuda a mantener instaurados esos prejuicios y, en el verano de 2014 y a lo largo de todo el año siguiente, cuando tantos jóvenes negros surjan de repente en las noticias y todo el mundo se lance a hablar de cómo mueren a manos de la policía y de justicieros solitarios en numerosas ciudades, entre ellas la mía, sentiré un especial respeto por las enseñanzas que esa mujer decidió impartir a sus feligreses de Connecticut, empeñada en no olvidar todo cuanto había aprendido.

*

Desde luego, el Ku Klux Klan, al igual que los inquisidores españoles, también odiaba a los judíos, y en España quedaron muy pocos.

Alguien pregunta por la población judía:

—¿Cómo eran esas comunidades que antaño florecieron en el país?

—La mayoría trabajaban como artesanos —responde Diego—, hasta que se exiliaron, se convirtieron o bien los mataron. No había muchos prestamistas —añade con su sonrisita—, y tampoco profesionales. Eran simples obreros.

En su respuesta, en el tono lleno de aprecio y respeto con que pronuncia la última palabra, adivino su evidente simpatía por el socialismo, y por detrás, entreoigo a mi padre hablando con lealtad de los obreros, a pesar de las traiciones políticas, nacionales y globales, a pesar del creciente racismo instaurado entre algunos obreros blancos, que él percibía con singular habilidad. Nos enseñaron a cantar Solidarity Forever[32] y The Banks Are Made of Marbie:

Los bancos son de mármol, con un guarda en cada puerta,

Y las bóvedas de plata, hechas con el sudor de los obreros.

Venerábamos a líderes sindicales como el gran Joe Hill, cuyo triste final, asesinado,[33] conocíamos tan bien como sus canciones sobre el valor y el coraje, que cantábamos en los festivales de música, en los asientos traseros de los coches cuando íbamos de excursión, incluso las tarareábamos en voz baja mientras caminábamos por la calle o jugábamos en algún rincón solitario y tranquilo. Anoche soñé que veía a Joe Hill, cantábamos, y estaba tan vivo como tú y como yo. En esa

época, la mayoría no habíamos salido nunca de Nueva York, y por supuesto, nadie había visto una mina en su vida, ni siquiera un molino. Aun así, las letras de las canciones acudían con fluidez, como si esa tierra de la que hablaban fuera realmente nuestra: «Desde San Diego hasta Maine, en cada mina, en cada molino, donde los obreros se organizan y protestan, allí encontrarás a Joe Hill». Las letras de nuestras canciones protesta se enraizaron muy pronto y para siempre en nuestra memoria. Fueron nuestras nanas, una parte fundamental de nuestro legado.

La voz de mi padre, que nunca perdió el acento, se funde con la de Lois después de que ella, ya cumplidos los cincuenta, emigrara del sur a Nueva York para estar cerca de sus hijos y nietos y consiguiera su primer trabajo remunerado. Cuando le convalidaron el bachillerato, pudo empezar a trabajar en la administración pública gracias a los programas de empleo surgidos en los setenta para combatir la pobreza. Además del salario, contaba con un plan de pensiones y seguridad social, lo cual le permitió jubilarse cuando se quedó viuda, sin tener que depender de sus hijos. Guardaba su carné sindical como oro en paño y estaba tan orgullosa de los beneficios de la afiliación desde el primer día de trabajo, que decía a todo el que quisiera escucharla: «Estoy afiliada, y no dejo de decirles a todas estas almas cándidas [sus compañeros de trabajo, por quienes sentía un verdadero aprecio en su mayoría, aunque, a la vista estaba, aún les quedaba mucho que aprender] que también tienen que afiliarse. El sindicato nos protege a todos». A los noventa ya cumplidos, sigue aferrada a esa idea, gracias a la cual puede disfrutar de una serie de beneficios que nunca imaginó durante sus primeros cuarenta y cinco años de casada con un jugador profesional y madre de una familia que dependía de esos ingresos, regulares pero impredecibles.

—Obreros —repite Diego—, Judíos, musulmanes, cristianos. —Y a continuación enfatiza la última palabra—: Españoles.

—Al final, los fascistas tomaron Ronda antes de seguir hacia Madrid —me cuenta mientras caminamos y hablamos sobre una guerra que, aunque librada hace tantos años, aún perdura en el entorno y el inconsciente colectivo con una intensidad que acaso provenga del silencio. Antes de subir al autobús, le escribo en una libretita los dos nombres americanos de mi padre.

—Sí —afirma—, me suenan.

Aunque ya tiene más de ochenta años, Diego era muy pequeño cuando mi padre ejerció de comisario político en España, así que probablemente su afirmación obedezca más al mero deseo de complacerme que al verdadero reconocimiento. Sea como fuere, me siento agradecida por la lealtad con que ha señalado la importancia de la memoria, para alzar una voz clara que se niega a ignorar el pacto

del olvido.[34] y estoy deseando llegar a Madrid.

Después de recorrer los bellos pueblos y ciudades del sur de España, el autobús se adentra en La Mancha. Aunque me da rabia no poder ver Albacete, donde destinaron a mi padre, enseguida me distraigo con los numerosos y antiguos molinos de viento que vemos por la ventanilla. Son los mismos que inspiraron la gran novela de Cervantes y se convirtieron así en símbolo popular del poder de las ilusiones, pero también de la gracia y el poder redentor de la imaginación, la disonancia entre cómo nos ven los demás y cómo nosotros sentimos que somos. Ya cerca de Toledo, me pongo a tararear una canción que una alumna mía, de las primeras que tuve, escribió hace mucho tiempo.

Fue en la época en que arrancaron los programas de estudios de género, orientados a partir del tema de las voces femeninas liberadas tras largos siglos de silencio. Enmascaradas bajo su disfraz, las mujeres habían pasado muchos años escribiendo historias y poemas, pero tal y como todas nosotras fuimos aprendiendo durante esa época tan intensa, la verdad de la experiencia solo se nos revelaría al leerlas con atención. Así, muchas escritoras, académicas, profesoras y alumnas nos dedicábamos a desenterrar, reinterpretar y volver a contar historias enterradas, y otras nuevas se escribían desde una perspectiva femenina y honesta.

Mí alumna era una mujer dominicana llamada Pilar Brache, poeta y letrista brillante que, al igual que muchos otros escritores, se veía incapaz de encontrar su lugar en el mundo. Su mayor anhelo, por encima de cualquier otra cosa, era que su madre, y el mundo, pudieran mirarla con amor y comprensión.

«Contemplo la vista desde Toledo», nos cantó el último día de clase, y todos nos quedamos extasiados ante su voz y sus palabras:

> Contemplo la vista desde Toledo..
> Lamento que mi nombre sea El Greco,
> Lamento ser extranjera para vosotros,
> Mi Madre, lo siento
> Lo siento tanto.
> Por eso canto.
> Y canto bíen.[35]

Pilar hablaba en nombre de muchos compañeros suyos cuando decía que si encontraba las palabras justas, tal vez la entendieran, la admiraran, la conocieran, le infundieran seguridad. Luego nos contó sobre su «tristeza bilingüe» y nos tradujo sus palabras: «Lo siento tanto —cuánto valor y honestidad había en ellas—. Por eso canto. Y canto bien».

Muchos lloraron. La profesora de literatura escrita por mujeres, que era yo, también.

Mientras dejábamos atrás las carreteras de pueblo y las anchas autovías que nos conducían a Toledo, fui recordando las palabras y la canción de Pilar, que reclamaba no solo su destino, sino su capacidad; no solo su deseo, sino su talento, esa misteriosa necesidad de expresar sus emociones a través de la música y la palabra. También recordé a Diego y su rechazo a mantener el pacto del olvido. Guardar voto de silencio, incluso como un modo de preservar el secreto o la privacidad, a veces puede convertirse en una forma de traición hacia nosotros mismos, un miedo a enfrentamos a la ira, la ansiedad o la vergüenza. Quizá, en esos momentos, estaba recabando mi propio valor para expresar mi enojo por la silenciosa conspiración que percibía tan claramente a mi alrededor en España ese año 2013. Al principio sentí cómo algo se agitaba en mi interior, igual que me había sucedido otras veces, algo que se alejaba del voto de silencio acerca de mis más intensas emociones, que yo tantas veces intentaba guardar bajo ese signo de cautela común en tantas mujeres mayores, cada vez que nuestros sentimientos y opiniones se desdeñan o ignoran. Primero percibí que algo se agitaba en mí, y empecé a escribir en el cuaderno de viaje que siempre me acompañaba en los trayectos de autobús, pero fue al llegar a Toledo cuando pude verbalizarlo, al verme en una situación vinculada de algún modo, ya fuera remoto o insignificante, con el comunismo y la guerra civil española.

*

Una vez dentro de la catedral, nos rodeamos de santos y obispos de mármol, creaciones de artistas que trabajaron bajo los auspicios de la Iglesia. Según nos dice una guía del museo de la catedral (tal vez a modo confidencial), en este templo hay tanto oro. plata y piedras preciosas como para alimentar al país entero. Así, mientras me paseo contemplando las riquezas que se despliegan ante mí, recuerdo las palabras que nuestra guía acompañante en España, la catalana Rosa, nos había dirigido esa misma mañana desde el asiento delantero del autobús.

—Ahora mismo España está sumida en un desastre económico —nos dijo, intentando que le prestáramos atención en medio de unas carreteras comarcales con las cunetas bordeadas de preciosos árboles; la crisis, como la llamaba todo el mundo—. Los índices de paro son terribles; los alquileres están por las nubes incluso fuera de las ciudades; los jóvenes de veinte y treinta años regresan a casa de sus padres y los abuelos se ven forzados a abandonar las residencias para

que sus pensiones ayuden a mantener a la familia. Muchos tienen que vivir con cuatrocientos euros al mes, aunque la cuota media de las hipotecas alcanza los setecientos. Muchos inmigrantes han empezado a regresar a sus países de origen. La edad de jubilación se ha incrementado, mientras que los salarios descienden. Un conocido del hotel donde hemos pasado la noche trabaja en cuatro sitios a la vez para mantener a su familia —prosiguió mientras nos miraba de pie desde el frente del autobús, apretando el micrófono contra el pecho y tratando de dominar la voz, lo cual solo conseguía en parte. Me di cuenta del valor que había necesitado Rosa para hablarnos de todo ello, aunque fuéramos solo un grupo de turistas que ya habíamos llegado a conocemos bastante bien y parecíamos estar a gusto con ella. Pero ese discurso no estaba en la agenda. Lo mismo que Diego, estaba agitando las aguas.

Mediante este proceso de escritura puedo invocar las enseñanzas de mi padre, los valores que tanto insistió en transmitirnos cuando se le presentaba la mínima ocasión; así como su valentía, incluso durante el juicio al que se sometió en su juventud, y luego más tarde, cuando tuvo que dirigirse no solo a enemigos políticos y gobiernos oficiales, a los que enviaba cartas cada semana para censurar o alabar sus decisiones, sino también a los antiguos camaradas, a la familia, los amigos y, sobre todo, a sus hijas. Mientras Rosa nos explicaba la realidad de las penurias económicas escondidas en una España que nosotros admirábamos desde nuestra condición de turistas —comíamos bien, dormíamos en cómodas y bonitas habitaciones, alguien nos hacia las camas y nos limpiaba el baño cada día—, la voz y los principios de mi padre irrumpieron, una vez más, en ese viaje.

La agitación se anuncia con una suave náusea. En una sala contigua a la nave de la catedral encontramos las paredes llenas de cuadros de El Greco. Los brillantes rosados y verdes oscuros de las ropas sagradas logran ensombrecer durante un rato la imagen que Pilar trazó de él y de su obra; sin embargo, no soy capaz de alejar los pensamientos que me asaltan sobre las desigualdades económicas, cada vez mayores, de Estados Unidos. En el distrito de Manhattan, desde la calle Bowery hasta el barrio de Harlem, los alquileres han subido tanto que las familias de clase media se han visto obligadas a marcharse de allí. Los dueños de los comercios locales, que ya formaban parte de la comunidad vecinal, van cerrando sus negocios con el paso de los días para dejar que sucursales bancadas y grandes cadenas, las únicas que pueden permitirse pagar alquileres tan altos, ocupen su lugar. Sin ir más lejos, la semana pasada el dueño de un comercio que conocía de toda la vida me contó que ya estaba preparando la mudanza. Billones de dólares sirven para mantener el vasto y punitivo sistema de justicia, pero nadie encuentra nunca

dinero suficiente para invertir en educación.

Mientras me paseo por la sala canturreando los versos de Pilar, perdida en la intensidad de los blancos, rojos, negros y verdes que dominan los retratos de los cabecillas políticos y religiosos de la época, empiezo a sentir un ligero mareo. Entrecierro los ojos y los contornos figurativos se van atenuando mientras intento permanecer en un mundo fluido lleno de color, formas, luz en expansión, para poder dejar atrás, siquiera por un rato, los nuevos pensamientos inquietantes que me asaltan. Como si estuviera en otro país, en otro bello lugar, y pudiera ceñirme un bañador y nadar por una bahía con la marea alta, dejar el cuerpo flotando a su ritmo, respirar y librarme de los pensamientos sombríos y la ansiedad. Pero la inmersión apenas dura un instante y la náusea del mareo persiste. Muy pronto resurgirá el verdadero asunto de mis meditaciones.

Salimos de la iglesia, de los cuadros de El Greco y de mis recuerdos vocales de una joven artista, y nos llevan por las callejuelas empedradas y serpenteantes hasta el Museo Sefardí. En el grupo, somos todos estadounidenses de cuarenta y largos hasta ochenta años, y cuatro de los casi veinticinco, contándome a mí, somos judíos. Una vez llegados, Rosa se va a descansar un rato y una guía local se encarga de nosotros. En una sala rodeada de pasillos y galerías, se sitúa en medio del círculo que formamos. De las paredes cuelgan cajas de cristal con magníficos artilugios de la floreciente sinagoga que hubo en este mismo lugar hace ya muchos años.

Cuando los judíos vivían en este barrio, que aún se llama Judería, todas estas salas albergaban rincones para la oración diaria, las celebraciones sagradas, los sermones, los bar mitzvahs, las bodas y los funerales, todos los aspectos que la vida comunitaria religiosa es capaz de ofrecer. Todo está conservado a la perfección, pero ya no hay judíos. Los asesinaron, expulsaron o fueron obligados a convertirse por la Inquisición durante el siglo xv, o bien escaparon rumbo al norte de Europa, donde creyeron estar seguros, pero cinco siglos después los torturarían y asesinarían, o los enviarían a campos de concentración donde millones de ellos acabarían muriendo.

Mi mente y mi vista divagan. Por un momento, llego a alejarme del grupo para examinar los cálices de plata, las enormes menores repletas de adornos, un amplio pergamino de la Torá cuyas páginas antiguas, caligrafiadas en hebreo, emanan un sentido de historia sagrada, cuando no una religiosa santidad, a mi alma agnóstica. Los negros trazos, las formas y líneas de las letras me parecen de una gran belleza, pese a no entender ni una sola palabra.

Luego sigo deambulando en dirección al grupo, y escucho a medias otra interesante, pero repetitiva, descripción de la arquitectura y los iconos, hasta que de repente quedo impactada por el sentido de las

palabras que alcanzo a entender. Nuestra simpática guía local, cuyo pelo castaño y rizado y pañuelo de lo más colorido no he dejado de admirar desde que llegamos a Toledo, está defendiendo la Inquisición.

—No fue lo correcto, claro —nos dice en su perfecto inglés, pero su tono revela sin lugar a dudas que tampoco fue para tanto—. Es complicado acercarse, entender… —Y su tono, ahora vacilante, expresa claramente un «pero»—: Deben ustedes comprender que los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, se vieron muy presionados —prosigue con una frase que culmina la advertencia, de modo que nos preparamos para lo que: inevitablemente, vendrá a continuación. Y no tarda en llegar—: En el mundo se han cometido muchas injusticias —sermonea con un tono de voz que ahora rezuma ira y resentimiento—. ¿Por qué entonces solo se condenan, e incluso exageran, los fallos de la historia de España? Sin ir más lejos, fíjense en su país —dice elevando la voz—. ¿Qué pasa con los juicios de las brujas de Salem? ¿Acaso no fueron tan malvados como los que hicieron aquí?

De inmediato una de las mujeres judías del grupo, que hasta ahora se ha quedado observando la escena muy atenta, abandona la sala.

Así que me decido a contestar en voz bien alta, tan alta como la de la guía:

—Lo que está diciendo es ofensivo y denigrante —alcanzo a decir, ignorando las sempiternas voces que me piden que me calle y me preguntan: «¿De qué va a servir?», pues conocen la futilidad y necedad de cualquier respuesta, pero esta vez no van a detenerme—, sobre todo aquí, en esta sinagoga convertida en museo porque ya no quedan judíos. Al menos no muchos. Pero ahora mismo, en esta sala, somos cuatro, y los cuatro, y quizá también el resto, nos sentimos indignados por sus palabras.

Y salgo a que me dé el aíre. Más tarde me entero de que Douglas ha seguido hablando por mí, y ha señalado lo absurdo de la comparación entre el juicio a las brujas de Salem, donde murieron unas veinte personas, por muy brutal e injusto que fuera el proceso, con la expulsión y el asesinato de cientos de miles de judíos españoles, considerando, sobre todo, la larga y más reciente historia del fatal antisemitismo europeo. Mientras hablo con él y otros pocos miembros del grupo en una callejuela de la Judería de Toledo, respiro hondo hasta recobrar la calma y recuerdo, entonces, una parte del libro de Georges Charney sobre los conflictos entre identidades étnicas e internacionalistas.

Durante los años cuarenta, entre los militantes del Partido en Nueva York predominaban los judíos, y más tarde, en los cincuenta, las posturas antisemitas de la Unión Soviética ya eran bien conocidas y condenadas incluso entre los mismos comunistas.

«Era un judío norteamericano y me convertí en comunista, y con el

tiempo, ambas vertientes de mi ser social acabaron fusionándose —escribió George—, pero ahora esa unidad ha quedado destrozada».[36]

Todo ello desencadenó una serie de enzarzadas disputas en el Partido, en que los comunistas nacidos en Estados Unidos arremetían contra las «viejas generaciones que habían nacido fuera, como Bill —escribió George, que había llegado al país cuando era un niño—. Cuando tenía presente mi origen judío, así como las emociones que me procuraban las penurias de los judíos en Europa y la épica del gueto de Varsovia, sabía con toda certeza que pese a las ideas políticas actuales o venideras que abrazara, siempre seria judío». Durante una de esas discusiones, «Bill tomó la palabra, la única ocasión en que se decidió a hablar—escribe George—, y dijo con voz chillona: "Yo también tengo sangre judía, ¡igual que sangre comunista!"».

George interpreta las palabras de su viejo amigo como una prueba de la incapacidad de reconocer y aceptar que los comunistas podían ser culpables de los espantosos crímenes que, por entonces, habían salido a la luz de modo irrefutable. Ciertamente, el deseo de negarlos puede haber influido en la postura de resistencia que adoptó mi padre. Y allí, en aquella preciosa callejuela empedrada a la salida del Museo Sefardí de Toledo donde estuve en 2013, volví a pensar en la identificación internacionalista que tan necesaria le había parecido siempre. Al cabo de unos años, cuando su relación con el Partido Comunista ya se había roto definitivamente, esa misma creencia acabaría por desbancar el origen étnico y la identidad judía que había sentido de un modo tan íntimo y esencial desde muy niño, cuando vivía en el barrio judío de Kishinev.

Al igual que en muchos otros lugares y épocas, incluido nuestro presente, la obsesión por la pureza racial, en el caso de Franco la vertiente más pura del catolicismo, sirvió para justificar el asesinato y el exilio. En el momento histórico actual, el concepto de pureza étnica y racial se ha revelado no solo como un mito, sino como uno de los aspectos más perniciosos de las religiones, una poderosa fuente de violencia contra toda diversidad. Eso yo ya lo sabía en 1968, cuando me casé con un hombre negro en un país donde el matrimonio «interracial», pese a la decisión del Tribunal Supremo en 1967 respecto al caso Loving contra el Estado de Virginia, que lo había convertido en una práctica legal en todo el país, en la mayoría de los estados seguía registrado como ilegal. También lo supe después, pues me pasé gran parte de mi vida criando a dos hijos negros cuya «mezcla» los convertía en una amenaza para la mayoría de blancos estadounidenses. Cuántas veces había renunciado a callarme por ellos, cuánto había aprendido de ellos, cuánto había escrito y enseñado sobre el daño y el impacto brutal de la falsa idea de la pureza blanca, un concepto político y social basado en fuerzas mucho más complejas

que las cuestiones individuales de herencia, fe religiosa, etnia o color de piel. Aquel viaje por España concedía a las Brigadas Internacionales la función de representar, más que nunca, una comunidad de valores que remplazaba las fronteras y los contextos nacionales, por los principios de la justicia económica. Una bella alternativa que nunca alcanzó siquiera cierto peso como tal. «Me había politizado para el resto de mi vida —recordó Ruth Davidow, una enfermera que se había ¡do a España impulsivamente para protestar contra la política de no intervención de Roosevelt—, pero cuando llegué a España aprendí lo que significaba la solidaridad internacional».[37]

Sé muy bien que alzar la voz en una salita para protestar por la necedad de una mujer que justifica la ideología de pureza de la Inquisición, y con ello del fascismo español, el racismo estadounidense y, en consecuencia, también del Holocausto, constituye un acto nimio, que no arriesga en absoluto y tampoco consigue cambiar nada. Aun así, pude volver a sentir la suave y reveladora agitación dentro de mí. El voto de no olvidar nunca puede ser un voto oculto y silencioso: muy al contrario, necesita una reivindicación visible y audible —como las estrofas de Pilar, como la visita guiada que hizo Diego con toda su intención, como las pinturas y las voces que aún estaban por llegar en nuestro viaje a España—, necesita sonidos, imágenes, palabras.

*

En las ya reconstruidas calles y avenidas madrileñas, mientras Douglas y yo caminamos por los parques y visitamos los museos, intento imaginar esos amplios y acogedores paseos sembrados de escombros amontonados y edificios demolidos, cuerpos heridos y muertos tendidos por doquier, como seguramente mi padre los recorrió en los años treinta, y como nosotros hemos visto en televisión esa misma mañana en las calles de Siria, repletas de sangre y cuerpos cercenados tendidos entre las grandes piedras destrozadas que un día fueron hogares.

En el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía contemplamos el Guernica de Picasso en una sala llena de gente. Lo había visto unos años antes, en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, pero aquí en Madrid el cuadro, cargado con la historia de su exilio y regreso a España solo después de la muerte de Franco, cobra un aura muy poderosa que antes no tenía. Los rostros que aúllan, las mujeres que gritan su lamento con sus hijos muertos en brazos, los animales con cabezas cercenadas y miembros amputados, las armas afiladas y triangulares que asemejan fragmentos de casas destruidas, una patética bombilla emitiendo una luz blanca y grisácea sobre la negra penumbra otorgan una especie de sonido a la obra. Allí permanezco

amontonada entre la multitud que contempla el cuadro de una matanza histórica, convertido ya en símbolo de las muchas matanzas que llegarían después.

En el Museo del Prado, ya agotados por todos los desplazamientos que hemos hecho no solo en el espacio, sino también en el tiempo, decidimos visitar únicamente una galería: la sombría colección de pinturas negras de Goya.

En estas salas, todo está en silencio. Rostros de pobres hambrientos, peregrinos desesperados, campesinos desahuciados, espeluznantes asesinos y descuartizamientos nos observan con atención. Saturno devorando a un hijo es monstruoso, aterrador y fascinante. Los folletos que ofrece el museo describen los logros formales, así como las interpretaciones históricas de las obras, y al leerlos, inevitablemente, me viene a la mente la crisis actual española, los datos desalentadores sobre pobreza y desempleo que nos dio Rosa, las advertencias de Diego sobre los efectos brutales de la desigualdad. Los negros y marrones, tan densos, pero milagrosamente translúcidos, las precipitadas manchas rojas parecen reflejar los violentos años de la guerra civil y las décadas de dictadura franquista.

La mañana anterior habíamos visitado un famoso castillo, pero noté una creciente desgana cuando me esforzaba en admirar la estética de los recargados cristales, oro y artilugios de plata, utensilios y muebles con zafiros, esmeraldas y rubíes incrustados y rodeados de aros de oro y plata. Seguía viendo filas de refugiados, como si atravesaran esas mismas salas amplias y resplandecientes: refugiados no solo de la pasada guerra civil española, sino también los que había visto en las noticias la noche anterior, caminantes sin hogar y en duelo, con niños enfermos en brazos, rumbo a los improvisados y enormes campos que los aguardaban. Cruzan todo el norte de África y Oriente Medio, y muy pronto, al llegar a las fronteras europeas, su número asciende a cientos de miles. Tienen el rostro cetrino y surcado de polvo incrustado, y los párpados de los niños están entrecerrados por nubes de moscas. Una náusea fulminante me obliga a salir del edificio hasta descubrir un jardín interior, también opulento, pero donde al menos puedo respirar aire fresco.

Empachados ya de nuestra tolerancia a la angustia histórica, Douglas y yo nos dedicamos a compartir recuerdos de cuarenta años atrás, de las conversaciones que mantuvimos con mi padre. Al final, encontramos solaz y refrigerio en los acogedores cafés abiertos y los bares de tapas. Pudimos alejamos de los conflictos que nos generaban nuestras propias emociones: admirábamos una bella ciudad en cuyo pasado tumultuoso, a la vez que inspirador, habíamos ahondado para descubrir una historia que siempre influirá de algún modo en nuestras vidas y las de nuestros hijos y nuestra nieta.

Cuando Adam tenía apenas un año, mi padre le regaló una medallita de plata grabada con una diminuta inscripción que rezaba: «Amigo de la Brigada Abraham Lincoln». También le escribió una de sus típicas cartas, en la que describía a su nieto, de un modo sucinto, la historia de la guerra y su participación en ella. «Estoy seguro de que si hubieras estado por aquí en esa época — concluía—, habrías sido un verdadero amigo de la Brigada Abraham Lincoln. Guárdala como recuerdo, y de vez en cuando, si quieres, puedes ponértela».

*

Pero habíamos venido a Madrid para ver el monumento.

El homenaje a las Brigadas Internacionales estaba en el campus de la Universidad Complutense de Madrid, un lugar donde murieron muchos de los que intentaban defender la ciudad. Los guías, el conserje del hotel y alguien más nos advirtieron que seguramente veríamos muestras de vandalismo, quizás algún grafiti insultante; o algo así, nos avisaron.

Una mañana, nos vamos los dos solos a la universidad, mientras los demás toman el autobús hacia algún destino interesante. Estamos en vacaciones de Semana Santa, así que llegamos a un campus desierto y nos disponemos a buscar el centro de estudiantes, donde supuestamente se encuentra el monumento. Al principio nos perdemos entre los caminos entrelazados y los cuadrados de césped, hasta dar con dos jóvenes guardias de seguridad a quienes pregunto, con mi español rudimentario, si conocen el paradero del monumento. Les describo como puedo el lugar y les dibujo en el aire, con las manos y los brazos, la imagen invisible de una escultura alta. Douglas lleva su vieja y gastada boina negra —no la del Batallón Lincoln, por supuesto, que reposa en la estantería de la casa de nuestro hijo pequeño en Nueva York—, y supongo que, al verla, el guardia se hace una idea, y finalmente las palabras salen en español y en inglés, el monumento a las Brigadas Internacionales de la guerra civil. «Sí, sí, eso es lo que buscamos». Uno de los hombres nos mira con súbita fascinación y pregunta a Douglas si es un veterano de la brigada. Al instante se da cuenta de su error, puesto que Douglas es demasiado joven, pero eso me da pie a presentarme —«una hija»—[38], hija de un voluntario, y él, interesado, saca el iPhone y enseguida encuentra la imagen que nosotros hemos visto desde el ordenador de casa, y nos señala dónde queda.

Ya estamos allí mismo, justo donde indica Google Maps, y al mirar donde nos señalan los guardias, un poco más lejos, pasado el césped, allí está por fin el monumento. Todos nos echamos a reír por esa muestra de confianza en la tecnología virtual que nos ciega ante la

vida real, y tras darles las gracias, Douglas y yo atravesamos el cuadrado verde.

Frente a la Casa del Estudiante y el Centro Internacional de Visitantes y Acogida, se alzan ante nosotros dos planchas de acero lacado. Según reza la placa, la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales y una comisión de profesores de la Universidad de Bellas Artes llevaron a cabo el proyecto, avalado internacionalmente y sufragado por donaciones privadas para rendir homenaje a los centenares de brigadistas internacionales que murieron en Madrid.

Bajo una estrella de tres puntas roja, aparece grabada la inscripción:

> A los voluntarios de las Brigadas Internacionales
> 22-X-2011

Y a continuación puede leerse:

> Sois la historia, sois la leyenda
> Sois el ejemplo heroico de la solidaridad
> y de la universalidad de la democracia.

Con la firma grabada: Dolores Ibarruri 1-xi-1938 (La Pasionaria, una luchadora muy conocida por su liderazgo y valentía, voz espiritual de la República).

Rodeo el esbelto memorial, una y otra vez, mientras rozo con los dedos los contornos del metal que refleja la luz del atardecer. Hace unos años visité el Muro de las Lamentaciones de Jerusalén donde, siguiendo la costumbre de insertar oraciones escritas a mano en las grietas del muro de piedra, dejé una súplica por la paz en nombre de mis padres y mis hijos. En Madrid dejé un papelito en otra pequeña grieta del pedestal del monumento: «Salud[39] y recuerdos de Bill Lawrence, comisario político del Batallón Abraham Lincoln, 1937.»

Y aunque sé que va a borrarse con la próxima lluvia, escribo con un bolígrafo en una piedra ancha y plana que encuentro: «Viva la Quince Brigada. Batallón Abraham Lincoln. De la hija de un voluntario».[40]

Al depositar la piedra en un pequeño anaquel del pedestal del monumento, como si fuera el borde de la lápida de una sepultura judía, para dejar constancia de la visita, pensé en los años posteriores a la guerra y en cómo se desmoronó el mundo de mi padre. La necesidad de alianzas en la Segunda Guerra Mundial y la ideología del Frente Popular que había dominado hasta entonces las perspectivas soviéticas y los partidos internacionales se verían sometidas a la condena y el rechazo de la mayoría. La Unión Soviética asesinó,

ejecutó y encarceló a mucha gente, mientras que en Estados Unidos numerosos camaradas, como Bill, se verían abocados al exilio político y espiritual, a menudo con la fe sacudida y la salud destrozada. En realidad, todo había comenzado mucho antes, en los años veinte, cuando Bill vivía en Filadelfia, trabajaba en una fábrica textil, y luego se convirtió en dirigente del Partido, fue a la cárcel por «intentar derrocar al gobierno de Pensilvania» y, finalmente, se trasladó a Nueva York.

En los archivos y cuadernos que tengo en casa, conservo una amplia colección de materiales sobre aquellos primeros años: documentos, artículos, libros escritos por participantes y observadores que pueblan mis estanterías, opiniones de devotos y críticos acérrimos, camaradas leales hasta el final y renegados de sus antiguas ideas que se sintieron traicionados por el Partido. En ese momento, sentí un profundo deseo de sumergirme en la investigación que me aguardaba, en todas esas lecturas que adoptarían una nueva perspectiva real ahora que había visto España con mis propios ojos.

En el instituto tuve una profesora de historia cuyas palabras suelo recordar a menudo, en cuanto que pertenecen inequívocamente a mi propio territorio, desde el abanico de fuerzas políticas que conforman las diversas vertientes de mi compromiso hasta mis vínculos más íntimos con los demás. Cada vez que empezábamos un tema nuevo, ella procedía a entonar las mismas palabras en una voz tan alta que a todos nos sorprendía, pues emanaba de la mujer menuda y de aspecto sumamente ordinario que teníamos plantada allí delante. Reclinada en el asiento, con los brazos cruzados sobre la blusa blanca o de flores, siempre abotonada hasta el cuello y ajustada a su estrecho torso, nos repetía: «Ahora vamos a volver y estudiar las causas y las fuerzas, tanto visibles como soterradas, que intervinieron en el asunto para así poder comprender las consecuencias. En historia, cada cosa sucede porque antes sucedió otra cosa».

*

Dos meses después de nuestro regreso del viaje por España, los juzgados de Madrid ordenaron la retirada del memorial porque carecía de licencia urbanística. En noviembre de 2015, pasados cuarenta años de la muerte de Franco y la vuelta a la democracia, apareció un artículo en The New York Times que repasaba la cantidad de calles y monumentos con nombres franquistas que aún quedaban en España. «La sombra de Franco sigue siendo una poderosa fuente de discrepancias entre la izquierda y la derecha», escribía al respecto el periodista Raphael Mendes. Pero no existe ninguna otra placa o memorial a las Brigadas Internacionales en todo Madrid.[41]

CUARTA PARTE

UN MAL VIENTO

[…] esto fuimos, e intentamos amar así,
y estas son las fuerzas alineadas contra nosotras,
y estas son las fuerzas que alineamos dentro,
desde dentro y contra nosotras, contra nosotras y desde el fondo.

Adrienne Rich, Veintiún poemas de amor

X

Digo que sopla un mal viento cuando me viene una racha de meses, y una vez incluso años, repletos de pérdidas y fracasos encadenados, no todos trágicos, pero si severos. Un mal viento barrió la vida de mi padre. Desatado poco después del final de la Segunda Guerra Mundial, su velocidad alcanzó muy pronto la de un huracán y así se mantuvo hasta el final, hasta que tuvo que operarse de una úlcera de estómago porque en esa época aún no se había descubierto ninguna medicación para tratarla. ¿Sangraba? Su corazón, por entonces, sí que sangraba porque estaba roto, igual que su ánimo, siempre amenazado por unas grietas devastadoras a punto de quebrarlo, por lo que se veía obligado a emplear todo ese autocontrol que tanto había apreciado siempre y logrado solo a veces.

Fui a verlo al hospital una tarde de 1959, justo antes de la fiesta de mis dieciséis. Llevaba un vestido brillante y dorado, con la falda tiesa y acampanada gracias a las gruesas capas del cancán con encajes de algodón que tan de moda estaba por aquella época. Los bellos y tiránicos tacones empeoraron mi ya crónico problema con los pies —me costaba mucho andar en línea recta—, así que esa noche, cuando empezó el baile, decidí bailar descalza, como la mayoría de las chicas, inclinada hacia atrás en los brazos de mi novio, y pasando entre sus piernas cuando el paso lo requería. Para entonces también nos habíamos quitado las rígidas fajas que usábamos para aplanarnos el vientre y me sentía libre y ágil.

Pero haber visto el rostro de mi padre, tan pálido, casi ceniciento como el color grisáceo de las sábanas del hospital, me había producido una gran inquietud. Le salían tubos por la nariz y la boca, hablaba en voz muy baja y áspera por la anestesia y la medicación, y quizá también por el llanto, que me arañaba por dentro como gravilla arrojada por un viento de tormenta, que nos araña los pies hasta llenados de heridas.

«Los polacos y los rusos saben que los sentimientos que se ocultan envenenan la vida», escribe Alan Furst en Estrella oscura,[42] y aunque mi padre nunca se había expuesto a ese veneno en concreto, saltaba a la vista que lo estaba intentando. Hizo amago de recomponerse,

sonrió, se quitó el tubo de la boca para emitir un silbido y me dijo que estaba preciosa. «Que te lo pases muy bien, cariño», susurró con aspereza, con su característico baile de letras como si quisiera ofrecerme así un regalo de cumpleaños: la supervivencia envuelta en cotidianeidad. Pero yo sabía que las lágrimas también estaban ahí, siempre lo sabíamos, con el fantasma de nuestra madre al acecho: las palabras Ojalá pudiera verte ahora mismo tu madre estaban ahí, y el ojalá se evaporaba como una neblina húmeda que el sol ardiente reduce a la nada. Ahí estaba ella, en el deseo interminable de él, arruinando cada ocasión de festejo, a veces por un rato, a veces por más tiempo, y esa evocación de mi padre constituía una prueba de su amor en algún rincón del corazón que se le había roto.

El mal viento comenzó a soplar en 1948 y se prolongó durante la década de los cincuenta.

*

Entre el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, y el final de la década, el movimiento internacional comunista y sus líderes se vieron involucrados en un conflicto lo bastante cruel como para aniquilar, finalmente, el movimiento en su conjunto.

En 1944, Earl Browder, presidente del Partido durante muchos años, decidió disolverlo para reconstituirlo como Organización Comunista Política con el fin de reafirmar el valor de las alianzas con las organizaciones democráticas y sindicatos progresistas y oponiéndose, al mismo tiempo, a la idea de élite revolucionaria cuyo centro de organización era la Unión Soviética. Se trataba, pues, de un compromiso estratégico a la vez que filosófico para crear sinergias entre las diversas organizaciones nacionales en pro de un movimiento radical de cambio en el conjunto de la sociedad. Mi padre era un aliado de Browder. Trabajaron juntos durante los años cuarenta e incluso escribieron artículos a cuatro manos sobre España. Pero a partir de 1945, «el viejo dilema del vínculo entre ideología y partido, por un lado, y la nacionalidad, por otro», en palabras de George Charney, estaba a punto de explotar y dejar un reguero de facciones que llevaban ya mucho tiempo en ebullición, a causa de las hondas sospechas que conformaban un ambiente de denuncia y acusación que salpicaba a todo el movimiento comunista y cuyos orígenes se remontaban al estalinismo soviético.[43]

Cuando intento probar suerte con el discurso histórico, vagos recuerdos alterados por miedos y deseos infantiles me atraviesan el pensamiento como nubes sobre el mar. Los detalles de las batallas intestinas y divisiones de la izquierda en aquella época se van disponiendo hasta proyectarse en las palabras de un escritor en quien

he aprendido a confiar por su imparcialidad y precisión.

«En la subsiguiente lucha por el poder, un nuevo liderazgo, comprometido con la fórmula ortodoxa leninista, forzó la expulsión de Browder […] justo cuando una "cruzada" anticomunista estaba empezando [en Estados Unidos]», escribe Peter N. Carroll en La odisea de la Brigada Abraham Lincoln.[44]

Regresar al «viaje» de George Charney como comunista americano a lo largo de tantos años supone, para mí, la concesión de un deseo imposible más que una investigación propiamente dicha: que ese hombre tan cercano a mi padre, casi mi tío, siguiera vivo, fumando en pipa en el salón de su casa, rodeado de libros, con su pelo corto gris y sus conversaciones pedagógicas. De todos los fundadores del comunismo estadounidense, en su mayoría amables y afectuosos con sus hijas y las de los demás, él fue el más entrañable para mí. Todos ellos contemplaban nuestra inteligencia como una forma de belleza, incluso cuando distábamos mucho de ser bonitas, e insistían en la necesidad de recibir educación y respeto. Nos querían de un modo que nosotras aceptábamos complacidas a pesar de todas sus imperfecciones porque, aunque no les faltaban ocasiones para mostrar un descarado sexismo, todos lucharon por la «cuestión femenina» con tesón y firmeza.

Creo que nosotras, las hijas de esa generación, nos llevamos lo mejor de ellos, pues los hijos, que ahora ya son hombres mayores, parecen más perjudicados —en realidad, empezaron a mostrar los primeros signos desde muy jóvenes—. Padres e hijos solían enfrentarse entre ellos, y se enfrentaban a nuestro mundo con una serie de expectativas paternas que chocaban con las identidades adolescentes y la reafirmación de la masculinidad en la juventud. Así, todos representaban su papel tradicional en el contexto de la historia, aplicado entonces a la lucha por los derechos civiles o la guerra de Vietnam. En cambio, las hijas de ese mundo, como muchas otras hijas, éramos más proclives a perdonar a nuestros padres, a adorarlos mucho más que a nuestras madres, cuyas tareas y responsabilidades no solo se ceñían a la instrucción política y filosófica, a una tarde especial en un teatro de Broadway para ver un espectáculo de tendencias izquierdistas o a una excursión a patinar sobre hielo en Wollman, con deliciosa pizza y música romántica incluidas.

Tanto por su carácter como por sus circunstancias, Bill escapaba a ese patrón en muchos aspectos, por lo cual eligió el hogar como centro de su vida de padre viudo con dos hijas. Pero los otros padres, y George sobre todo, aún conservan un aura resplandeciente de carisma por muchos años que lleven muertos, como un recuerdo indeleble de su integridad y nuestra confianza.

*

Durante los años que Charney describe como «una época turbulenta», Jacques Duelos, un teórico comunista francés, publicó una carta que todos leyeron como si de un texto del mismo Stalin se tratara. En él denunciaba las recientes «tendencias revisionistas» y hacía un llamamiento al regreso a la «lucha de ciases».[45] En respuesta al envite, la jerarquía del Partido Comunista de Estados Unidos, presidida entonces por el doctrinario William Z. Foster y el héroe de guerra Bob Thompson, presionó a Browder para que renunciara a su programa y a sus ideas, que ellos tildaban de peligrosas, según las cuales las fuerzas progresistas ya existentes en el sistema capitalista estadounidense permitirían una evolución pacífica hacia el socialismo. Resurgía así la idea de una élite internacional, opuesta a la ideología del frente unitario que ahora se revelaba corrupta.[46]

Como sé que mi lectura se va trenzando con recuerdos de ira y amor, y otras veces con los prejuicios inevitables de mi perspectiva y mis convicciones como escritora, contemplo con cautela las impresiones que me asaltan con excesiva confianza, por no hablar de las certezas. Pero a medida que leo y escribo, intentando tamizar el nuevo conocimiento y despojándolo de las viejas certidumbres, estoy segura de una cosa: cuando las convicciones se vuelven sagradas y las opiniones discordantes son fuente de odio justificado, es probable que surjan toda clase de violencias físicas y verbales. Ello puede aplicarse tanto a la vida íntima y privada como al terreno político. Ambas esferas se consideraron, durante mucho tiempo, dos aspectos distintos de la experiencia humana, hasta que varias décadas después, las feministas de mi generación los superpusiéramos para simplificar la idea en cuatro palabras que pronto se harían famosas: lo personal es político, un concepto que los comunistas posteriores a la guerra, entre otros, rechazaron. Para los que ahora ostentaban el poder, las posiciones en la lucha se asumían con la rectitud de una cruzada, inexcusables ante la duda o la ambigüedad, implacables ante la compasión por las viejas amistades, y la capacidad de pensar con claridad y agudeza obligaba a erradicar cualquier matiz o atenuación final. Reinaba el odio. Muchos cayeron sacrificados, acusados de «revisionismo», «oportunismo» y «deterioro político».

George Charney describe de este modo la experiencia de dos hombres que se encuentran en un congreso del Partido: uno de ellos es un respetable camarada: el otro, un viejo amigo:

> Bob Thompson y Bill Lawrence representaban lo nuevo y lo viejo, y cada uno aportó su propia interpretación de los hechos. Bob. que habló con entera confianza como portavoz del

> Partido, [había] pasado media década combatiendo, primero en España y luego en la guerra del Pacífico. En ese momento estaba en la cumbre y era la vanguardia personificada. Bill habló únicamente en su nombre con serias dudas respecto al futuro […]. En los años treinta había sido toda una inspiración, (pero ahora] los que habían asumido los puestos de liderazgo lo contemplaban con indiferencia o con desdén mal escondido, como si ya fuera cosa del pasado […]. Durante las interminables sesiones de la convención, recibió ataques de todos los flancos. Aún lo recuerdo sentado en primera fila con la cabeza inclinada, blanco de las críticas más despiadadas, sin poder o querer defenderse. La puya más dura se la lanzó un veterano de la Lincoln al referirse, con injusto sarcasmo, a su comportamiento en España […]. Así comenzó la caída de mi amigo Bill.[47]

*

El 2 de diciembre de 1948, poco antes de las ocho de la mañana, murió repentinamente de un ataque al corazón el hermano mayor de Bill, Buck, camarada político y amigo íntimo suyo desde la juventud que habían compartido en Kishinev y luego en Filadelfia. Aún recuerdo sus ojos azules, típicos de la parte Lazarre de mi familia, su cabello blanco y abundante, el rostro pálido y rosado, parecido al de mi padre, pero menos abrupto, más hermoso, pienso ahora al contemplar su fotografía enmarcada en la pared de mi casa. Nos visitaba a menudo y jugaba con mi hermana y conmigo en el suelo del salón. Una vez, recuerdo de repente, nos trajo un juego de construcción con figuras humanas: algunas eran verdes, otras azules, otras rojas —quizá también había alguna blanca y negra—, creo, y en todas ellas se dibujaban unas pocas líneas negras trazando el gesto de una cara sonriente. Si se ponían unas encima de otras, podía erigirse una torre. ¿Sería acaso un juego diseñado para familias comunistas? ¿Sería posible algo así? Quizá era simplemente una versión más sofisticada del típico juego de bloques que mi tío encontró en alguna tienda e interpretó, junto a mi padre, como una representación de las creencias que todos compartíamos: hombres fuertes, obreros, todos juntos en pie. Al quitar a uno de la estructura, el resto se desmoronaba.

No sé si esta interpretación de los bloques humanos es un recuerdo o una mera posibilidad que se me ocurre ahora. Las imágenes afloran como un sueño muy vivido, y me gusta acariciar recuerdos como este, pues sé que la felicidad de esos años puede desvanecerse en un instante a causa de los diversos traumas que dominaron nuestra vida

por entonces.

Reconozco la firma de mi padre en el certificado de defunción de su hermano, que ahora forma parte de mi extensa colección de documentos. La profesión de Isaac Lazar aparece indicada como «fabricante de instrumentos», lo cual es falso, por supuesto. Quizá fue simplemente una mentirijilla, porque los comunistas de aquella época tan peligrosa tenían la costumbre, muy arraigada, de mentir acerca de sus andaduras profesionales. O quizá es que mi padre no pudo evitar otro gesto sarcástico junto al lecho de muerte de su hermano. Fabricante de instrumentos. El Partido solía definirse como «instrumento de la revolución», así como de la clase obrera, que finalmente saldría vencedora de la misma. Y Buck había sido un dirigente teórico del Partido. Cuando murió en el Hospital Mount Sinai de Manhattan, con solo cuarenta y nueve años, estaba soltero. Al año siguiente, mi madre empezaría allí mismo un tratamiento contra el cáncer de mama que, poco a poco, acabaría consumiéndola. También tengo entre las manos su certificado de defunción, firmado de nuevo por William Lazar, que leo como un lamento del dolor tantas veces recordado.

No emprendí un nuevo viaje a las tumbas de mi madre y mi tío hasta unas cuantas décadas más tarde cuando, acompañada por Douglas y mi hijo Khary, fui al cementerio de Long island y pude, por fin, sentirme en paz y cerrar la herida. En la entrada a la parte donde se encuentran ambas lápidas se alza un arco de piedra con una inscripción grabada: No solo vivieron para ellos mismos.

XI

Tengo un sueño recurrente sobre una gran ciudad. Unas figuras humanas se desvanecen entre las sombras de lo que parece el oeste de Manhattan, con esas avenidas que había antes de que abrieran los Embarcaderos de Chelsea en las dársenas donde atracaban los transatlánticos procedentes de Europa, donde mi padre nos llevó a mi hermana y a mí —dos veces, creo, o quizá fue solo una— a buscar a mi madre, que regresaba de París por un viaje de trabajo. Entonces esa ciudad que me resulta tan familiar se evade y me encuentro en un lugar extraño, que me recuerda a las fotografías urbanas tomadas hace tantos años en la tierra de mi padre. No estoy en una enorme ciudad metropolitana, sino en un barrio pequeño y de aspecto antiguo. La oscuridad nocturna de la calle cercana al río se extiende por un conjunto de casas y, más allá, por los bosques y las colinas. Un autobús se dirige al río, que desemboca en el mar abierto, en cuyas dársenas se alinean los transatlánticos. Hay algo por encima que se mueve en la distancia, como los rieles elevados de Broadway. en Manhattan, o como esos puentes largos y curvos que unen dos extremos. Algunas tablas se están cayendo a pedazos, mientras que otras partes lucen bien fuertes, como hechas de un acero incapaz de quebrarse. Así, las dos partes se superponen, o quizá son, de algún modo, un mismo lugar.

Tengo unos sueños muy vividos, como casi todos los sueños plagados de movimientos repentinos y extrañas yuxtaposiciones. Siempre han constituido experiencias cotidianas, que me asaltan casi cada mañana al despertar como si hubiera estado, literalmente, en algún otro sitio. Los personajes y lugares que pueblan esos sueños regresan una y otra vez y evolucionan, como tal vez harían si fueran reales.

Por esta razón, en parte, desde muy joven fui consciente de los mundos que existían en mi interior, más allá de mi control y mi conciencia. Durante una época, cuando rondaba los dieciocho, empecé a explorar distintas maneras de disipar miedos y ansiedades, que a veces se presentaban como «voces» y me infundían un efecto de escisión que me mantuvo muchos años convencida de mi locura, tal y

como siempre me había advertido mi abuela. Fue así como me consagré con fervor al psicoanálisis. Pero durante esos años en que fui paciente y estudiosa de esa teoría de la mente en constante revisión, no solo buscaba un cierto alivio o una «cura», sino que me sentía, además, muy atraída por la narrativa de liberación elaborada por varias generaciones de psicoanalistas más o menos en deuda con Freud. Al principio en secreto y luego en lucha abierta con mi padre, creía que todo el mundo debía vincular la idea de su propia libertad interior con una consagración vital y duradera a la libertad política y social para todos. Aun así, la idea subyacente del psicoanálisis, la subyugación y la tiranía que pueden estar parcialmente arraigadas en las experiencias de la niñez temprana, así como en los sistemas gubernamentales, provocaba en él una ira que a veces llegaba a invadir esa contención que ahora percibo como una señal de terror.

Conozco únicamente los contornos más básicos de la infancia de mi padre, pues ni yo ni mi hermana, así como ninguno de mis primos, conocimos a sus padres: ambos murieron poco después de su llegada a Estados Unidos. Aunque mi padre hablaba a menudo del odio que sentía por su padre y nunca admitió forma alguna de apego, y mucho menos de amor, apenas mencionaba a su abuela, con quien durmió cada noche hasta cumplir los cinco años. Tampoco nos contó muchas historias de su madre, a quien se refería como «mamá», sin usar nunca la expresión más distante de «mi madre», y en las pocas ocasiones en que aludió a su temprana muerte, enseguida se le llenaban los ojos de lágrimas. Había una historia sobre sus primeros años en Filadelfia. Al morir su padre, él y su hermano Buck prometieron a su madre que irían cada mañana a la sinagoga a rezar el kadish, pero en vez de cumplir su promesa, acababan metiéndose en algún bar para arreglar el mundo, como fervientes y virtuosos comunistas que eran. No recuerdo haberlo oído lamentarse de lo que a su madre debió de parecerle una traición y una shanda —es decir, una deshonra, una terrible vergüenza—, y tampoco dijo nunca dónde estaban enterrados ella y su padre. Haciendo gala de un materialismo inflexible con la cuestión del cuerpo y el alma, ni siquiera visitó la tumba de mi madre y, al escribir su última voluntad, nos dejó instrucciones muy estrictas (que yo desobedecí) de echar sus cenizas en el primer camión de basura que encontráramos. Esa firme creencia, claro está, nunca consiguió mermar su duelo o aliviar su dolor. Aún puedo verlo sentado en la ancha mesa de la cocina, que hacía las veces de comedor, recién enterado de una nueva pérdida —la muerte de su hermana mayor, Leza—, llorando mientras repetía: «Era como una segunda madre para mí», y el nuevo duelo siempre reabría las heridas de los anteriores.

Al escuchar los lamentos de su tierra que canturreaba cada noche

tras la muerte de mi madre, cuando quedó a cargo de la canción a la hora de acostarnos, yo me tendía en la cama intentando evitar entregarme a ese ritual, que él nos ofrecía cantando algo sobre una noche negra —nacht in droysen—y un niño abandonado que deambula por las callejuelas sin su madre —nit kine mama—, una encrucijada donde convergían nuestras historias («Por favor, nacht in droysen no», rogaba con mi nefasta pronunciación, y por muy convencidos que sonaran mis ruegos, era lo que acababa recibiendo cada noche).

*

En 1951, mi padre tenía cincuenta y ocho años cuando mi madre murió, poco después de su hermano. De inmediato comenzaron los cambios y las traiciones en el Partido. La amistad de mi padre con George Charney se rompió durante unos años como resultado de las divergencias políticas que los situaron en extremos opuestos del Partido. Las alianzas se desplazaban continuamente y los participantes no tardaban en cambiar de parecer, hasta el punto de que una misma persona podía virar de un extremo a otro del espectro doctrinal con asombrosa rapidez para luego volver al principio. Según la perspectiva que hoy en día somos capaces de adoptar, la demonización de los enemigos internos resultó más nociva que los «ejércitos» externos que amenazaban el socialismo internacional.

En un capítulo del libro, George se reprende a sí mismo por no haber defendido a su amigo Bill del nuevo régimen del Partido, que tiene precisamente a George como uno de sus líderes. Lo explica de este modo: «Cuando volví a ver a mi amigo Bill Lawrence […] me quedé impresionado por el aspecto que ofrecía. Él, que siempre había mostrado un aire tan espléndido y vistoso, tenía la piel apagada y cenicienta […]. Me impacto mucho su interpretación acerca de las tribulaciones que habían sacudido el partido […]. Estaba claro […] que en el curso de las mismas algunos, y Bill entre ellos, habían sufrido la misma tortura que los condenados […] en una serie de circunstancias que los dejaron solos y aislados».[48]

Por entonces yo andaba entre los siete y nueve años y estaba enredada en mi propio caos, intentando comprender la esencia de la muerte, esbozando recuerdos de mi madre llenos de resplandor que, de repente, se cubrían por un velo de furiosa desesperanza y me llenaban de ira culpable. Recuerdo la doble imagen que tenía de mi padre por entonces, siempre cambiante. El poderoso y carismático revolucionario, con gran sentido del humor y proclive a los afectos del viejo mundo, salía cada mañana de casa para ir al trabajo, ataviado con su traje azul y su camisa blanca almidonada. Parecía dirigirse

realmente a la empresa de corredores de bolsa que habíamos inventado con el fin de responder a los extraños que nos preguntaban en qué trabajaba nuestro padre. El reverso de esa imagen era el hombre destrozado, atenazado por una depresión creciente que lo acecharía a rachas hasta la muerte. Ahora esas viejas escisiones ya se han ensamblado con fuerza y la doble imagen resulta falsa, pues siempre fue un hombre envuelto en oposiciones reforzadas por esas mismas pasiones que acabarían con él.

Bill y George se reconciliaron poco después de morir mi madre, y George, entonces secretario de Partido Estatal de Nueva York, consiguió una redención parcial de su viejo amigo, el mismo que años antes lo había reclutado para el Partido cuando era jefe de departamento. Bill le había enseñado disciplina y muchas otras cosas, y siempre había reconocido la capacidad y dedicación de George —pese a que una vez, tras una discusión eterna por alguna postura que no compartían, Bill había criticado a George por omitir la coletilla «por una América soviética» en un panfleto dirigido a los obreros norteamericanos para que asistieran a un mitin—. La reconciliación se debió, en parte, a que la mujer de George, Harriet, era amiga de la universidad de mi tía materna y había conocido a mi madre desde niña. Era importante que las familias se apoyaran unas a otras, y así los niños crecimos más como hermanos o primos que como amigos. George perdía mucho al perder a Bill. Cuando los puestos de ambos en el Partido se invirtieron y George se declaró a favor del nuevo régimen, mientras que a Bill lo rechazaron como parte del antiguo, George encontró el modo de retener a Bill consiguiéndole una sucesión de puestos de compromiso, cada vez más bajos en el escalafón. El último de todos fue como comisario de la sección de cultura.

XII

Comisario de la sección de cultura. ¿Recuerdo ese cargo por la ironía con que se lo tomó mí padre o acaso fui yo la que lo llamó así, por entonces una hija pizpireta que sabía usar las palabras para engatusarlo o enojarlo? De cualquier modo, ese cargo degradante, pese a constituir una humillación para él, me salvaría inesperadamente la vida.

Así fue, en efecto, como conocí a un variado grupo de artistas, muchos de ellos alumnos de mi padre, miembros activos de las bases del Partido o al menos simpatizantes, pintores, escritores, actores que se reunían asiduamente en nuestro salón para hablar y discutir sobre la política del Partido y los textos marxistas y leninistas. A medida que transcurrían los años cincuenta y el macartismo empezó a adueñarse de todo el país, algunos fueron incluidos en la lista negra y perdieron, o estuvieron a punto de perder, el acceso al mercado laboral. Desde la cama podía escuchar sus discusiones hasta altas horas de la madrugada, y cada vez que los visitábamos me quedaba sentada, contemplando con fascinación sus amplios apartamentos al oeste de Central Park, un mundo en la parte alta de la ciudad que me resultaba tan exótico y distinto de mi vida en Greenwich Village como años más tarde seria mi casa para mis compañeros de secundaria del Bronx. Todos esos artistas, hombres y mujeres, me miraban como nadie me había mirado nunca. Al igual que mi futura madrastra, parecían reconocerme como una de los suyos en un mundo en que los marginados por partida doble, artistas y comunistas, resultaban de lo más común —más tarde, ya de adulta y con ocasión de las largas y reveladoras conversaciones que entablé con algunos de ellos, comprobaría que la percepción era cierta—. Ser alguien normal y corriente fue un bálsamo para mí, pues siempre me habían definido como una niña difícil, una incomprensible crónica. Por ello disfruté tanto la actitud abierta que me brindaron. Parecían considerarme perfectamente normal y yo, claro está, quería ser como ellos.

Aprendí a dar la réplica a los actores que ensayaban su papel; pinté autorretratos y compuse bodegones en el estudio de Gladys, la artista bella y morena —y una de las «amigas» de mi padre— a quien visitaba

cada sábado para preparar un portafolio —qué preciosa palabra nueva — para la prueba del Instituto de Secundaria de Arte y Música de Harlem; me quedaba fascinada escuchando las historias que los escritores narraban con fluidez y humor, otorgándoles sentidos ocultos que mostraban a través de mensajes secretos, señalados con sonrisas y muecas, haciendo estudiadas pausas y empleando palabras maravillosamente extrañas que evocaban vividas escenas repartidas en narraciones interminables alrededor de una ancha mesa repleta de comida. Me hallé en un mundo nuevo de ricas y variadas posibilidades que señalaban, todas ellas, al mundo artístico.

Un mundo de objetos nuevos, tentadoras habilidades y opciones jamás soñadas hasta entonces.

Aprendí a usar las pinturas al óleo y el aguarrás, el aceite de linaza y las paletas; no esas pequeñas de madera que venían en las cajas de pintura para niños, sino unas anchas de cristal que contenían todos los tonos de todos los colores dispuestos alrededor del borde, y en medio quedaba un amplio espacio para mezclar, combinar y obtener así los más preciosos y sutiles matices. Me prestaron uno de esos cristales pesados y fríos y pude trabajar en una habitación bien iluminada y atestada de lienzos, varios caballetes, largos tubos de pintura y enormes frascos llenos de pinceles de varias formas y tipos de pelo. Allí, en una estantería con mi nombre escrito, estaban mi paleta, mi caja de pinturas y mi espátula, y contra una pared llena de lienzos amontonados, estaba el mío, estrecho y a medio terminar: una obra en construcción. Entre clase y clase pensaba mucho en ella, y me fijaba en los rostros que cualquier artista del grupo esbozaba a veces, con trazo rápido, cuando nos juntábamos en la mesa del salón. Los ojos, apenas sugeridos con unos trazos de negro y grueso carboncillo, parecían de verdad; las narices eran distintas e individuales, no como esa media luna arqueada sobre dos agujeros que yo llamaba nariz cada vez que intentaba hacer un retrato: y los cabellos, de distintos largos y formas, adquirían vida con solo unas pocas líneas y curvas llenas de gracia. Yo intentaba aprender las técnicas, convencida de perfeccionar el trabajo de la semana anterior, y creo que miraba algunos lápices con tanta avidez que algunos se ofrecían a regalármelos.

En el piso pequeño y siempre atestado de gente de una actriz (una actriz de verdad) con la que mi padre acabaría casándose. los vestidos se guardaban en arcones y cestos tan altos como yo, repletos de faldas largas y chales con flecos, túnicas de satén y sombreros con plumas. Con todas aquellas prendas nos ataviábamos para representar escenas improvisadas, misteriosos principios de historias llenas de secretos que nos susurraban por separado a cada uno de los actores, y nadie sabía si el secreto se revelaría —y si lo hacia, de qué modo— antes de que

nuestro actor y director nos llamara a escena. La gente a quien conocía del mundo real aparecía en el escenario como si fueran otros: de repente, mí madrastra era Nora, Juana de Lorena, Catalina de Aragón o Hedda Gabler, y aun así seguía siendo ella, con su larga melena pelirroja y el chal morado que llevaba para unas escenas que a mí me encantaba reconocer. Yo sabía que su pelo era natural, aunque a veces no estuviera sujeto a su cabeza porque se lo cortó de joven y lo guardó en una gruesa trenza por si la necesitaba para futuros atuendos. La trenza pelirroja envuelta en plástico estaba dentro del armario lleno de luces que se montaría en el rincón que, hasta entonces, había sido nuestra oscura y aburrida despensa. Yo me la anudaba a mi pelo castaño, que de repente se me antojaba aburridísimo, en muchas de las escenas que representamos en su apartamento, a unas pocas manzanas del nuestro, para así convertirme en princesa, bruja o una joven enamorada, y dejaba caer la gruesa trenza por el hombro o me la enroscaba en una corona alrededor de mi pelo, cuidadosamente aplastado y separado por una raya en medio. Una vez, en Halloween, también me puse su largo y sensual chal para recorrer las calles de Greenwich Village con el frasco de Unicef y postular por las casas, con el fin de salvar a los niños del mundo al grito de: ¿truco o trato?

Finalmente, fue mi hermana la que se hizo pintora, y mi hijo, actor. Creo que fue ya por entonces cuando, entre todas aquellas seductoras posibilidades que se me ofrecían, las palabras me atraparon sin remedio.

(Pero tal vez me equivoco. Esta historia trata, en parte, de lo equivocados que podemos estar acerca de un sinfín de cosas, de modo que quizá era la actuación lo que más me llamaba, pero era demasiado tímida. O fueron, probablemente, la pintura y la escultura, que me siguen gustando muchísimo, pero no era lo bastante buena para dedicarme a ello, al menos eso me dijo muy pronto un profesor al que adoraba, y ahí me detuve. Quizá fue el trabajo que hice en la universidad sobre Middlemarch, que el profesor calificó de brillante y me puso la nota más alta, lo cual de algún modo sentó precedente. Y todo ello me retrotrae, de nuevo, a mi padre, con su voz y sus palabras siempre poderosas, incluso en las épocas más frágiles que atravesó).

Algunas palabras se me aparecían cubiertas de capas tan gruesas que podía pasarme una vida entera excavando en su interior, como si mezclara los colores de la paleta de cristal para encontrar el matiz verdoso más perfecto. Las palabras e historias me ofrecían consuelo. Las frases que contenían algún término desconocido o una extensa lista de adjetivos me sugerían particularidades novedosas, igual que las innumerables gamas de azul. Digno no era solo una palabra, sino un valor, un mandato; los sustantivos individuales y colectivos

connotaban muchos más significados que el explícito: la clase obrera, camarada: el color rojo exhibía un plural centelleante: rojos. Los niños que llegamos a conocer el vocabulario comunista aún lo conservamos en nuestro lenguaje adulto, a veces de forma irónica y humorística, otras con perfecta precisión y utilidad. Así, al igual que en cualquier otra disciplina, las frases y palabras sueltas nos formaron y enseñaron quiénes éramos.

Al acostarnos, mi padre nunca decía: «Buenas noches, camaradas». No habría sido capaz de decir algo así. En cambio, solía decir «Buenas noches, cariños», combinando y mezclando los sonidos de esa manera tan peculiar que me resulta imposible describir en estas páginas. A veces decía simplemente: «Buenas noches, chicas. Que durmáis bien y tengáis felices sueños». Otras veces yo cambiaba los cariñosos apelativos con que se dirigía a nosotras por esa palabra que usaba con la gente arremolinada alrededor de la mesa del salón, en discusiones con amigos o en mítines políticos: «Buenas noches, camaradas. Que durmáis bien», susurraba como si él hubiera empleado realmente esa palabra sagrada y heroica. Camaradas. No solo amigos, no simplemente compañeros, no únicamente una mujer sino cómplices de una visión poderosa, más sagrada que la misma vida. Para mí, una niña precozmente obsesionada con la idea de la muerte y su poder último, su asombroso misterio; una niña que ya buscaba el absoluto y el sentido final y completo de la existencia, obsesionada con una pasión que me llevaría varias décadas derribar, para así abordar y poner en equilibrio; la maravillosa santidad de esa palabra única que no solo animaba, sino más bien encendía mi intelecto y mi imaginación. Pero en verdad ¿qué quería decir? ¿Qué historia tenía, qué ineludible y preciosa carga había revelado mediante su uso y su sonido? No tenía sinónimos a su altura, y hacía falta un libro entero —de cientos de páginas— para agotar sus metafóricas posibilidades.

*

Al menos eso creí hasta 1958, cuando mi padre, George y unos cuantos más dimitieron de sus cargos o abandonaron por completo el Partido, iniciando así un nuevo capítulo de esta historia. Quizá la pérdida que eso supuso para todos ellos pudo mitigarse con el alivio que sobreviene cuando las ilusiones sostenidas con gran esfuerzo se desvanecen y la realidad, aunque temible y dolorosa, se revela por fin. A nosotros nos dijeron en tono solemne que Jruschov había reconocido en público, y luego en un discurso secreto y condenatorio, los asesinatos y las masacres realizados en la Unión Soviética bajo las órdenes de Stalin, a quien todos ellos gustaban de llamar tío Joe. Para nosotros, los niños, la ruptura fue tan súbita como inesperada. Los

actos de nuestros padres nos parecían inexplicables. Las sospechas y acusaciones que durante años habíamos escuchado como un zumbido de fondo lleno de mentiras se convertían así. de un día para otro, en verdades que alteraron el mundo, y recuerdo haber gritado a mi padre llena de ira y confusión y acusarlo por contar todo aquello. Una vez confirmadas las dudas de tantos años, pese a las manifiestas certezas y la lealtad más auténtica, tal vez los adultos pudieron llevar a cabo un duelo reparador. Albergo, al menos, esa esperanza cada vez que leo las interpretaciones opuestas que muchas personas a quienes quise y admiré escribieron sobre la época. Pero la descomposición del Partido que en cierto sentido había criado a Bill y luego, según las mordaces palabras de un agente del FBI, lo había «vapuleado», fue una traición que le hizo llorar en público.

XIII

Enero y febrero de 1952

del comité federal de investigaciones (FBI)
tomos de las actas de la ley de libertad de información y protección de la intimidad
pertenenciente al sujeto: william lazarre
número de archivo: 100-1751, sección 2

En uno de los tomos de los voluminosos archivos del FBI que obtuve gracias a la Ley de Libertad de Información (FOIA, en sus siglas en inglés) después de pasarme vanos años insistiendo, aparece una lista con los nombres de mi padre:

Lazar. William (nombre de su documentación estadounidense)
William (Bill) Lawrence (nombre del Partido)
William Lazzarre (que yo sepa, nunca lo deletreó así, aunque cuando mi madre añadió el -re a Lazar, mi padre también cambió su apellido, Lazar, bastante común)
Israel Lazarovitz (nombre de nacimiento)
I. Lazar (¿de Isaac o de Israel?)
Israel Lazar

Los agentes afirman que ha estado desorientado desde la muerte de su esposa, y están al corriente, asimismo, de sus otras penurias: así, el informe señala que la camarilla de Robert Thompson vapuleó a Bill Lawrence, lo cual dio pie a que el FBI intentara ficharlo como confidente. En el congreso del Partido, prosigue el informe en un tono que tal vez peque de optimista, se derrumbó y rompió a llorar tras el ataque de Thompson y los demás, quienes incluso llegaron a acusarlo de cobarde por su labor en España. Es obvio que sentían que se les presentaba una gran oportunidad para fichar a un confidente importante, por lo que empezaron a acumular y guardar datos sobre la vida que llevaba: Gracias a la información recibida por el confidente (tachado), confirmada el 7 de febrero de 1952, según la cual en esos

momentos el sujeto estaba metido en un negocio llamado Don Limpio, situado en la avenida Amsterdam, 325, de Nueva York junto a (tachado), del bulevar Bell, Bayside, Long island, [se sabe que] el sujeto […] pasa la mayor parte del tiempo en la mencionada tienda, encargada de proveer servicios de tintorería y lavandería a la zona adyacente.

Don Limpio era un negocio pequeño regentado por… ¿quién? No tengo ni idea, solo sé que Eddie Bender, el mejor amigo de mi padre y camarada suyo en España, así como la persona no identificada residente en Bayside, Queens, trabajaba allí como quitamanchas. Ignoro dónde aprendió el oficio después de tantos años consagrado al Partido, solo sé que Bender—así lo llamábamos siempre—, al igual que muchos otros, incluido Bill, pudo haberlo aprendido en su época de joven inmigrante, cuando acaso empezó entregando ropa a domicilio —como hacen ahora muchos asiáticos y latinos en mi barrio, algunos de los cuales acceden un día al mostrador e incluso logran cargos con mayor responsabilidad a medida que aprenden los aspectos más administrativos del negocio—.

Bill trabajaba detrás del mostrador, dando rienda suelta a su habilidad para la cháchara cortés, ingeniosa e insinuante, siempre que alguna mujer guapa le brindara una ocasión y empleando, para ello, su mezcla habitual de sintaxis formal y erudita y un acento entre yidis y ruso con el típico deje musical de las lenguas eslavas. Durante varios años trabajó en la tintorería del Upper West Side de Manhattan, luego vino un parón de varios meses en que estuvo desempleado. Ya había agotado el dinero que mi madre había dejado para suplementar el reducido sueldo que el Partido le pagaba en sus cada vez más degradantes puestos, pero ahora la crianza era su prioridad y su mayor compromiso. Tal vez de ese modo estuviera reparando las injusticias de la paternidad que él mismo había sufrido a manos de un padre violento. Tal vez su «derrumbe» —la palabra empleada por los amigos que escribían sobre la época, por los confidentes del FBI, cuyos nombres aparecían tachados con gruesas rayas negras, y por los mismos agentes— se vio mitigado, aun de forma sutil, por su retiro doméstico. En 1952, un año después de la muerte de mi madre, nuestra casa lucía cada vez más andrajosa por la falta de cuidado y dedicación, pero conservaba las amplias y cómodas sillas, así como el papel floreado en las paredes de la cocina y el salón, que se metía hasta la habitación que compartíamos mi hermana y yo: frondosas y delicadas vides trepando del suelo al techo en preciosos y apacibles verdes, con un fondo blanco que se volvió grisáceo con el paso del tiempo. Nuestras paredes azul pálido rodeaban dos amplias ventanas que daban a un tranquilo patio con jardín. Allí, en los dos bancos de piedra enfrentados, me había sentado muchas veces con mi madre

mientras ella mecía el carrito del nuevo bebé, mi hermana pequeña, y luego me senté allí con mi padre para hablar de libros y compadecernos mutuamente por nuestra pérdida. Tal vez lo aliviaba el simple hecho de volver a casa por la tarde, con nosotras, sus hijas, que tanto lo necesitábamos y le ofrecíamos ese amor completo e incondicional que los niños profesan a sus padres incluso a pesar de las faltas más crueles que estos puedan llegar a cometer. Se replegaba en ese amor que hallaba en nosotras y correspondía con el suyo de tal manera que, durante los años que pasó deprimido, y aunque mantuvo relaciones con varias mujeres e incluso llegó a casarse, nosotras seguimos siendo, a pesar de sus fracasos, críticas e indulgencias, el centro de su vida.

El 10 de marzo de 1952 sobre las nueve de la noche:

Después de cerrar Don Limpio, se dispone a regresar a casa tras un día muy largo:

Los agentes (nombres tachados) se acercaron a William Lazarre en la esquina de la calle 73 con Broadway. Después de identificarse ante LAZARRE, este los saludó cordialmente con un apretón de manos y se mostró dispuesto a conversar con ellos. LAZARRE se negó a que el Comité lo entrevistara y, por ello, los tres hombres llegaron a un acuerdo para que la entrevista tuviera lugar sentados en un banco del parque de la calle 73 con Broadway. en Nueva York. Inmediatamente después de presentarse los agentes, LAZARRE les preguntó si procederían a su detención. Se le respondió que no. Al inicio de la entrevista, LAZARRE se mostró visiblemente nervioso e inquieto, y durante todo el transcurso de la misma fumó sin parar.

Se le preguntó a LAZARRE si tenía alguna información acerca del paradero de los fugitivos del Partido Comunista…

[Quizá se refieren a Robert Thompson, Gil Green, Henry Winston y Gus Hall, que se habían fugado una vez pagada la fianza para evitar el juicio «por instigar e intrigar con el fin de derrocar al Gobierno de Estados Unidos mediante el uso de la fuerza y la violencia»].

Mucho después, en 1965, la tarde de mi primera clase de ciencias políticas en la universidad, el profesor —que al parecer era de izquierdas y, según nos dijo, estaba casado con una japonesa norteamericana cuya familia había estado prisionera en los campos de concentración habilitados durante la Segunda Guerra Mundial, y por ello se había especializado en las decisiones del Tribunal Supremo que limitaban o amenazaban la democracia— nos gritó en la soleada aula del South Campus City College:

—¡Conspirar para defender! ¡Conspirar para defender! ¿Sabéis lo

que eso significa? pensar se ha convertido en un crimen. No solo enseñar, instigar e intrigar es conspirar. También reunirse con otros para hablar y pensar. ¡Pues ahora sois vosotros los que vais a pensar! —Y nos mandó como deberes una reflexión mientras nos señalaba con el dedo y nosotros levantábamos la cabeza de los apuntes, invocados por su apasionado fervor—: conspirad.

Y aquella tarde en el Upper West Side:

[LAZARRE] apuntó que los agentes tal vez averiguarían el paradero de los fugitivos y los arrestarían a su debido tiempo (…) Declaró que el FBI sin duda conocía bien su actividad en el PC. LAZARRE declaró que no se avergonzaba de sus pasadas actividades. ya que se consideraba a sí mismo un americano leal que había hecho mucho por el Gobierno estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial (…]. LAZARRE declaró no poder comentar sus conexiones con el PC (y) que el Gobierno en modo alguno podría presionarlo para revelar o comentar la actividad del PC (…]. En un momento de la entrevista, LAZARRE declaró firmemente que aun disponiendo de información de gran valor acerca de los fugitivos o la actividad del PC, muy probablemente no proporcionaría dicha información al Gobierno, puesto que no se encontraba en condiciones de poder avisar al PC ni a sus miembros al respecto.

Cuarenta años después, en algún momento de los noventa, después de mucho tiempo enviando cartas y llamando por teléfono, conseguí contactar con una agente que parecía dispuesta a ayudarme a obtener, según mí derecho legal protegido por la Ley de Libertad de Información y Protección de la Intimidad, el informe del FBI sobre mí padre. Casi nos hicimos amigas durante la época en que la llamaba cada semana para preguntarle si había novedades, a lo que ella contestaba, con divertidos incisos y disculpas que sonaban sinceras, que seguía intentándolo, pero había mucho «papeleo» y muchos «documentos que rellenar». Entonces, un día a comienzos de la primavera me dijo que tenía el expediente. Debió de ser por esa época, pues me recuerdo a mí misma sentada en el estudio con las ventanas abiertas para acoger la brisa templada, o quizá no soy capaz de desprenderme de toda una vida contando historias que entretejen el ambiente y los estados de ánimo y resulta que me he inventado la primavera, la brisa templada y la luz solo porque estoy muy contenta de oír que todo ha salido bien. Tiene el expediente. Se han tachado muchas cosas, me advierte, pero aún queda (y suspira) mucha información intacta. ¿Dónde puede enviarla? Por el acento y el tono de voz, creo que era afroamericana, pero quizá simplemente es que la imaginación gana otra partida a la memoria, y el deseo encerrado en

el núcleo de una experiencia está enterrado en un sueño, tal y como ocurre a menudo. Lo cierto, sin embargo, es que recuerdo con toda certeza que me había acostumbrado tanto a la familiaridad de su voz que, en vez de sentir alivio al darme la noticia, lamenté la pérdida de su presencia al otro lado del teléfono. Enseguida le di mi dirección y, al poco, pude por fin tomar posesión de una gran caja de cartón que contenía varios archivadores, y cada tomo estaba sellado con un largo cierre metálico y una cubierta que rezaba: Libertad de Información y Protección de Datos seguido del nombre americano más común de mi padre, William Lazarre, un número de expediente y debajo, un gran sello del Departamento de Justicia - Comité Federal de Investigaciones.

En un registro extraño y sorprendente, con una narrativa en el sentido más antiguo de la palabra, que actualmente está gastada, pues entre los típicos memorandos repletos de palabras burocráticas aparecen enlazadas unas descripciones que se leen como la historia de la emigración de mi padre a este país, retratos físicos y psicológicos de los miembros de mi familia: mi madre, mi abuela, mi hermana y yo, así como de su hermano Isaac, el tío Buck, Buck Lazar, Itzaak Lazarre para el FBI, Itzaak Lazarovitch para las autoridades de inmigración del nuevo país y para la familia del antiguo. Parte de esa información es correcta y contiene detalles insólitos: el teléfono de nuestra casa; el sueldo de mi madre y su cargo en Macy's, donde trabajaba como jefa de compras en el departamento de bolsos; su forma de vestir; su color de pelo. Hay insólitas impresiones sobre nuestra familia:

Cabe señalar que LAZARRE vivía una vida digna de un señorito, y al parecer tenía a su alcance todo el dinero que quería, y tras una serie de investigaciones, se ha comprobado que su mujer, Tullah Deitz Lazarre constituía, al parecer, la principal fuente de ingresos de la familia, pues su salario oscilaba entre los 5.000 y los 7.000 dólares anuales [un salario alto para la época, a finales de los años cuarenta].

[…] TULLAH DEITZ destacaba por su físico excepcional, se la consideraba agradable y encantadora, inteligente y atractiva […]. Nunca discutía sobre su vida doméstica, ni siquiera cuestionaba el carácter o el cargo de su marido. Las investigaciones muestran (que] se refiere a la profesión de su marido como escritor, sin dar mayores explicaciones.

Tras señalar la temprana muerte de mi madre y citar a algunos compañeros suyos de trabajo, que la califican de «verdadera americana» (lo cual remarcaba su lealtad a la vez que negaba su condición de inmigrante, supongo), más adelante se la describe (de nuevo) como una mujer inteligente y siempre bien vestida que daba la impresión de aventajar a su marido en inteligencia y estatus social.

Yo recuerdo que mi madre, en efecto, siempre iba «bien vestida». Su familia y amigos la describían invariablemente como «elegante», y tanto mi padre como los demás dieron mucho bombo a esa cualidad suya después de su muerte, sobre todo cuando yo me ponía cada mañana los leotardos rotos y el jersey negro para convertirme en una adolescente «bohemia». En cuanto a su inteligencia, sin ánimo de menospreciarla, estoy segura de que no superaba la de mi padre, cuya capacidad para las lenguas, la retórica, el análisis y la memorización mereció incluso el comentario de los jueces que lo condenaron a prisión y los representantes del Comité de Actividades Antiamericanas que lo interrogaron. En mis propios recuerdos siempre está presente su capacidad —como inspiración y dificultad al mismo tiempo— para dominar los argumentos en innumerables materias, frente a cualquier grupo o individuo que dispusiera del tiempo y la voluntad de escucharlo.

*

A medida que leo y releo el archivo, me doy cuenta de que parte de la información es correcta, pese a esos insólitos detalles, mientras que otra parte contiene pequeños errores: el número de teléfono de nuestra casa cambia con frecuencia, aunque no varió durante los años en que vivimos en la avenida Greenwich; o mi nombre, que a veces aparece como Jeanne: y mi condición de hermana pequeña cuando, de hecho, soy la mayor. Hay otros errores, algunos tan de bulto que resultan cómicos. A lo largo de varios tomos de cientos de páginas, los agentes creen que solo existe un lazarre, y a veces lo llaman William, a veces Isaac, que consideran otro de sus muchos seudónimos; y a veces vive en la avenida Greenwich, a veces en Brooklyn (donde vivía en realidad mi tío). Hasta llegar un momento en que, después de muchas páginas, informes y entrevistas, caen en su error:

> Cabe señalar que la tarjeta de la lista de seguridad de Isaac Lazarovitz formó parte de la sección de Nueva York del g de enero de 1945 (…] basada en la suposición errónea de que Isaac Lazarovitz era la misma persona que William Lazar, alias Israel William Lazarovitz, William Lawrence et al. El hecho de que ambos individuos eran hermanos no se descubrió hasta mayo de 1944 [ambos fueron miembros activos y dirigentes del PC desde finales de los años veinte]. En ese momento se envió una carta al Comité para señalar el error […], actualmente ya corregido.

El baile de fechas puede deberse a la ineficiencia burocrática o a

cualquier otra razón, pero, una vez señalada la enmienda, vuelve a aparecer una lista de supuestos alias de mi padre:

> Lazar. William
> William Lawrence
> William Lazzarre
> Israel William Lazarovitz
> I Lazar
> Israel Lazar

Al principio, está claro que los agentes se tomaron la amabilidad de Bill, una reliquia del viejo mundo que empleó también en su trato con ellos, unida a un pensamiento siempre estratégico sobre cualquier asunto —excepto los que abarcaban «la región emocional». como pronto empecé a llamarla para tomarle el pelo—, como un claro indicio de su potencial como confidente, alguien que podría proporcionarles información sobre sus antiguos y actuales camaradas. Quizá, por algún extraño y lamentable motivo, él mismo pudo haber contribuido a esa idea —pues entonces atravesaba una época llena de altibajos emocionales— mediante comentarios más bien íntimos que, seguramente, debió haber reservado para los entornos de confianza. «Desde que llegué a este país —llega a contarles en una ocasión— mi vida ha estado llena de tragedias personales. Mis padres murieron al poco de llegar, luego mi hermano David murió en Filadelfia y ahora mi otro hermano, el más cercano, Buck, y mi mujer».

Luego vuelve a adoptar un tono más formal: «Caballeros [un término que utilizaba a menudo al hablar con otros hombres, a veces con un matiz de humor, a veces con genuino respeto y otras como una clara muestra de burla], estos tanteos conmigo no van a llevados a ninguna parte. Mí naturaleza me impide considerar bajo ninguna circunstancia, ni contemplar siquiera, la posibilidad de informar al Gobierno acerca del PC».

A pesar de la constante mención de un «confidente» —cuyo nombre, por supuesto, aparece tachado— que les asegura una y otra vez que tras el suceso «Thompson Foster Clique» y el actual dominio de estos en el Partido, Bill constituye un potencial fichaje, los agentes concluyen, finalmente, que LAZARRE, pese a su trato cordial y amable con los agentes, […] pertenece a la clase de miembro del partido que no puede inclinarse a cooperar. No se contempla, pues, ningún futuro contacto con LAZARRE.

Sin embargo, a lo largo de los cientos de páginas siguientes queda claro que este distaba mucho de ser el último encuentro.

*

En la primavera de 1952, aunque yo solo tenía ocho años, aún puedo ver muy bien su rostro, tan hermoso, demacrado por el dolor y la ansiedad, y su fuerte cuerpo venido a menos. Nuestra casa, antaño tan elegante, lucía cada vez más deteriorada, y pese a estar limpia, reinaba en ella la dejadez sobre el mantel desgarrado por el uso, las alfombras raídas con algunos trozos hechos jirones, las paredes pidiendo una mano de pintura, las cortinas de rayón de cuando estaba mi madre que ya se arrastraban por el suelo, demasiado polvorientas para lavarlas hasta que, finalmente, alguien las tiró al incinerador de la portería. Me encojo al evocar todos esos andrajos. Soy capaz de sentir su ansiedad ahora como no pude sospechar entonces de su existencia, y cuando lo imagino de regreso a casa desde la tintorería, retrasado por culpa de la entrevista en la esquina con el FBI, empiezo a oír historias que nadie me contó, aunque las palabras me llegan tan claras como si estuvieran grabadas en una cinta que suena dentro de mí. Enredada en mis propios recuerdos, escucho sus pensamientos de esos años tan lejanos como nadie alcanza a oír siquiera los pensamientos de aquellos que comparten nuestra intimidad, el aquí y el ahora, y me apresuro a escribirlos sobre las páginas en blanco.

*

El FBI está al acecho y… ¿a cuántos camaradas de los que ha dejado atrás puede seguir llamándolos así? Le recuerdan a los cosacos, solo que vestidos de otra manera, a los cristianos de su tierra que odiaban a los judíos, y luego, como siempre, a su propio padre, con el cimbreante cinturón a punto o la callosa mano cerniéndose sobre sus hijos para propinar esos golpes que sus hermanas se empeñaban en negar en Filadelfia. Él se había marchado corriendo hacia el monte, y su hermana Raisela habría quedado abandonada en casa, soportando los golpes ella sola, de no ser por Itzaac, el vagabundo de la familia, que estaba allí para protegerla, o por su madre, que a veces encontraba fuerzas para bajar la mano que levantaba su marido. Pero ahora él es el único protector que queda. Itzaac está muerto y en lugar de su padre, Nissel, hay hombres mucho más peligrosos al acecho.

Ahora sus hijas son más jóvenes que Raisela —ahora Rose— a los catorce o los quince, cuando se encogía ante los bofetones e insultos de su padre, y a diferencia de su hermana, las niñas no tienen hermano o madre que las proteja de los nuevos golpes, aún más terribles. Imagina escenas de sus hijas aterradas que luego trata de apartar de su mente. Porque seguro que se asustan cuando, al ir solas por la calle —al colegio, a comprar un helado, a las clases de ballet—, alguien les pregunta cosas sobre sus padres, y aprenden (demasiado

jóvenes) a atisbar (es tan fácil) a los hombres altos con abrigo tostado o negro, el pelo corto, la tez blanca y la expresión severa o seductora a base de falsas sonrisas. Y cuando, peor aún, llaman a la puerta y, al abrir, se encuentran en el descansillo con hombres que ellas saben que son agentes, y ya están acostumbradas a mentir —mi padre no está en casa, no sé dónde ha ido—, aún son unas niñas y ya tienen responsabilidades tan terribles como esa. En cuanto a él — también intenta borrar esa escena de su mente—, bien en casa, sentado en su habitación con la puerta cerrada, bien en cualquier otro lugar, siempre se siente indefenso y avergonzado. Pero la vergüenza no es nada comparada con el miedo. Se oyen historias de comunistas sometidos a un registro forzado por la Ley McCarran de Control de Actividades Subversivas, que pronto quedará aprobada en el Congreso y permitirá la deportación por cargos de espionaje no demostrados, incluso de ciudadanos estadounidenses.

No puede convertirse en un chivato.

No puede arriesgarse a que lo arresten, como a muchos otros, o lo deporten, cosa que nadie ha mencionado, pero sin duda esos hombres lo tenían en mente. ¿Pueden hacer algo así a un ciudadano estadounidense? No lo sabe, tendrá que averiguarlo. Enciende un cigarrillo y da unas cuantas caladas antes de subir al tren.

¿Dónde está la solución?

Cuando está trabajando en el mostrador de la tintorería, mientras Bender elimina en la trastienda manchas y lamparones de vestidos, trajes, cortinas y manteles, a veces logra olvidarse de todo por un rato. Pero por las noches, al cerrar la tienda para volver a casa, el terror regresa. Sobre todo esta noche. Mí naturaleza me impide, bajo ninguna circunstancia… No, no puede. No va a hacer algo así. Tamborilea en la barandilla con golpecitos acompasados mientras baja al andén. Se pasa el trayecto deseando encender otro cigarro, con los dedos agarrando el paquete de Lucky, que aún guarda unos pocos para la noche. No tiene ni idea de si se materializarán las amenazas, si perderá la nacionalidad, si lo detendrán, si lo intentarán de nuevo. Aprieta el paso hasta dejar atrás el par de bloques que separan la boca de metro de la avenida Greenwich, y corre para alcanzar la única casa donde se ha sentido en casa desde que era un niño a pesar de los peligros, las muertes, la visión de Tullan muriéndose que llena cada habitación, y a pesar de Liddy, el avaro casero que siempre está amenazando con subir (ilegalmente) el alquiler para que se muden. También a pesar de los Nash, el odioso portero y su igualmente odiosa esposa, que disfrutan leyendo la prensa sensacionalista y asustando a las niñas con amenazas terribles de policías y prisiones. Se ha enfrentado a ellos muchas veces, y les ha advertido en su tono más amenazador, pero ellos siguen haciendo lo mismo cada vez que ven a

las niñas solas. A pesar de los horrorosos orfanatos cristianos con los que su suegra amenazaba, ignorante y asustada, cuando vivía con ellos porque ninguno de sus hijos quería llevársela. Esa amenaza pudo descubrirla justo a tiempo para desembarazarse de la vieja y mandarla con su hija, o su hermana, daba igual, una de las dos tenía que hacerse cargo de ella: la hija que odiaba a su madre por un antiguo y desconocido agravio o la hermana que carecía de un rincón para ella, así en su casa como en su vida.

Atraviesa el vestíbulo, pasa de largo las sillas de cuero rojo en las que nadie se sienta, dispuestas cada una a un lado de una mesa de hierro forjado, la hermosa lámpara de latón con una pantalla roja que sugiere, al entrar, un edificio cálido y acogedor que, en realidad, salvo por unos cuantos vecinos, no existe. Sube el único tramo de escaleras hasta el segundo piso porque no tiene ganas de esperar el ascensor casi siempre averiado: enfila el pasillo norte hasta el final, apartamento 2D, y entonces, por fin, llega a casa.

Rose, esta nueva rosa americana, esta Raisela negra, pues se llama igual que su malograda y gruñona hermana, está sentada a la mesa de la cocina leyendo el Daily News mientras fuma y bebe agua en un vaso largo.

*

Muchos años después, leeré la descripción que hizo de ella el FBI como «una criada negra, empleada de Lazar, cuya paga es de cincuenta dólares a la semana».

*

Todo está limpio y ordenado. La luz es tenue, solo hay una lamparita encendida en la mesa cuya luz es suficiente para leer. Las niñas duermen. La paz parece casi posible. A pesar de todo, encuentra un instante de paz, quizá una hora, al menos hasta que se acueste, cierre los ojos y se tome un poco el pelo a sí mismo diciéndose que esta noche va a caer rendido, cosa que en su vida rara vez le ha sucedido. Pero ahora dispone de un momento de paz. Las muecas de los agentes intentando sonreír se desvanecen poco a poco, y por detrás aparece el rostro de su padre deformado por algún arrebato de furia incomprensible hacia sus hijos y una de sus hijas (nunca la mayor ni la pequeña; siempre es la mediana, Raisela, quien provoca su ira). Y ahora asoman los nuevos dictadores del Partido, esos «niñatos», como los llama él, con unas ideologías tan rígidas que acabarán destruyendo el movimiento, con sus crueles acusaciones —fue un «cobarde en

España»—. Les manda a todos que se desvanezcan y se pone a pensar en los camaradas a quienes sigue queriendo, los brigadistas internacionales, los estadounidenses de la Lincoln, los maravillosos irlandeses, siempre a punto para un trago y una canción, tan acostumbrados a luchar contra los tiranos y dispuestos a arriesgar sus vidas, los camaradas de la Brigada Garibaldi, los ingleses y, sobre todo, los mismos españoles. Sus amigos más leales, casi hermanos, Steve y Bender, y ahora otra vez George, que sigue vivo y dando guerra. Intentará emplazarlos a erigirse en guardianes de su sueño.

Le da un billete de diez dólares a Rose, más que suficiente para el taxi hasta Harlem y la paga extra por haberse quedado hasta tarde. Ella hace amago de rechazarlo, pero él se lo guarda en el bolsillo del delantal. Luego va a cambiarse y se pone la ropa de calle, un poco de maquillaje, como tiene por costumbre, sea la hora que sea cuando sale de la casa para regresar ala suya, que queda en la parte alta. Las razones por que se empolva la cara y se pinta los labios de carmín para llegar y acostarse siguen siendo un misterio para él.

> Ojalá tuviera a alguien que me quisiera
> Alguien que me creyera suyo
> Alguien que durmiera conmigo
> Estoy cansado de dormir solo.
> Si tuviera las alas de un ángel
> volaría a través de estos barrotes…[49]

Tararea una canción que aprendió hace muchos años en la prisión de Filadelfia y aún recuerda mientras pasea de arriba abajo por la cocina en penumbra, intentando aplacar los nervios, esperando poder cantar esas emociones en voz alta —ahora solo repite la letra en silencio mientras espera a que Rose se marche—. Ambos comparten una especie de intimidad: se ven a diario, y cuando Tullah se estaba muriendo, ella pasaba los días y muchas noches enteras en casa. No puede imaginar cómo se las arreglaría con todo, con las niñas, sin ella. Aun así, apenas ha ¡do un par de veces a su casa. Nunca se profesan muestra alguna de amistad porque, pese a la pobreza y las carencias educativas que ambos han sufrido, pese al aprecio mutuo que se tienen —o eso le gusta pensar—, la raza los separa. Él es el jefe, y aunque ella, después de mucho insistir, ya lo llama Bill, y ha consentido sentarse a la mesa con ellos, cada vez que le repite que es un miembro más de la familia, ella le recuerda con amabilidad que «trabaja para él», y entonces le propina una palmadita en el brazo y un pequeño coscorrón para dar a entender que ella también le tiene cariño. Otra de las profundas muestras de ignorancia en el Partido, piensa, la «cuestión negra», por mucho que hayan peleado en todo el

país para pedir la igualdad de derechos. Sin embargo, todos siguen sumidos en una completa ignorancia que los camaradas negros no consiguen aclarar, o al menos a él nadie lo ha iluminado nunca al respecto. Aun así, no duda del cariño que siente por Rose, estrechamente entrelazado con la gratitud. Quizá haya alguien esperándola en casa, y por eso se maquilla antes de salir por muy tarde que sea; quizá su amigo músico, Russell, que a veces ha venido a recogerla. Qué suerte tiene. Qué suerte tienen los dos.

La ve asomar por la puerta del baño con el vestido de rayón azul. Se pone el viejo abrigo negro de lana que, aunque algo raído, mantiene la caída que tan bien sienta a su cuerpo alto y delgado, ceñido en la manga a la altura de la muñeca, y el sombrero de fieltro azul oscuro que le cubre el negro cabello.

—He dejado preparadas las cosas de las niñas para la escuela —le asegura, y se despide con un recatado beso en la mejilla.

*

Entonces, al echar el cerrojo y apoyar la cabeza contra la puerta, un gesto muy suyo, por un momento, detrás de todas esas imágenes, los agentes del FBI amenazándolo, los hipócritas del Partido acusándolo, los golpes de su padre, el rostro helado y pálido de Buck, su mujer moribunda… Detrás de todo eso, quizá, aún atisba las colinas de Kishinev y echa a correr hacia allí, sale de casa para atravesar las oscuras calles en busca de las colinas, donde podrá sentarse y avistar la ciudad salpicada de luces, al este el shetl[50] judío, al frente los extensos barrios cristianos y los árboles allí, envolviéndolo en la calma oscura de la noche.

*

Va a ver a sus hijas y luego se tiende en la cama donde dormía su suegra, y piensa que un día de estos se irá al otro cuarto, así las niñas tendrán más espacio para los juguetes y los libros, para la mesa de pintar. Del fin de semana no pasa, y mientras se hunde en un sueño reparador se imagina a sí mismo arrastrándose de algún modo hasta el almacén del sótano. Pero está aquí con las niñas, no hay cosacos en la puerta, su padre está muerto y enterrado en Filadelfia con mamá, Tullah y Buck, todos juntos en ese enorme cementerio de Long Island. No, no empieces a contar los muertos, ten cuidado con los interminables ríos de dolor cuyas orillas se desbordan —y el barro resbala, resbala—. Ya conoce las penas encerradas en su fuero interno más antiguo, y el modo en que fluyen como afluentes de un río

regando las colinas de Kishinev, anegando el suelo donde se sienta, anegando su mente. Entonces, por una vez, esta noche sigue sus propios consejos —no pienses más en ello, estás en casa, esta noche todo va a salir bien— y el vaivén de palabras lo arrulla hasta quedarse dormido sin soñar.

XIV

Otra vez su voz, como si estuviera aquí conmigo en la habitación. El sonido está aquí, los tonos y cadencias familiares, y unas palabras que no pueden surgir sino de mi interior erigen uno de esos puentes en su busca.

Hace poco oí al escritor israelí David Grossman hablar de la composición de su obra Más allá del tiempo, que aborda el duelo por la muerte de su hijo en la guerra e incluye recuerdos, escenas imaginarias, poesía y teatro. Cuando un escritor se sienta a escribir una nueva obra, afirma Grossman —con palabras más o menos textuales—, su propósito no es solo contar una historia, sino también decidir qué va a ser de su vida durante los próximos dos, tres, quizá cinco años. Al escuchar esas sabias y honestas palabras pensé que sí, ese era ciertamente mi deseo, a la vez que mi resistencia, porque ¿realmente quiero seguir resucitando a mi padre? ¿Quiero sacarlo de esa comodidad que proporciona el duelo ya asumido, empujarlo fuera del tiempo? ¿Quiero sentir cómo el antiguo dolor reabre las heridas de estos años que he vivido sin él?

Pero es que no puedo silenciar su voz, es como si él quisiera recordarme una de esas historias que yo no deseo volver a evocar.

*

Cuando por fin murió supe que estaba abocado a una crisis que no podía permitirme que estallara, una crisis que no provenía de la muerte en sí misma, o al menos, no al principio, porque en realidad fue un alivio, el final del dolor, sin esperanza alguna, sencillamente el deseo de que por fin descansara en paz como Buck, como mamá. Le besé el rostro demacrado, casi esquelético ya, y posé mis labios en su piel, ahora seca y amarillenta, áspera al tacto. Se había ¡do. Las niñas no tenían madre y solo quedaba yo entre ellas y la indigencia. Pero ¿qué tenía yo? El Partido me había dado la espalda. Habían expulsado a Browder. Tenía que luchar con lo que se avecinaba, con una crisis provocada por todo eso y, al mismo tiempo, tenía que encontrar valor para luchar mientras atravesaba todo eso, como me había sucedido a

veces en España, en el frente o muy cerca, como si un fascista se me acercara corriendo con su fusil alemán apuntando a mi vieja y patética pistola, a mi torso flaco y huesudo, y entonces sentía que la mente me iba a estallar en pedazos, igual que ahora me asusta estallar en pedazos aunque me encuentre más seguro, al abrigo de mi propia casa. Tengo las piernas paralizadas. Las manos y las rodillas no me responden. En algún rincón del armario de enfrente estaba el bastón que usó en los últimos meses en que aún podía moverse, cuando era capaz de salir de su habitación y pasar un rato con nosotros en el salón, sentarse junto al árbol de Navidad. De haberlo visto, mis padres lo habrían llenado de maldiciones, tal vez se habrían desmayado del disgusto y la incredulidad, pero para nosotros ese árbol simbolizaba el internacionalismo y la unidad de los pueblos, así como la igualdad entre todos nosotros, comunistas y capitalistas juntos, americanos como ella, como mi mujer, una verdadera americana. Se apoyaba en el bastón y llegaba al salón cojeando. Les decíamos a las niñas: «Mamá se ha caído, pero se pondrá bien», y ellas abrían los regalos. Ahora, desde que murió, mi hija mayor llora cada noche y nada más apagar las luces sus gritos invaden la casa, con estas habitaciones tan juntas, una da a la otra y solo las separa un minúsculo pasillo. —¡Te odio! —me grita una y otra vez, y luego, por alguna extraña razón, añade entre sollozos—: ¡Quieres que me muera!

—Pero ¿de qué estás hablando? —contesto también a gritos a esa niña desesperada a quien siempre me ha costado comprender, y la abrazo mientras grito. Ella está tendida en la cama con los brazos aferrados a mi cuello, como queriendo protegerme de sus propias palabras, y noto las lágrimas húmedas en la piel y el cuello de la camisa—. Baja la voz, por favor, vas a despertar a tu hermana. —Aunque seguramente la pequeña ya estará despierta, escuchando el caos que reina ahora en la casa—: Cuenta hasta diez —le imploro con la esperanza de que la cuenta interrumpa sus gritos. Pero vuelve a gritar:

—¡Te odio! ¡Ojalá te hubieras muerto tú en vez de mamá! —Todo eso tuve que oír cada noche durante varias semanas, desde el funeral hasta que se acabó, pero en cierto modo no se acabó, nunca se acabó. Y yo me permitía responder a mi hija entre susurros, lleno de vergüenza y con la más absoluta sinceridad:

—Ojalá, Ketzeleh, ojalá.

Más tarde, cuando ya se ha calmado lo suficiente como para dormir unas horas hasta despertar de nuevo y volver a gritar, venir corriendo a mi cama para aferrarse a mí otra vez, me escurro hasta el armario y pienso en lo valiente que fue mi mujer cuando tenía las piernas tan flacas que apenas podían sostenerla. Está por algún rincón, lo puse aquí hace unos meses, toco con las rodillas la madera oscura y

subo un poco acodándome en la estantería de la puerta. Aquí está, al fondo, y salgo del armario apoyado en su bastón.

XV

¿Qué habríamos hecho sus hijas si lo hubieran detenido o deportado? ¿Y si la depresión hubiera vencido a esa parte de su carácter que siempre conseguía reponerse y sobrevivir? ¿Qué habríamos hecho? Él era nuestro hogar, pese a la mugre que se iba adueñando de todo y nos rodeaba del mismo modo que sus cantos nocturnos llenos de pena; era nuestro faro, empeñado en mantener con valiente esfuerzo los rituales familiares de comidas y tareas domésticas compartidas. Como Rose libraba los fines de semana, cada domingo por la noche él se encargaba de la cena, y en ocasiones especiales bajábamos a la tienda de la esquina para comprar batidos de leche malteada, que acompañaban el guiso de pollo o las chuletas de cordero que cocinaba. El mío era siempre de vainilla; el de mi hermana, de chocolate, y creo que mi padre se lo pedía de fresa. Todos los sábados, de nuevo en ausencia de Rose y con el fin de «ganamos» una cena fuera, en el Howard Johnson del barrio, nos encargaba la tarea de limpiar a fondo nuestra habitación, lo cual incluía quitar todos los libros de las estanterías para poder limpiarlos tomo a tomo y pasar el trapo por las repisas. Cuando se acababa el tiempo asignado, entraba a inspeccionar, y si las estanterías tenían restos de polvo que se nos había «olvidado» limpiar a propósito, escribía con el dedo en la superficie; «Por favor, límpiame». Una vez que vino a dormir mi mejor amiga, acabó incorporándose a la brigada de limpieza y se quedó extrañada al ver que vaciábamos y limpiábamos las estanterías cada semana, y ahí me di cuenta de que no se trataba de una práctica común, sino de un aspecto más de la pedagogía personal de mi padre. Ahora comprendo que el ritual de orden y limpieza era su manera de intentar protegernos y espantar por un momento lo que de otro modo era incapaz, lo mismo que hago yo ahora con las habitaciones de mi casa cada vez que atravieso una racha de altibajos emocionales: me pongo a limpiar superficies, lavar ropa, ordenar armarios e incluso escribir libros.

Lo fue todo para mí: maestro, defensor, madre, padre y cuidador principal incluso cuando mi madre estaba viva y sana, pues siempre estuvo más presente que ella. Como tantos otros de nuestra familia y nuestro círculo de amigos, según las historias que cuentan, yo la

adoraba, pero era mi padre el que nos criaba. Hace mucho tiempo que lo sé. Después de muchos años contando una y otra vez aquellas historias, reordenando hechos y emociones, la comprensión hace que la apariencia se caiga a pedazos, se desgarre una y otra vez a través de años de ira y amor unidos en una mezcla tan sólida que parecía petrificada para siempre, y a través de la bendición de esos dos años en que pudo ejercer de abuelo de mi hijo, lo cual nos llevó a reconciliarnos. Durante todo ese tiempo, su presencia ocupó un espacio tan vasto que apenas podía alejarme de él. Ahora, tras un largo retiro entre las sombras, vuelve a mí, enorme como antes.

*

Estamos sentados el uno frente al otro en la vieja cocina de la casa donde transcurrió mi infancia, donde murió mi madre unos años antes y donde él mismo moriría unos años después. Mi hermana se ha ¡do con su nuevo novio a Berkeley, California. Douglas está en New Haven, en mitad del curso universitario. Estamos los dos solos durante estos pocos días que paso en Nueva York con mi bebé, que duerme en la habitación de al lado.

Hace ya mucho tiempo que el suelo de linóleo verde desapareció, y en su lugar hay azulejos de vinilo blanco, pero en mi recuerdo sigue siendo verde. La ancha mesa está cubierta por un hule a cuadros blancos y negros con pequeños desgarrones que se van extendiendo, poco a poco, hasta convertirse en descarados jirones, y un gran agujero cubierto con un jarrón lleno de rosas falsas pero bonitas. Cae la tarde y estamos cenando algo ligero, seguramente arenques con pan de centeno, o huevos cocidos con pan tostado, para él, y mantequilla de cacahuete con mermelada, para mi. Me «enfrento» a él una vez más, como tantas otras antes. Aún no he cumplido los treinta y pero estoy muy segura de algunas cosas, sobre todo de mi recurrente y preciada queja.

—Nunca me has querido —digo suavemente, porque a la vez que suelto esta crueldad siento todo mi amor por él—. Preferías a mi hermana. Yo nunca cumplí tus expectativas: no era lo bastante guapa, ni lo bastante lista, ni lo bastante elegante para ti. No como ella. —Busco su rostro. Está a punto de llorar o de lanzar algún epíteto, alguna vieja y conocida crítica: Siempre has sido tan… tan algo… No recuerdo ningún adjetivo concreto de todas aquellas acusaciones que me caían por mis excesos: por sentir, por decir, por ser demasiado. Ahora, al evocar esta escena en la vieja cocina, no recuerdo si esperaba una lluvia de antiguas acusaciones o bien de lágrimas de arrepentimiento.

—No es verdad —responde sencillamente, en voz baja—. Nunca

fue verdad, aunque siempre te empeñaras en ello. Siempre te he querido, siempre, incesantemente, y siempre te querré.

*

Ahora su voz es más alta que todas las voces que me rodean en el café donde estoy sentada, con una taza delante, escribiendo estas palabras en el cuaderno de piel que me regaló mi hijo, ese niño a quien mi padre quiso tanto y hoy es ya un hombre adulto con una hija propia. Su tono de voz es idéntico al que yo misma usaría con uno de mis hijos si me acusara alguna vez de algo tan absurdo, así que me resulta fácil imaginar, sin ningún problema, el daño que le hice esa tarde en la cocina, mientras la lluvia, ahora lo recuerdo, golpeaba muy cerca los ventanales del salón. La penumbra invadía las habitaciones, pero no encendimos ninguna luz. Veo cómo su rostro se hunde en una terrible resignación, un agotamiento que ahora inunda mi cuerpo envejecido al escribir.

Entonces, ahí sentada, mientras contemplaba su rostro en silencio masticando sus palabras, el bebé se echó a llorar. Me levanté para ir a mi antigua habitación, donde dormía en una ancha cuna que mi padre había comprado en algún sitio de segunda mano. Al tomarlo en mis brazos, me llegó su olor a leche y sueño envuelto en lágrimas, y lo llevé a la cocina. Mi padre se levantó y lo puse entre sus brazos.

*

En 2010 comencé a pensar y a leer de nuevo sobre la vida y el legado de mi padre. Estamos en 1951 otra vez. El Partido lo ha acusado de quién sabe qué pecados, crímenes o faltas de obediencia. En toda la investigación que he llevado a cabo no he hallado nada más concreto que esas desgarradoras palabras de George: «Cuando volví a ver a mi amigo Bill Lawrence (…) me quedé impresionado por el aspecto que ofrecía […]. Me impactó mucho su interpretación acerca de las tribulaciones que habían sacudido el partido. […] Aún lo recuerdo sentado en primera fila, blanco de las críticas más despiadadas, sin poder o querer defenderse […]. Así comenzó la caída de mi amigo Bill».

Por enésima vez reviso los cientos de páginas de los archivos del FBI hasta encontrar las líneas que tantas veces he leído: «El sujeto presenta un aspecto demacrado y macilento. Al oír el informe, Lazar (alias Lawrence) rompió a llorar. Lo acusan de traición y cobardía en España, lo cual supone un posible aumento de las posibilidades de colaboración».

En medio de miles de páginas llenas de información aburrida, repetitiva y a menudo errónea, de repente esas palabras: demacrado, macilento. Incluso los agentes notaron su desesperación.

QUINTA PARTE

LOS ANTIAMERICANOS

Al parecer, había que retener para siempre dos ideas aparentemente opuestas. La primera era aceptar, aceptar sin rastro alguno de rencor, la vida tal y como es y a los hombres tal y como son: a la luz de esta idea, huelga decir que la injusticia es algo corriente. Lo cual no implicaba asumir la autocomplacencia, pues la segunda idea era igual de poderosa: que no debemos aceptar las injusticias como algo comente, sino luchar contra ellas con todas nuestras fuerzas.

James Baldwin, Notes of a Native Son

Declaración conjunta de la dimisión de George Charney, William Lawrence y George Watt: «Los abajo firmantes presentamos nuestra dimisión como dirigentes del Comité del Estado de Nueva York del Partido Comunista y miembros del consejo. Nos hemos visto forzados a tomar esta decisión tras los resultados de la junta de febrero».

Abril de 1958, Party Voice

XVI

Poco después de su dimisión, y unos meses antes de que lo citaran para testificar ante el Comité de Actividades Antiamericanas, mi padre se reunió con Gibby, seudónimo de Isadore Needleman, su abogado,[51] además de viejo amigo. Ambos discutieron su situación tras las amenazas recibidas por el FBI, así como las divisiones y disputas que tenían lugar debido al proceso de reconstrucción del Partido. Abogado y cliente estaban seguros de que su conversación era confidencial, pero es obvio que alguien los engañó, puesto que la reunión entera fue grabada y transcrita palabra por palabra, según parece, en un tomo de los archivos del FBI de los años 1951-1958. Ahora, al leer esa transcripción de la charla que tuvieron, me siento conmovida tanto por su valentía como por su ingenuidad.

—¿Puedo hablar con libertad? —pregunta Bill.

—Claro. Enciende el ventilador—responde su abogado—. Tranquilo, no vas a pillar un catarro, es que rompe las ondas del sonido, por eso te lo digo.

En la época actual de piratas informáticos y secretos robados en público, artículos en internet, mensajería instantánea y unas redes sociales tan variadas que me parece imposible estar al día, la disposición de ambos a creer que podían mantener una conversación privada y segura resulta, cuando menos, bastante curiosa, tanto por su valor a la hora de confiar en el otro como por la fe en su amistad, fuera de toda duda, ya que los riesgos que mi padre contempla en ese momento son tan reales como aterradores. Con el zumbido del ventilador de fondo como una falsa promesa de seguridad, Bill se dispone a describir con todo detalle su encuentro más reciente con el FBI hasta que, en un momento dado, Gibby apaga el ventilador con la socarrona excusa de «evitar que pilles un resfriado».

Así que me dispongo a leer las palabras exactas de esa conversación que los agentes, supongo, se encargaron de grabar y transcribir, y luego de enviar al director, J. Edgar Hoover, junto a varios informes y notas más acerca de la vida y actividad política de William Lawrence. Las descripciones de su vida cotidiana así como la fe en la posibilidad de ficharlo como confidente —una investigación

que saldrá a la luz durante la audiencia ante el Comité de Actividades Antiamericanas, cuya citación para declarar recibiría muy pronto— continuarían durante más tiempo.

—Vinieron tres a hablar conmigo —cuenta Bill—, y uno de ellos se presentó como miembro del Departamento de Justicia. Llevaba un sobre marrón y me dijo que dentro había una declaración según la cual yo había estado reclutando a gente para el espionaje. «¿Le importaría sentarse con nosotros a charlar un par de horas?», me dijo, y le contesté que, si quería hablar conmigo, me trajera una orden judicial. «¿Por qué?», me preguntó, y yo le dije: «Si tiene pruebas contra mí, le será fácil obtener una orden del juez y detenerme». Me dijo que quería darme una oportunidad para hablarlo y poder desmentirlo.

En este punto, debió de hacer una pausa y lanzar un suspiro de agotamiento porque ya lo habían amenazado antes, y le habían propuesto colaborar como confidente muchas otras veces desde 1949. La Ley McCarran aún estaba vigente y la deportación suponía un peligro real. Asimismo, el conocimiento que los agentes parecen tener de su vida, aunque a veces era correcto, muchas otras parecía rayar en el absurdo, por lo que en un momento dado interrumpe el relato para añadir como si nada:

—Por cierto, lo primero que hicieron al verme asomar por allí fue felicitarme por la boda.

No parece sorprendido, como tampoco lo estoy yo ahora que conozco el seguimiento personal del FBI en nuestras vidas, las cuales, después de todo, estaban estrechamente entrelazadas con la actividad política de mi padre. Pero es evidente que algo han averiguado correctamente: a mediados de los años cincuenta (quizá las fechas del archivo no sean del todo ciertas y mi memoria, vaga), mi padre se había casado con Maurine, la actriz pelirroja en cuya casa mi hermana y yo, junto a mis primos y amigos, escenificábamos toda clase de improvisaciones y nos disfrazábamos con aquellos trajes tan bonitos e interesantes. Yo había llegado a querer a dos amantes suyas que había tenido anteriormente —aunque él decía que eran amigas, y solo al cabo de mucho tiempo se dio cuenta de lo romántica que era su relación con ellas, o al menos eso esperaba yo—. Mary, que llegó a llamarme «hija adoptiva», y yo congeniamos tanto que seguimos siendo grandes amigas hasta su muerte. Por Gladys, mi profesora de arte, lo que sentía era más bien adoración, puesto que no la conocí lo bastante para quererla. Así, llegué a idealizar su aspecto, que me recordaba al de mi madre, con su pelo oscuro y su amplia sonrisa: su trabajo, con aquellos lienzos de capas y capas de pintura que retrataban tanto un rostro como una estancia y, por supuesto, los cumplidos que me hacía por mis primeros amagos de convertirme en

pintora, pues sus palabras llenaban mis anhelos de encomio y aprobación. También hubo otras que, realmente, nunca pasaron de ser amigas, aunque no por ello dejé de percibir las señales de atracción que mi padre mostraba por ellas.

Pese a las advertencias de mi abuela sobre las mezquinas monjas y los orfanatos católicos, lo que pensé en realidad mientras contemplaba a mi padre y Maurine desde atrás, en la sencilla boda que celebraron en el Juzgado de Paz de Connecticut, fue que por fin tenía una verdadera madrastra. Mi padre llevaba el traje azul marino de siempre, cuidadosamente lavado y planchado. Recuerdo también el ancho sombrero rosa de Maurine, con el ala adornada de flores, pero no estoy segura de que fuera así en realidad, quizá porque ya he asumido que a veces, la realidad puede comportarse de un modo muy extraño cuando aparece descrita antes por mí en la ficción. En todo caso, mí mente conserva la imagen de un hermoso sombrero de ala ancha rosado que la mujer a punto de convertirse en mi madrastra legal llevaba el día de su boda. Yo paladeaba y acentuaba la primera parte de esa palabra, sin dejarme impresionar por la reputación del elenco de madrastras que poblaban los cuentos de hadas tantas veces leídos y escuchados, por lo que sentía unas ganas enormes de que esa mujer tan extravagante se viniera a vivir con nosotros.

Pese a su mal genio y sus interminables peleas con mi padre, que empezaron muy pronto para terminar en divorcio y todos aprendimos a temer, su presencia durante esa época me sirvió para crecer en muchos sentidos. Me animó a introducir platos nuevos y emocionantes en nuestro insulso y repetitivo menú —coq au vin, una deliciosa mejora del pollo que preparaba mi padre e incluso de la variedad frita del sur que Rose nos había enseñado—, y me permitía unos sorbos de vino en ocasiones especiales. Redecoró la casa y, aunque algunas pertenencias de mi madre y las señas de su gusto por la decoración de interiores llegaron a desaparecer, me encantaban sus audaces estanterías rojas, el modo en que acababa con cualquier rastro de dejadez para dar un toque de estilo a cada habitación. Cometió muchos errores en su empeño por mejorarnos, y una vez que estábamos fuera aprovechó para decorar nuestra habitación con un empapelado a rayas rojas y blancas, como un caramelo, y unas colchas brillantes, y luego se enfadó mucho cuando insistí en que volviera a poner los viejos edredones negros y a pintar las paredes de otro color. Se peleaba con mi padre de un modo implacable, acusándolo de amar a sus hijas más que a ella, lo cual creo que era cierto, y de «malcriamos» con su indulgencia, lo cual no era cierto. Pero también lo reprendía por lo mucho que me criticaba, casi siempre a causa de mi «aspecto desaliñado» y mi «terrible carácter» y, además, lo más importante para mí, arremetió contra la etiqueta de «loca» que llevaba

tanto tiempo aguantando, la más excesiva de la interminable lista de cualidades y conductas que se me atribuían. Al igual que el resto de artistas de la sección de cultura, Maurine me veía como una chica del montón, lo cual no le impidió reconocer los posibles talentos que podría desarrollar. Así, logré sentirme a gusto en el lugar que ella se había empeñado en otorgarme, un lugar de pertenencia. Tras el divorcio de mi padre, en 1960, ambas seguimos siendo amigas durante mucho tiempo, hasta que murió a los noventa y cinco años. Para entonces, había atesorado un par de maridos más, un psicoanalista italiano y un general de división de la marina con quien convivió hasta la muerte de este, y de quien proclamaba orgullosa, con su habitual rimbombancia, que era «el mejor amante que había tenido nunca».

Su comparecencia ante el Comité de Actividades Antiamericanas arruinó su carrera de actriz, pero ella echó la culpa de su desgracia al Partido, puesto que algunos le habían aconsejado corroborar los años que llevaba de afiliada con el fin de aprovecharse de su condición de «verdadera americana», nacida en una familia metodista y criada en un pueblecito de Texas, a diferencia de los muchos inmigrantes, judíos sobre todo, que componían las filas del Partido en Nueva York. «América me ha hecho tal y como soy», nos repetía a menudo en un discurso muy preparado y dirigido a su público que pronunciaba en un tono de lo más dramático para el que recobraba su marcado acento sureño, perdido mucho tiempo atrás en favor de un inglés i localizadle y adquirido a lo largo de su carrera teatral. Al principio, mientras repetía incesantemente el discurso, se mostraba orgullosa, pero luego, al darse cuenta de que no volvería a trabajar más que en pequeños teatros municipales y universitarios, se puso furiosa. Proscrita y utilizada, abandonó el Partido y volvió a la universidad con los cincuenta ya cumplidos para consagrarse al estudio y, posteriormente, la enseñanza de disciplinas tanto físicas como espirituales. Douglas y yo fuimos a visitarla varias veces a la casa que compartió con el general hasta la muerte de este, y en la que siguió viviendo hasta su propia muerte, unos cuantos años más tarde. Era una casa perdida en un pueblecito campestre a la orilla de la bahía Chesapeake, en Maryland. Allí pudimos acompañarla en sus ejercicios de yoga matinales y conocer a sus numerosos seguidores y amigos de la universidad local y su teatro, que había acogido sus actuaciones, así como recibir una pila de libros de psicosíntesis, filosofía de la conciencia y la transformación personal, de la cual se había hecho devota.

*

Tras esa breve alusión a su nueva esposa, mi padre sigue contando a Gibby el intento perpetrado por los agentes de intercambiar unas amables palabras:

—Se piensan que tienen algún as bajo la manga, así que les propuse que nos viéramos mañana.

Supongo que de ese modo intentaba deshacerse de ellos y dar por terminada la conversación, no sin que ellos aludieran antes a un enemigo de Bill que una vez lo había acusado de tirar por la ventana a alguien (cuyo nombre aparecía tachado).

Gibby se echa a reír y Bill continúa su relato.

—De verdad, ese tío se montó una película él solo, no te imaginas el lío que se armó… Fue hace un par de años, pero el FBI ¿no sería capaz…?

(A continuación una pausa, o tal vez alguna palabra sofocada…)

—… El agente se mostró de lo más educado, y yo de lo más soez. Le dije: «Eh, tíos, si creéis que me vais a camelar con esa trola de…».

(La palabra mierda —a todas luces demasiado vulgar para el agente que redactaba el informe— aparece tachada).

—.. Con esa trola de… para intentar asustarme o intimidarme, adelante, vosotros mismos. Ahí estábamos los cuatro, imagínate. ellos me rodeaban formando un semicírculo. Pero al cabo de unos diez minutos empecé a alejarme, y cuando ya me iba, uno de ellos me preguntó: «¡Eh! ¿Y qué hay de [nombre tachado]? ¿Aún está en el Partido?». Siempre están intentando que me convierta en un soplón, pero es la primera vez que sacan el tema del espionaje. Ahora mi pregunta es: si tuvieran alguna evidencia contra mí, ¿no me avisarían? ¿Se limitarían a vigilarme y pillarme lo antes posible?

—De eso puedes estar seguro —responde Gibby, pero mi padre insiste, pues quiere constatar su teoría.

—Es decir, están intentando una cosa así para intimidarme, porque creen que a lo mejor caigo y me pongo nervioso… —El abogado lo tranquiliza, asegurándole que las amenazas son una mera invención:

—El Partido se desmorona y la gente está cada vez más desmoralizada, por eso se acercan a según quién. No le des más vueltas al asunto… Hace poco le colaron una carta a otro cliente mío escrita en yidis, y remitida por su hermano, que está al otro lado, en la que le explicaba en yidis que lo habían encarcelado.

Entiendo que el otro lado se refiere a la Unión Soviética. No era una simple paranoia lo que llevaba a nuestras familias a hablar por teléfono en clave, ya que algunos de nuestros padres, tíos y amigos se habían pasado a la clandestinidad. Muchos eran detenidos, deportados o encarcelados por un discurso, un escrito. Otros tantos perdieron sus trabajos, asistieron al naufragio de sus carreras y se vieron apartados

de la profesión. Solo quedó un reguero de suicidios, divorcios y repentinos diagnósticos de enfermedades terminales.

En ese momento, Gibby procede a detallar la historia de las cartas infiltradas y luego «descubiertas»:

—Al cabo de unos meses, el mismo hermano escribe otra carta diciendo que está bien, e incluye unas fotos suyas con la familia. Este hombre conoce bien la letra de su hermano, y sabe que ellos nunca se escriben en yidis… Pero lo cierto es que tuvo problemas con ese asunto. —Retoma entonces su papel de asesor legal hasta que, en cierto punto, probablemente cambia el tono para preguntar a Bill si alguna vez ha tenido problemas con [nombre tachado] en sus «actividades culturales». Quizá habían usado como cebo al individuo acusado ahora de espionaje para asustar a mi padre e incitarlo a colaborar.

—Es posible, tendré que asegurarme —responde Bill.

*

Según la transcripción de la cinta grabada en el micrófono oculto en algún lugar de la habitación, en ese momento ambos se enzarzan en una discusión sobre las dificultades en que se está anegando el Partido, y especulan con un posible abandono, no solo de los puestos de liderazgo, sino también de su membresía. Bill tilda a Bob Thompson, por entonces un importante portavoz que pronto se convertiría en secretario ejecutivo del Partido, de niñato.

—Quiero que sepas que tanto Thompson como [nombre tachado] son igual de mezquinos, tal para cual —dice a Gibby—. Ninguno de los dos es capaz de tener una sola idea creativa, ni siquiera una convicción. Él [al parecer refiriéndose a Thompson] fue quien arruinó el Sindicato de los Trabajadores del Transporte.

La mención da paso a una discusión sobre cuál debe ser la postura del Partido con respecto a las demandas del sindicato, que incluyen una subida de cinco céntimos en las tarifas de transporte. Por alguna razón, supongo que en la vieja contienda entre el apoyo a los movimientos sindicales y otras organizaciones progresistas, por un lado, y la necesidad de mantenerse a distancia de las batallas internas del capitalismo, por otro, Thompson rechazaba cualquier apoyo al sindicato y amenazaba a aquellos que se declararan a su favor con «crucificarlos como traidores y chaqueteros».

«Entonces Lazar se enfadó —escribe el agente— y amenazó con darse de baja allí mismo, en ese momento, ya que, según él, Thompson y otros líderes del Partido tenían a todo el mundo “aterrorizado"».

—¿Dónde queda la dignidad? —pregunta mi padre hablando de alguien que había sufrido los ataques de la nueva élite del Partido—. ¿Dónde queda el amor propio?

A medida que avanza la discusión, aparece citado otra vez: «No me puede echar del Partido como ya lo intentó en el cuarenta y cinco, porque pienso plantarle cara».

La conversación prosigue por los mismos derroteros: las crecientes polarizaciones, amenazas y posiciones atrincheradas en el seno del Partido, así como los «confidentes de las altas esferas», cuya protección considera necesaria el informe del FBI.

*

Aunque el contenido de la reunión que estoy leyendo ha pasado dos veces por la censura, y la transcripción aparece en los archivos reunidos por el FBI, este es uno de los pasajes que me parece más real. Los argumentos y la sintaxis que despliega mi padre me suenan mucho; puedo oír la rabia e indignación que afloran en su tono analítico y rotundo.

En marzo de 1958, cuando Bill dimite de su cargo de tesorero y director de afiliaciones del distrito de Nueva York: declara que abandona un puesto por primera vez, a pesar de los desacuerdos, pero que conservará su carné de militante, tai y como hizo, que yo sepa, hasta el día de su muerte.

El archivo finaliza en junio de 1958 con estas palabras:

«El sujeto comparece el sábado a las siete de la mañana ante el Comité de Actividades Antiamericanas, sesión ejecutiva del 17 de junio de 1958 en Nueva York. Lazar declara su intención de apelar a la quinta enmienda en todas las preguntas excepto a las referidas a su nombre, dirección, profesión y estudios. Asimismo, afirma saber de antemano que van a preguntarle y acusarlo de haber sentenciado a muerte a ciudadanos estadounidenses mientras era comisario en España, lo cual califica de "mentira despreciable”».

XVII

Junio de 1958

Es un día cálido de finales de primavera, unos veinticinco grados, con la previsión de alcanzar los treinta. Se afloja la corbata y se desabrocha los botones del cuello de la camisa. Hace semanas que no llueve y le apetecería que cayera uno de esos repentinos chaparrones mientras sube los escalones del juzgado de Foley Square de Nueva York. No se siente intimidado, sencillamente está listo, pues no tiene nada que temer de esa gente, al menos así lo espera; en todo caso, no más que de su anciano padre ya muerto. Ahora no hay nada más que puedan hacerle, aunque sospecha que volverán a intentarlo: aún persiste la amenaza de la deportación cuya validez, según le han asegurado, expiró hace mucho tiempo. Pero han deportado a otros, pues no siempre hacen falta pruebas. Sin embargo, él ya capeó el miedo a la muerte en España y aquí está; pasados veinte años, sigue vivo, ensangrentado pero erguido, como dijo uno de sus poetas favoritos, ya no recuerda cuál.[52] Ha sobrevivido a la muerte de su esposa, que se fue muy joven, dejándole dos niñas pequeñas con quienes tuvo que hacer de padre y madre a la vez, y hasta ahora, al parecer —lo dice la gente, y él también lo piensa—, no lo ha hecho tan mal. Una es preadolescente, mientras que la otra ya se encuentra en esa época tan supuestamente complicada. En su tierra, a los trece ya se era un hombre o una mujer. Sus hermanas se pasaban el día cocinando y limpiando. Para entonces, él ya hacía tiempo que había abandonado la escuela para ponerse a trabajar en la tetería de su padre, a la vez que se juntaba con los comunistas del pueblo e iniciaba así su formación marxista. Ni siquiera cree que haya una palabra para designar la adolescencia en su antigua lengua, al menos él no la conoce. Su hija mayor es una chica difícil, con ella todo son peleas y berrinches. Pero es inteligente y tiene la cara de su madre, aunque va siempre desaliñada. le gustaría que cuidara más su aspecto, como lo hacía la mujer a quien tanto se parece. Y su pequeña es vulnerable y asustadiza, pero no le causa problemas. Tiene el pelo rubio y los ojos azules de su familia, y la piel, pese a acercarse ya a la adolescencia,

aún luce dorada y rosa. Aunque llora mucho —es muy sensible, quizá demasiado—, a las dos les va bien y, según le dicen, tienen talento para la pintura, son artistas—piensa con una mezcla de orgullo y preocupación—. Quiere que sean independientes. que tengan recursos para ganar su propio dinero —quizá en la enseñanza, o incluso la abogacía—, ese es su mayor deseo para ellas. Y ahora tienen una nueva madre, una mujer que las influye en cierto modo —siempre está dramatizando, puesto que es actriz—, pero no, está seguro de que les irá bien.

Un puñado de hombres arrogantes y autocomplacientes se amontonan en la entrada. Las luces casi lo ciegan. Hay fotógrafos por todas parles, tendrá que protestar al respecto. El hijo de puta de Moulder pide silencio al comité y alguien lo llama. Sabe lo que hay que hacer. Aprieta los puños. Listo para la batalla.

testimonio de william lazar (william lawrence) acompañado de su abogado, isadore g. needleman[53]

Por favor, acérquese, señor Lawrence.

Bueno. Ya empezamos. Gibby responde en su lugar.

Yo represento al señor Lazar, al que seguramente se está refiriendo. Si en efecto se dirige a él, soy yo quien lo represento.

Lawrence. Por razones evidentes, quieren su nombre del Partido. Como si fuera imbécil.

¿Mi cliente tendrá que atravesar esa nube de fotógrafos?

Arens (director de personal): Por favor, si es tan amable, señor Lazar, acérquese conforme a la citación.

Abogado Needleman: Ya está en el juzgado y se acercará cuando los fotógrafos tomen asiento.

Lo llaman otra vez. Y otra. Ya se esperaba todo esto, claro, es una especie de guión, una representación orquestada en la que tiene bien ensayado su papel. Ahora le llega su turno:

¿Les importaría a los compañeros fotógrafos abstenerse de sacarme fotos? Con todos mis respetos, señores, les pido que no saquen fotos.

Moulder (representante de Missouri): El Comité conducirá la audiencia de acuerdo con lo que entendemos que debe ser una conducta apropiada, tal y como estamos haciendo. Por supuesto, pedimos a los fotógrafos que se abstengan de tomar fotografías mientras declara el testigo.

¿Jura decir la verdad…?

Arens: Tenga la bondad de identificarse con su nombre, dirección y profesión.

De modo que empezamos como en el cuarenta y siete con los

escritores, algunos de ellos colegas de la época de la sección de cultura, o con los Diez de Hollywood,[54] y como Hiss en el cuarenta y ocho, que ni siquiera era comunista y aun así le cayeron cinco años por supuesto perjurio. Apenas hace unos años que ejecutaron a los Rosenberg, acusados de ser espías soviéticos que presuntamente desvelaban secretos sobre la bomba atómica.[55] Siguen siendo tiempos terribles y peligrosos. Él se sentaba junto a sus hijas en la habitación pequeña donde tenía la radio, y había más gente, pero no recuerda quiénes ni cuántos eran. Sí recuerda el sombrío silencio que se instauraba en la habitación. Los electrocutaron a los dos. Los minutos transcurrían en una espera que se hacía eterna, y luego anunciaron que estaban muertos. Todos se quedaron quietos, los adultos con el rostro serio y los niños sollozando, cada vez más sorprendidos y asustados a medida que escuchaban la voz del locutor informando de la espantosa noticia. Entonces, no todo se limitaba a mentir un poco a los del FBI, no liarse a gritos con los amigos para defender la justicia política e incluso conocer a algunos camaradas que habían estado presos. Los habían matado. Podían matar a algunos padres y madres comunistas.

Él no había llorado, pero mantuvo la vista clavada en el suelo durante tanto tiempo que, al final, sus hijas se acercaron a darle un abrazo. Entonces se acordó de Dalton Trumbo, un gran escritor que ahora tenía que publicar bajo seudónimo y había hecho una película basada en la novela de Howard Fast sobre Espartaco, líder de la rebelión de los esclavos romanos. «¡Soy Espartaco!», gritaban las masas de gladiadores esclavos cuando los generales romanos pedían al cabecilla que se identificara. Pero ahora no tiene a nadie que pueda alzarse junto a él, no hay multitud que grite: «¡Soy Bill Lawrence!». Tampoco la necesita. No tiene trabajo alguno que perder ni carrera que arruinar, solo debe protegerse de las acusaciones para que las niñas no se queden solas. Es lo único por lo que hay que preocuparse. Y ahora debe regresar del pasado a esta sala detestable.

William Lazar. Avenida Greenwich, número treinta, de profesión quitamanchas.

Después de advertirle que no está permitido fumar, lo invitan a realizar una breve declaración.

Sí así lo desean…

Sí, señoría.

Todo es tan formal como un ritual lleno de falsedades, como si él pudiera dejar a un lado la rabia, y ellos, la venganza y la hipocresía.

Me gustaría, en primer lugar, cuestionar la jurisdicción de este tribunal, pues creo que sus funciones legislativas no tienen legitimidad alguna ya que, a mi entender, este comité que, por así decirlo, come de la mano de Walter.[56] no ha puesto en marcha ni una sola ley […],

por lo que sus funciones siguen siendo bastante vagas e indefinidas. Asimismo, y basándome en los registros consultados, considero que, durante los interrogatorios, este tribunal ha violado los derechos constitucionales de los comparecientes como yo al indagar en nuestras convicciones personales, asociaciones o afiliaciones. Por último, señor presidente, quisiera señalar que, a mi modo de ver, este comité está tan anticuado y obsoleto como el carromato, con la diferencia de que este último ayudó a construir una América buena y hermosa. Muchas gracias.

Y la cosa avanza hacia lo inevitable.

Señor Lazar, a fin de proceder con la identificación, le ruego que nos diga si ha usado algún otro apellido además de Lazar.

Me niego a responder en virtud de la primera y la quinta enmienda.

¿Ha usado algún otro apellido además de Lazar?

Me niego a responder en virtud de la primera y la quinta enmienda.

Señor, ¿cree sinceramente que, si nos dice la verdad, bajo juramento, acerca de si ha usado o no el nombre de William Lawrence, estaría proporcionando información que podría ser utilizada en su contra en un proceso criminal?

Señor, su concepto de la sinceridad difiere por completo del mío. Ya he cuestionado el derecho de este comité a indagar en mis asuntos privados.

*

Siguen a continuación una serie de intercambios sobre las «diferencias en la concepción de los peligros derivados de la incriminación». Le preguntan por su lugar de nacimiento, y él sigue con la retahila de invocar la primera y quinta enmienda, hasta que en un momento dado responde:

Señor presidente, por consejo de mi abogado, declaro que nací en la localidad de Kishinev, Rusia.

Que conste en acta que el señor Lazar es ciudadano estadounidense naturalizado en 1926 en Filadelfia, y llegó a este país en 1921. ¿Bajo qué nombre recibió la nacionalidad?

Vuelve a acogerse a las enmiendas primera y quinta.

¿Era miembro del Partido Comunista cuando se naturalizó?

Los abogados, el Partido y otros que ya han declarado ante este tribunal antediluviano le han conminado a acogerse a la primera y quinta enmienda tantas veces como le formulen sus obvias y ridículas preguntas. ¿Qué estarán pensando? ¿Qué se habrán creído? ¿Que

después de toda una vida consagrada a la disciplina y el estudio pueden engañarlo tan fácilmente? Siente una mezcla de furia y extenuación. A veces no consigue distinguir la una de la otra. Lo único que puede hacer es aparentar calma. «Soy el capitán de mi alma» —otro verso, quizá del mismo poema—. Sabe bien cómo ocultar sus emociones cuando es necesario pese a su intensidad, aunque a menudo se le desbordan y resultan demasiado, según algunas de las mujeres que ha amado a lo largo de su vida: igual que su hija, que aún debe aprender a controlar sus emociones. «Cuenta hasta diez», le advierte cuando ve que va a explotar, lo cual últimamente sucede más a menudo, quizá como reflejo de las tensiones que afectan a toda la familia. «¡Cuenta hasta diez!», pero ella no le hace ni caso y da un portazo en su habitación sin dejar de chillar. Él siente lo mismo en sus propias entrañas, como si fuera él quien profiriera todos esos gritos.

Ahora se acuerda de las palabras de Paul Robeson, quien hace un par de años compareció ante ese mismo comité, por llamarlo de algún modo, que por lo que puede apreciar, no pasa de ser un corrillo de justicieros legales. Anoche releyó el testimonio del gran actor y cantante que ahora se desliza a raudales por su mente, las heroicas declaraciones de Robeson y su retórica intransigente.[57]

Arens y su cohorte del comité solicitaron la confiscación del pasaporte de Robeson a menos que este presentara una declaración jurada asegurando que no era comunista. Con la ayuda y representación de su abogado, Leonard Boudin, Robeson replicó: «No voy a considerar siquiera la firma, bajo condición ninguna, de una declaración que contradice por completo los derechos de los ciudadanos estadounidenses». Cuando le preguntaron si votaba al Partido Comunista, respondió: «¿Le gustaría acompañarme a las urnas en las próximas elecciones y sacar la papeleta para enterarse?». Durante toda la declaración, no dejó de acogerse, una y otra vez, a la quinta enmienda: «Me acojo a la quinta enmienda, no es asunto suyo […]. Me acojo a la quinta enmienda, déjelo ya».

Anoche, sentado en el sillón orejero que parece indestructible al paso de los años, bajo la penumbra que invadía completamente la casa, salvo por la lamparita de lectura, casi logró escuchar su voz de barítono mientras leía el confiado alegato: «En todos los lugares del mundo que he visitado, como Escandinavia, Reino Unido y muchos otros, los primeros que murieron en la lucha contra el fascismo fueron los comunistas. He dejado muchas coronas en sus tumbas […]. La quinta enmienda no tiene nada que ver con el acto criminal. Los discursos del presidente del Tribunal Supremo han sido muy claros al respecto (…]. Me acojo a la quinta enmienda».

Y al levantar la vista de la página había soltado una carcajada porque el imbécil de Arens intentaba provocar a Robeson: «El testigo

habla muy alto cuando lanza su alegato, pero al acogerse a la quinta enmienda no consigo oír su voz».

Pero Robeson lo había puesto en su sitio: «Me he acogido a la quinta enmienda en voz bien alta. Bien sabe usted que soy actor y me han dado premios por mi dicción perfecta». Y remató con un comentario sarcástico sobre el hijo de puta de Waiter.

—¿Walter? ¿de Pennsylvania? —preguntó con fingida cortesía cuando mencionaron el nombre.

—Efectivamente.

—¿No será por casualidad el que trabaja en la mina, y no el que está forrado de acciones del acero?

Anoche, mientras leía el testimonio, era capaz de percibir el sarcasmo de Robeson como si estuviera allí mismo, en la habitación junto a él.

—¿Se refiere al autor de todos esos proyectos de ley que pretenden echar del país a un montón de personas decentes?

—No. Solo a los que son como usted.

—Se refiere a los negros de las indias Occidentales, como yo, y así solo entrarán los anglosajones y los teutones. Cuando salgo al extranjero hablo de las injusticias que se cometen contra los negros en este país —añadió.

Y así lo había leído entero hasta el final, en pleno insomnio, anticipando su propia comparecencia.

—Pertenezco al movimiento de resistencia que lucha contra el imperialismo norteamericano, igual que el movimiento de resistencia que luchó contra Hitler. —Así que Robeson seguía creyendo. Seguía creyendo como él, aunque con dudas sobre el Partido en cuanto que instrumento de esa fe.

—¿Y por qué no se va a vivir a Rusia?

—Porque mi padre era un esclavo, mi pueblo murió para construir este país y yo me quedo porque formo parte de él, exactamente igual que usted. Y ningún fascista me hará cambiar de opinión, ¿está claro?

Entonces, como siempre, vino la negación de los prejuicios sobre el color de piel.

—Usted se graduó en las universidades de Rutgers y Pensilvania. Recuerdo haberlo visto jugando al fútbol en Lehigh.

—Sí, les pegamos una paliza. —Robeson le siguió un poco la corriente hasta añadir—: Pero, si le soy sincero, me opongo rotundamente a que el éxito de unos cuantos negros, incluyendo a Jackie Robinson o a mí mismo, pueda compensar, por setecientos dólares al año, a los miles de familias negras del sur […]. Tengo primos que son aparceros y no saben leer ni escribir. No concibo el éxito como algo personal.

Al terminar el documento apagó la luz, quizá pudiera arañar unas horas de sueño antes de la audiencia. No solo vivieron para ellos mismos. Las palabras grabadas en la entrada de la sepultura donde están enterrados Tullah y Buck acuden de nuevo a su mente.

*

Parece que Arens está repitiendo una pregunta, cada vez más arto, y por poco le escupe en el único oído bueno que le queda para sacarlo de sus ensoñaciones.

Señor Lawrence…

Me llamo Lazar.

Entonces, ¿niega llamarse también Lawrence?

Se presenta una copia del artículo escrito apenas un par de meses antes, que lleva por título «Dimiten tres altos cargos rojos» y Arens empieza a leer un fragmento en voz alta que reza: «Uno de ellos es William Lawrence, tesorero».

Y vuelve a la carga:

Señor Lazar, después de echar un vistazo a este documento, queremos que nos diga si actualmente, en estos momentos, es usted comunista.

Surge una nueva respuesta, las palabras acuden a él como si estuviera escribiendo una historia, una suerte de cobijo, incluso cuando dicha historia es la pura verdad:

Señor presidente, ¿me permite preguntar al comité de qué le serviría a nuestra nación que ustedes supieran si soy o no miembro del Partido de la Prohibición?

¿El Partido de la Prohibición?

O cualquier otro partido…

El presidente inicia una breve perorata acerca de la distinción entre el Partido Comunista y cualquier otro partido —«las operaciones comunistas operan en la sombra»—, seguida de varios diálogos sobre los bien definidos peligros que el Partido Comunista y las operaciones conspiradoras suponen para el bienestar estadounidense.

Arens: Con todos mis respetos, creo que se debería conminar y dirigir al testigo para que respondiera la última pregunta pendiente.

Se hace difícil tomarlos en serio. Lanza una mirada rápida e inquisitiva a Gibby, que sonríe, y él interpreta esa sonrisa como una señal de ánimo. ¿Por qué no incordiarlos un poco? No hay nada malo en ello.

Señor presidente, esto me recuerda a una viñeta que apareció en el New York Post de ayer.

No está respondiendo a la pregunta. Se ruega al testigo que

responda a la pregunta del consejo.

En otras palabras, solo quieren la verdad tal y como la ven ustedes.

Por favor, responda a la pregunta.

¿Puede repetirla, por favor?

La pregunta es: Actualmente, en estos momentos, ¿es usted comunista?

Me niego a responder en virtud de la primera y la quinta enmienda.

*

A continuación, un nuevo testigo llamado John Lautner comparece para identificar a Bill Lazar («alias Izrael Lazar») y afirma bajo juramento que, en efecto, es Bill Lawrence, antiguo dirigente del Partido Comunista.

Lautner: Conocí por primera vez a Bill cuando era jefe de departamento del Partido Comunista en Nueva York, sección 10 de Queens […]. Eso fue en los años 1933,1934 y 1935. Yo tenía el mismo cargo, pero en un departamento distinto […]. Durante unos años, asistimos juntos a las reuniones semanales. Si mal no recuerdo, en torno a 1935 Bill Lawrence se convirtió en jefe del departamento del sector textil, y creo que aún ocupaba ese cargo cuando me fui de Nueva York.

Durante la época, Bill Lawrence ocupaba el cargo de secretario ejecutivo del Partido Comunista de Nueva York a las órdenes de Gil Green. Creo que ocupó el mismo cargo hasta 1945. En el congreso extraordinario celebrado en 1945 hubo un cambio de liderazgo y abandonó el cargo. Yo dejé el Partido el 17 de enero de 1950. Más tarde Lawrence volvió a ocupar una serie de cargos bajo el mando de George Charney Blake, cuando este era tesorero, hasta que ambos publicaron su dimisión en el The New York Times.

Tras un extenso diálogo sobre las distintas posturas de los comunistas con respecto a lo sucedido en la Unión Soviética, Arens da por finalizado el testimonio de Lautner y este se retira. Mi padre ha escuchado a un confidente a sueldo que proporciona una serie de datos sobre los que más tarde el comité le pide explicaciones, a lo que él responde acogiéndose de nuevo a la quinta enmienda, salvo en los casos en que decide dar una respuesta. Me lo imagino moviendo las manos, agarrándose los puños y entrechocando los nudillos —despreciaba a los chivatos casi tanto como a los fascistas—, luego extendiendo los dedos y juntándolos en una palmada silenciosa, y en caso de tener cualquier superficie a mano, como una señal típica de los momentos de ansiedad, tamborileando con los dedos mientras

piensa rápido e intenta calmarse.

*

El testimonio de William Lazar prosigue de este modo:

Arens: Señor Lawrence, perdón, señor Lazar, ya ha escuchado el testimonio del señor Lautner, en que declara que hasta 1950, mientras formaba parte de la cúpula del Partido Comunista, lo conoció a usted como miembro del Partido Comunista. Ahora que sigue bajo juramento queremos darle una oportunidad, señor, para negar el testimonio anterior. ¿Está dispuesto a aprovecharla?

Lazar: El respeto que siento hacia mi mismo me impide rebajarme a considerar los testimonios de los confidentes y chivatos a sueldo.

Scherer (de Ohio): Yo creo que el señor Lautner es un patriota americano que ha prestado un gran servicio a Estados Unidos, pero, dejando a un lado el hecho de que usted piense que podría ser un chivato…

Lazar: Creo que podría…

Scherer:… ¿dice la verdad sobre usted o bien ha mentido ante este comité? Le aseguro que, si nos dice que está mintiendo, pediré al comité que envíe ambos testimonios, el suyo y el del señor Lautner, al Departamento de Justicia, de modo que ahora tiene la oportunidad, si ese hombre al que usted ha llamado chivato…

Vuelve otra vez la vieja amenaza. Que le van a quitar la ciudadanía, a deportarlo como hicieron con Marty —quién sabe dónde estará ahora—. Por un momento cree regresar a 1926 y jura otra vez que acatará la Constitución con la mano alzada, junto a los demás, junto a su mujer, que también alza la mano a su lado, cuando era todavía William Lazarovitz, un par de años antes de cambiarse el nombre por William Lazar, que ahora no reconocen como auténtico. Itzrael Lazarovitz, Izrael Lazar, William Lazar (luego Tullan añadió el -re), y todos ellos, también Bill Lawrence, son el mismo. Se esfuerza en disipar las imágenes y volver la atención hacia los interrogadores, a esos hombres poderosos que ostentan el poder de arruinar su vida y la de sus hijas.

Me niego a responder en virtud de la primera y la quinta enmienda.

Ya lo suponía.

Arens vuelve a la carga:

Ahora, señor, le ruego que nos diga en qué consistió el último empleo que tuvo antes del actual.

Tras consultar con su abogado, Bill, como ya viene siendo habitual, se acoge a la primera y la quinta enmiendas.

Arens: ¿Cuánto le duró ese último empleo que tuvo?

Me niego a responder en virtud de la primera y la quinta enmienda.

Empezamos hablando de su empleo actual. Antes de este, ¿cuál fue su empleo principal, que podríamos llamar empleo número uno?

Ya sabe lo que buscan, claro: su curriculum, como se dice ahora, su historial en el Partido. De secretario a director de departamento, luego editor jefe del Daily Worker, luego director de la sección de cultura y otros cargos entre medias. Quieren todos sus cargos, del más alto al más bajo, del más importante al más provisional, porque la panda de cobardes que ahora lidera el Partido no se atrevieron a quitárselo de encima. Y ahora ya no tiene cargo alguno, solo un carné de miembro ordinario, quizá un poco más consistente que todos esos «simpatizantes», tal y como se llaman a sí mismos los que están demasiado asustados o buscan una protección legal a la hora de afiliarse oficialmente al Partido, pero creen en el trabajo, los ideales y los objetivos. Él estaba un poco por encima de ellos, pero no mucho, y últimamente menos. Lo único que le queda es intentar confundir a sus inquisidores fingiendo su propia confusión, mantener a raya las amenazas de la deportación, que distan mucho de quedar atrás, y puede incluso que se saquen de la manga algún cargo por espionaje que lo acabe llevando a prisión.

Lazar: Señores del comité, me están provocando una ligera confusión. Me hacen unas preguntas… francamente, no sé de qué me hablan.

Arens: Tuvo algún otro empleo antes del actual… ¿es correcto?

Lazar: ¿Quiere decir si trabajaba?

Arens: Sí, señor.

Lazar: A temporadas; cuando me salía algo, trabajaba, y cuando me cansaba, me buscaba otra cosa.

Arens: ¿Trabajó usted como director general del Daily Worker, tal y como ha declarado el señor Lautner?

Lazar: Me niego a responder en virtud de la primera y la quinta enmienda.

Arens: ¿Fue usted director cultural o comisario cultural del Partido Comunista?

Lazar: ¿Y eso qué es?

Arens: Señor presidente, con todos mis respetos, creo que se debería conminar y dirigir al testigo para que contestara la pregunta.

Moulder: Se ruega al testigo que conteste la pregunta si conoce la respuesta.

Lazar: Señor presidente, estoy seguro de que espera una respuesta razonada. Para ello, debo comprender bien la pregunta. Simplemente

estoy preguntando al comité…

Moulder: ¿Debo entender, entonces, que afirma no saber qué es, o era, un director cultural del Partido Comunista?

Lazar: Sí, quiero que me expliquen de qué están hablando.

Moulder: La pregunta es: ¿Sabe usted lo qué es, o qué suponía ser, el director cultural del Partido Comunista?

Lazar: No, no lo sé.

Arens: ¿Estaba usted a cargo de las actividades culturales del Partido Comunista?

Lazar, tras consultar con su abogado: Me niego a responder en virtud de la primera y la quinta enmienda.

Las preguntas van saltando de la época de la sección de cultura a la guerra civil española y el viaje ilegal que emprendió con otros hasta España como miembro de las Brigadas Internacionales.

Arens: En abril de 1954, Joseph Klein juró ante este comité que cuando lo conoció, usted era comisario de las Brigadas Internacionales en la guerra civil española. ¿Hay algún error en esa declaración?

Invoca nuevamente la primera y la quinta enmienda.

Arens: Desde que obtuvo la nacionalidad estadounidense ¿ha viajado alguna vez al extranjero?

Lazar: La misma respuesta, señor, primera y quinta.

Arens: ¿Ha solicitado alguna vez el pasaporte estadounidense?

Lazar: Me niego a responder en virtud de la primera y la quinta enmienda.

Arens: ¿Dispone actualmente de alguna información acerca del uso que los miembros del complot comunista hacen de los pasaportes en las operaciones de conspiración internacional?

Lazar: Me niego a responder en virtud de la primera y la quinta enmienda.

Y pasan al siguiente intento de hacerle romper la promesa que se ha hecho a sí mismo de no informar no colaborar de ningún modo en ese interrogatorio ilegal.

Arens: ¿Puede ayudar a este comité proporcionándonos información acerca de las actuales actividades comunistas con respecto a la industria del ocio en la región de Nueva York que llevan a cabo los miembros activos del Partido?

Lazar: ¿Podría repetir la pregunta?

Arens: ¿Tiene alguna información, señor acerca de los comunistas dedicados a la industria del ocio?

Lazar: Me niego a responder en virtud de la primera y la quinta enmienda.

Arens: Señor presidente, sugiero concluir en este punto el

interrogatorio al testigo. Solicito la venia del señor presidente para proceder a dicha conclusión.

¿Van a concluir de verdad, o es que se han rendido? Se queda en silencio, no echa siquiera una mirada de reojo a Gibby. Mira hacia el frente.

Scherer: Solicito que el comité remita la declaración del testigo al Departamento de Justicia para que determine si procede o no a su desnaturalización.

Las palabras de Robeson acuden de nuevo a su mente: «Ustedes son los antiamericanos, debería darles vergüenza».

Las palabras de Moulder le llegan por algún lado:

El testigo puede retirarse.

Tras recoger los papeles, Gibby y él se apresuran a abandonar la sala. Sale preocupado, pero al final no ha estado mal del todo, piensa. Nada mal.

XVIII

El Departamento de Justicia no lo deportará. Tampoco irá a la cárcel. En los años siguientes encontrará trabajo en un restaurante del barrio y más tarde en una fábrica cuyos dueños, en ambos casos, son antiguos camaradas. Cuando sus hijas ingresan en la universidad pública, por entonces totalmente gratuita, decide dedicar al estudio y la lectura el mismo tiempo que ellas le consagran. Una lee novelas y poesía; la otra pinta y estudia historia del arte. Él va quedando con los viejos amigos, se divorcia y vuelve a encontrar a otras mujeres con las que compartir un rato, pero el amor no vuelve a reclamarlo. De vez en cuando se cierne sobre él la vieja amenaza de la depresión, y en esos momentos se obliga a sí mismo a ir al cine o asistir a alguna conferencia. Escribe con regularidad a su diputado electo, John Lindsay. para darle consejos y aprobar o criticar sus votos. Conforme va ganando fuerza el movimiento por los derechos civiles, se interesa por él y lee todo cuanto llega a sus manos. También sigue las noticias cada noche en televisión, donde puede ver perros que atacan a los activistas más jóvenes y pacíficos, rostros blancos llenos de odio gritando a los escolares, nuevos linchamientos desenfrenados, el derecho al voto denegado tras tantos años de lucha. Cuando asesinan al reverendo Martin Luther King. se convierte en seguidor fiel y absolutamente implicado del movimiento. Toma el metro hasta Harlem, y luego el tren hasta Newark para ver con sus propios ojos las protestas, que la prensa capitalista tacha de disturbios. Por entonces ya estamos en 1968 y su hija se ha casado con un hombre afroamericano que él ha tenido que aprender a llamar negro, su yerno Douglas, a quien ha empezado a querer desde el principio.

*

Pasa casi todas las noches en casa solo; se prepara una cena frugal, lee el periódico y algún libro hasta que llega la hora de ver las noticias. Tiene mucho tiempo para pensar, demasiado. Muchas veces regresa a España, y allí está de nuevo Oliver Law, un hijo heroico de la clase obrera negra, trabajador de una fábrica de cemento, taxista y

comunista que en España alcanzó el estatus de héroe —y pese a las objeciones de los anticomunistas y racistas de la época, todos sabían que se había ganado el puesto por méritos propios—. Daba igual que ya desde un principio los mandos quisieran poner a un hombre negro al frente del batallón. Eso fue solo el principio. Law había conseguido cuanto se merecía de verdad. El primer estadounidense negro de la historia en dirigir a soldados blancos nunca caería en el olvido, pues alguien se había encargado de recoger sus palabras. Hemos venido a matar a los fascistas, algo así dijo, y algunos de nosotros moriremos en el intento, sí, ahora lo recordaba exactamente, pero lo haremos aquí en España, y quizá así podamos detener el fascismo en Estados Unidos sin necesidad de una gran contienda. Ahora comprendía las palabras de Law incluso mejor que en la época en que las había escuchado por primera vez.

Luego estaba el honor de haber conocido al gran escritor Langston Hughes, que le había escrito una carta por mediación de Ed Rolfe, también comisario, pidiéndole contactos y recomendaciones para poder escribir la historia de los camaradas negros de la xv Brigada. Él le había contestado que le ayudaría en todo lo posible, y ahora se sentía orgulloso de ello. Entonces todo parecía posible. Todo parecía inmanente.

*

Aún a día de hoy me pregunto qué les quedó entonces a todos aquellos que dimitían de sus cargos, que renunciaban por completo a la membresía del Partido, el instrumento de tantos años de lucha y de fe. Parte de las esperanzas en un mundo nuevo se fundamentan siempre en las historias personales, las personas a las que amamos, las costumbres y los lugares que mantenemos vivos por el significado tan valioso que les otorgamos —y así se reúnen los amigos, comen juntos y acaban enzarzados en conversaciones sobre política—. Aunque las revelaciones y confesiones de Jruschov les partieran el corazón y casi los ánimos, en algunos de estos hombres y mujeres quedó un poso de esperanza e incluso de fe. Otros, en cambio, renunciaron a cualquier compromiso con la filosofía marxista, a la que habían consagrado todos sus sueños en pos de un «mundo mejor y más justo».

Al cabo de muchos años, cuando la mayoría de ellos había abandonado el Partido —cuyos mítines, tal y como mi padre gustaba de repetir, ya no podían llenar ni una cabina telefónica, mientras que antaño abarrotaban Madison Square Garden—, y cuando muchos, incluido mi padre, ya habían muerto, mi querida amiga Ruth, la hija de George Charney, y yo, lanzamos las siguientes preguntas a algunos de esos hombres y mujeres que habían abandonado el Partido a finales

de los años cincuenta, que ya se iban haciendo mayores y vivían vidas mucho más anodinas que antes: ¿Qué ocurrió entonces? ¿Cómo lo hiciste para seguir creyendo? ¿Cómo pudiste negar durante tanto tiempo lo que estaba pasando realmente en la Unión Soviética con Stalin?

—Albergábamos tantas esperanzas… Además, eran otros tiempos —nos dijo un hombre con quien nos sentamos al abrigo de su pequeña cabaña de madera en una colina de Truro, en la bahía de Cabo Cod, y su mirada nos traspasó para clavarse en la pared que él mismo había construido y no se había molestado en pintar, buscando, quizá, un destello de épocas pasadas.

Hattie, la madre de Ruth, que sobrevivió mucho tiempo a su marido y a quien siempre me había sentido muy unida, nos respondió:

—Nos equivocamos en muchas cosas, pero eran tiempos tan… —«…distintos». Supongo que podría haber dicho, «llenos de mentiras y mentirosos» o, acaso, «tuvimos que sostener en pie las creencias por las que habíamos sacrificado todo», pues renunciar a la fe y traicionar el compromiso requiere un largo tiempo. Pero no nos dijo nada de eso, y fue la primera vez que la vi quedarse sin palabras. Para mí, su voz encamaba la certeza en todas las cosas, y nunca se detenía a excavar en el lenguaje en busca de conceptos veleidosos y oscuros. Se había ganado una reputación de mujer muy rigurosa consigo misma y con los demás, valerosa y resuelta en los incontables momentos de crisis que le había tocado vivir. «Si tuviera que cruzar el país en carromato, ¡ría con Hattie en el asiento del copiloto», solía decir Douglas, que la conoció durante muchos años. Pero el día en que le pregunté todo aquello vi cómo la confusión invadía su semblante, como si en aquel momento no alcanzara a comprender. Entonces, con los ojos ya despejados y una mueca burlona, como si quisiera reírse de sí misma, recobró su actitud habitual, que le servía para aceptar la realidad. Estábamos sentadas en el sofá de la casa de Ruth, en Massachusetts, donde nos reuníamos a menudo cuando su madre venía desde Florida y yo desde Nueva York para pasar un rato las tres juntas y charlar acerca de los últimos libros que habíamos leído, o de su ingente cuadrilla de nietos, que no cesaba de aumentar—: Nos equivocamos en muchas cosas —atajó con firmeza, para retomar el último relato de Nadine Gordimer, protagonizado por la hija de un comunista en la Sudáfrica del apartheid. Al poco rato, cuando ya recobramos la distancia suficiente, empezamos a hablar de las injusticias que se habían llevado a cabo allí.

*

Conforme nosotros, los niños, entrábamos en la adolescencia, a

veces nos mostrábamos muy arrogantes con nuestros padres porque, bien nos habían ahorrado los detalles de las atroces rupturas que se sucedieron, o bien nos habían contado cuatro cosas, pues éramos demasiado jóvenes para entender el alcance del asunto. En mi familia, toda la lucha del Partido Comunista estadounidense, por esencial que hubiera sido en la vida de mi padre, siempre quedó a la sombra de la triste y afligida atmósfera que se respiraba eternamente en la casa, incluso varios años después de la muerte de nuestra madre, incluso durante el matrimonio de Bill y Maurine. Aunque hubo ratos de alegría y placer, de humor y celebración, nunca llegamos a superar el velado dolor de su pérdida.

Un gran retrato colgaba de una pared del salón. Nuestra madre nos contemplaba vestida con algo así como un manto de satén verde hoja con una flor rosada despampanante en el pico del escote. Se le veían los hombros morenos y el rostro fuerte a la vez que femenino. Su cabello oscuro encajaba a la perfección en sus hermosos rasgos, como un gorro hecho a medida. Tenía los ojos castaños pintados de tal manera que en cuanto entrábamos en la habitación, parecían seguimos por cada rincón de la casa. Me vigilaba. Me miraba mientras leía, o miraba la recién estrenada televisión, o sencillamente se contemplaba a sí misma. No había forma de escapar.

Tras la boda de mi padre con Maurine, el cuadro permaneció colgado en la pared del salón por un tiempo, pero ella, al irrumpir en la familia, empezó a redecorar la casa. Entonces, ya por lealtad a mi nueva madrastra, ya por desaliento ante la evidente estupidez de mi padre, insistí en que lo descolgara por el bien de Maurine. Por suerte así lo hizo, y el gesto me otorgó la aprobación de mi padre al tiempo que la gratitud de su mujer. Sin embargo, ahora veo con claridad que actué principalmente en mi propio interés, puesto que dicho gesto me permitió desembarazarme de aquello sin tener que sentirme culpable. Había jurado a la madre y la hermana de mi madre, pero también a mi padre, que siempre encontraría algún modo de recordarla —un juramento destructivo y sutilmente alentado por los adultos durante mi niñez—. Así pues, cuando atajaba por un tiempo la obsesión convertida ya en costumbre, me obligaba a elaborar complicados rituales de disculpa y abyectas confesiones dirigidas a una audiencia invisible que siempre me acompañaba, juzgándome y condenándome hasta que me plegaba a obedecer de nuevo sus reglas. No fue hasta ya bien entrada en la edad adulta, cuando era madre de dos adolescentes y había escrito varios libros en que mi madre figuraba como personaje destacado, ya en sí misma o alterada por la ficción en diversos grados, siempre en otros libros e historias semejantes que iban tomando forma a través de notas apenas esbozadas, y cuando ya había pasado miles de horas en dos centros de psicoanálisis distintos describiendo,

evocando, soñando, queriéndola y odiándola, que sentí haber culminado mi sagrada exigencia y pude dejarla ir. Hoy, con unos cuantos libros más y un nuevo diván para el análisis, el más profundo y triunfante de todos mis viajes interiores, finalmente soy capaz de pensar en mi madre en sí misma: una mujer muy joven cuya alegría vital sigue anclada en mí a través de sus canciones de amor, sus juegos, sus dibujos, su preciosa ropa, y cuya muerte, trágica, larga y dolorosa, debió de ser para ella aún más aterradora que para sus dos hijas. Durante muchos años, las vidas de esas niñas, y luego las de los hijos que ambas tuvieron, se verían dominadas por la incapacidad de llorar la muerte de su madre.

*

La crisis del Partido fue un asunto fundamental en nuestras vidas durante toda la década de los cincuenta, e incluso a principios de los sesenta. El señor y la señora Nash, el matrimonio que llevaba la portería de nuestro edificio, empezaban a burlarse de nosotras a gritos según asomábamos por el vestíbulo y franqueábamos la puerta doble, camino de la escuela: Vuestro padre es un traidor. Marchaos de vuelta a Rusia. Esta vez van a meterlo en la cárcel.

Nos habían enseñado a «no hacer caso de esos imbéciles» o bien a plantarles cara de frente y pedirles que nos dejaran en paz. De niñas nos sentíamos poderosas cada vez que les sacábamos la lengua. Aun así, el señor Nash formaba parte de nuestras preocupaciones diarias y nuestras pesadillas nocturnas. Cuando hacíamos demasiado ruido o cuando, en alguna batalla de niños, alguien, casi siempre yo, lanzaba algo por la ventana que daba al patio de luces y sonaba el timbre, ya sabíamos que era el señor Nash, que seguramente vendría con ganas de matarnos o, por lo menos, de llevamos a rastras a la cárcel con el resto de los comunistas. Entonces nos metíamos en los armarios a todo correr, y nos negábamos a salir hasta que Rose, nuestra defensora de confianza, lograba quitárselo de encima. Lo cual no nos impedía sentir verdadero pánico cada vez que había que bajar al sótano para rescatar alguna bicicleta del trastero comunitario o ayudar a recoger la ropa de la lavadora que había allí instalada, pues el temor a que el señor Nash anduviera merodeando y dispuesto a atacar nos invadía incluso cuando ya éramos lo bastante mayores para comprender que, en realidad, era inofensivo. Hasta que no me fui de casa en 1964 con veinte años, una vez graduada en la facultad, prefería sin duda el tramo de escaleras hasta el segundo D que el viejo y desvencijado ascensor siempre averiado, pues cada vez que alguien quedaba atrapado entre dos pisos, tenía que pulsar la alarma para llamar al señor Nash.

También estaban los titulares, y ahora que ya era mayor y capaz de leer el periódico, la expresión retirar la ciudadanía o la palabra deportación me llenaban de aprensión, y muchos de nosotros empezamos a presentar cuadros de insomnio crónico, una lucha desesperada y sin mediación con los demonios de la noche.

*

¿Qué les quedó a todos ellos?

En 1956, cuando en el marco del xx Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética Jrushov admitió públicamente en su discurso las torturas, incriminaciones, ejecuciones y encarcelamientos injustos acaecidos durante la época de Stalin, Steve Nelson recuerda al respecto: «Pude ver llorar a mucha gente entre el público, incluidos algunos antiguos líderes del Partido. Yo dije algo así como "No me hice militante del Partido para esto. De ahora en adelante debemos mostrar nuestro rechazo y tomar nuestras propias decisiones, pues los dioses ya no existen"».[58]

Por su parte, George Charney escribió: «Al igual que los clérigos, habíamos llegado a poner el dogma por encima de la experiencia».[59]

Hacia el final de la historia de ese largo viaje que da título a su obra, George logra establecer las dos caras de la infame contradicción que tanto dio que hablar entre finales de los cincuenta y principios de los sesenta. Al igual que el resto, él se había sentido atraído por el marxismo porque, tal y como explicaba desde una perspectiva muy crítica consigo mismo y con los demás, ofrecía «una explicación coherente a toda clase de fenómenos», era una «teología», según sus propias palabras. Por otra parte, tanto él como el resto se afiliaron al Partido y acataron la filosofía que tantas consecuencias políticas había provocado en tantos lugares y durante tanto tiempo «debido a su atractivo ético y a su concepción de la libertad».[60] Más de cincuenta años después, los fundamentos de esa visión aún cautivan a mucha gente y han conseguido desempeñar un papel inspirador muy importante en la lucha contra la tiranía a lo largo y ancho del planeta, incluyendo la reforma de las políticas sociales europeas y norteamericanas. En 2016, durante la campaña de las primarias para las elecciones generales estadounidenses, la palabra socialismo ganó algo de legitimidad y aun respeto.

Ya en los años veinte, Bill tenía muchas dudas sobre la ideología del Partido y la dominación soviética, pese a lo cual siguió siendo un militante leal e incluso obediente, un líder comprometido que, a partir de cierto punto, empezó a vacilar entre el peso de ese largo compromiso, por un lado, y el desacuerdo y la acusación, por otro, hasta comprender que no le quedaba más remedio que afrontar el

fracaso del «instrumento», si bien no del sueño. Durante ese largo proceso, algunos viejos amigos apelaron a su espíritu ruso, otros a su temperamento judío, que brinda una arraigada capacidad de abarcar emociones contradictorias y oposiciones filosóficas sin desviarse del camino elegido. Supongo que desde niño, o ya desde que nació, había convivido con ese carácter suyo que yo conocí durante veintiocho años, caracterizado por una tendencia a la ira más exaltada y una inmensa facilidad para sumirse en la pena, así como un don para el análisis y el juicio equilibrado. Cada vez que oigo su risa mientras escribo esta historia, cada vez que recuerdo sus bromas tontas y las burlas que se dedicaba a sí mismo, cada vez que percibo en mi propio cuerpo su sencillo afecto y su abrazo de corazón, cada vez que recuerdo todo eso, comprendo que también poseía un alentador y a menudo gozoso optimismo.

Leí en algún sitio que la línea que separa la negación de la esperanza es en realidad muy fina, y si la primera raya la ingenuidad más peligrosa, la segunda es una virtud que permite salir adelante. Pese a los años de continuas depresiones que estuvieron a punto de hundirlo, ese carácter temperamental e intelectual a un mismo tiempo lo acompañó hasta el final, logrando preservar todo aquello que le quedaba.

*

He aquí una carta a su nieto Adam que escribió con motivo de su primer cumpleaños:

> 21 de septiembre de 1969
>
> Por más de una razón, fue un hermoso día, pues las primeras horas del 21 de septiembre fueron testigo de tu aparición. Durante los meses siguientes me has dado infinitas alegrías y has hecho que mi vida sea mucho más interesante. La noche en que naciste entré en una especie de delirio, tal como me había ocurrido la noche en que nació tu madre.
>
> Cuando ella era pequeña, tu abuelo se fue encontrando con varias dificultades que suele brindar la vida humana y la sociedad enferma en que vivimos. Su presencia, así como la de su hermana menor, tu tía, me dieron fuerzas en la batalla por la supervivencia y me infundieron valor para conquistar y derrotar las adversidades. Una vez más, tu presencia me da ahora un gran valor y unas ganas tremendas de vivir. Espero de verdad que tu camino sea un poco más fácil que el de tu abuelo; aun así, tal y como es la vida, seguro que tú también tendrás que atravesar turbias sendas para poder abrirte paso

hacia la madurez. Tus padres te darán fuerza y te ayudarán a afrontar los obstáculos que se te vayan apareciendo con la dignidad de un hombre. Pero a medida que vayas madurando, todo dependerá de ti. De tu propia fuerza espiritual, moral y sí, también ideológica.

Al cumplir tu primer año, el estado actual de las cosas en nuestro país, y en el mundo, no compone una bella imagen. Por desgracia, pese a los intentos de tu abuelo y de muchos otros para presentarte un mundo mejor, no hemos tenido demasiado éxito. Así que a tu generación y la de tus padres os corresponde trazar un nuevo camino libre de prejuicios, hambrunas y guerras. Sé muy bien que conforme vayas abriéndote camino, todos nosotros nos sentiremos muy orgullosos, y sobre todo tú.

Existe una leyenda que tu padre y tu tío se han encargado de propagar, y que endilga al clan Lazarre una proverbial verborrea, y el peor de todos es tu abuelo Bill. Para no dar a esos chicos ni una sola oportunidad de perpetuar la leyenda, limitaré la extensión de la presente a unos pocos miles de palabras. Confío en que un día tú y yo podamos escribirnos e intercambiar experiencias acerca de nuestras vidas. Para entonces puede que haya cumplido los ochenta o noventa, pero, en fin, Bertrand Russell llegó a los noventa y siete. Espero de verdad que el tuyo sea un mundo más alegre y decente que el que yo he conocido. Sé que resistirás y pelearás con dignidad y fuerza las injusticias que vayas encontrando.

Con todo mi amor,

Tu abuelo Bill.

Doce años antes de esta carta respondió a otra mía, que descubrí con ocasión de una de mis limpiezas periódicas, cuando me dedico a reorganizar todo lo que guardo. La escribió el verano de mis catorce años, cuando me encontraba de viaje por Europa con un pequeño grupo de amigos, a cargo de nuestra profesora de quinto de primaria, con quien habíamos tenido la suerte de entablar una buena amistad que aún perduraba. Estuvimos casi todo el tiempo en Italia, la segunda casa de nuestra profesora. Una vez, al adentramos en las calles más pobres de Nápoles, unos niños se nos acercaron a mendigar, entre ellos una niña flacucha que me impresionó mucho, con la mano sucia abierta pidiendo liras y una vocecita que suplicaba: «Prego, signorina, prego».[61] La imagen de esa niña entró a formar parte de mis sueños, y aún hoy aparece de vez en cuando: unas veces araña la nevera como un gato perdido buscando comida, otras golpea la puerta y me ruega que la deje entrar. A veces simplemente está ahí de pie, quieta y andrajosa, sin historia ni sitio alguno donde colocarse, con el pelo

amarillento y desaliñado cayéndole por la cara, con unos ojazos desesperados que clava en mí hasta que me despierto sobresaltada, a veces llorando, y corro en busca de mi diario para ahuyentar la pesadilla más o menos como hacía mi padre a su modo: sosteniéndome en la fe en el análisis y la descripción: en suma, en las palabras.

*

«Tu descripción de la calle de la Duquesa me ha recordado La Strada», escribió.

Es una vergüenza que una niña pequeña tenga que mendigar unos céntimos cuando hay tanta riqueza en el mundo. Sí, Jankie (así me llamaba él], en nuestro país también hay mucha pobreza, a solo unas pocas manzanas de nuestra casa. No debería ser así. Algún día no será así. Qué mundo tan bello tendremos cuando ningún niño y ninguna niña tengan que preocuparse por lo que comerán o dejarán de comer, cuando sus padres disfruten de una seguridad económica y de tiempo no solo para estar con sus hijos, sino también para expresar y satisfacer sus aspiraciones vitales. Qué triste es contemplar la miseria humana. Sin embargo, estoy seguro de que el progreso avanza. De vez en cuando se encalla, casi siempre a expensas del ser humano. Pero la historia sigue adelante y no hay poder en el mundo capaz de detenerla. Estate bien atenta a todo, cariño, observa, escucha a la gente, aprende, aprende y no dejes de aprender. Volverás a casa con una percepción mucho más rica, y una mayor comprensión de la experiencia y las luchas humanas. Da recuerdos por ahí. Te quiero.

En el último renglón de la carta que me escribió cuando cumplí veintiocho, el último aniversario que pude celebrar con él, se despedía con estas palabras: «Mi fe en la humanidad no conoce límites».

SEXTA PARTE

EL MUNDO HERIDO

Intenta alabar al mundo herido.
Recuerda los largos días de junio,
fresas silvestres, gotas rosadas de vino.
Los hierbajos que metódicamente invadían
las casas abandonadas de los desterrados.
Debes alabar al mundo herido.

Adam Zagajewski, «Intenta alabar al mundo herido»

XIX

Es como si sucediera ahora mismo, en la otrora elegante mesa del salón que años atrás habían llevado a la amplia cocina; una mesa de madera pulida y ya muy desgastada en algunos trozos de la superficie, ahora cubierta con un hule que a ella le habría horrorizado. Cuando llegaba el postre, la madre llamaba a las niñas para que acudieran a contarle cómo les había ido el día o le enseñaran algún nuevo dibujo que acabaría colgado en el rincón de la pared reservado para «su trabajo». Pretensiones burguesas. pensaba él a veces (y sonreía al invocar la antigua palabra que la «nueva» izquierda de los años sesenta se había encargado de rescatar), pero otras veces encontraba esas escenas adorables y consoladoras: las habitaciones tan bellamente dispuestas, los colores cuidadosamente combinados, el mullido colchón de la amplia cama que compartían. Pese a la debilidad de su mujer por las comodidades materiales, a ambos les unía un extraordinario valor y el compromiso hacia la causa. Ella había arriesgado su vida más de una vez llevando mensajes a militantes del Partido en Europa, según los deseos del Partido estadounidense que, a su vez, cumplía órdenes de Moscú. Pero a veces sospechaba que quizá no había corrido todos esos riesgos siguiendo sus ideas o principios, sino por él. En todo caso, ya no importaba. Tanto mejor si lo había hecho por amor, considerando cómo acabó todo.

Es como si sucediera ahora mismo, él está sentado en su recio sillón orejero que, a pesar de la insistencia de sus hijas, y de haber pasado por tantos tapizados de colores incombinables; aún resiste en su viejo rincón del salón, donde el paso de los años y los cambios ocurridos no han alterado la paz que se respira. Esta noche se le aparecen todos esos estampados y colores, como en una serie de espejos que rodean la habitación. El suave algodón rústico y gris del diván de Tullan, que hacía las veces de separador de ambientes, porque ella insistió en tener un salón comedor, y le encantaba usarlo para cenar con él, los dos solos tras un largo día de trabajo, con la hermosa vajilla desplegada sobre la mesa —¡incluso había un platito para el pan con mantequilla!—. Mientras las niñas estaban en la habitación, entretenidas con su abuela o con quien estuviera en casa en aquella época, quizá ya era Rose.

Es como si estuviera ahí sentada en su silla favorita de terciopelo verde, cuyo armazón se rompió hace ya tiempo y hubo que tirarlo a la basura. Como si el empapelado de hojitas verdes que tanto le gustaba aún lo rodeara —le encantaba el estilo inglés, su cultura, los libros, los nombres que eligió para sus hijas, Emily y Jane—. Sus hermanas se tomaban los gustos de su cuñada, esa americana tan elegante, con una sorna condescendiente que a veces rozaba la admiración, ¿o respondía acaso a un silencioso sentimiento de nostalgia? Ellas habían puesto a sus hijos nombres de toda la vida, pues el peso de los principios seculares, o incluso comunistas, no bastaba para erradicar ciertos compromisos, usos y costumbres, ciertas obligaciones que preservar, y los nombres de los muertos transmitían un legado. Así, Shirley venía de Sliva, su abuela, su mamá, que había muerto al poco de llegar a Estados Unidos; Miriam, de la abuela paterna; Norman, en honor de Nissel, luego llamado Nathan, el padre de esas hijas que impedían a su hermano hablar mal de él, y mucho menos condenarlo. Los antiguos nombres judíos, tan apegados al judaísmo como el sinfín de leyes y rituales, tal vez como la misma Torá, conservada pese a la fe secular que, en realidad, era tan exigente como la religión antigua, pensaba a veces. Una religión preservada a través de enormes distancias geográficas que ninguno de ellos habría imaginado —últimamente, y para su sorpresa, el kadish que nunca llegó a rezar por sus padres le infundía una cierta culpa—, cuyos nombres se engendraban y mantenían a través de las generaciones.

Se vuelve a reclinar y apoya la cabeza en el armazón de madera cubierto de grueso algodón. Una de aquellas veces en que el tapizador acudió a cambiar el estampado de la tela, ambos se quedaron maravillados ante la estructura: «Ya no los hacen como este», dijo el hombre. Sumido en sus divagaciones, se ve a sí mismo en los años veinte, cuando vivía en Filadelfia, primero con mamá y con el padre al que se niega a llamar padre, ni siquiera en su fuero interno —tampoco lo llama papá, claro está, sino por su nombre. Nissel, con un respeto que basta y sobra para ese hijo de puta—; luego con su hermana Leza y su cuñado David, y finalmente con Va. Fue el primer matrimonio desgraciado de los tres que tuvo —sin contar los primeros años con Tullan, antes y justo después de nacer las niñas—, y al final algo salió mal, algo mucho más terrible que la enfermedad y que nunca había alcanzado a comprender.

Se siente desgarrado como si realmente todo sucediera ahora mismo. Siempre hay desgarrones abruptos, conflictos batallando en su interior. Aunque su liderazgo ha resultado decisivo, ya en el Partido, ya en España, nunca ha dejado de sentir esos desgarros.

La voz de Tullan proviene de un lugar situado entre el enojo y la amorosa preocupación. Le das demasiadas vueltas a la cabeza, dale un

respiro a la mente.

La profundidad de tu mente abarca muchas capas a la vez en distintos niveles, de modo que te resulta imposible enterrar tus pensamientos, lo cual es una condena a la vez que una bendición. Ella. La mujer que llamará Marian —el verdadero nombre de la esposa de Bender, una mujer sensible, sincera y leal—, bueno, si llega a esbozar la historia que le gustaría intentar escribir algún día sobre su último y difunto amor, porque ella también se fue, con aquella mirada llena de suave y halagüeña ternura.

Ha consagrado su vida al activismo en respuesta a una necesidad, una certeza íntima sentida desde la infancia; es un deber, su deber. Aun así. bajo el liderazgo, la docencia y la organización siempre han subyacido voces que cuestionan, debaten, interpelan e incluso llegan a dudar para sugerir otras posibilidades, vías alternativas. Quizá debería haberse dedicado a la escritura, como está haciendo su hija. Pero nunca tuvo esa oportunidad.

El peor desgarrón se fraguó muy pronto, hace cincuenta años, con Lovestone, cuando Bujarin estaba exiliado en París, antes de que Stalin lo mandara ejecutar. Bujarin había osado declarar que el socialismo debía avanzar a paso de tortuga, y defendió el derecho de los campesinos a vender su mercancía por sus propios medios, para así obtener un mayor beneficio sin quedar sometidos a las políticas inamovibles de la colectivización. El ochenta por ciento de la población rusa, ya pobre y devastada, ¿tenía ahora que meterse a toda prisa en las granjas, cual rebaños, donde seguiría sumida en la pobreza y la devastación? En esas condiciones ¿quién sabe hasta cuándo podrían mantener su devoción revolucionaria? En los años treinta, ya antes de la guerra civil española, Bujarin había advertido sobre la fascinación que podía ejercer el fascismo en épocas tumultuosas.

El antiguo y el nuevo conocimiento nadan juntos en su fuero interno, como si la mente fuera un río y la memoria, una ristra de chalanas encadenadas flotando, balanceándose sobre las olas.

Aunque Bujarin, uno de los principales artífices de la Constitución soviética, cuyo texto garantizaba la libertad individual, acabó en el exilio, al menos fue por una buena causa: rescatar los archivos de Marx y Engels, en poder de los socialdemócratas alemanes, antes de que Hitler pudiera destruirlos. Al cabo de unos años, escribió en contra de la colectivización forzada en momentos históricos inadecuados, en contra de la obediencia ciega, y las furiosas ampollas que levantó le granjearon acusaciones de deslealtad, la prisión y el exilio. Cuando se desencadena el mecanismo de la memoria, las palabras aún se le clavan igual que si las hubiera leído justo ayer, y en esa época se las tomó a risa, como el resto de los militantes leales al

Partido: Ya no son seres humanos, sino engranajes de una máquina despótica. Aterradoras palabras, pero ¿ciertas? No lo sabe. En cierto modo, ya no le importa. Hace tiempo que Bujarin dejó de interesarle, incluso puede que lo desprecie un poco. Sin embargo, ahora esas palabras, después de todo cuanto ha presenciado y ha tenido que aceptar, parece que se acercaron a la verdad.[62]

Las palabras, los pensamientos, son como gritos que resuenan en su mente desde hace años, tras la serie de acontecimientos y revelaciones que le cambiaron la vida a él y a sus camaradas. Algunos quedaron sumidos en la desesperación, otros se enfurecieron al echar la vista atrás y contemplar su historia, sus propios fallos, para acabar echando la culpa a los demás, a esos mentirosos, hipócritas oportunistas y fanáticos obsesionados con el poder, como los llaman ahora. Pero él no puede echar la culpa de todo a los tiranos y dictadores, al menos no solo a ellos. Hubo otras fuerzas arrolladoras que arremetieron contra la incipiente revolución, como la pobreza, la amenaza de una invasión, un largo historial de tiranías. Él había tenido fe. Todos ellos se habían empeñado en tener fe.

Las diferentes historias de su vida convergen y se alejan para volver a mezclarse. Le cuesta mucho leer y conciliar el sueño, de lo único que parece capaz es de quedarse mirando al infinito mientras le acomete la confusión. Quizá de ese modo, en algún momento, algo se le revelará con claridad al cambiar de postura, o al levantarse y asomarse a la ventana en mitad de la noche, sentir un leve alivio al ver luz en algunos edificios de la calle —hay más gente incapaz de dormir esa noche—. Una vez alguien lo llamó lovestoniano en tono burlón. Hace mucho tiempo que expulsaron a Jay Lovestone por defender a Bujarin. A veces le parece que fue hace un siglo; otras, es como si fuera ayer. Luego vino Browder y parecía que las cosas se arreglaban, porque tomó las riendas con sensatez. Browder creyó hasta el final en lo que él llamaba excepcionalismo americano. Ahora, al recordarlo, tamborilea en el cristal de la ventana mientras le asoma una sonrisa cargada de remordimiento. En aquella época parecía una idea razonable, y luego también: puesto que el capitalismo estadounidense no mostraba signo alguno de debilidad y la revolución no se atisbaba por ninguna parte, la alianza con otras fuerzas progresistas resultaba tan deseable como estratégica. En eso, al menos, había hecho lo correcto, pues, aunque la Gran Depresión había desacreditado la idea en cierta medida, el New Deal de Roosevelt consiguió enmendar la situación.[63] Aun así, habían tenido que luchar a cada paso, demostrarlo, arriesgarse a que los detuvieran… Y todo, ¿para qué? Para pedir seguridad social y jomada laboral de ocho horas. Por algún lado guarda las fotos de la manifestación, cuando los metieron esposados y a empujones en el furgón policial. Pero

seguramente él también se había mofado de todas esas posibilidades, de la idea de que el capitalismo pudiera restañar su propia herida, cuando en el veintiocho apeló su sentencia condenatoria en Filadelfia y estuvo preso un tiempo por sus palabras. Incluso llegó a escribir contra Lovestone en un artículo que escribió con Browder en el que asociaba a los lovestonianos con otros partidos repudiados de la izquierda (los trotskistas. los socialistas de Norman Thomas), resquebrajaduras que ya habían asomado en España. Progresistas llamados reaccionarios que, en cierto modo, lo eran, y aún está convencido de que tuvieron su parte de responsabilidad en la derrota ante Franco y los fascistas, cuando tiraron la unidad del Frente Popular a la basura. Por entonces él veneraba a Roosevelt porque, por muchas presiones de la izquierda que recibiera, siempre permaneció fiel a la idea de democracia que albergaba en el corazón, así como al New Deal. Todos ellos habían creído que juntos…

Y sin embargo…

Las disputas se volvieron cada vez más insondables y llenas de odio. Atrás y adelante.

Adelante y atrás, esa es la forma correcta de decirlo, insistía a sus hijas, porque primero caminas hacia adelante, y luego hacia atrás. Y así lo seguía diciendo, e insistiendo, y dejaba que ellas le tomaran el pelo por esas precisiones lingüísticas de su tierra.

Se aleja de la ventana para dar unos cuantos paseos por la habitación, hasta volver a sentarse. Le asalta el recuerdo inesperado de un libro que leyó a sus hijas hace mucho tiempo, cuando eran niñas y Tullan acababa de morir. Tuvo que aprender los rituales de buenas noches que ella había iniciado y seguido a rajatabla cuando estaba en casa: primero el cuento, luego las canciones. Era algo de Molly, ahora lo recuerda, Molly se plancha la ropa, bella y fina. Pero no lo leía muy bien porque siempre arrastraba el acento y los sonidos de su tierra, que ahora puede escuchar con su voz lejana de aquella época: Molly se plancha la ropa, bella y tizna. Sus hijas estallaban en tales carcajadas ante su mala pronunciación que no podía sino mantener el equívoco y fingir que no se había dado cuenta de la diferencia: ¿Cómo? Tizna, dije tizna. ¿De qué os reís? Y las carcajadas estallaban aún más fuerte.

Piensa demasiado, demasiado deprisa, y lo invaden retazos de memoria a los que nadie ha invitado, hasta que logra recomponerse y despertar de la ensoñación en la que lleva un rato sumido, se levanta de nuevo y esta vez se dirige a la cocina a por un vaso de agua. Hace tiempo que dejó el traguito de whisky para ahuyentar los malos pensamientos y encontrar una especie de relajación. Las huellas de sus discusiones con los camaradas, su terror ante el FBI. Las preocupaciones por el dinero siempre acechando. Las fatigas, había

empezado a llamarlas, como su hija. Ahora tiene muchas. Demasiados pensamientos. Demasiados recuerdos. Fatigas.

Regresa a la silla y toma el periódico que no ha terminado de leer. Pero las letras impresas flotan ante sí igual que los recuerdos, y examina otra vez las estanterías recién pintadas, como hace a menudo, ahora que su hija y su yerno se han mudado a Connecticut por una temporada, y siente un gran alivio porque el rojo brillante con que Maurine las pintó, siguiendo ese gusto excesivo suyo por las estridencias, se ha convertido ahora en un blanco inmaculado.

Se siente solo, es demasiado honesto y está demasiado acostumbrado a esa carga como para negada. De un modo u otro, lleva solo desde que Tullan murió, incluso en compañía de las mujeres que vinieron después, y Maurine al final. En todos esos años, ninguna consiguió conmoved© de verdad, aunque todas eran muy buenas. Más o menos, como pasó con Va en Filadelfia. Mary era muy maternal, y parecía muy enamorada de él, o al menos eso decía. Después de que su marido muriera de repente muy joven, crio sola a sus tres hijas; sin embargo, no pasó de sentir una gran amistad por ella, por mucho que lo intentara y sus hijas lo animaran: «¡Cásate con Mary, cásate con Mary!». Sus hijas y las suyas se hicieron las mejores amigas, su casa de la parte alta era un segundo hogar para ellas, y Mary las quería tanto y era tan cariñosa —pese a lo mucho que bebía, porque mejor no contar las copas que se tomaba cada noche— que casi podía ver cómo las dos familias se convertirían en una sola, y sus hijas volverían a tener una mamá, y él haría de padre de las hijas de Mary. Pero nunca fue capaz de sentir atracción sexual por ella, ni el más mínimo deseo de amor físico. Antes de ella desfilaron muchas mujeres jóvenes, morenas, artistas, profesoras que despertaron su deseo, pero siempre había algo que fallaba: eran demasiado dominantes, o nada políticas, muy introvertidas o peleonas, igual que él a veces, tampoco iba a negarlo, pero con la dura disciplina que se había impuesto a sí mismo, casi siempre podía controlarse. No quería doblar o triplicar el nivel de conflictos abiertos que solía haber en casa. Echaba de menos a Tullan, que ya lleva muerta más de veinte años: ella siempre se controlaba de manera espontánea, y exhibía una especie de calma elegante a juego con su ropa, incluso con aquel albornoz de seda rosa que tenía, o con las zapatillas de andar por casa, a rayas de terciopelo azul y plateado. ¿Le calentaban realmente los pies? Toda su ropa estaba cuidadosamente diseñada, igual que cada estancia de la casa. Y además era una persona apasionada, con una gran capacidad para hablar y conversar en distintas situaciones, pero también estaban esos terribles silencios cuando necesitaba sus palabras más que nunca.

Nunca había sabido cómo interpretarlos, pues parecían contener tantos significados al mismo tiempo… ¿Acaso respondían a una calma

interna que no podía sino envidiar? ¿Era pura cabezonería? Un rechazo a discutir que él, por mucho que lo intentara, por muy alto que gritara a veces, era incapaz de traspasar. A veces ella era tan irracional que parecía no querer sopesar las cosas. Aterraba a las niñas con su miedo a los ratones, esas criaturas diminutas e inofensivas que él podía quitar de en medio fácilmente cuando aparecía alguna de vez en cuando en la cocina, y aun así ella no se dejaba convencer, ni siquiera se prestaba a hablar del asunto: agarraba a las niñas, las metía corriendo en su habitación y las encerraba de un portazo hasta que él gritaba que ya era «seguro» salir. ¿Seguro? Era ridículo, aunque tenía un punto interesante. A veces se sentía condenado por las palabras acusadoras y desdeñosas que se le amontonaban en el oído bueno como si las hubiera pronunciado ella, como si él le leyera la mente, cosa que su humildad le permitía poner en duda. Entonces ella cambiaba de tema y sacaba algo más ligero, algo en lo que estaban de acuerdo. Y él se sentía ignorado y furioso. Pero a veces le encantaba ese gesto, lo encontraba reconfortante, digno, incluso erótico.

Al principio, Maurine parecía un alma gemela a la vez que exótica, una actriz cristiana criada en Texas que militaba en el Partido por las mismas convicciones que lo guiaban a él. Pero su inclinación por los colores escandalosos corría pareja a su inclinación por las discusiones escandalosas. Bueno, claro, era actriz, gentil, norteamericana y pelirroja. Pronto descubrió que se había estado engañando, y aun así aguantó muchos años una vida llena de gritos y explosiones junto a ella, siempre lista para otra pelea. Primero se le había metido en la cabeza cambiar la decoración de la casa entera —bueno, estaba en su derecho—, y había convertido la habitación de matrimonio en estudio y cuarto de ensayo, de modo que cada noche a él le tocaba desplegar el incómodo sofá cama para poder dormir. Luego había dispuesto ese ridículo y abigarrado vestidor lleno de ganchos y barras, luces teatrales y anchos espejos que ahora albergaba un par de corbatas suyas y algún traje. Nunca se le ocurriría entrar ahí para peinarse o vestirse: se peinaba frente al espejo del viejo armarito de las medicinas del aseo, con su ducha, su lavabo; se vestía en su habitación, como llevaba haciendo toda la vida, y guardaba casi toda la ropa en el armario que había compartido con Tullah.

Luego se le metió en la cabeza cambiarlo a él mediante disputas y acusaciones sobre las tradiciones familiares, lecciones sobre crianza, alimentación y política, siempre lo mismo. En lugar de la ansiada paz, las habitaciones se llenaban de gritos, incluso cuando había invitados. Ella se definía como una víctima del pasado de él. No quería que lo arrastrara en su depresión —bueno, ahí debía admitir que tenía parte de razón, pues él tendía a ver el lado oscuro de las cosas, sobre todo en los últimos años—; ella elegía «la vida», gritaba con los ojos

centelleantes y el dedo acusador, como en el escenario, y le echaba en cara su deseo de morir. Hace una mueca al recordarlo. Durante toda su vida, no ha hecho otra cosa que intentar sobrevivir.

Aguantó aquello, sobre todo, porque las niñas se llevaban bien con ella. Les encantaba la sofisticada habitación que les había montado, las luces, el espejo, los trajes que les dejaba ponerse. Parecían relajadas de una forma distinta, al menos al principio, como si les hubieran quitado un peso de encima: su propio peso, se teme ahora, mientras nota que va deslizándose en la depresión que lo acecha esta noche, igual que en tantas otras con anterioridad. Porque seguro que, en parte, o quizá en su mayoría, es culpa suya, culpa de su ineptitud con las mujeres, de su ineptitud para darse cuenta de las cosas.

Intenta bucear en los buenos recuerdos. Todas ellas eran buenas, también Maurine, pero ninguna llegó a conmoverlo, ninguna le hizo temblar. Ninguna hasta que conoció a Marian, ya empieza a pensar en ese nombre, que llegó a él cuando ya era viejo, y ahora también ella se ha ido.

Las estanterías blancas están casi vacías desde que Maurine se llevó sus libros, con los huecos rellenos de jarrones coloridos y viejos cuencos de barro que las niñas hicieron en la escuela hace mucho tiempo. Posa la mirada en el lote de la Brigada Lincoln, una edición especial con que se obsequió a los miembros a modo de homenaje. Seis volúmenes de poesía de Cari Sandburg, literatura estadounidense y novelas soviéticas mezcladas con clásicos rusos, ensayo político contemporáneo y análisis social, ficción popular para evadirlo de la realidad y ayudarlo a conciliar el sueño. Pero nada de eso servirá esta noche. Por alguna razón, esta noche está inmerso en el pasado, lo único que siempre ha aconsejado evitar a sus amigos.

Bujarin. Lovestone. Browder.

Filadelfia. Isla Ellis. Incluso Kishinev.

Un par de veces a lo largo de esos primeros años, cree recordar que durante los años veinte, estuvo a punto de perder la fe.

Hubo una pelea terrible con Va. ¿Por qué? ¿Acaso había amenazado con abandonar el Partido? Cree recordar que sí. Ahora puede verla y oír el acento de su tierra, tan parecido al suyo. La ve recorriendo la habitación de un lado a otro, tirando las cosas al suelo, las revistas, un libro que casi le da en la cabeza. «¡Ni se te ocurra! —grita—, ¡Nunca harás algo así y lo sabes!», palabras a voces que él reconocía como ciertas. No recuerda exactamente el motivo de la discusión, solo que fue una de las muchas que los abocó finalmente al divorcio.

Pero Va tenía razón. Aquella vez no abandonó; siguió y halló un leve alivio cuando Browder se puso al mando. Años después, cuando George y los demás ya habían perdido la fe por completo y hablaban

del socialismo liberal que otrora habían desdeñado, siguió aguardando, golpeándose el pecho al hablar, recuerda ahora con una sonrisa, con aquel tono suyo tan arengador. Mientras decía cosas como «por mis venas corre sangre comunista», los demás invocaban una identidad judía hasta entonces silenciada. Incluso después del Holocausto, cuando se preguntaba quiénes quedaban vivos de aquellos que conoció en su infancia y juventud y quiénes quedaron reducidos a cenizas en los campos del horror, qué huesos se mezclaron con el polvo sin nombre de las fosas comunes, qué pieles sirvieron para fabricar pantallas de lámparas y quizá aún alumbraban la habitación de algún nazi; incluso después de aquello, o precisamente por todas esas razones, su fe en el internacionalismo se volvió más profunda por ser la única esperanza, la única cura para esa historia de la humanidad llena de sangre, odios y guerra. Pero para muchos de sus más queridos camaradas no bastaba con ser comunista internacionalista. De repente había que ser judío.

El antisemitismo había impregnado la historia rusa en forma de persecuciones, encarcelamientos y asesinatos, y corría como la sangre por las venas de la vida rusa hasta estancarse en los corazones, formando pequeñas pozas de ponzoña. Recuerda muy bien a los cosacos, y se va deslizando sin esfuerzo de vuelta a Kishinev, donde todo el mundo había de los pogromos en susurros aterrados y palabras vagas que, cuando crezca, se convertirán en conocidas historias que podrá leer y escuchar. Hubo despiadados rumores sobre niños cristianos asesinados en rituales judíos, instigaciones antisemitas, disturbios, «ríos de sangre judía», según la manida frase de los periódicos. Él era judío por los cuatro costados, salvo en el sentido religioso. Sentado a la mesa de la cocina de sus hermanas en Filadelfia, cuando las niñas eran pequeñas y Tullah ya había muerto, saboreaba el consuelo y placer de la comida de su tierra mientras sus hermanas competían por ver cuál de ellas lo servía mejor, para lo que amasaban y preparaban platos que nunca probaba en casa. Hablaba yidis con el suegro de Sema, embutido en un abrigo largo y un sombrero que nunca se quitaba, y la barba blanca se le derramaba por el paño negro entre risas y discusiones que a todos les recordaban los viejos tiempos. Ahora susurra unas pocas frases en yidis como si volviera a hablar de política con su cuñado, Lyova. Ambos están inclinados sobre la mesa de trabajo donde León, como lo llaman sus amigos de aquí, confeccionaba sus bellas colchas —él durmió muchos años bajo una de ellas, que quizá acabó en la basura por estar ya muy raída—. Ojalá sus hijas guarden aún las colchas pequeñas en el fondo de algún armario, destinadas a los carritos de muñecas de las hijas que tendrían. Se pasaban la noche hablando, discutiendo, recordando, intentando meterlo todo en una historia que resultara comprensible,

cosa que nunca llegaron a conseguir.

Al igual que muchos otros judíos, él había hecho una elección. Por un lado, estaba el sionismo, con sus exigencias radicales respecto a las represalias sufridas y sus planes de regreso masivo a Palestina —muchos ya se han asentado allí y trabajan la tierra como sus ancestros, dejando atrás, por fin, Rusia y el odio europeo a lo judío—. Por otro, el comunismo, que él tuvo a bien elegir para convertir el internacionalismo en su «religión» —sí, quizá esa era la palabra más apropiada—, cuyo pueblo componían los trabajadores del mundo.

Aun así, su identidad judía nunca quedó en entredicho, pues llegado el caso, lo único que tiene que hacer es contemplar su rostro en el espejo, indudablemente semítico pese a la palidez y los ojos azules. Judío, eso es lo que es. Pero no lo que eligió ser, puesto que no fue hasta los trece años, cuando aún estaba en su tierra, cuando aprendió a cultivar la fe en la unión de las naciones y religiones del mundo gracias a la humanidad compartida; solo entonces los que habían creado las riquezas de la tierra podrían, por fin, adueñarse de ellas en comunidad.

La vieja retórica, evocada tan fácilmente como una canción antigua, le provoca un gesto doloroso, como a la anciana moribunda del relato que su hija insistió en que leyera hace poco. Se llamaba Eva, y era algo sobre una adivinanza… «¿Acaso sigues creyendo?», le preguntaba su marido. Él es como Eva. Él también sigue creyendo.[64]

Regresa a las colinas de Kishinev, que lucen distintas por el resplandor que irradian sus lecturas, y el mundo entero ha cambiado como si los muros se estuvieran derrumbando literalmente para dar paso a la luz, y todo ello ocurre a su alrededor, en las sinagogas, en las calles, entre susurros en la tetería de su padre. En todas partes.

«Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es la historia de la lucha de clases».

He aquí la deslumbrante afirmación que abre el Manifiesto.

Los libros y las ideas que todos ellos concibieron para el mundo constituyen la única paternidad que ha conocido, el único patriotismo en el que ha confiado. Los leyó muchas veces para no perder ni un solo detalle. Pero hace ya tiempo que esos viejos libros también se fueron, demasiado pesados para arrastrarlos hasta el tren y luego al barco que los trajo a Estados Unidos. Cuando aprendió la nueva lengua —lo cual no le costó mucho, en realidad apenas le supuso un esfuerzo—, no se molestó en remplazados por traducciones inglesas. En las ocasiones en que había leído algún fragmento en inglés, surgía la misma ilusión, la oleada de fe que tantos traicionaron, incluso Stalin, que antaño había merecido toda su confianza. En cuanto a los ideales, esos sí que no los traicionó. Aún hoy es capaz de sentirlos en el júbilo de la fe.

Arriba, panas de la tierra…

De repente alcanza a oír una voz… ¿acaso la suya propia? Las numerosas voces se alzan unidas, la muchedumbre rompe a cantar. Él también canta cuando está solo, así que quizá, sin saberlo, ha empezado a cantar en ese estado de meditación semi-consciente en que se encuentra.

Arriba, panas de la tierra,
En pie, famélica legión…

Quiere cantar, pero le da vergüenza, por muy solo que esté. La antigua visión del mundo; las esperanzas perdidas, esperanzas que llegaban a nublar la razón; la capacidad humana para el raciocinio, como esos científicos cuyos métodos solían venerar, adquirir y aplicar a la organización social para complicar aún más las ya incomprensibles relaciones humanas. Aquellas ilusiones compartidas aún le hacen temblar de pena y al pensar en aquellas viejas palabras comienza a canturrear:

Agrupémonos todos,
en la lucha final.
El género humano
es la Internacional.

Ese era el verso que estaba cantando…

El género humano.

Cuando la noche ya se ha consumido en la madrugada, se pregunta qué es lo que habrá resucitado toda esa montaña de emociones, toda la furia por su desamparo, que resurge con tanta fuerza como en el cincuenta y ocho, cuando abandonó oficialmente el Partido. Por entonces ya no tenía un cargo propiamente dicho, pero se había entregado por completo, había sacrificado tanto por aquel amor, el más poderoso que había conocido hasta que llegaron Tullan y las niñas… Una vez más, sentado en el sillón tantas veces tapizado, se abandona para deslizarse atrás en el tiempo, y el pasado y el presente vuelven a darse la mano.

Los rojos, la bandera roja, bandiera rossa, avanti popolo, cantaban los camaradas italianos, y llamaban roja a Maurine por su pelo y por la política que defendía en otro tiempo, cuando estaban enamorados, cuando a todos les quedaba fe. Ay, aquellas estanterías rojas, y sonríe al recordarlas. Entre ellos se llamaban rojos, llenos de orgullo.

Koba, ¿por qué necesitas que me muera?

Por alguna razón, Stalin guardó la última carta de Bujarin, donde este empleaba el seudónimo revolucionario de su antiguo camarada. La hallaron en su escritorio en 1953, cuando murió. Hace poco estuvo hojeando un volumen de cartas de Bujarin donde pudo leer esas devastadoras palabras.

Ahora es incapaz de dormir, y no cesa de revivir todo aquello, pero ¿por qué razón?

Eso le preguntaron algunos. Eso se pregunta él. ¿Por qué otra razón? ¿Por qué?

Para comprender.

XX

Estoy sentada en el mismo sillón orejero que perteneció a mi padre, releyendo notas y esbozos reunidos en unos cuadernos negros que llevo escribiendo más de cinco años, con el fin de investigar, intentar comprender el modo en que las fuerzas históricas pueden arraigarse en nuestras vidas y zarandearnos de un lado a otro, entre la acción y la aceptación de los límites de cuanto existe.

Ahora ese sillón es de un bermellón profundo con un ligero toque rosado. Tardé mucho tiempo en elegir el color cuando tuve que volver a tapizarlo el año pasado. Antes era de brocado blanco —la primera tela que recuerdo de mí infancia—, y mucho después le pusimos un algodón mullido a cuadros verdes que trajo mi padre de la fábrica textil donde trabajaba. Una vez instalado en mi salón, el sillón volvió a cambiar unas cuantas veces más para exhibir desde un grueso lino blanco a un algodón de tonos oscuros, e incluso llegué a cubrir sus estilizadas formas curvadas con una funda rosa y mal ajustada que nunca acabó de convencerme. Ahora tiene este color vino tinto oscuro que me encanta.

Aquí releo y degusto las cartas de mi padre, cuya fidelidad a los valores fundamentales siempre me ha infundido coraje en las épocas más oscuras de mi vida. He retomado su costumbre de escribir largas cartas, casi siempre metidas en correos electrónicos, a mis amigos, mis hijos y mi nieta, que una vez me dijo: «Me encantan tus cartas, abu, pero… ¡es que son tan largas!». Cuarenta y cuatro años después, aún me quedo impresionada por la sinceridad que emanaban las suyas, primero contundente, luego reposada por la retórica familiar y luego conmovedora, como si la mezcla de emociones e ideas fuera nueva e inspiradora, indemne al peso de su historia. Siempre me esfuerzo por mantener esa capacidad tan suya de conservar la esperanza por muy decepcionante que fuera la realidad a la que se enfrentaba.

*

Verano de 1968: Douglas y yo, recién casados, estamos en el aeropuerto de Nueva York con mi padre en una época en la que, para

casi todo el mundo, volar de costa a costa resulta mucho más extraordinario que ahora. Algo nerviosos, esperamos que anuncien nuestro vuelo a San Francisco. Una vez allí, cruzaremos el largo puente hacia la bahía del Este, hasta Berkeley, donde viven mi hermana y el hombre que pronto será su marido. Aún no estoy embarazada. Douglas tiene veintipocos y en un mes empezará a cursar derecho en la prestigiosa facultad de Yale. Para su familia ha sido una maravillosa sorpresa, pues hasta el momento nadie de su entorno se había siquiera planteado un salto así, de dos o tres clases sociales, que supuestamente le otorgaría grandes privilegios. Por aquel entonces, Douglas nunca había asistido a clase con otros blancos, ni en la escuela primaria católica de su pueblo, donde su madre lo había matriculado tras su conversión a los Discípulos de Cristo, en parte para que sus hijos pudieran entrar en una escuela que, aunque tan segregada como la pública para negros del mismo pueblo, al menos ofrecía un nivel académico superior; ni en el instituto para negros, ni en el Durham College de Carolina del Norte, que tradicionalmente admitía estudiantes negros. Allí se graduó en derecho y, a base de servir mesas, cursó un año más de especialización en la ya completamente segregada Universidad de Duke, que forma parte de las prestigiosas universidades de la Tobacco Road.[65]

Las dudas iniciales de mi padre con respecto a su nuevo yerno no tardaron en disiparse una vez superadas algunas pruebas. Cuando aún no estábamos casados, mi padre envió a un emisario a mí piso de estudiante para que evaluara y diera cuenta de la situación: Arthur Birnkrant, guionista de la lista negra y artista de gran talento, además de nuestro padrino. Tal distinción, poco usual en las familias judías ateas como la nuestra, trataba de adaptarse, al igual que muchos otros rituales y costumbres, a la nación mayoritariamente cristiana en la que vivíamos; por otra parte, uno de los ideales comunistas consistía en respetar y, con suerte, reclutar a miembros procedentes de dicha tradición cristiana. Así, poníamos nuestro árbol cada Navidad, confeccionábamos las cestas de Pascua y cantábamos: «Con tu gorro de Pascua lleno de volantes»,[66] que mi abuela y su hermana se apresuraron a cambiar por «Con tu gorro de Pésaj lleno de tchotchkes»[67], y Arthur y su mujer, Ruthie, eran nuestros padrinos. Claro que nunca nos bautizaron —no se atrevieron a llegar tan lejos—, pero Arthur, que no tuvo hijos, se tomaba muy en serio su papel en varios aspectos.

Al igual que el resto de los niños comunistas que frecuentábamos, teníamos permiso para llamarlo cada vez que nos peleábamos con nuestros padres por la hora de ir a la cama, el postre o cualquier otro asunto importante. Él nos representaba a cambio de unos centavos (contaba entre sus destrezas con una larga trayectoria como abogado),

y muchos de nuestros casos los ganaba por teléfono. Así, un día, en el pisito de estudiante donde Douglas ya pasaba muchas noches, sonó el timbre de repente y Arthur apareció en la puerta, en una de sus típicas visitas inesperadas con que solía obsequiar a los amigos para «charlar un rato» porque «justo pasaba por allí». Yo, por supuesto, comprendí inmediatamente que mi padre lo había enviado para que observara a mi nuevo novio y lo informara al respecto. Y eso fue lo que hizo: abordó a Douglas y, después de una hora discutiendo sobre algo que no recuerdo en absoluto, le puso buena nota. Arthur formaba parte de la sección cultural, había sido el primero en enseñarme a dibujar caras con los lápices adecuados, de modo que, en vez de trazar solo líneas, fui capaz de hacer que los rostros mostraran planos y sombras; las miradas cansadas, ojeras, y las expresiones de la edad, arrugas. Años después, tras la muerte de mi padre, él y otro viejo amigo de la época del Partido me ayudaron a publicar mi primer libro gracias a unos contactos que tenían, lo cual suele necesitar la mayoría de escritores. Poco antes de que muriera su esposa, nuestra madrina, me dio una copia del manuscrito A Plea, a Confession, a List, and Assorted Vagaries (Una súplica, una confesión, una lista y un surtido de antojos], mecanografiado y pulido, encuadernado a mano, y con una profusa bibliografía comentada que aún sigo consultando.

Para cuando decidimos casamos, mi padre ya no albergaba dudas con respecto a Douglas, en realidad estas se referían más bien a mí —sobre todo a la tendencia de «lanzarme a lo loco» que, según él, había mostrado toda mi vida— y se disiparon al entablar ambos una próspera amistad basada en una serie de valores e intereses compartidos y reforzada a partir del ingreso de Douglas en Yate, el buque insignia de la élite universitaria estadounidense. La promesa encarnada en este hecho era casi tan remota para mi familia de inmigrantes sin formación académica como para la familia de Douglas, por lo que ambas suspiraron satisfechas y seguras de que nos aguardaba una vida llena de comodidades.

Nadie puede explicar, en última instancia, la naturaleza de un apego. Por muy larga o meditada que sea nuestra lista de razones, siempre hay algo innombrado y en parte desconocido. Algo así ocurrió entre mi padre y mi marido: ambos compartían algo que se me escapaba, una especie de atracción entre el sentimentalismo judío ruso y la cuidadosa disciplina interiorizada por muchos hombres afroamericanos.

La familia de Douglas me había aceptado sin poner tantos reparos como yo esperaba, y mi padre no puso ninguna objeción al matrimonio «interracial», aunque otros miembros de mi familia sí hicieron comentarios típicos de estos casos, que abarcaban desde su «preocupación por los niños» hasta otras objeciones más abiertamente

racistas. Nunca supe si mi padre tuvo que enfrentarse a ellos o defenderme y, aunque aún me quedaba mucho por aprender sobre raza y racismo en Estados Unidos —un aprendizaje que supondría un proceso de transformación consciente sobre el que escribiría más tarde en varios libros—, lo que me atrajo de Douglas y me sigue atrayendo hasta hoy fue su firme lealtad, así como la estabilidad emocional y la profunda capacidad de amar que mostró desde el principio —brindadas, en cierto modo, por una familia unida y extensa, una piña alrededor del padre y la madre—. Hoy, después de casi cincuenta años, todas las diferencias respecto al color de piel se han desvanecido, excepto en público, pero entonces creo que se instaló entre ambos un cierto exotismo, una diferencia histórica y cultural que, en su momento, contribuyó a afianzar nuestro amor.

Al recordar la euforia de mi padre al ver a su nieto, por fin un niño, creo que estaba mezclada con un sentimiento de camaradería masculina que él, por no haber tenido hijos varones, siempre había anhelado y extrañado. Como madre de dos hijos a los que quiero y admiro con toda mi alma, también yo experimenté un sentimiento de alegría incomparable al nacer mi nieta —¿y acaso también de continuidad? ¿De anhelo por esa especial intimidad que a veces comparten las niñas y las mujeres?—.

*

En los años sesenta, el aeropuerto aún carece de las oportunidades de consumo elitista y apabullante de hoy en día. Hay café y donuts, eso sí, y mi padre, como cada mañana, procede a leer su «biblia», y despliega ante sí el omnipresente The New York Times.

La Unión Soviética ha invadido Checoslovaquia y depuesto al progresista Dubcek tras su intento de promover la democratización y las libertades civiles, con el objetivo de descentralizar el gobierno y responder así a las necesidades del pueblo. Al igual que muchos antiguos camaradas y miembros del Partido, Bill había seguido los acontecimientos de la Primavera de Praga con una esperanza reavivada y una gran admiración por Dubcek. Sin embargo, al ver las noticias de hoy, que hablan de tanques rusos invasores y de la ocupación de Checoslovaquia, se siente hundido y acechado por las viejas traiciones. Primero el imperialismo soviético, luego el aplastamiento de las democracias en Europa del Este —los críticos de la Unión Soviética estalinista ya se han encargado de menospreciar y denigrar a Tito—, y ahora, los tanques soviéticos en Praga. No puede apartar los ojos del diario, releer los artículos y elegir algunos párrafos para leernos en voz alta mientras sacude la cabeza. Los ojos se le humedecen y las gafas se le empañan tanto que debe quitárselas y

sacar el sempiterno y arrugado pañuelo para limpiarse las lágrimas, primero, y las gafas, después. En ese momento, me viene a la cabeza la palabra derrotado. Años más tarde descubriría un poema de Adam Zagajewski y sabría entonces que aquel momento puso a prueba, más que nunca, la capacidad de mi padre para seguir amando y alabando su mundo herido.

Pero entonces él no tenía palabras, así que nos quedamos un rato sentados, en silencio, hasta oír el anuncio de nuestro vuelo.

Ya no recuerdo qué pudo haber pasado después, de qué hablamos durante las seis horas de viaje, o si permanecimos callados en nuestros asientos, fumando (cosa que entonces aún era legal, pues los terribles informes sanitarios al respecto se difundirían algo más tarde), nerviosos los tres a la vez que ilusionados por volar camino de un estado de la costa oeste que ninguno conocía. La nueva izquierda se encuentra en plena agitación, sus denuncias del militarismo estadounidense y las injusticias raciales corren parejas a las denuncias de la generación de radicales de Bill, y sus propias divisiones internas, que en los años venideros se harán aún más profundas y acabarán resultando incluso más dolorosas y destructivas que las de sus predecesores.

Sí recuerdo, en cambio, la parte más fácil y placentera de aquel viaje al este, es decir, la alegría que sentimos mi padre y yo al reunimos con mi hermana, la hija que él nunca dejó de extrañar, la niña que yo amé más de lo que nunca supuse. Durante la breve visita a la pequeña pero cómoda casa de mi hermana, ubicada en los edificios que formaban parte de la Universidad de Berkeley, mi padre quedó impresionado por el recinto universitario, por el césped y la tumbona que había en la casa y donde él se tendía al sol cada vez que se disipaba la niebla. Podía quedarse allí durante horas, indiferente al tono rojo cangrejo que iba adquiriendo su blanca piel, con la camisa colgada en el respaldo y el pecho y la cara empapados en un placentero sudor. Pero seguro que se estuvo acordando de Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia toda la semana, y debió de sufrir las agonías propias de las dudas revisionistas, la ira y la vergüenza.

Recuerdo a menudo aquella época tan intensa y caótica de los movimientos por la paz y la justicia que marcaron a la generación de mi padre tanto como a la mía, por sus profundas rivalidades, a veces tan despiadadas como las mochilas familiares que todos arrastrábamos en mayor o menor medida, y que lastraban las relaciones durante años, amenazando amistades, que muchas veces no soportaba tales tensiones. He abandonado toda esperanza de descubrir o componer una historia coherente. Después de sufrir experiencias dramáticas que me han transformado por completo, con plena conciencia de las

realidades y el significado de los acontecimientos históricos que han marcado los movimientos feministas y por los derechos civiles —y ahora sé cómo esos cambios afectan a nuestro modo de conocer, leer y comprendemos a nosotros mismos y nuestro entorno—, ya no creo que exista algo parecido a una historia coherente, en cuanto que dicha seductora expresión sugiere una visión del pasado tan ordenada como un mapa despejado que nos lleva de un sitio a otro y cuyas carreteras, puentes y rutas alternativas aparecen marcados en tinta roja y negra.

Conforme fui haciéndome adulta y, por tanto, más consciente del mundo amoroso y protector del Partido Comunista de Estados Unidos que finalmente acabó hecho añicos, empecé a escribir historias, algunas extraídas del mundo real pero alteradas y restructuradas, otras con el fin de recrear emociones, aunque no literales; todas ellas guiadas por el esfuerzo, unas veces consciente y otras supongo que subliminal, de alcanzar la verdad de algún modo.

Algunas de estas historias surgen a partir de personajes que conozco, o conocí; algunas amalgaman dos o tres personas cuyo vínculo creé siguiendo una extraña conexión; otras son retratos directos o indirectos y, por último, las hay que no sé dónde emanan. Todas las historias mudan y se alteran a medida que crecen y se expanden, pero yo no vivo ese proceso como algo mágico, como tampoco puedo afirmar que ignoro mis fuentes. Una vez, una de mis alumnas me contó que la escritora Grace Paley, con quien había estudiado anteriormente, insistía en emplear la palabra relato en vez de ficción, que solía dar lugar a malentendidos. Todas las historias se fundamentan en la experiencia y la imaginación, así en los registros explícitos y fieles como en el proceso de «inventarse cosas». A veces se trata de algo tan simple como «escribir lo que sucede», según lo definió Doris Lessing. Cuando escribimos utilizando algún recurso evocador, cuando aspiramos a usar el lenguaje de forma tan precisa y lírica como la música, cuando las estructuras creadas revelan significados y sugieren diferentes capas de la realidad, llamamos a ese resultado ficción. Sin embargo, también las memorias pueden contener una mezcla armónica de forma y significado, que inevitablemente incluye recuerdos tan fiables como inciertos, evocados por una sola palabra o conformados por una imagen sostenida, y esa imagen, precisamente, constituye la raíz de la palabra imaginación.

imagino a la abuela de mi padre, la mujer junto a la que durmió durante no sé cuántos años. Siento cómo su cuerpecito se calienta a su lado, ambos bajo la colcha tejida a mano que quedó allí, en Kishinev, como la abuela que nunca más volvería a ver a su familia: ni a su hija, ni a sus nietos, ni a su pequeño Itzrael, el más sensible, el que acaso gritaba en sueños por las noches, imagino la infancia de mi padre cada

vez que compruebo cuánto se parece a él mi hijo pequeño, el nieto a quien nunca conoció y que, de niño, también fue presa de las pesadillas y gritaba por las noches. Ya mayor, gracias al activismo, el servicio a los demás y el estudio logró calmar y controlar sus miedos. Cada vez que doy fe del espíritu de resiliencia de mi hijo mayor enfrentándose a las dificultades que le va deparando la vida, imagino al joven que cuidaba a sus padres y su hermana a bordo del Kroonland, al hombre valeroso que se enfrentó al juez y el jurado en Filadelfia. Y en el amor a la familia y la dedicación intelectual de los dos me atrevo a imaginar el mundo interior de mi padre.

Conservo una fotografía de mi bisabuela en un retrato que se hizo la familia antes de empezar a emigrar a Estados Unidos. En ella aparece ataviada con la babushka tradicional, que le cubre todo el pelo. Tiene un rostro esculpido a base de rasgos muy marcados, casi masculinos. Algunos niños la rodean, y otros están más cerca de sus padres. Puedo reconocer a una de las hijas mayores, mi tía Leza, que vivió en Filadelfia. El niño mayor, con unos ojos tan espectaculares que llegan a traspasar la antigua fotografía color sepia, creo que es el tío Buck, de pie cerca de su madre, con un cinturón de cuerda y un libro en la mano. Una niña algo menor se parece un poco a Rose, y la más pequeña, con un flequillo que le oculta las cejas, probablemente es Sema, sentada en el regazo de su abuela, envuelta en una ancha capa o manta. Y ahí de pie, muy tieso, está mi padre, delante de su padre, que muestra un semblante severo y ceñudo —quizá por la incomodidad de posar para la fotografía, pues todos aparecen algo ceñudos, o quizá por ese carácter que mi padre describió tantas veces — y una mano torpe en el hombro de su hijo.

Observo a mi abuela, que se vio arrancada de su hogar y de su madre, pero tal vez, quién sabe, anhelaba marcharse para poder volver a ver a sus hijas pese a los riesgos y abandonos que conllevaba esa decisión, estar cerca de Leza y Raisela, escapar del antisemitismo que se propagaba, amenazante, por su país natal. Al final moriría en la extraña ciudad de Filadelfia poco después de su llegada, apenas instalada, mucho antes de que nacieran sus primeros nietos, y nadie, ni mis primos mayores ni los registros que he podido consultar, ha logrado decirme dónde están enterrados ella y mi abuelo.

En la vida, las pérdidas familiares y políticas siempre van de la mano, como una acuarela que se va mezclando desde el contorno hasta el centro del cuadro sin un límite claro. Trazo líneas temporales una y otra vez con la esperanza de llenar los huecos que se abren entre acontecimientos (enumerados con cuidado y precisión, revisados y corregidos por las subsiguientes lecturas y libres, así, de interpretaciones precipitadas) con recuerdos nuevamente conjurados de donde pueda emerger una historia convincente. aunque no siempre

literal y precisa.

*

En el verano de 1969, embarazada de siete, ocho y nueve meses, tuve que hacer reposo a causa de la ola de calor que me provocó un desmayo. Aun así, nunca llegué a preocuparme. En aquella época no se nos prohibía tomar alcohol durante el embarazo. así que muchas tardes me servía un buen vaso de sangría fresca y me aficioné al vino blanco helado. Aún recuerdo el alivio que suponía el pequeño aparato de aire acondicionado que había en la pequeña habitación de mi padre, donde nos reuníamos al atardecer para charlar o ver las noticias en su pequeño televisor. Ahora me pregunto por qué nunca quiso ocupar la habitación grande que había sido mía y de mi hermana, pues ambas llevábamos mucho tiempo fuera de casa. Quizá se sentía más a gusto en el cuantito donde había dormido durante décadas, y donde podía leer o ver las noticias cuando el sueño se mostraba esquivo. Quizá el esfuerzo de trasladar todos sus libros a la habitación contigua se le antojaba inmenso y quería tenerlos a mano, a su alrededor. Las estanterías repletas de volúmenes encuadernados en piel de Marx, Engels y Lenin ya no quedaban ocultas tras gruesas cortinas, donde habían permanecido en los años cincuenta, a salvo de los eventuales registros del FBI. En realidad, era un disimulo bastante fútil en caso de que alguien viniera a buscar libros ocultos, pero durante aquellos tiempos tan paranoicos como genuinamente peligrosos, toda precaución era poca. También había una colección de grandes novelas norteamericanas y rusas que mi padre no había cesado de releer desde la temporada que pasó en la cárcel de Pensilvania: ficción de escritores soviéticos como Gorki o Boris Polevoi —conservo en mi estantería su novela Un hombre de verdad, que narra la romántica historia de un héroe de guerra, con su cubierta de piel azul gastada—; escritores norteamericanos y europeos de izquierdas como Malraux o Howard Fast, cuyas lecturas me encomendaba durante mi infancia y adolescencia para luego comentar juntos: libros muy valiosos para él, que conservó toda su vida, aunque la mayoría los leyó antes de tener a sus hijas, antes de Tullan, incluso antes de España. Le gustaba tumbarse en la cama pequeña que había comprado después de que Maurine se llevara el sofá cama cuando se divorciaron, y encendía la gran lámpara justo detrás para quedarse leyendo durante horas, y si alguno de nosotros —mi hermana y yo, luego mi marido y yo— entrábamos para charlar un rato, se volvía hacia nosotros y nos pedía alzar la voz cerca del oído bueno, pues no oía nada por el otro desde que una temprana y nunca esclarecida lesión le destrozara el tímpano. Esta le permitió librarse del ejército

durante la Segunda Guerra Mundial, pero no de la lucha en España, pues aún no existían esa clase de normas.

En aquella época, yo cursaba un posgrado en antropología con la esperanza de poder entrar así en uno de los institutos de psicoanálisis más alternativos. Por entonces no me preocupaba el conflicto entre mi carrera profesional y mi deseo de escribir. Mí hijo aún no había nacido y yo ignoraba por completo las demandas de la maternidad —en 1969 seguíamos sumergidas en los misterios del instinto maternal y el mito del parto fácil, tanto en su aspecto físico como psíquico—, así que daba por hecho que podría con todo. Había terminado una novela aún inédita. Los trabajos que presentaba en clase rompían las reglas del discurso académico de las ciencias sociales y se desviaban hacia el terreno de la ficción. Aun así, escribir fuera del marco del ensayo académico me parecía un terreno complementario, vinculado a mi amor por la lectura, pero no albergaba esperanzas de construir con él una trayectoria laboral. La escritura aún no se había profesionalizado gracias a las becas y los programas universitarios, y los itinerarios curriculares apenas ofrecían asignaturas de «escritura creativa», de ahí que pocos escritores las impartieran. En mi entorno estaba asumido que una podía escribir si sentía el impulso, incluso podía obtener el respeto ante su talento y pasión por la escritura, pero siempre había que ganarse un sueldo por otro lado. La mayoría de los que nos encontrábamos en esa tesitura cursamos asignaturas en los departamentos de educación de nuestras facultades. Yo di clases de inglés como interina en un instituto de secundaria, un puesto que podía durar un curso entero o varios, hasta que me trasladé a New Haven con Douglas y decidí postular para un puesto en la universidad.

Pero durante aquellas tardes, envuelta en la brisa fresca del pequeño aparato de aire acondicionado de la habitación, no pensaba mucho en mi carrera. Seguía asistiendo a clase con la vaga esperanza de terminar un día el doctorado y empezar a ganar dinero como terapeuta sin abandonar por ello la escritura, eso lo tenía muy claro. Apenas era consciente de cuanto sucedía a mi alrededor, aparte de las voces de mi padre y mi marido, y del cuerpecito que crecía moviéndose dentro del mío, daba unas patadas y luego se quedaba quieto. Sin embargo, creo que, sin darme cuenta, fui añadiendo imágenes y pensamientos propios a las palabras de mi padre, completando así las situaciones y escenas que él describía, puesto que ahora no dejan de acuciarme a medida que voy tomando notas y más notas, escribo y reviso a la vez que recuerdo, sentada en su sillón, dos historias entrelazadas de aquella época.

*

En el cruce de la avenida Greenwich con la Sexta, Bill se desvía a la derecha en dirección al quiosco de Johnny, un antiguo camarada de las viejas batallas. Quiere echar un vistazo a lo que dice la prensa local sobre el juicio de la ley Smith[68], ya que algunos acusados siguen siendo amigos suyos. Anticipa las tergiversaciones con un chasquido de lengua. Un hombre ataviado con un traje gris se dirige hacia él a pasos grandes y seguros, y su rostro atractivo (cristiano, norteamericano) esboza una seductora sonrisa, como si reconociera en él a un amigo: solo el leve pliegue hacia arriba de las comisuras de la boca sugiere algo más siniestro.

—Perdone, señor Lazarre, quiero decir, señor Lawrence… ¿qué nombre prefiere actualmente? —El hombre saluda con un gesto, como si tocara la punta de un sombrero inexistente mientras le ofrece un nombre a elegir.

—¿Cómo está, señor? —Devuelve el saludo con la misma cortesía de siempre, del mismo modo que siempre evita las preguntas que vienen después, pues todas ellas tratan de pillarlo con la guardia baja. Qué patética artimaña. Aún se maravilla de la estupidez que muestran, lo mucho que les cuesta averiguar las cosas más simples. Durante cinco años han creído que tenía un alias, y a veces era Bill, otras Buck Lazar, con dos casas, una en Brooklyn y otra aquí, en el Village. Se pasaron cinco años con la misma frase en los labios a modo de saludo: «Buenas, señor Lazar… ¿hoy le toca pasar la noche en Brooklyn?».

Hasta que no lo vieron con su hermano, no cayeron en la cuenta: dos judíos guapos, prematuramente canos, atractivos ojos azules y piel rosada por el sol. Ambos líderes comunistas: Itzrael, llamado Bill, e Itzaac, alias Buck. Pero Buck había muerto de un ataque al corazón a los cuarenta y nueve años, como su hermano Dovedal (David), que murió de apendicitis antes de que descubrieran la penicilina: como sus padres, enterrados en Estados Unidos solo unos pocos años después de reunirse con sus hijas mayores y librarse de la pobreza y los pogromos, y como su mujer, malograda por un cáncer de pecho que nadie consiguió tratar, y mucho menos curar.

*

—En las últimas semanas no dejó que la viera, no me dejó entrar en la habitación, abrazar lo que quedaba de ella, susurrarle mi amor eterno y mi dolor insoportable… Solo dejaba entrar a su hermana y su cuñado en aquella habitación, siempre en penumbra.

Mi padre me contó el rechazo de mi madre durante una visita que le hice el verano siguiente, cuando mi hijo ya rondaba los ocho meses. El crepúsculo iba ensombreciendo poco a poco el salón hasta que encendió una vieja lámpara de cobre detrás de él, tal vez buscando así

aplacar los oscuros pensamientos que le asaltaban tan a menudo, con una mirada perdida y lejana que iba más allá de las estanterías para luego posarse en su propio regazo. Yo estaba sentada en un nuevo sillón de cuero negro con un diván a juego que mi padre había comprado para mí el otoño anterior, para que pudiera dar el pecho cómodamente al bebé durante mis frecuentes visitas. Últimamente, muchas madres habían vuelto a la lactancia, convencidas de sus beneficios, pero mí padre no dejaba de sentirse incómodo cuando me veía dar el pecho.

—Cuando naciste, a nadie se le ocurría hacer eso. a nadie —insistía, y ese «nadie» englobaba a las feministas pioneras, o las comunistas del mundo que él había conocido, y por supuesto, incluía a mi madre, una mujer «con carrera» que solo dejó de trabajar unas semanas tras el nacimiento de sus dos hijas. Aun así, había algo en la lactancia que lo reconfortaba, quizá porque le traía recuerdos de su tierra, de su propia madre amamantando a su hermana pequeña.

—Me echó —dijo traspasándome con la mirada, y veinte años después, volvieron a llenársele los ojos de lágrimas.

—¿Por qué? —insistí en preguntar, pero mí pregunta quedó sin respuesta.

—Nunca lo supe —fue todo cuanto dijo, sacudiendo la cabeza.

Hay historias esenciales y capítulos enteros perdidos que siempre me han perturbado, como grietas en el suelo.

Con todo, en esos primeros años de mi hijo, mi padre tuvo muchas alegrías, entre ellas ver cómo Adam empezaba a hablar. Fue uno de esos niños de habla precoz que llaman la atención, pues antes de los dos años ya formaba frases completas, por lo que su abuelo, gran amante del lenguaje, escritor, orador y profesor, no se cansaba de presumir con los amigos de las habilidades lingüísticas de su nieto.

—Puede mantener una conversación sin ningún tipo de problema —le contaba a Bender.

Guardo y preservo como un tesoro la imagen de cuando se arrodillaba al vernos en el vestíbulo, cada vez que veníamos de New Haven, y Adam corría por el vestíbulo hasta la puerta y gritaba: «¡Abuelo!» antes de lanzarse a los brazos abiertos de mi padre. Me decía que soñaba con Adam a menudo, y a veces mezclaba escenas raciales que quizá hasta entonces nunca habían tenido cabida en sus sueños. Por ejemplo, intentaba alojarse en un hotel y le negaban una habitación porque iba con su nieto negro, así que él protestaba o se largaba hecho una furia. Pese a la atención que el Partido siempre había prestado a la opresión racial, ahora, inevitablemente, él percibía el racismo que azotaba el país de un modo mucho más íntimo. Quizá mirar a las nuevas generaciones a los ojos le provocaba una especie de relajación de sus emociones y secretos, un alivio temporal a su

siempre acechante depresión. Cuatro años más tarde, yo misma sería testigo de una pasión similar, la de mi suegra por nuestro hijo pequeño, Khary, que nació apenas unas semanas después de morir su marido.

—Este niño me ha salvado la vida —nos dijo ese día. Y ahora, al recordar cómo se balanceaba suavemente en la mecedora nueva con Khary pegadito al hombro, canturreando y susurrándole mientras paseaba de un extremo a otro de la casa con una paciencia que siempre me pareció infinita, puedo evocar también a mi padre, la forma en que adoraba a Adam, fuente de vida nueva, bálsamo temporal de unas pérdidas cuyas cicatrices más profundas nunca sanarían del todo.

Aunque el nacimiento de mi hijo empezó a sanar los conflictos que habían marcado nuestra relación, estos siguieron existiendo. aunque en menor medida.

—Dale el niño a Douglas —me ordenaba cuando Adam tenía un ataque de llanto y yo intentaba calmarlo. Supongo que temía su propia ansiedad tanto como la mía. Pero yo me encontraba muy fortalecida por un matrimonio que funcionaba muy bien desde el principio, además de ardientemente obsesionada por el amor radical de la maternidad, que aun así no me ahorraba miedos y conmociones. También las clases y la investigación académica me animaban mucho, pues había decidido vincularlas con un largo y reciente proceso psicoanalítico que había llevado a cabo, inspirado por el movimiento feminista, que empezaba a estar en auge. Habíamos hecho grupos de trabajo para discutir, indagar y escribir sobre las viejas y opresivas ideas y los recuerdos dolorosos, con el fin de liberar sentimientos y voces que nos cambiaran de esa forma tan misteriosa que logran las verdades más poderosas cuando surgen, o resurgen de repente, pero sabemos que llevan tiempo con nosotros, tan presentes que no tardan en convertirse en eslóganes: Take back the night (Recuperemos la noche). Lo personal es político. Lo negro es bello.

Ahora bien, yo obedecía a mí padre de buena gana y le daba el bebé a Douglas, que con su carácter tranquilo aceptaba los altibajos de la vida con un bebé sin perder el humor, una virtud muy parecida a la de su madre. Ya no me sentía ni frustrada ni dolida, cosa que probablemente sí habría ocurrido en épocas anteriores. De todos los fines de semana y meses de verano que pasamos con mi padre en esos primeros años de vida de Adam, conservo imágenes alternas de Bill Lawrence, heroico y valiente; Bill Lazarre, derrotado y triste, e Itzrael Lazarowitz, joven y comprometido con un movimiento internacional que, durante años, se erigió como sistema social revolucionario que por fin instauraría la justicia, eliminaría la pobreza y devolvería la dignidad a todos los obreros del mundo. Entonces no podría haberlo

explicado con estas mismas palabras, pero sé que durante aquella época entregué mi amor más libremente de lo que había sido capaz durante años. Sentí que mi padre me perdonaba por no haber estado a la altura de la elegancia de mi madre y por mis fracasos a la hora de controlarme, que aún criticaba severamente. Y al sentir ese perdón suyo, pude perdonarme yo.

*

—Corren tiempos difíciles, ¿eh? —El atractivo rostro del agente del FBI sonríe con un destello de algo que, por un momento, podría ser auténtica simpatía. Ahora caminan uno al lado del otro. Bill ha torcido a la derecha en la calle Christopher, hacia otro quiosco, para evitar el de Johnny.

—¿Tiempos difíciles? ¿Se refiere a los muertos? —Se hace el tonto, pero ya sabe lo que buscan. Para los de su calaña, los tiempos difíciles (llenos de dolor y engaños) acaban inevitablemente en traición. Se creen que va a convertirse en un chivato.

—En el juicio le traicionaron, en el congreso del Partido. Por lo que he oído, Thompson llegó a insultarlo.

Se queda mirando aquel fino rostro y se maravilla ante las suposiciones que es capaz de nacer ese hombre. Aguanta las lágrimas absurdas de rabia que siempre, desde niño, le inundan los ojos con demasiada facilidad. Oye la voz de su padre: «¡Haltn geshrign, Yisrael! Deja ya de lloriquear ¿Qué eres, un hombre o una niñita de mamá?»; resuena una colleja que le atraviesa la nuca, y solo consigue que las lágrimas fluyan más abundantes. Ahora ese niñato de Thompson lo acusa de traición y hasta lo llama cobarde. Con un esfuerzo de voluntad supremo, en ese momento contiene las lágrimas que amagan con mostrarse en público.

Se toca la frente con la punta de los dedos para devolver el saludo al agente.

—Que tenga un buen día, señor. —Se aleja a paso firme, compra el periódico, toma el autobús en la Séptima en dirección al centro, decide bajarse en Bleecker en el último momento, justo antes de cerrarse las puertas, y se queda a la entrada de un bloque de pisos estudiando los timbres del interfono hasta ver alejarse el autobús. Nadie lo sigue. Al cabo de unos diez minutos sale del edificio en dirección al bar de la esquina, donde pide un café para llevar, dos bollos de mantequilla para las niñas y uno para su suegra, y vuelve a casa corriendo, justo a tiempo para llevar a las niñas a la escuela.

En el sillón color vino que ahora ocupa un rincón de mí salón, al lado de una mesita llena de viejas cartas y borradores amontonados en

desorden, tomo asiento y empiezo a escribir en el cuaderno notas que, al cabo de unos días, pasaré al ordenador. Durante muchos años, el archivo se llamó simplemente «Memorias sobre mi padre», y aún lleva ese título en las primeras versiones. En estos momentos, al recordar, me pregunto por qué mi madre lo echó de la habitación. No se me ocurre preguntar por el género, los hechos, la verdad, los recuerdos distorsionados por error o el deseo enterrado. Nunca conoceré la historia a menos que la imagine a partir de mi propia intuición, alimentada por los sonidos y las imágenes que llevan años anidando en mi memoria. Tengo la cabeza llena de representaciones y fragmentos de escenas. Mis noches están pobladas de sueños. Es joven y fuerte, me llama mientras corro hacia él, irrumpe en las habitaciones con mis gritos de fondo. O es viejo y frágil y sé que lo he abandonado, me he olvidado de cuidarlo, pero ahora corro a su lado. Es solo un retrato azul, o lleno de sombras negras y grises, un retrato que su hija pequeña pudo haber dibujado, como aquellos tan parecidos que dibujó hace años. A veces siento el impulso de abandonar este libro, o acabarlo con una ráfaga final de energía, y dejar así que los dos descansemos por fin en paz. Pero las frases acuden a mí en la oscuridad, cuando invoco el sueño. La cabeza se me llena de palabras.

SÉPTIMA PARTE

FINALES

Bájame hasta la casa del sueño.
El amanecer podrá sacarme.
Allí abajo los muertos pueden susurrar.
Allí abajo los muertos pueden gritar.

Eugene Mahon, «Night Prayer», en All Serious Daring

XXI

Al regresar de la fábrica textil donde ahora trabaja, muchas veces está solo. Se prepara algo de cena en un momento; hoy ha pasado por la tienda de la esquina para comprarse un bocadillo de pastrami con pan de centeno y su postre preferido, milhojas de crema. A veces las tardes se le hacen muy largas. Su hija, su yerno y su nieto no volverán hasta el fin de semana, y aún estamos a miércoles. Saca la libreta amarilla donde finalmente se ha atrevido a empezar.

La llamará Manan, tal y como había pensado. Si va a intentarlo, debe seguir el más tradicional de todos los requisitos de la ficción, según lleva imaginando mucho tiempo: cambiar los nombres para proteger a los inocentes.

Pues eso. Marian.

*

Llegó a su vida de repente, era vecina de Eddie Bender, su mejor y más viejo amigo (luego también cambiará ese nombre, pero por ahora, la única forma de concebirlo es llamar a Bender por su nombre real; simplemente Bender, ya desde España).

Un día, ella entró en la casita adosada que Bender tenía en Queens y se presentó como la viuda del vecino de al lado. Enseguida vio que era su tipo (pequeña, de pelo oscuro con apenas unos mechones plateados) o eso daba a entender su aspecto de lo más natural, tal y como ¡ría descubriendo. Su piel olivácea con un toque rosado no lo era, pero se maquillaba bien. Vestía con prendas informales, sin nada que sugiriera que se preocupaba por la ropa, aunque luego comprobaría que, en realidad, cuidaba mucho su aspecto y el modo de mostrarse ante los demás. Eso también le gustaba.

Nunca esperó entender lo que ocurrió entonces, cómo después de tres graves fracasos con mujeres a las que creyó amar tras la muerte de su mujer, casi ya veinte años atrás, ahora volvía a ser capaz de disfrutar del amor físico, de cumplir medianamente (con creces, según ella), de sentir la antigua confianza en *sí* mismo que lo había abandonado durante tantos años y le permitía ser… ¿acaso la palabra

exacta sería imaginativo? (la acaba tachando), perder la vergüenza. Aunque nunca alcanzara a comprenderlo, el caso es que sucedió así. A lo largo del año siguiente, los recuerdos más embarazosos empezaron a desvanecerse. la apasionada y colérica pintora que pensó que podía ser la definitiva, la fogosa actriz con quien se casó y sufrió cinco años eternos hasta que las miserias compartidas los separaron, los recuerdos culpables de aquella enfermera que, según su hija, iba a ser la esposa perfecta para él. «Reconócelo, papá., ¡te encanta que te cuiden! ¡Y ella es enfermera, le encanta cuidar a los demás!», decía con esa voz tan llena de certezas que le recordaba a la suya, una voz aleccionadora que no esperaba respuesta — habría hecho carrera en el Partido, pensó con ironía, y si él hubiera sido más joven, y ella no hubiera sido hija suya, si todo aquello que ocurrió no hubiera ocurrido, habría intentado reclutarla—. Amó a Mary, pero cuando recibía su abrazo sentía que le faltaba el aire, incluso cuando le hablaba de lo mucho que deseaba estar cerca de él. Por muy cerca que estuvieran, ella siempre quería acercarse más y más. hasta que se sintió devorado. Pero todo eso se desvaneció con Marian.

Ella lo obligó a cambiar, al parecer sin quererlo, o más bien a ser lo que siempre había querido ser, pero no había podido hasta entonces, ni siquiera con Tullan.

(Quizá cambie también ese nombre, o quizá llamarla Tullan, su nombre real y tan insólito, lo ayude a que ella y sus recuerdos descansen por fin en paz).

Estar junto a Marian le proporcionó un conocimiento de sí mismo que nunca había adquirido antes, como si de repente recuperara las partes que había ido perdiendo por el camino.

Soñaba con su abuela, que murió sola en su tierra. Veía su anciano rostro, sus ojos tan expresivos. Olía el cuerpo junto al que había dormido durante sus primeros años de vida.

Nunca le había escrito: de todos modos, ella no sabía leer. Aun así, esperaba que su madre sí hubiera escrito a algún primo y este le leyera la carta en voz alta, o acaso fueron sus hermanas las que probaron suerte. Nunca preguntó.

No le interesaba buscar conexiones, o asociaciones, como decía su hija, entre los viejos y extraños recuerdos de sus sueños más recientes y vividos, por un lado, y la inmensa felicidad que sentía al hacer el amor con Marian, la paz que hallaba en aquellas tardes largas y tranquilas que pasaban juntos, o la ilusión ante un simple paseo, por otro. Era demasiado joven para él, le dijo alguna vez para reírse con ironía de los diez años que los separaban, pues sabía muy bien que lucharía por estar a su lado contra viento y marea. Ella se burlaba y respondía que la edad no significaba nada. Había atravesado un largo matrimonio que siempre oscilaba entre la aburrida satisfacción y el

conflicto airado. No podía tener hijos, solo tenía a su hermana y sus sobrinos, que vivían en la costa oeste. Le dijo que se había enamorado por primera vez en su vida, y estaba claro que no lo amaba por su consabido carisma radical, sino por algo más, ya que él, por entonces, trabajaba en una fábrica de lo más anodina, una fábrica pequeña donde, aunque lo llamaban jefe, en realidad trabajaba como uno más cortando, doblando y etiquetando ropa, y sus días de revolucionario heroico quedaban muy lejos. Era por algo más, algo antiguo y vulnerable pero fuerte, de una fuerza que casi había olvidado hasta que volvió a sentirla, una fuerza que le recordaba a Kishinev, la vísta de la ciudad desde las colinas donde subía para pensar y leer en calma, lejos de su padre y de la tetería, lejos de la soledad de su madre, que incluso él era capaz de percibir. Había soñado con rescatarla de algún modo, pero no se le ocurría cómo o adonde escapar. Recordó la ciudad contemplada desde lo alto, con sus barrios divididos, aquí los gentiles, allí los judíos, los turcos, y él observaba esas divisiones de los guetos, las refinadas casas de un lado, las chozas deplorables del otro, y entonces imaginaba otro mundo, un mundo justo, libre de pobreza y desesperanza.

Pero ahora todo había terminado. Marian se había marchado para morir lejos de él, para no tener que hacerte pasar por lo mismo otra vez, dijo, ver cómo la mujer que amaba se iba quedando poco a poco en los huesos.

«Muerta», decía la carta de su hermana que recibió al poco tiempo. Luego vino el infarto y los meses de convalecencia que su nieto recién nacido le ayudó a pasar, recordándole que la vida no cesa de avanzar, y su vida seguía de algún modo. Y aquí estaba, después de dos años, luchando aún por comprenderlo, o por comprenderla a ella mediante la escritura, no sabe qué exactamente, lo único cierto es que, como tantas otras veces en su vida, lo único que había dejado eran palabras.

Pero no una historia, aún no. Ya se da cuenta. Solo unas notas.

«La historia de Marian».

Vuelve a intentarlo.

Finalmente apareció un alma gemela. No una mujer a quien adorar o complacer, o con quien frustrarse por su falta de interés en el pensamiento y la historia, sino una mente en armonía con la suya, como solo había visto en los libros, alguien a quien comprendía de inmediato sin necesidad de palabras.

Era una bendición, algo casi sagrado. ¿Podía emplear esas palabras? Las había oído en boca de su madre, en un tono idéntico al de Rose en sus últimos años, pese a la ira que llevaba dentro y liberaba. La voz de su madre, en realidad, había sido distinta, porque en ella podían apreciarse las trazas del dolor, a veces la amargura, pero nunca era áspera, nunca cruel, nunca fría. Tal vez su hermana

nunca logró recuperarse por completo de cuanto le había sucedido tanto tiempo atrás, incluso cuando ya llevaba toda una vida en América y tenía un marido, una hija, nietos. «Qué mezquina», había oído a una de las niñas en cierta ocasión. Pero ¿qué hace a una persona así de mezquina?

«Cada cosa sucede porque antes sucedió otra cosa». Un día su hija le había soltado orgullosa esa frase al salir de clase de historia, su preferida en el instituto. «La señorita Teltcher no deja de repetirlo. Nos señala con el dedo esbozando una especie de sonrisa y lo dice despacio, en voz baja: entonces nosotros ya sabemos que tenemos que escribirlo: cada cosa sucede porque antes sucedió otra cosa».

Se sentía orgulloso al ver cuánto le gustaba aprender, cómo se esforzaba en atrapar el significado menos evidente de las cosas —siempre llevaba esa búsqueda hasta el extremo, como una tabla de salvación, aunque se alzara ante ella como un muro de ladrillos—. En la universidad se unió a un grupo de estudiantes de psicología (aunque al final casi todos ellos se pasaron a literatura inglesa) que se mantuvieron fieles a la perspectiva freudiana, y así, su hija empezó a aplicar con agudeza ese mismo enfoque histórico a la historia familiar, tal y como le había anunciado a gritos: «¡Nuestra historia también, papá! ¡Cada cosa sucede porque antes sucedió otra cosa!».

«Qué será, será…», le había cantado él a modo de respuesta: el verso de su canción favorita de la época contrapuesto a la excesiva fe de ella en el análisis racional, en el movimiento organizado y lineal que va de un punto a otro. La vida le había enseñado a desconfiar del absoluto, de toda clase de absolutos. La vida, cuando uno ha vivido lo suficiente, amenaza cualquier tipo de convicción basada en el orden, la predictibilidad y la justicia: convicciones, todas ellas, erigidas en guía de conducta desde su más tierna infancia.

Los pensamientos revolotean en su mente, van de un hecho a otro, de una persona a otra, de una época a otra sin orden ni concierto, sin aparente significado. Necesita calmarse y volver a Manan. Su hija tuvo algo que ver en todo lo que pasó.

Ella estaba en esa edad en que las ideas se viven como enamoramientos, la misma edad que él atravesó allá por los cuarenta, cuando tenía fe en el orden de las cosas. Ojalá la hubiera conservado. Por entonces, creía que excavando lo bastante hondo, leyendo mucho, dominando las secuencias y fuerzas de la historia, de los sistemas económicos, comprendiendo bien a Lenin y Marx sin dejarse arrastrar por el ansia de poder, por el culto a uno mismo o a otras personalidades, por el deseo de controlar a los demás: entonces, y solo entonces, podría llegar a comprender, ya fuera en el siguiente libro, el siguiente capítulo o la siguiente línea, y todo quedaría claro por fin. Quizá no se trataba de un mero deseo, sino de algo que permanece,

como un retal demasiado pequeño para servir de algo y demasiado bello para olvidarlo en un cajón. Tal vez quedara algún poso de todo ello.

Las ideas de su hija, la visión que defendía sobre la familia y la «intimidad», según sus palabras, acabaron haciendo mella en él, y aunque quizá no alteraron por completo sus ideas, sí que afectaron a su propia perspectiva.

*

Su cabeza está desbocada como un caballo salvaje, fuera de control, al galope de aquí para allá, porque ha empezado a escribir sobre Marian y quiere volver a ella. ¿Y si en vez de todos estos pensamientos deshilvanados, probara con algo coherente? Entonces tendría que abordar el cáncer, que es parte de la historia.

El cuerpo amado y venerado quedaba así mutilado y luego desintegrado ante su mirada, un mes terrible detrás de otro, hasta que las piernas no pudieron sostenerla y le cambió el tono de piel, los huesos le sobresalían a punto de romper la piel frágil, tensa, amarillenta como papel antiguo, esa piel olivácea dorada que tanto había amado, parecida a la de su familia materna, que ni él ni sus hermanos habían heredado, pues todos eran de tez pálida y ojos azules, como su padre, la parte eslava de la familia, menos Rose y David, Raisela y Dovadel. Uno murió demasiado joven, mientras que la otra vivió una vida de sentimientos ocultos que él nunca llegó a comprender del todo.

No era solo el cuerpo o el cúmulo de súbitas desgracias, muertes prematuras que no tenían sentido por mucho que él se empeñara en comprender, sino la misma historia. Todas esas fuerzas y consecuencias que giraban, convirtiendo a los camaradas en enemigos, a los amigos en chivatos. Había estado a punto de perder a George, uno de sus mejores amigos, y a Harry lo habían engatusado los del FBI. Un chivato. Como Stalin.

¿Cómo explicarlo? Ya no entendía a los personajes, ni la historia, ni siquiera los lugares donde solían encontrarse. Le daba miedo entender o era incapaz de hacerlo. Pero Marian sí que lo había entendido.

Ahora ya ha encontrado el modo de volver con ella.

*

Súbitamente ella ha estado ahí, justo al otro lado de la habitación, sentada muy erguida en la silla recta, envuelta en el albornoz bien

anudado, aunque tan fino que podía adivinar el contorno de sus senos. Ella lo había entendido.

A su lado se había mostrado desenvuelta como una bailarina, y a él le encantaba bailar un vals o un foxtrot con ella por todo el salón. Entendía sus preguntas, compartía sus dudas sobre las antiguas certezas, le contaba todo aquello que le provocaba asombro, siempre llena de emoción, tan apasionada como en el sexo. Al empezar a hablar, recogía las preguntas que él había desperdigado.

—Me pregunto…—dijo una vez con los ojos clavados en él para luego recorrer el techo, la sala, y regresar de nuevo a él—. No dejo de darle vueltas al poder y su carencia, y cómo hay cosas que nunca podremos llegar a entender, Bill. Pensábamos que podríamos entenderlo todo. Si leíamos, encontrábamos los libros adecuados y los estudiábamos en profundidad, nos sería posible cambiar el mundo. Si analizábamos con valor y cautela cuanto ocurría, y estábamos preparados para sacrificar lo necesario, incluso nuestras convicciones por el bien del Partido, podríamos prever el futuro, no solo el presente sino también el futuro. No me refiero simplemente a imaginarlo, o desearlo, sino realmente a preverlo. Y una vez previsto, podríamos hacer que sucediera porque sabíamos cómo. Ahora intento comprender lo que significa no poder saber, la posibilidad de que existan fuerzas que… bueno, que van más allá de nuestra comprensión, o más allá de la comprensión en sí misma, fuerzas que no tienen nada que ver con nosotros, y eso es lo más aterrador…

Al escuchar todo aquello, él sintió una profunda conmoción.

Los detalles y las vastas fuerzas de la historia, sus giros y reveses en torno a la justicia, desafiaban su entendimiento, o tal vez sugerían algo peor, mucho peor, como había mencionado ella: que en algunos casos no había comprensión posible. Al parecer, había que proceder como si en efecto la hubiera, como si justo al doblar la curva, al final de la próxima cuesta, todo fuera a aclararse y volver a su lugar; como si hubiera algo después de atravesar la inmensa oscuridad, quizá pequeño pero lo bastante luminoso para poder seguir adelante. Entonces, una vez más, lo embargó un antiguo sentimiento que ya había conocido en las habitaciones abarrotadas de Kishinev, al escuchar por primera vez las palabras revolucionarias de Lenin; en la fe que lo había llevado hasta España: en la mugrienta celda de la penitenciaría de Filadelfia. A lo largo de todos aquellos años, incluso durante el interrogatorio, sentado frente al Comité de Actividades Antiamericanas, tan deslumbrado por los flashes de las cámaras que tuvo que pedir (con educada cortesía, por supuesto) a los miembros que detuvieran aquel circo para no tener que esconder la cabeza y poder mirar así a sus acusadores a la cara, además de evitar, de paso, que su rostro apareciera estampado en la portada del Post, o del News,

o del Mirror, o incluso del Times para que lo vieran sus amigos y sus hijas: también entonces, con sus pequeñas caídas en el abismo y sus pasos atrás, se las había apañado para mantener la fe y seguir creyendo.

Ahora era distinto. No es que todo hubiera desaparecido, pero era distinto. Más condicional: los si hubiera y los quizás habían ocupado el lugar de los inevitablemente. La justicia no solo era sagrada, sino frágil. La ciencia no solo era bella, sino que podía convertirse en la fuerza más horrible y cruel del universo. Los nombres le cruzaban la mente como destellos para romper las costuras. cargadas de significados. Hungría. Checoslovaquia. Hiroshima. Stalin. Tío Joe. Hombre de acero. Mississippi. Vietnam.

Marian lo sabía. Se sentía a gusto hablando en su compañía, su complicidad, con ese cuerpo que parecía una parte del suyo. Hasta que se fue.

Nunca sería capaz de entenderlo. No había nada que entender. Solo asimilar.

*

Deja el bolígrafo y el cuaderno amarillo sobre la mesa. Ha caído en una especie de meditación, una mezcla de demasiados recuerdos y sentimientos inconexos. Pero ninguna historia.

*

Sus palabras acuden a mí en retazos incoherentes, aquellas experiencias que intentó contamos tantas veces para detenerse al poco, sin querer o poder continuar. Igual que me sucede con la carta que mi madre envió a mi padre a España, conservo el recuerdo (desde hace más de cuarenta años) de unas notas sobre la historia de la mujer que mi padre llamaba Marian, en realidad el nombre de la mujer de su amigo Bender. Al igual que sucedió con la carta que mí madre escribió en torno a 1937, ahora esas notas, esbozo del comienzo de una historia, se han perdido, si es que llegaron a existir. No he conseguido encontrarlas. Si nunca existieron, entonces las he inventado como si fueran una historia sin final cuyos detalles he añadido según los he imaginado o deseado.

XXII

Hace unos años empecé a escribirme con un amigo de la infancia, compañero, «hijo de comunistas», músico y crítico musical llamado Tom Manoff, que se mueve tan bien por internet como yo por las calles y avenidas de la parte alta de Manhattan, donde llevo viviendo más de cuarenta años. Todo empezó con una fotografía en que aparecemos mi padre, Maurine, mi hermana Emily y yo en la playa del lago Mohegan, donde veraneaba de niña. Yo debía de tener unos once o doce años, y Emily ocho o nueve. A mi padre se le ve tendido al sol, con su fuerte cuerpo y una expresión relajada y feliz en el rostro. Emily está acurrucada en el regazo de Maurine y yo estoy sentada al lado de ellas, contemplando el lago, quizás dudando si meterme o no.

Luego llegaron más fotos, algunas por correo electrónico, otras colgadas en el blog de Tommy, donde podía verlas cada vez que me apetecía. Estaba registrada con el nombre de Kishinev, y mi contraseña era KishKish. Pude ver las viejas calles empedradas con los bordes embarrados porque seguramente había llovido y no existía el alcantarillado, o la nieve y el hielo del invierno se derretían a ambos lados de la calzada, donde las piedras no alcanzaban. En una de ellas estaba la puerta del antiguo hospital judío, pintada de azul brillante y forjada en hierro con una enorme aldaba redonda, o al menos así aparece en la foto de internet. Los retratos de los habitantes de la ciudad pasan ante mis ojos a golpe de clic, como si estuviera hojeando un álbum de fotos antiguo escondido en la buhardilla, o en el fondo de un armario polvoriento. No conozco a la gente que aparece en esas fotos, claro. Tom las ha encontrado gracias a Google, buscando residentes en la ciudad de principios del siglo xx, pero todos ellos me resultan familiares: sus rostros, sus posturas y su aspecto son, de algún modo, de sobra conocidos. Me detengo ante un vendedor de rosquillas de barba y flequillo blancos, semblante adusto y la clásica gorra rusa que he visto en tantas fotografías de inmigrantes. Lleva un enorme cesto lleno de pan sin levadura parecido a la pita de Oriente Medio, y rosquillas planas, y tanto el cesto como los andrajosos pantalones y las botas flojas no dejan lugar a dudas sobre la miseria del hombre. Una pareja romaní con bufandas drapeadas y ropas amplias está sentada

ante una tienda de lona, y ella parece cocinar en una gran olla de hierro: son gitanos. Nos daban miedo los gitanos que levantaban el campamento a las afueras de la ciudad, recuerdo haber oído a mi padre.

Tengo un mapa del casco antiguo, y Tom me ha enviado las instrucciones para usarlo: cada color designa una de las partes de la ciudad. Así, el rosa pálido es para la calle judía, el verde para el viejo bazar donde creo que vivió la familia de mi padre, el azul para la calle asiática, el violeta para la armenia, los antiguos baños en los confines del barrio y el río al noreste de la ciudad. También tengo varias fotografías del viejo cementerio judío, con su puerta de entrada, sus desniveles, fruto de la expansión irregular, y sus viejas lápidas en primer plano, como a punto de derrumbarse o deslizarse hacía algún lugar ignoto, más allá de la tierra. Estas son las calles por las que mi padre deambuló en su niñez y juventud.

*

Es Kishinev en 1921 o 1922, primero parte de Rusia, luego de Rumania, y luego ya ni siquiera Kishinev, sino Chisináu, en Moldavia, un país independiente. Tú y tu familia sobrevivisteis a la Primera Guerra Mundial, aunque no guardo relato alguno de aquellos tiempos, sin duda muy difíciles, con los soldados rusos en retirada arrasando las casas judías y las tropas alemanas no muy lejos. No, no guardo ningún recuerdo de lo que nos contaste sobre aquellos años. Casi todas las historias se han perdido, aunque seguramente por entonces empezasteis a hablar de marcharos de allí, y poco a poco, conforme llegaban las cartas de Estados Unidos, esa vaga idea se fue convirtiendo en propósito.

Te despides entonces de tu casa, en el barrio judío, una ancha franja en el este de la ciudad. Todo se desvanece tras de ti, y queda atrás mientras el tren avanza hacia Amberes, Bélgica. Primero creí que embarcaste en esa ciudad, en los muelles dominados por los barcos de la Red Star, atestados de inmigrantes que intentaban llegar a América. Pero el manifiesto de carga que Tom encontró constata que embarcaste en Cherburgo, Francia.

¡Qué cargado irías! Seguro que llevabas el equipaje de tus padres y el tuyo, con todo cuanto conseguiste salvar de una casa que ya nunca volverías a ver. Yo también cargué maletas de niña, maletas imaginarias que aparecían de vez en cuando, pero tan reales que me provocaban un dolor físico: me dolían los brazos, sentía el peso de la ira, de mi amor conflictivo. Incluso ahora que ya paso de los setenta, a veces, por las noches o al caer la tarde, me asalta esa misma sensación. Me empiezan a doler los brazos, siento los músculos

magullados, exhaustos, y la piel tirante, como si hubiera acarreado maletas durante horas.

Entonces te veo a ti con diecinueve años, cargado con todo ese equipaje, y quizá también algunos paquetes más colgados de los hombros, o amarrados a la espalda, en tu camino sin retomo hacia el tren.

*

Ya es otoño y las mañanas aparecen envueltas en la oscuridad. Llevo seis o siete años escribiendo esta historia. Son las seis y media de la mañana y el amanecer aún no se ha abierto camino a través de la noche. Yo también he dejado que mis sueños se queden ahí, en la oscuridad, pues prefiero la paz inconsciente antes que los mensajes de mis sueños: imágenes incesantes de hoteles extraños donde vivo y no, paredes blancas de habitaciones vacías a la vez que atestadas de gente. El vacío es tan vasto que no puedo contenerlo, amenaza los límites de mi piel. Y la muchedumbre, tan densa, me impide respirar.

*

Ha subido hasta las colinas del sur de la ciudad, pasando los viejos caseríos, pasando el río Bic y el puente. Ahora lo rodean verdes árboles y arbustos, que quizá en cualquier mapa luzcan como un espeso bosque. Pero aquí, en esta soledad, lejos de los pueblecitos a las afueras de la ciudad, del centro donde cada vez se reúnen más camaradas para hablar y hacer planes que mudan la ira en esperanza y la desesperación en valor con solo mirarse a los ojos, puede avistar que todo seguirá su curso, aunque él ya no esté. Siente un vacío interior que apenas logra contener, un vacío colmado de ruidos, gente del pasado, policía, manifestantes o el futuro anticipándose. Si tienen suerte y pasan los exámenes médicos, lograrán embarcar a empujones, sumergidos en esa masa de gente que tantos le han descrito por carta: sus hermanas, los familiares de sus vecinos. Ya es capaz de oler el olor de la tercera clase, tan difícil de respirar, olor a soledad aplastada por otros cuerpos. Mañana por la mañana llevará a su hermana y sus padres a la estación. A esas horas de la tarde ya estarán en el tren.

Contempla su ciudad desde lo alto: el barrio judío donde ha vivido toda su vida, las zonas del oeste donde viven los cristianos, turcos, armenios, y algún que otro judío adinerado. Divisa la iglesia y la plaza del mercado, y puede distinguir los colores desde arriba. Se siente embargado por un cúmulo de emociones que no cesan de correr y chocar entre sí, por todo lo que deja atrás, por todo lo que echará de

menos. De repente le sobreviene la imagen de un jardín cuyo interior está inundado de densa vegetación, y el exterior, mojado por la lluvia.

*

Una vez embarcado en el Kroonland. adentrándose en el mar abierto para dejar la tierra atrás, mientras sus padres dormían en el diminuto y asfixiante camarote y su hermana pequeña no quitaba la vista del ojo de buey, de puntillas ante un océano desconocido hasta entonces, se apoyó contra la pared y se puso a leer.

En el autobús que lo llevaba a la fábrica de Filadelfia, donde se pasaba el día tejiendo manteles, y en el tranvía de vuelta a casa leyó El capital de Marx y ¿Qué hacer? de Lenin. Más tarde, en las largas noches de la minúscula celda de la penitenciaría federal de Filadelfia leyó a Dreiser y a Sinclair Lewis, y después lo intentó con Faulkner. En Nueva York, padre de familia monoparental antes de que existiera un nombre para esa condición, a veces tan difícil y solitaria, pasaba largas noches —distintas de las de la cárcel, pero largas también— releyendo clásicos rusos junto a su hija, como Los hermanos Karamazov, lectura obligatoria en el instituto. Ambos quedaron impresionados por la profundidad de las emociones, lo vastos y variados que resultaban las ideas y los personajes descritos en la obra. También leyó a Dickens, fascinado por sus historias, abatido por la miseria y crueldad que mostraban, y que él conocía de sobra; aun así, debía reconocer que disfrutaba con esa irrealidad que lo envolvía todo, recogiéndolo hasta rematar un final perfecto. Leyó Los mandarines, de Simone de Beauvoir, cuyas obras sobre mujeres solía discutir en profundidad con su hija: leyó Rebeca, un éxito cuya inolvidable historia, llena de verdades y mentiras, le permitía evadirse y entender el modo en que una mentira, si es lo bastante audaz, puede convertirse en un relato en boca de todos, recordado y transformado a conveniencia. Leía libros infantiles a sus hijas, y luego libros por fascículos como Big Susan [La gran Susan], sobre unas muñecas que adquieren vida propia en Nochebuena. Le gustaba esa línea literaria, tan seductora y difuminada, que se abre camino entre la realidad y la fantasía, la vida cotidiana y los sueños. Luego vinieron Mujercitas, La llamada de lo salvaje y Johnny cogió su fusil, de Dalton Trumbo, sobre un hombre sin piernas ni brazos, ciego y sordo, con el cuerpo arrasado por la guerra, pero el intelecto y la sensibilidad intactos, que provocó pesadillas a sus dos hijas. A él también, de hecho: sobre su labor en España, sobre las matanzas en que había participado y a veces dirigido. Más tarde se volcó en las novelas de Howard Fast para recordar los principios, demandas y propósitos de la historia, y en aquellos relatos sobre héroes que también eran suyos (Tom Paine,

Toussaint L'Ouverture) pudo recordar las razones del sacrificio y la muerte.

Las pesadillas regresaron. ¿Cómo no iban a hacerlo? La enfermedad y la hambruna de los pasajeros de tercera clase. Las familias que recordaban el pogromo de 1905, cuando él aún era un bebé, y solo más tarde empezó a escuchar todas aquellas historias, cuyo recuerdo era fácil de guardar, comparado con los de España. Estos estaban poblados de bajas, rostros juveniles, chicos apenas mayores que sus hijas —veinte, veintiún años—, algunos de los cuales él mismo reclutó y nunca volverían. También había mujeres jóvenes, enfermeras sobre las que había oído hablar, que acabaron muertas junto a los médicos pese a su inocencia —también hubo traidores, claro, pero ¿y el resto?—. Así era la guerra, repetía cuando su hija lo miraba estupefacta e indignada ante la alarmante realidad de gente buena que hacía cosas horribles, y una vez incluso llegó a gritarle algo sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, con las lágrimas cayéndole por las mejillas mientras él no cesaba de repetirlo. Así era la guerra, así era la guerra, la voz de ella y la suya propia. Entonces llegaron las pesadillas; algunas solo las recordaba a través de una cierta sensación de terror, a veces una imagen de algo que no podía ubicar, pues se desvanecía en un instante.

Sin embargo, lo azoraba la claridad con que se manifestaban otros sueños. Era un despliegue de historias que se sucedían como una película en la que él, a veces, era testigo a la vez que actor. En esos sueños, las cosas funcionaban mejor que en la vida. Las muñecas cobraban vida y representaban dramas familiares en Nochebuena. Beth March no estaba muerta, sino sentada en la penumbra entre el viejo diván y el sillón de terciopelo verde donde su difunta esposa se arrellanaba tras un largo día de trabajo, con las zapatillas a rayas azules y plateadas debajo y un whisky con soda en la mano para acompañar la transición de la oficina a casa. En la sinagoga de Filadelfia que tantas burlas suyas y de su hermano había merecido, rezaba por fin el kadish, de pie ante su padre, mientras su madre, a su lado, le iba recordando en susurros las palabras hebreas.

En las últimas semanas había estado intentando escribir la historia de Marian, cómo lo abandonó cuando le diagnosticaron el cáncer y se negó a decirle dónde iba a pasar los últimos meses de su vida, pero no logró acabar la historia. No pudo poner palabras a sus sentimientos, al menos no en inglés, y ¿qué sentido tenia escribir en yidis o en ruso, por mucho que recordara cada matiz de las palabras exactas?

Se volcó de nuevo en la lectura. Recuperó esas noches inmerso en los libros después de acostar a sus hijas, y luego, ya mayores, cuando se fueron de casa y lo dejaron rodeado de habitaciones vacías, muebles polvorientos, suelos de madera oscura. Aun así, siguió

recibiendo al hombre que limpiaba las ventanas dos veces al año, haciéndose la cama por las mañanas, cambiando las sábanas cuando tocaba, y llevándolas a la lavandería china de abajo, donde Won Gon Ju las lavaba, planchaba y doblaba para devolvérselas limpias y frescas. Allí se pasaba un rato chismorreando con él, pero nunca llegó a bromear acerca del lazo que su nombre creaba entre ellos: Won Gon Ju sonaba muy parecido a judío errante en inglés.[69] Para aliviar la soledad, leía tragedias de Shakespeare, sobre todo Rey Lear, así como los volúmenes de la biografía de Abraham Lincoln escrita por Cari Sandberg o a los teóricos y comentaristas liberales de la nueva izquierda. Los únicos temas que se negaba a abordar eran los mea culpa de sus antiguos camaradas, quienes pretendían denunciar ahora todo aquello en lo que habían creído tiempo atrás, y el psicoanálisis, que cedía por entero a su hija ya que, al parecer, iba a convertirse en una profesional del asunto.

Había mucho que leer. Más de lo que daba una vida.

XXIII

En el frío y despejado diciembre en que nos mudamos a Nueva York, los instaladores de teléfono estaban en huelga, de modo que pasamos un tiempo sin teléfono en casa. Lois y Frederick vivían nueve pisos más arriba. Yo había conseguido que los de la inmobiliaria nos alquilaran dos pisos en el mismo edificio, aunque solo había uno anunciado oficialmente. Los padres de Douglas se habían mudado desde Carolina del Norte a Nueva York para estar cerca de sus hijos y su nieto, y tras pasar unos meses en una habitación de un viejo edificio de Broadway, ahora disponían de un piso de tres habitaciones, cocina equipada y terraza. Cuando sonó el timbre y oí por el interfono la voz del hombre que trabajaba con mi padre, supe que estaba muerto, de ese modo en que sabemos las cosas que nunca nos hemos atrevido siquiera a imaginar. Dejé a Adam con su abuela y salí disparada hacia el centro.

Lorenzo, que con el tiempo se había hecho amigo de mi padre, había llamado a Douglas a la oficina para decirle que Bill llevaba un par de días sin ir a trabajar y no había avisado. Como no había manera de localizarme por teléfono, el hombre, muy amable, accedió a venir a darme la noticia mientras Douglas salía corriendo hacia la casa del Village, cuya llave aún conservaba.

Así que él fue el primero en encontrar a mi padre. Llamó a mi tío Jack, hermano de Ernest Arion, muerto en España, y a George Charney, dos viejos amigos que siempre estaban ahí en casos de urgencia. Cuando llegué, vi a los tres de pie entre el salón y la cocina, formando un triángulo bajo el arco. Douglas me abrazó. Yo me fui corriendo a la habitación de mi padre.

El libro estaba abierto sobre la mesilla. La televisión estaba encendida, pese a que él solo veía las noticias de las once. Estábamos a dos de diciembre, así que calculamos que había muerto el día uno. Yacía en el suelo cerca del armario abierto, que tenía un pequeño estante en la puerta donde mi madre solía colocar los frascos de cristal con sus perfumes, y él usaba para poner las pastillas de nitroglicerina, ahora esparcidas por el suelo junto a su cuerpo. Aún tenía la mano helada aferrada al frasco de las pastillas.

EPÍLOGO

A lo largo de los años en que he ido escribiendo estas memorias, he experimentado un cambio que es fundamento y consecuencia al mismo tiempo: ahora poseo una comprensión mucho más amplia de la vida y la historia que le tocó vivir a mi padre. Y con ello, sobrevienen al mismo tiempo el dolor por las oportunidades perdidas para siempre y el alivio de la comprensión.

Recuerdo muy bien sus críticas a mi ropa, aspectos varios de mi personalidad, estallidos emocionales, incluso a mi cuerpo, en la época adolescente en que empecé a ganar peso y echar barriga.

Recuerdo esas palabras secretas que me susurré cuando murió mi madre: «Ahora tienes que conseguir que tu padre te quiera», y cómo creí no solo entonces, a mis siete años, sino durante muchos años después, que esas palabras encerraban una verdad, aunque mi padre la negara poco antes de morir. Pero a medida que encauzo esta historia hacia el final, puedo vislumbrar otra capa de ese mismo recuerdo. Tenía siete años y vivía inmersa en un amor poderoso e inconsciente. Quizá fue más tarde cuando cambié las palabras, siquiera levemente, y deseché una de ellas para protegerme de la culpa que luego, con los años, tendría que «olvidar». «Ahora puedo conseguir que mi padre me quiera… más» es quizá lo que realmente susurré en el ese momento ya tan lejano. La memoria es extremadamente interesada y una verdad puede existir en medio de muchas otras, como un relato dentro de otro relato, algo que los artesanos de la ficción saben muy bien. Esta misma idea puede ser verdad o quizá simplemente una de mis últimas tergiversaciones, pero mientras escribo, no deja de rondarme.

Recuerdo estar sentada a su lado en el sofá del salón enganchada a los reportajes del ejército de McCarthy gracias a la nueva y cada vez más extendida tecnología televisiva, que permitía al fin revelar la deshonra estadounidense al mundo entero.

Desato su ira, o peor aún, su decepción, porque mi dignidad queda en evidencia cuando el señor Nash me pilla en el tejado justo después de haberme liado con mi novio, y nuestras ropas arrugadas y marcas

de pintalabios en las mejillas dejan muy claro a qué clase de actividades nos hemos estado entregando.

Estoy sentada en una silla de mi habitación frente a él, con un libro abierto en las manos, comentando mi lectura de la semana. Me siento ilusionada, fascinada y algo nerviosa al entablar el debate sobre el libro que toca: una novela de Gorki o Howard Fast, algún breve pasaje de Marx o Lenin, un poema de Walt Whitman (casi siempre «¡Oh, Capitán! ¡Mi capitán!» o «El camino no elegido», de Robert Frost).

Más tarde, en la universidad, al leer sobre el fetichismo de la mercancía, tuve varias discusiones con mi padre porque, en mi opinión, no valoraba del todo el argumento que yo acababa de situar en un lugar preeminente de mi comprensión de las fuerzas sociales que, durante tantos años, me había visto obligada a contemplar. Seguramente le grité algo así como: «¡Nuestra obsesión por la mercancía empieza a rayar el fetichismo! ¡Fetichismo que se extiende a todo lo demás, desde nuestra forma de relacionarnos al modo en que entendemos la naturaleza del conocimiento!». Y al gritar puede que trazara un ancho y dramático arco con el brazo extendido y el libro encuadernado en cuero rojo en ristre. «¿Entiendes lo que eso significa, papá? ¿Los conceptos de nuestro propio conocimiento?». Recuerdo muy bien el profundo cambio que aquello me produjo, aunque no las palabras exactas pronunciadas en ese momento.

Releo las cartas que me escribió cuando yo estaba en Italia, y recuerdo con alegría sus palabras llenas de orgullo.

Corro por el pasillo detrás de Adam, mi hijo de dieciocho meses, que se echa a los brazos expectantes de su abuelo.

Observo a Khary, mi hijo de cuarenta y dos años, leyendo el borrador de esta historia sobre el abuelo que nunca conoció y a quien tanto se parece, y me inclino a creer que el legado espiritual es tan material como el genético.

*

El valoraba el respeto hacia los demás, hacia si mismo, por todos nosotros, niños de sangre y de corazón, muchos de los cuales hoy día aún me hablan de la querencia tan especial por su afecto, la franqueza emocional que les costaba encontrar en sus propios padres. Es cierto que a veces se equivocaba, claro que si, y confundía el respeto hacia uno mismo con el autocontrol y la abstinencia sexual, especialmente en las mujeres, y aún peor, negó la evidencia de las políticas asesinas, encarcelamientos masivos y asesinatos de Stalin hasta que ya fue demasiado tarde para culpar a los contrarrevolucionarios, a las naciones que acechaban hostiles o a la prensa capitalista. Sus

negaciones y errores constituyeron, en parte —al igual que para nosotros—, un miedo a superar lo que daba por sentado y en lo que necesitaba creer, una falta de conciencia de algunas fuerzas y realidades que ahora ya consideramos evidentes. Vivió el inicio de una época en que la nueva y dramática conciencia de la segunda ola del feminismo empezaba a redefinir la forma de entender nuestra sexualidad y nuestras historias sexuales, las formas en que las estructuras patriarcales han constreñido durante siglos las vidas y voces de las mujeres. Murió antes de que los académicos y artistas convirtieran esas tempranas percepciones en una conciencia cultural que no podía negarse por más tiempo. Había consagrado su vida al Partido, y su fe precoz solo se tambaleó por un momento para acabar finalmente devastada, una vez que los líderes soviéticos reconocieron todo cuanto ya habían visto los progresistas decepcionados, fuera de ese mundillo de comunistas consagrados al que pertenecía mi padre. Nosotros, sus descendientes, y algunos de nuestros camaradas —sigue siendo una buena palabra, muy específica y evocadora—, sabemos ahora cosas que él no sabía entonces, y que han alterado nuestra percepción. Cuando nos aferramos a esas alteraciones, comprendemos que, aunque todos participamos en la creación de nuestros relatos, también estamos marcados y dominados de algún modo por las culturas y asunciones de nuestra época. Mirar más allá es posible, tal y como sabemos por la historia, y algunos por nuestra propia experiencia. No hacerlo es un peligro. El único modo de conjurar ese peligro es asumir con humildad que sabemos de su existencia.

Algo en mí se desplaza hacia un lugar distinto, una nueva perspectiva tan innegable como el movimiento que se desplaza de la mirada frontal a la lateral en un retrato de Picasso, o la repentina decisión de un narrador de cambiar el tiempo o el punto de vista de un relato. Conozco muy bien algunos aspectos de ese desplazamiento, que atañen a mi forma de recordar esta historia en cuanto que hija de mi padre, o mi forma de comprender la historia en su sentido más amplio, la historia en cuyo seno nací y me hice adulta, historia que mi padre nunca contempló desde la distancia o la abstracción, sino desde la inmediatez y la intimidad. A través de todos esos cambios, conocidos y desconocidos, nombrados o aún pendientes de nombrar, o quizá sin nombre para siempre, ahora tengo una imagen distinta de mí misma con respecto de aquella que empezó a recibir los correos de Tom y a mirar las calles de la antigua Kishinev, o a leer el nombre de mi padre en el manifiesto de carga que lo trajo a Estados Unidos.

*

En la novela Volver, de Toni Morrison, uno de los personajes

recuerda las palabras que ha escuchado de una figura materna que le ha salvado la vida: «Mírate —le dijo la anciana—. Eres libre. Nada ni nadie está obligado a salvarte salvo tú misma. Eres joven y eres mujer, y las dos cosas son limitaciones importantes, pero también eres una persona […]. Dentro de ti, en algún lugar, está la persona libre de la que te estoy hablando. Encuéntrala y permite que haga algún bien al mundo».[70]

Para alguien mayor, incluso para un anciano, este consejo encierra una verdad. La persona libre que fui hace tiempo forma parte de mi historia, y cuando me aferré a mis propias convicciones, aunque los adultos que amaba, y en quienes confiaba, negaron la verdad para urdir sus mentiras, pude hacerlo en parte gracias a la resistencia que opuse a mi padre. Pero eso compone también la historia de Bill Lazarre y muchos de sus camaradas que nunca se rindieron en la lucha, en la buena lucha cuyo relevo han tomado algunos de sus vástagos que, hoy en día, siguen creyendo que todos estamos unidos pese al racismo y las injusticias económicas que nos dividen. Soy madre y sé que los que han empezado a vivir en mí seno nunca saldrán completamente de mí, y que la realidad también puede erigirse como una metáfora de los vínculos creados con muchas otras personas. Quizá se trate de una visión muy idealista, pero sin ideales, la realidad puede ser muy estrecha y aburrida. Sabemos protegemos de amenazas de toda clase a través de los límites, pero nos volvemos más cuerdos y mejores cuando reconocemos la necesidad de que esos límites sean flexibles y fluidos, para reforzar así la capacidad humana de lo que Virginia Woolf, a través de la artista Lily Briscoe, llamó «intimidad». Esto es cierto tanto en el ámbito personal como colectivo.

Creo que mi padre, de algún modo, poseyó ambas fuerzas en su lucha contra la tiranía y, aunque sabía que encerraba contradicciones insalvables, logró transmitir la necesidad de unidad a los demás; de otro modo dudo que yo hubiera decidido seguir por ese camino toda mi vida. La tierra de Kishinev y la que conforma nuestra psique siempre han estado unidas. Si pienso en el significado de la palabra resistencia, como una forma de autoprotección contra las fuerzas alineadas que amenazan nuestra seguridad e integridad, y le añado los numerosos ejemplos históricos de resistencia colectiva e individual a la tiranía política, entonces queda muy claro que la escritura siempre ha sido, por dentro y por fuera, una hermosa resistencia.

*

La última vez que lo vi con vida fue una fría tarde de invierno. Me llevó hasta la boca de metro de la calle 12 y allí nos despedimos, yo para llegar a mi nueva casa en las afueras y él para volver a la suya,

donde compartimos tantas cosas. Cuando lo abracé, sintió mis manos frías, se quitó los guantes azules de lana para que me los pusiera y hundió las manos en los bolsillos del chaquetón azul marino que siempre llevaba puesto. Ahora, al embargarme de nuevo el sentimiento de partida, insuflado de nuevo por su presencia, termino con estas palabras de mi padre, extraídas de una carta que dejó para que mi hermana y yo la leyéramos tras su muerte;

Para mí las penas, sufrimientos y adversidades de la multitud eran los míos propios. Estoy totalmente convencido de la legitimidad de la causa que he defendido, y aún sigo defendiendo. El hecho de que en los últimos años haya hecho las cosas de otra manera no ensombrece la justicia de la idea que durante toda mi vida esperé hacer realidad. El pensamiento y la acción no están reñidos con la posibilidad de reaccionar con empatía ante los sentimientos ajenos. Estoy orgulloso de muchas cosas en las que he participado y que, hoy en día, muchos estadounidenses dan por sentadas. Mí labor en España es uno de mis mayores orgullos. Mis años fértiles fueron más de siete y despuntan por encima de los yermos. Vo elegí mi vida, y la viví tal y como quise.

NOTAS

p. 17: Sebastian Barry, El caballero provisional, traducción de Laura Vidal, Alba Editorial, 2016, © 2014 Sebastian Barry. Muriel Rukeyser, «El poema como máscara. Orfeo», traducción de Ramón Hondal, Rialta Magazine, enero de 2018, disponible en https://riaita.org/tres-poemas-de-muriel-ruKeyser/, © 2004 William Rukeyser.

Prólogo

p. 19: Toni Morrison, «El yacimiento de la memoria», en La fuente de la autoestima, traducción de Carlos Mayor, Lumen, 2020, p. 314, © Toni Morrison.

Primera parte

p. 31: Patricia Hampl, I Could Tell You Stories: Sojourns in the Land of Memory, Nueva York, W. W. Norton, 1999, © 1999 Patricia Hampl.

Segunda parte

p. 53: Langston Hughes, «Yo, también, canto América», traducción de Juan Romero Vinueza, jámpster, 20 de junio de 2017, disponible en https://jampster.cl/2o17/06/2o/traducciones-seis-poemas-de-langston-hughes-versiones-de-juan-romero-vinueza/, © 1994 Herederos de Langston Hughes.

Capítulo iv

p. 65: Discurso del presidente del Tribunal Superior de Pensilvania, distrito este, durante la «Apelación al juicio y la sentencia del Tribunal de Audiencias Trimestrales del condado de Filadelfia», sesión del 29

de abril de 1929, n° 44, El Estado contra Israel Lazar, apelante. Todos los extractos y citas de la apelación de Filadelfia proceden del documento Los juicios y sentencias de la Audiencia Trimestral del condado de Pensilvania, sesiones de abril de 1929, n° 44, El Estado contra Israel Lazar, apelante, cuyas actas se han conservado. La referencia final a la apelación al sindicato American Civil Liberties Union aparece en Sweet Land of Liberty, 1931-1932, Nueva York, American Civil Liberties Union, 1932. Las páginas 9 y 13 aluden a la «solicitud de indulto para Israel Lazar, también conocido como Bill Lawrence, condenado a una pena de dos a cuatro anos por un acto de sedición contra el Estado de Pensilvania».

Tercera parte

p. 95: Frederick Douglass, The Life and Times of Frederick Douglass: From 1817-1882, Boston, De Wolfe & Fiske, 1892, citado a modo de epígrafe en el poema «Guardia nativa» de Natasha Trethewey, escrito a partir de los diarios de los soldados afroamericanos que participaron en la guerra de Secesión.

Cuarta parte

p. 161: Adrienne Rich, «Veintiún poemas de amor», en Antología poética, traducción de Myriam Díaz-Diocaretz, Visor, 2003, p. 97-

Capítulo xiii

Todas las citas y referencias están extraídas de las entrevistas y actas del Comité Federal de Investigaciones (FBI), Ley de Libertad de Información y Protección de la Intimidad, Departamento de Justicia de Estados Unidos, secciones 1-6.

Quinta parte

p. 215: James Baldwin, «Notes of a Native Son» en Notes of a Native Son, Boston, Beacon Press, 1975, p. 113: declaración adjunta de la dimisión de George Charney, William Lawrence y George Watt, abril de 1958, en Party Voice (órgano escrito del Partido Comunista del Estado de Nueva York).

Sexta parte

p. 263: Adam Zagajewski, «Intenta alabar al mundo herido», en

Poemas escogidos, traducción de Elzbieta Bortkiewicz, Pretextos, 2017, p. 61.

Séptima parte

p. 307: Eugene Mahon, All Serious Daring, Nueva York, Deluge Books, 2011.

AGRADECIMIENTOS

Después de haber escrito unas memorias como estas, debo agradecer muchas cosas a mucha gente. Amigos, familia, académicos y escritores —conocidos y desconocidos— me han ayudado a aprender y apreciar mejor las diversas etapas de la vida de mi padre.

Como ya menciono a lo largo de estas páginas, he obtenido gran parte del material para documentar su vida gracias a la esencial y entregada ayuda de Tom Manoff. Vaya por delante, pues, mi profundo respeto, cariño y gratitud hacia él, que se reafirma con el paso del tiempo.

Jeremi Duru, profesor de Derecho y amigo muy querido, hizo un hallazgo fundamental: la transcripción completa de la apelación de William Lazarre ante el Tribunal de Pensilvania. Por ello y por su ayuda en muchas otras cosas, gracias. También agradezco a Robert Sink, archivista y amigo, su introducción y sus consejos sobre la investigación en los Archivos de la Brigada Abraham Lincoln de la Biblioteca Tamiment, en la Universidad de Nueva York, que resultó fundamental a la hora de escribir este libro, así como su empeño en recordarme la importancia de guardar toda clase de notas y registros.

Mi eterno reconocimiento a Peggy Belanoff por su dominio de la informática y por estar siempre dispuesta a ayudar con los retos tecnológicos de esta obra.

Ahora vienen las personas a quienes difícilmente podré expresar mi deuda y mi agradecimiento con palabras. Mi grupo de escritura ha apoyado este trabajo (y a mí misma) leyendo y escuchando el libro desde las primeras escenas hasta los últimos borradores, y ayudándome a seguir adelante durante una larga enfermedad. Beverly Gologorsky, Jan Clausen y Jocelyn Lieu, comadronas de este parto en todos los sentidos, son escritoras maravillosas, prodigiosas oyentes, estupendas transmisoras y queridísimas amigas. Me siento especialmente en deuda con Beverly Gologorsky, cuya generosidad me parece ilimitada, por los acertados consejos y precisas sugerencias que me ofreció tras una de las primeras lecturas y revisiones del

manuscrito.

Mi querida amiga y hermana escritora, Ruth Charney, leyó los capítulos que le enviaba por correo electrónico, escuchó las escenas. aportó su percepción de nuestra historia compartida y revisó las versiones elaboradas durante años de escritura. Mi marido. Douglas White, y mi hijo Khary Lazarre-White me ayudaron desde las primeras lecturas con sus atentas observaciones y su labor de investigación. Las correcciones de Khary, siempre precisas e incisivas, y su permanente disposición a enfrentarse a los retos tecnológicos cuando la ansiedad se apoderaba de mí frente al ordenador, me pusieron las cosas más fáciles. Mi hijo Adam Lazarre-White, también escritor, aportó sus inteligentes comentarios a la lectura del primer borrador completo y me dio fuerzas para atravesar las dificultades que todo artista encuentra en su camino.

Miryam Sivan, Nancy Barnes y Carole Rosenthal, escritoras que merecen toda mi confianza y admiración, leyeron y comentaron uno de los últimos borradores para darme ideas que acogí con entusiasmo, así como una gran fe en el proyecto en su conjunto. Leona Ruggiero, una amiga muy querida y decisiva lectora, y Claire Potter, historiadora y amante de la literatura testimonial, me brindaron un apoyo decisivo cada vez que me dirigía a una u otra con necesidades específicas. Ellas, y otras como Joanne Frye o Linda Schor, han contribuido a darme aliento en diversas ocasiones durante estos años de escritura.

Phyllis Beren, Sarah Stemp, Josephine Wright y Gary Schlesinger han compartido su escritura conmigo en los últimos años, y ya se han convertido en compañeros y amigos. Todos ellos leyeron fragmentos escogidos de este libro para explorar conmigo las diversas formas de las memorias y los relatos, así como la poética del lenguaje, lo cual me enseñó muchas cosas cada vez que los escuchaba o revisaba su creciente cantidad de trabajo —incluidos los debates sobre la importancia y las dificultades de publicar hoy en día—

Todo ello me lleva a la extraordinaria figura de Miriam Angress, editora adjunta de Duke University Press, que guió la andadura de este libro hasta ser aceptado por la editorial, mostrándose en todo momento especialmente atenta, imaginativa, colaboradora y paciente ante las muchas preguntas y preocupaciones que me surgieron durante el proceso. Sus observaciones personales a esta obra han sido un regalo para mí, y en los tiempos que corren, tan difíciles para la edición, en que tantos escritores se ven abocados al rechazo y el desprecio, su trabajo ha sido para mí una auténtica bendición. Quiero agradecerle a ella, así como a Stephen A. Cohn, director de Duke University Press, y a todo el personal editorial, su gran labor de edición, difusión y gestión, sus maravillosas cubiertas y todas esas

tareas variopintas que han realizado a lo largo de estos años y libros. Gracias sobre todo a Sara Leone, editora de proyectos, cuya pericia, sabiduría y sensibilidad hacia mi trabajo nunca podré elogiar lo suficiente.

Agradezco a Adam Hochschild la ayuda que me brindó a través de su esclarecedor libro España en el corazón: la historia de los brigadistas americanos en la guerra civil española,[71] y sus indicaciones personales a la hora de abordar y corregir el material histórico.

Aunque aparecen citados en numerosas ocasiones a lo largo de este libro, quiero señalar una vez más lo mucho que aprendí de Peter N. Carroll y George Charney, y cuánto me inspiraron e instruyeron sus obras. También aprendí del testimonio y la poesía de Edwin Rolfe, del libro African Americans in the Spanish Civil War: «This Ain't Ethiopia, But It'll Do», de Danny Duncan Collum y Víctor A. Berch y de la relectura del clásico de George Orwell Homenaje a Cataluña.

Ningún libro u obra de arte puede sostenerse por sí mismo. Ya sea de forma consciente o inconsciente, todos construimos a partir de algo escrito con anterioridad. Así, he podido inspirarme continuamente en otros ensayos y memorias leídas y releídas con el paso de los años, especialmente La mujer guerrera, de Maxine Hong Kingston[72], I Could Tell You Stories, de Patricia Hampl, Una historia de amor y oscuridad, de Amos Oz,[73] The Puré Element of Time, de Haim Be'Er, Esbozos del pasado, de Virginia Woolf.[74] Notes of A Native Son, de James Baldwin y Muestra de infancia, de Christa Wolf.[75] Escritores, todos ellos, que sentaron las bases del género autobiográfico con un gran respeto por la tradición literaria, sin renunciar a la creación de nuevas posibilidades partiendo de sus aspectos más radicales. Aún hoy sigo aprendiendo de ellos.

Mi hermana, Emily Lazarre, y mi cuñado, Emanuel Bloom, me ayudaron a abordar el material histórico esencial de la guerra civil española, incluyendo la historia del monumento a los veteranos de la Brigada Abraham Lincoln en San Francisco. Siempre me he sentido muy orgullosa del trabajo de mi hermana en este proyecto, sobre todo cuando la familia al completo nos reunimos allí para verlo por primera vez, rodeados de amigos y otras familias de la Brigada.

Mi prima Miriam Goldberg y yo nos escribimos con asiduidad para intentar recordar y recabar información sobre la historia de nuestra familia. Ella siempre ha mostrado una fe en esta obra muy importante para mí.

Gracias también a Jocelyn Lieu, Karen Flores Reininger, Daniel Ross y Lisa Rodríguez Ross por la revisión y corrección del español.

Dos personas fallecieron antes de que esta obra pudiera ver la luz, pero ambas influyeron en muchos aspectos de mi vida y mi trabajo. Mi amiga Sara Ruddick me proporcionó un hondo conocimiento de la

complejidad de la vida familiar gracias a su escritura y a nuestros años de historias compartidas. La sabiduría y comprensión del doctor Louis Lauro me permitió entender mejor mi historia y la de mi padre, y con ello surgió el deseo de escribir este libro, que me resurta imposible imaginar sin él y sin los años en que trabajamos juntos.

Finalmente, quiero dar las gracias una vez más a mi familia. Mis hijos, Adam Lazarre-White y Khary Lazarre-White han adquirido sendos compromisos vitales que son un tributo a su abuelo y me llenan de orgullo y gratitud. Desde que tuvieron uso de razón, han apoyado mi trabajo de un modo que, para mí, es una fuente de incomparables alegrías. Mi marido, Douglas Hughes White, me ha acompañado a cada paso, siempre con paciencia, amor, generosidad y fe en mí. Sin él, nada sería lo mismo, ni siquiera mi escritura.

NOTAS

1 En español en el original. Este término presenta unas connotaciones despectivas en inglés que el español no reproduce, sobre todo en minúscula. El equivalente aproximado del término español sería el inglés black. Para diferenciar ambos términos, optamos por dejar en cursiva el término original, tal y como aparece en el texto. Todas las notas que se suceden a lo largo del texto son de la traductora.

2 The Brotherhood-Sister Sol. organización dedicada a la ayuda a la infancia y la juventud con sede en Nueva York.

3 Jane Lazarre, «Forgiveness», relato publicado en Village Volee, 19 de mayo de 1975.

4 Término yidis que significa «gatito» y, por extensión, «cariño».

5 Sinagoga en yidis.

6 La primera enmienda de la Constitución estadounidense prohíbe la creación de cualquier ley con respecto al establecimiento oficial de una religión que impida la práctica libre de la misma y reduzca la libertad de expresión o de prensa. La decimocuarta, por su parte, requiere que los estados provean de una protección igualitaria ante la ley a todas las personas (no solo a los ciudadanos) dentro de sus jurisdicciones.

7 Niccola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, inmigrantes anarquistas italianos condenados a muerte por un presunto robo en Massachussets en 1927, cuya ejecución, sembrada de polémica, levantó grandes protestas en Estados Unidos.

8 Un delito de lesa majestad es aquel que ofende la dignidad de un soberano o se pronuncia en contra del Estado.

9 El pacto Kellogg-Briand es un tratado internacional, firmado en 1928, a iniciativa del ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Árístíde Briand, y del Secretario de Estado de los Estados Unidos, Frank B. Kellogg mediante el cual los quince estados signatarios se comprometían a no usar la guerra como mecanismo para la solución de las controversias internacionales.

[10] Movimiento de protesta surgido de los movimientos del 15-O y el 15-M, en 2011, y que ha mantenido ocupado el Zuccotti Park de Nueva York desde el 17 de septiembre de 2011.

[11] George Charney, A Long Journey, Chicago, Quadrangle Books, 1968.

[12] En español en el original.

[13] Bill Lawrence, «Farewell to Americans in Spain», en Volunteer, entonces llamado Volunteer for Liberty, 25 de octubre de 1937

[14] En español en el original.

[15] Earl Browder y Bill Lawrence, Next Steps to Win the War in Spain, Nueva York, Worker's Library, 1938; Bill Lawrence, Democracy's Stake in Spain, Nueva York, Worker's Library, 1938, passim.

[16] Edwin Rolfe, The Lincoln Battalion: The Story of the Americans Who Fought in Spain in the International Brigades, Nueva York, Random House, 1939, capitulo I, «Los que lucharon», pp. 5-57.

[17] Peter N. Carroll, La odisea de la Brigada Abraham Lincoln: los norteamericanos en la Guerra Civil Española, traducción de Mary Kay McCoy e Ignacio Pinedo, Espuela de Plata, 2018, p, g.

[18] ibid. p. 142.

[19] Helen Graham, Breve historia de la guerra civil, traducción de Carmen Martínez-Gimeno. Espasa Calpe, 2006, p. 197.

[20] ibid. p. 18-22.

[21] ibid. p. 26.

[22] Carroll, óp. crt.; Graham, op.cit.

[23] Bill Lawrence, Democracy's Stake in Spain, Nueva York, Worker's Library, 1938, passim.

[24] Carroll, óp. cit., p. 493.

[25] Entrevista de John Doyle a John Murra transcrita en los Archivos de la Brigada Abraham Lincoln, disponibles en línea en la Biblioteca Tamiment de la Universidad de Nueva York, http://www.nyu.edu/library/bobst/research/tam/index.html, 1 de junio de 2010.

[26] Carroll, óp. cit., p. 223.

[27] Adam Hochschild, España en el corazón. La historia de los brigadistas americanos en la Guerra Civil Española, traducción de Mariano López, Malpaso, 2016, p. 211.

[28] Rolfe, The Lincoln Battalion, p. 17 y p. 88.

[29] Estos contingentes que, frente al avance de las tropas franquistas, van «echándose al monte» en diversas zonas de España darían lugar al movimiento guerrillero de los maquis, cuyo apogeo se sitúa entre 1945 y 1947. El mismo Gobierno de la República fraguó el movimiento, a partir de la creación del xiv Cuerpo de Ejército Guerrillero en octubre de 1937.

30 En español en el original.

31 Gilles Tremlett, España ante sus fantasmas: un recorrido por un país en transición, traducción de Patricia Varona, Siglo XXI, 2006, p. 9-10.

32 Conocidos himnos sindicales estadounidenses popularizados, entre otros, por músicos como Pete Seeger o Utah Phillips. Existe una versión en español del primero titulada «Solidaridad para siempre». El segundo [«Los bancos son de mármol»] es, originariamente, una canción popular irlandesa.

33 Joe Hill fue un músico y sindicalista estadounidense de origen sueco, que murió ejecutado por asesinato después de un juicio muy controvertido.

34 En español en el original.

35 Los últimos cuatro versos están escritos en español en el original.

36 Charney, óp. cit., 1968, p. 277-279. passim.

37 Carroll, óp. cit., p. 273.

38 En español en el original.

39 ibid.

40 ibid.

41 En realidad, el monumento de la Universidad Complutense de Madrid finalmente no se retiró y hoy en día sigue en pie, a pesar de los numerosos ataques que ha sufrido. Unos años más tarde, el 5 de noviembre de 2017, se inauguró otro monumento a las Brigadas Internacionales en el madrileño barrio de Vicálvaro, instalado en el jardín homónimo.

42 Alan Furst, Estrella oscura, traducción de José Luis Fernández Villanueva, Plaza & Janés, 1993, p. 204.

43 Charney, óp. cit., p. 133.

44 Carroll, óp. cit., p. 367.

45 Jacques Duelos, «Sobre la disolución del Partido Comunista de los Estados Unidos», Futuro, junio-junio 1945, México, P- 84-85.

46 Charney, óp. cit., p. 141-144, passim.

47 ibid., p. 140.

48 ibid., p. 140.

49 «The Prisoner's Song», canción popular irlandesa.

50 Aldea o pueblo judío típico de la Europa Oriental anterior al Holocausto.

51 Archivos del FBI, 1951-1958.

52 Se trata del poema «Invictus», de William Ernest Henley (Sometido a los golpes del destino / mi cabeza está ensangrentada, pero erguida).

53 Testimonio de William Lazar ante el Comité de Actividades

Antiamericanas, junio de 1958, Nueva York, disponible en: https: // archive.org/stream/communisminnewyooounit/ cornmunisminnewyooounit-djvu.txt.

54 Cineastas estadounidenses incluidos en la lista negra de Hollywood durante el macartismo, acusados de obstruir las labores del Congreso de Estados Unidos por negarse a declarar ante el Comité de Actividades Antiamericanas.

55 Ethel y Julius Rosenberg, acusados de espionaje y ejecutados en la silla eléctrica el 19 de junio de 1953. Fue la primera ejecución por espionaje de civiles en la historia de Estados Unidos.

56 Francis Eugene Waiter, miembro del Comité de Actividades Antiamericanas e impulsor de varias leyes de inmigración en Estados Unidos durante los años cincuenta y sesenta, entre ellas la que permitía la deportación de ciudadanos que el Gobierno consideraba subversivos.

57 Testimonio de Paul Robeson ante el Comité de Actividades Antiamericanas, 12 de junio de 1956, History Matters, disponible en: www.historymatters.gmu.edu/d/6440.

58 Maurice Isserman, Which Side Are You On?, Urbana, University of Illinois Press, 1993, p. 250.

59 Charney, op.cit, p. 257.

60 ibid., p. 323.

61 Por favor, señorita, por favor.

62 Después de leer varias cartas de Bujarin disponibles en la red y recogidas por varios autores, así como su autobiografía, Cómo empezó todo, estoy segura de que mi padre también accedió a todo ese material. Las citas de Bujarin que aparecen en el texto están extraídas de diversos fragmentos de sus cartas, incluida su última carta a Stalin, escrita desde la cárcel antes de su ejecución.

63 Programa de política económica puesto en marcha en 1933, que tenía como objetivo luchar contra los efectos de la Gran Depresión en Estados Unidos.

64 Tillie Olsen, Dime una adivinanza, Las afueras, 2020, p. 174.

65 Tobacco Road es un término que engloba a varias universidades situadas en una antigua área de producción tabacalera.

66 «In your Easter bonnet, with all the frills upon it…», canción original de la película musical Easter Parade (1948), protagonizada por Judy Garland y Fred Astaire.

67 Palabra de origen yidis que significa fruslería, baratija.

68 En 1941, el Gobierno de Roosevelt inició uno de los procesos más importantes en la historia estadounidense. En virtud de la Ley Smith, acusó a veintinueve miembros del Partido Socialista de los Trabajadores (SWP) de sedición y conspiración para derrocar al

Gobierno. Con esta ley se buscaba la identificación de todos los residentes sin ciudadanía para evitar actividades subversivas contra el Gobierno Federal.

69 One gone jew.

70 Toni Morrison, Volver, traducción de Amado Diéguez, Lumen, 2012, p. 137.

71 Adam Hochschild, España en el corazón: la historia de los brigadistas americanos en la guerra civil española, traducción de Mariano López, Ediciones Malpaso, 2018.

72 Maxine Hong Kingston, La mujer guerrera, traducción de Begoña Simal, Ediciones El Cobre, 2009.

73 Amos Oz, Una historia de amor y oscuridad, traducción de Raquel García Lozano, Siruela, 2004.

74 Virginia Woolf, «Esbozos del pasado», en Momentos de vida, traducción de Andrés Bosch, Lumen, 2008.

75 Christa Wolf, Muestra de infancia, traducción de Manuel Olasagasti, Alfaguara, 1984.